Mitsuyo Kakuta

Luna de papel

Traducción del japonés de Fernando Cordobés y Yoko Ogihara

Galaxia Gutenberg

© Koizumi Osamu

Mitsuyo Kakuta

Nacida en Yokohama, Japón, en 1967, es autora de más de cincuenta novelas, libros de cuentos y ensayos. Ha ganado trece premios literarios en su país, entre ellos el premio Naoki por el libro *Taigan no Kanojo* (*Ella en la otra orilla*, publicado por Galaxia Gutenberg en 2016) y el premio Chuo Koron por *La cigarra del octavo día*, en 2007, que se convirtió en una serie dramática de televisión, así como en una película. El libro vendió más de un millón de ejemplares, superando de este modo a los autores más vendidos en Japón. Actualmente vive en Tokio.

Rika, la protagonista de esta novela, es una recién casada que intenta de manera humilde corresponder a la imagen que se ha forjado de la felicidad conyugal, pero no tarda en darse cuenta de que entre ella y su marido no hay nada que compartir.

Para salir de esa nada en que se ha convertido su vida, Rika solo ve una opción: reintegrarse al mundo laboral, alcanzar cierta autonomía económica, a la vez que algo de vida social.

Consigue un puesto en un banco para vender depósitos de ahorro a una clientela muy particular: personas mayores cuya confianza se debe ganar con visitas regulares a sus domicilios y aceptando sus invitaciones a compartir un rato de conversación alrededor de una taza de té.

Cuando un joven se cruza con ella en casa de su abuelo, Rika ha basculado ya hacia una verdadera adicción. Esa mujer corriente acabará por concebir y realizar uno de los mayores fraudes bancarios de la época.

Mitsuyo Kakuta explora en cada una de sus novelas los efectos de la sociedad contemporánea en la psicología femenina. Sus heroínas son inolvidables precisamente por ser tan cercanas: una suma de sentimientos, a menudo complejos, y a la vez el producto de las circunstancias y los acontecimientos siempre imprevisibles.

JAPANFOUNDATION
国際交流基金

La producción de este libro ha recibido una ayuda de Fundación Japón

Título de la edición original: *Kami no tsuki*
Traducción del japonés: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2023

© Mitsuyo Kakuta, 2012
Reservados todos los derechos
La edición original en japonés la publicó Kadowaka Haruki Corporation, Tokio.
Esta edición en lengua castellana se ha publicado según acuerdo
con la autora a través del Bureau des Copyrights Français, Tokio
© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada: © Erik Madigan Heck / Trunk Archive

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19392-86-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prólogo

Prólogo

¿Será fácil desaparecer, borrarse de la faz de la Tierra?

Rika Umezawa empezó a hacerse esa pregunta apenas unos días después de llegar a Chiang Mai, en Tailandia. Para ella, desaparecer no equivalía a morir, más bien a desvanecerse, a hacerse invisible. Siempre había dado por hecho que algo así era imposible, y si había llegado al lugar donde se encontraba en ese momento era, precisamente, para cambiar de idea.

La ciudad aún no había alcanzado el nivel de desarrollo ni de ruido de Bangkok. Desde luego que era mucho más pequeña. No obstante, abundaban los turistas, muchos de ellos extranjeros llegados allí por pura casualidad tras largos periplos. Entre los numerosos hoteles, *guesthouses*, restaurantes y tiendas de suvenires del centro, sobrevivían algunos templos. De noche, los puestos callejeros lo inundaban todo, convertían la ciudad en un gran bazar al aire libre habitado por vendedores y turistas entregados a deambular de acá para allá en ese océano de luces resplandecientes. Rika, por su parte, no tenía el propósito de hacer turismo ni la intención de comprar nada.

Una pareja joven de turistas occidentales elegía una camiseta en uno de los numerosos puestos nocturnos. Unas chicas sentadas en cuclillas, que parecían japonesas, revolvían pulseras y collares en una tienda de accesorios. Otro grupo más allá, chinos en ese caso, rodeaban la talla de un elefante sin dejar de escupir mientras regateaban el precio. Una mujer de mediana edad ataviada con un pareo señalaba una bandeja de comida y pedía que se la preparasen para llevar. Un grupo de chicas tailandesas vestidas a la última moda de Shibuya se divertía sin soltarse del brazo. Olía a especias por todas partes, a aceite, a arroz tailandés.

Sin duda que en Bangkok había mucha más gente, pero por alguna

razón a Rika le parecía imposible desaparecer en esa ciudad y por eso le daba miedo. Así que se había encerrado en el cuarto húmedo y asfixiante del *guesthouse* donde estuvo alojada la mayor parte del tiempo.

Chiang Mai, por el contrario, era distinta, más intrincada, más confusa, más rica en sombras. Eso pensaba ella, al menos. En cuanto a temperatura y humedad no había tanta diferencia con la capital, pero en muchos rincones iluminados por el sol le parecía ver agujeros negros abriendo sus grandes bocas. Ya fuera por la mañana o a mediodía, la ciudad entera daba la impresión de esperar indolente la caída de la noche.

En los rincones, en las sombras dispersas por la ciudad, se ocultaban, según creía Rika, personas que no eran ni turistas ni tampoco sus habitantes autóctonos. Quizás eran viajeros atrapados allí e incapaces de regresar a sus lugares de origen después de largos vagabundeos; gente incapaz ya de distinguir entre la realidad y la ilusión por abusar de drogas baratas; gente, en definitiva, que había perdido un hogar al que volver, gente que huía de algo… Era precisamente esa densidad, todas esas sombras e intersticios propios de la ciudad, lo que les permitía, según Rika, quedarse allí.

Paseaba de noche por el bazar para asegurarse de que no se encontraría a nadie, porque se sentía más a salvo fuera que encerrada en el cuarto donde se alojaba. Las sombras le ofrecían protección. No deseaba nada. Nada despertaba su interés, ni los vestidos de seda, ni los anillos engastados con piedras preciosas. Ni siquiera una humilde postal. Disfrutaba, eso sí, del espectáculo de los artículos expuestos a pie de calle bajo el resplandor de luces ubicuas. Si le daba hambre comía sopa de tallarines o arroz frito en alguno de los incontables restaurantes o puestos callejeros con los que se topaba en el camino. Las camisetas y las faldas de mala calidad que había comprado en Bangkok tenían un aspecto cada vez más deslucido, cada vez más sucio a pesar del afán que ponía en lavarlas.

Bajo las luces y sumergida en el bullicio tenía la seguridad de que nadie la encontraría; la dominaba una gran excitación, le daban ganas de ponerse a gritarle a todo el mundo que podía hacer lo que le apeteciera, ir donde quisiera, conseguir cualquier cosa que se propusiera. No, mejor aún: todo lo que quería lo tenía al alcance de la mano.

No hacía mucho tiempo había tenido la misma sensación, recordó. Sus temores desaparecieron, nada le daba miedo, aunque aquello había sido algo mucho más grande y por eso se sentía extraña. «¿Me siento así porque he ganado algo –se preguntaba– o porque lo he perdido?»

I

I
YUKO OKAZAKI

Yuko Okazaki extendió sobre la mesa una separata publicitaria del periódico de la mañana. Bolígrafo rojo en mano, se concentró en comparar las ofertas de varios productos del supermercado. La ventana estaba abierta, pero ni aun así se colaba la más mínima brisa en el interior de la casa. Dependiendo de cómo daba la luz, aparecían y desaparecían motas de polvo suspendidas en la atmósfera de la habitación. De alguna parte le llegó el llanto de un niño seguido de la voz airada de su madre.

En el supermercado al otro lado de la estación estaban de oferta las latas de atún y el pan de molde. En otro un poco más allá hacían un cuarenta por ciento de descuento en todos los productos congelados. En el del barrio contiguo al suyo, el treinta por ciento en todos los cárnicos. Podía ir primero a ese, pensó, de paso podía comprar en Yuzawaya unas telas que le hacían falta y, de regreso, podía acercarse a por algo de comida congelada. Era un trayecto en bici de apenas una hora. Metió en el bolso el sobre con el dinero para los gastos de la semana, se puso en pie y cerró la ventana. Mientras pedaleaba se acordó de Rika Umezawa, aunque cuando se conocieron su apellido de soltera era Kakimoto.

Rika Kakimoto había sido su compañera en la escuela secundaria y en el instituto, pero no una de sus mejores amigas. De hecho, seguía sin tener claro si podía considerarla amiga suya o no. Cuando vio su nombre publicado en la prensa, es decir, su nombre de casada, Rika Umezawa, al principio no se dio cuenta de que se trataba de ella. Tampoco cuando vio las fotos un tanto borrosas que acompañaban la noticia. Ambos nombres terminaron por conectar cuando la llamó una excompañera del instituto con quien había perdido el contacto desde hacía años.

–Rika Umezawa… Es Rika-chan, Rika Kakimoto –le dijo esa mujer de quien apenas recordaba su cara–. Me ha llamado Sachiko para contármelo y no dábamos crédito. No nos podíamos creer que se tratase de la misma Rika.

–¿Cómo has conseguido mi número de teléfono? –le preguntó Yuko aún con serias dificultades para entender de qué le hablaba en realidad.

–¿No te acuerdas? Nos vimos en una reunión de antiguas alumnas hace siete años –le explicó ella–. También vino Rika y eso que ella no solía venir nunca a nuestras reuniones. Ahora que lo pienso, ya por entonces debía andar enredada en ese asunto… Me cuesta trabajo creerlo porque era una chica muy formal, estaba casada, era muy atractiva. En fin, dejemos eso por ahora. Hicimos una lista de contactos, ¿te acuerdas? No estaba segura de si te iba a localizar en este número, pero… ¡Ah, por cierto! No te llamaba para hablarte de Rika, sino para decirte que volveremos a reunirnos dentro de poco. Te mandaré una invitación en breve.

Mientras escuchaba la voz de esa mujer, Yuko no pensaba en Rika Kakimoto, sino en sí misma cuando aún era Yuko Oda, una mujer soltera que ya vivía en esa casa.

–¡Menuda sorpresa! ¡Rika…! –La voz al otro lado del teléfono se estaba repitiendo, como si con eso fuera a arrancarle un comentario, pero lo único que obtuvo de ella fue un lacónico «sí».

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? –la interpeló de nuevo para sonsacarle algo más que un simple murmullo.

–¿Por qué? ¿Quieres que llame a alguien yo también?

Su antigua compañera se quedó atónita al otro lado del teléfono.

–¿Qué dices? No es tan urgente –dijo al fin–. Ya hablaremos cuando nos veamos en la fiesta.

Y tras decir aquello, colgó.

Una mujer de alrededor de cuarenta años empleada de una sucursal de las afueras del banco Wakaba se había apropiado de una suma de alrededor de cien millones de yenes. La noticia se había conocido en primavera y, según decía, la autora del delito había desaparecido. Tras la llamada de su excompañera relacionó al fin a ambas Rikas, pero, al hacerlo, solo consiguió perder todavía más el sentido de la realidad, quizás por culpa de esa exorbitante cantidad de dinero.

No habían conseguido detenerla. En la televisión y en los periódicos acostumbraban a retomar viejas noticias para actualizarlas, para que la

gente no se olvidara de ellas. Pasaban los días y Yuko pensaba cada vez más a menudo en Rika. Sin embargo, los medios parecían haberla olvidado por el momento. ¿Iría ella también en su bicicleta a comprar productos de oferta? En una revista semanal dirigida al público femenino había leído un artículo en el cual aseguraban que, nada más casarse, Rika lo dejó todo para ser ama de casa. ¿Le preocupaba ahorrar en la compra como a todas las demás amas de casa o, por el contrario, se dedicó a despilfarrar porque no tenía hijos?

Yuko pensaba en Rika sin proponérselo. Dejó la bicicleta en el aparcamiento del sótano y subió al supermercado. No se distrajo en mirar nada y fue directa a la sección de cárnicos. «En el supermercado –había leído en otra revista–, lo mejor es no distraerse con nada, ir directos a por lo que necesitamos.» Era uno más de esos trucos prácticos para no gastar dinero sin sentido.

Metió en la cesta un paquete de alitas de pollo, una bandeja de panceta y otra de carne picada de cerdo y se dirigió a la caja sin mirar siquiera ninguna de las estanterías. Había un poco de cola. Miró sin querer el contenido de la cesta de la mujer joven que la precedía en la fila: espaguetis, *yakisoba*, dos salsas preparadas para pasta, pan de pasas, *dorayaki*, flan, cebollas, concentrado de curri, salchichas y fideos instantáneos. La típica compra de una persona que va al súper sin ton ni son, pensó, que se dedica a pasear de acá para allá a ver qué encuentra. No obstante, reconocía que había algo de placentero en ello, una especie de libertad al poder echar en la cesta todo lo que a una le apetecía.

Cien millones de yenes.

De nuevo, esa suma ocupó todos sus pensamientos y, sin apartar la vista de la mujer de delante, se preguntó qué aspecto tendría todo ese dinero junto. Si pudiera disponer de esa cantidad cancelaría en el acto su hipoteca y aun así su marido y ella dispondrían de cinco veces más dinero para gastos personales del que tenían en ese momento. Incluso le alcanzaría para pagar las clases de piano que su hija Chikage le reclamaba desde hacía tiempo. Podría comprarle un piano de cola, cambiar de coche, pagarle a la niña un instituto privado después de la secundaria, una academia de apoyo. Si Rika Umezawa era la misma Rika Kakimoto que conocía ella, en qué iba a gastar semejante fortuna.

Yuko había estudiado en una escuela secundaria y un instituto femeninos en Yokohama, muy cerca de la ciudad de Kawasaki. Para llegar

allí tomaba el tren de la línea Denentoshi. En tercero de secundaria coincidió con Rika Kakimoto y, más adelante, en el segundo y el tercer año de instituto. Siempre estuvo delante de ella por orden alfabético y también siempre la tuvo muy presente porque poseía una belleza fresca y natural, como la de un jabón recién empezado. Por aquel entonces Rika no se pintaba los labios, no llevaba pendientes a escondidas ni tampoco se peinaba a la moda como sí hacían muchas de sus compañeras saltándose las normas de la escuela. A pesar de todo, había algo en ella que llamaba poderosamente la atención de las demás. Sacaba buenas notas sin llegar a ser una alumna ejemplar y, por alguna razón, su uniforme destacaba a pesar de que no le hacía ningún arreglo. No participaba de las burlas ni de los acosos que se producían de vez en cuando. Hablaba con todo el mundo, profesores incluidos, sin hacer distingos. Cuando empezaron el instituto parecía mucho mayor que las demás, a pesar de que todas se pavoneaban de su experiencia en el sexo.

Yuko se matriculó en una universidad del centro de Tokio, y Rika, que siempre había sacado mejores notas, en lugar de estudiar un grado superior, como todas suponían, optó al final por uno medio. Su esperanza de seguir siendo compañeras se vio frustrada y ya no tuvieron ocasión de intimar más. Además, como Rika estudiaba en la prefectura de Kanagawa y Yuko en Idabashi, en pleno centro de Tokio, su relación no solo se enfrió, sino que ni siquiera se daba la circunstancia de cruzarse por ahí de casualidad.

Se vieron en un par de ocasiones después de terminar el instituto. La primera cuando Yuko aún no había terminado la universidad, a principios de los ochenta. Fue en la primera reunión de antiguas alumnas del instituto. No pensaba que las compañeras que lo organizaron fueran a acordarse de ella, pero ella se arregló y fue al hotel de Shibuya donde se iba a celebrar el encuentro. Acudieron muchas, más de ciento setenta en total. Rika también.

Apenas hubo entrado en la sala, Yuko echó un vistazo a su alrededor y enseguida la vio. Seguía tan guapa como siempre. No llevaba un vestido especialmente llamativo, pero le daba un aspecto refinado, elegante. Iba poco maquillada, un toque de distinción con el que atraía hacia sí todas las miradas. De entre todas las presentes ella parecía la más madura, la más adulta.

Yuko anhelaba ser su amiga y al resto de sus compañeras debía de sucederles otro tanto. Pero no quería ser una amiga más, sino su amiga íntima, una a quien confesase sus inquietudes, sus preocupaciones.

Se acordaba bien de algunas charlas íntimas que mantuvieron en tiempos, incluso era capaz de recordar el día exacto. Una de ellas fue durante un verano, justo antes de las vacaciones. Otra en invierno, en la cafetería del instituto. Aquel día frío caminaron juntas de regreso hasta la estación de tren, pero a Rika siempre le había rodeado un halo de misterio, como si buscase alejarse de los demás. Su conversación tuvo algo íntimo, eso pensó Yuko al menos, y aun así tuvo la sensación en todo momento de que parecía que se alejaba de ella, que la atmósfera que las había envuelto un instante antes se disolvía, se desvanecía hasta convertirse en otra cosa indefinible. Yuko siempre tenía esa misma sensación con ella. Quizás por eso solo hablaron en contadas ocasiones. Quizás por eso nunca tuvo la posibilidad de acercarse a ella con naturalidad y su relación nunca llegó a convertirse en una verdadera amistad.

A lo mejor por todo eso, cuando la Rika adulta del encuentro de antiguas alumnas se acercó a ella en la reunión, a Yuko le olió al mismo jabón fresco de siempre y se puso tan contenta que el corazón se le desbocó.

–Estoy nerviosa –le dijo Rika–. Parecen todas mujeres adultas.

–Tú también lo eres –le dijo Yuko.

El comentario debió hacerle gracia porque soltó una carcajada.

–Por cierto, ¿tienes tarjeta de crédito? –le soltó ella de repente.

–No, aún soy estudiante…

–¡Ah, sí! ¿Sigues en la universidad? Te admiro. Los estudiantes no reúnen los requisitos para obtener tarjetas de crédito. De todos modos, si necesitas una, llámame. Tenemos una que llamamos Love and Earth que dona una parte del gasto que haces a Unicef. Yo antes estaba en contra de las tarjetas de crédito, pero si sirven para ayudar a alguien me parece muy bien.

Sacó del bolso una funda de piel para tarjetas de visita y le dio una. Tenía impreso el nombre de una conocida empresa de tarjetas de crédito y un poco más abajo se leía: «Departamento de Ventas. Rika Kakimoto». Como había estudiado un grado medio, pensó Yuko, ya había empezado a trabajar.

–No te hablo de todo esto porque la empresa me obligue a vender determinado cupo, pero nuestras excompañeras parecen estar interesadas en el tema del voluntariado y ya que te haces una tarjeta, mejor que sirva para algo, digo yo. ¿No te parece? ¿Por qué no me das tu teléfono?

Yuko no tenía tarjeta de visita con la que corresponderle y se precipitó a

buscar en el bolso un pedacito de papel donde apuntar su número.

–Aún vivo con mis padres. Mi teléfono es el de siempre, pero te lo doy por si acaso.

Anotó su nombre, dirección y teléfono, y le dio el papel a Rika.

–Gracias. Bueno, hablamos más tarde.

Cuando se marchó notó un ligero aroma como de lirios del valle. Por eso parecía más mayor, pensó Yuko mientras contemplaba la tarjeta que acababa de darle. Trabajaba y seguro que ella solo le parecía una niña. Yuko esperó durante toda la reunión a que cumpliera su palabra y volviera a acercarse a ella para hablar, pero se pasó todo el tiempo de cháchara con las demás y cuando la reunión estaba a punto de terminar cayó en la cuenta de que ni siquiera la había llamado por su nombre porque probablemente lo había olvidado.

Después de aquel día esperó su llamada para hablarle de la tarjeta de crédito, y lo hizo expectante y molesta a partes iguales. Tal vez era cierto lo que le había dicho, no le obligaban a cumplir un cupo de nuevos contratos, y por eso la llamada nunca se produjo.

Se acordaba del episodio con pelos y señales, pero por primera vez cayó en la cuenta de la parte cómica de aquello. Dentro de poco iban a hacer veinticinco años desde que se graduó del instituto. La última vez que la había visto, la segunda ocasión desde entonces, fue en esa otra reunión de antiguas alumnas siete años antes. No intercambiaron una sola palabra y Yuko no le prestó atención, por lo que ni siquiera se acordaba de su aspecto. En cualquier caso, todas habían cambiado mucho ya para entonces y, sin embargo, cuando se acordaba de ella aún veía a esa hermosura que olía a jabón fresco y no podía dejar de preguntarse en qué se habría gastado los cien millones de yenes. Entonces, le daba por pensar que todo era mentira, Rika Umezawa tan solo era una desconocida para ella y no sabía absolutamente nada de las circunstancias de su vida actual.

La mujer de delante terminó de pagar y se alejó de la caja. Yuko se apresuró a colocar la cesta en el mostrador de la cajera. Como llevaba su propia bolsa le descontaron cinco yenes. Pagó con los dos mil que llevaba en la cartera, se guardó unas cuantas bolsitas de plástico de cortesía para los congelados y lo metió todo en la suya. Si solo llevaba encima esa exigua cantidad de dinero era para no gastar más en cosas prescindibles.

Se dirigió al aparcamiento a por su bicicleta y se dio cuenta de que se había olvidado de comprar la tela que le hacía falta, pero si volvía se le

echarían a perder los productos congelados. Se resignó. Dejó la bolsa en la cesta de la bici, la sujetó con una redecilla y empezó a pedalear. Lucía el sol. Unas pocas pedaladas bastaron para que las axilas empezaran a sudarle ligeramente. El cielo estaba cubierto y se preguntó si no se pondría a llover en cualquier momento. Pedaleó con fuerza.

RIKA UMEZAWA

Tras su llegada a Bangkok, Rika Umezawa se alojó varios días en un hotel cerca de Siam Square que le habían recomendado en la oficina de turismo del aeropuerto. La habitación no llegaba a costar diez mil yenes la noche, pero, al parecer, el hotel se posicionaba entre la categoría de los de lujo. Había muchos coreanos y la recepción rezumaba un ligero aroma a *kimchi*. A apenas unos minutos a pie de allí había una zona comercial rodeada de modernos edificios, un lugar que le producía la sensación de dar un salto en el tiempo hasta un futuro no muy lejano. Por todas partes se veían las tiendas de las marcas de costumbre, Chanel, Gucci… Uno de los grandes almacenes era japonés. Subió a la última planta, donde había una librería bien nutrida de títulos en su idioma. Compró una guía turística, un mapa, confirmó dónde se encontraba su hotel y después de pagar caminó por otra elegante zona comercial que daba a un barrio con las tiendas a pie de calle. Le seducían los escaparates, la abundancia de artículos, los numerosos clientes. Sin embargo, volvió en sí de golpe bajo el sol intenso y se asustó. ¿Cómo podía dedicarse a pasear por allí como una turista más? ¿Acaso podía permitirse ser esa clase de persona, una mujer entregada al disfrute después de haber cometido una barbaridad como la que había cometido?

Regresó al hotel a toda prisa. A partir de ese momento trató de salir lo imprescindible. Pedía la comida al servicio de habitaciones y cuando necesitaba algo salía al atardecer a algún supermercado cercano. Bajaba a la tienda del hotel casi a diario para comprar el único periódico japonés atrasado disponible. Volvía a la habitación y lo leía de cabo a rabo en busca de su nombre. Cuando al fin se topó con él no fue precisamente en ese periódico, sino en otro que alguien había dejado en la mesa de una cafetería por donde pasó por casualidad. Era un Starbucks en la primera planta de un centro comercial. Lo más probable era que un turista japonés o un hombre de negocios, quién sabe, se acabara de marchar porque del cenicero aún

brotaba el hilillo de humo de una colilla y los hielos en el vaso de plástico no se habían derretido del todo. El periódico estaba doblado de cualquier manera. No lo cogió porque viera su nombre en él, sino porque, por alguna razón, le llamó la atención. Se acercó a la mesa como una ladrona al acecho, lo agarró y salió de allí a toda prisa para volver al hotel sin perder un minuto. Tenía fecha del día anterior. Cuando vio su nombre en un artículo de la sección de sociedad se quedó boquiabierta, extrañada también al comprobar que su intuición no le había fallado. No obstante, no comprendió del todo lo alterada que se sentía ante semejante descubrimiento.

Ese mismo día dejó el hotel para dirigirse a una calle llamada Kahosan. Allí estaría más segura, pensó, porque, según la guía, era un lugar atestado de hoteles económicos inundados de turistas llegados de todas partes del mundo. Sin embargo, cuando llegó se dio cuenta de que se trataba de una zona muy popular, como Shibuya en Tokio, y de que por allí deambulaban infinidad de turistas japoneses, la mayor parte de ellos jóvenes, pero también de su edad e incluso más mayores. Decidió marcharse sin dilación.

Claro, pensó. En Japón era la *Golden Week*, la semana festiva del mes de mayo que ella misma había esperado siempre con tanta impaciencia y de la que nunca más volvería a disfrutar.

Cerró la guía, se dejó guiar por la intuición y al final de la calle subió a un barco que cubría una línea urbana. El barco se adentró por un afluente del río Chao Phraya y ante ella empezó a extenderse poco a poco un paisaje increíble, incompatible con Siam Square, a tan solo unos metros de distancia. Había puestos de comida asediados por cubos de agua hasta arriba de platos sucios, perros sarnosos tumbados bajo las sombras de los árboles que espantaban a duras penas las moscas con sus tristes rabos. Las aceras estaban llenas de agujeros donde se formaban charcos de agua sucia irisada de pequeños reflejos aceitosos. Por todas partes se veían anuncios de *guesthouses*. Se decidió finalmente por una de esas pensiones que ni siquiera llegaban a los mil yenes la noche.

Fue una auténtica sorpresa para ella descubrir que alquilaban semejantes habitaciones a los turistas. Hasta ese momento su experiencia con los hoteles se limitaba a grandes edificios con recepción, conserjería, habitaciones equipadas con cuartos de baño abastecidos de todo tipo de productos y un servicio de limpieza encargado de recoger y limpiar para dejarlo todo en perfecto estado antes del mediodía. El cuarto que le

mostraron, por el contrario, no tenía ni mesa ni toallas. Tan solo un catre de madera a modo de cama colocado en el centro con un colchón fino encima donde se suponía que debía tumbarse. No había aire acondicionado, tan solo un polvoriento ventilador de techo. Por la ventana no entraba ni un rayo de luz, ni la más mínima gota de viento. Al otro lado solo se veía la pared gris y desconchada del edificio de enfrente. Se asomó, estiró el cuello y, al fin, alcanzó a ver un pedacito de cielo azul que parecía pintado en un cuadro.

Tenía dinero y habría podido permitirse un lugar más decente, pero aquella austeridad la sorprendía y la aliviaba a partes iguales. Era lo más adecuado para ella, pensó. Es decir, lo mejor para evaporarse del mundo.

A mediodía el hostal se quedaba vacío, excepto por ella. Por la noche, sin embargo, debía hacer las veces de prostíbulo y se inundaba de una existencia densa. No era por los jadeos de hombres y mujeres que le llegaban a través de los tabiques, que corrían por los pasillos, más bien parecía que estuvieran dentro de su cuarto. Al cabo de tres días se acostumbró a la fauna del lugar, a la pareja que iba cada noche a la habitación contigua. Se enteró de que no era la única clienta fija, aunque a la gente en su situación se la podría considerar más bien como personas atrapadas en ese lugar. Había un hombre occidental con los brazos cubiertos de tatuajes. No sabía en qué habitación se alojaba, pero se lo solía encontrar a mediodía distraído en mitad de la escalera. Vio también en varias ocasiones a otro occidental al borde de la vejez acompañado de un joven asiático que no debía superar los veinte años. Salían y entraban juntos de la habitación. Esporádicamente caían por allí algunos mochileros para pasar una o dos noches.

Todo ese trasiego tenía algo en común para Rika, un halo, una especie de aura, no importaba si se trataba de prostitutas o de turistas. No era su ropa ni los accesorios, sino que ellos mismos parecían sucios, como si estuvieran cubiertos de una gruesa capa de cansancio, como si algo en ellos se hubiera apagado a pesar de las llamativas vestimentas. Procuraba quedarse en la habitación el máximo tiempo posible, pero no le quedaba más remedio que salir unas cuantas veces a lo largo del día, ya fuera para comer o para comprar algo y por eso se preocupaba de no llamar la atención de los demás. Era distinta a todos ellos por mucho que se hospedase en aquel tugurio. Hasta que un día se vio reflejada en la polvorienta puerta de vidrio de una tienda y le dieron ganas de reírse. Estaba equivocada. En algún momento había dejado de diferenciarse del resto de huéspedes.

También ella estaba sucia, cansada, apagada.

«Tal vez nadie pueda reconocerme», pensó. A lo mejor Rika Umezawa ha conseguido esfumarse de este mundo.

Habían pasado diez días desde su llegada a ese hostal de mala muerte. Ya no le chocaba ver las cosas de ese modo, enfrentarse al hecho incontestable de que ella misma se había convertido en una de esas personas.

KAZUKI YAMADA

Cuando finalmente publicaron la noticia de que una mujer había sustraído una enorme suma de dinero en un banco de los alrededores de Tokio, Kazuki Yamada no relacionó en un principio el nombre de la sospechosa, Rika Umezawa, con el de la Rika Kakimoto que él conocía. En la televisión de la taberna donde entró a comer algo por pura casualidad, apareció su foto y aun así no la reconoció, como mucho pudo pensar que tenía un parecido lejano con ella, pero sin llegar a una conclusión determinante. A la semana siguiente vio su nombre publicado en una revista en un quiosco de la estación de tren. La compró enseguida y se metió en una cafetería para leer la noticia a pesar de que no le quedaba mucho tiempo para llegar al trabajo. No daba crédito. Se alteró mucho. «¡Escuchadme todos! –le habría gustado empezar a gritar–: Yo conozco a esa mujer. Salimos juntos, aunque, la verdad, de eso ya hace más de veinte años. Es la primera vez que veo en la tele y en una revista a alguien que conozco.» Quería decírselo a quien fuera, al primero que se cruzase en la oficina de Nishi Shinyuku. Apretó el paso para llegar cuanto antes, cuando en un día normal habría caminado con toda parsimonia, pero una vez que se encontró con sus compañeros fue incapaz de decir nada. No por protegerse a sí mismo ni por cuidarse de andar aireando que había mantenido una relación con una delincuente, tampoco por no estar del todo convencido de que la Rika que él había conocido pudiera haber hecho algo así. Sencillamente, fue incapaz de contarlo.

A Mutsumi Kizaki, sin embargo, sí se lo contó. Dos días más tarde fueron juntos a cenar y cuando tomaban algo en un bar se lo soltó todo sin necesidad de recurrir a beber más de la cuenta. A Mutsumi la historia le interesó más de lo que él había supuesto en un principio: «¿Cuándo saliste con ella? ¿Cómo era? ¿Ya no tienes contacto? ¿De verdad ha huido? ¿No

intentará ponerse en contacto contigo? ¿No mantenía a un hombre? ¿Es esa clase de mujer? ¿Era decidida o sumisa?».

En un principio el interés por ella animó a Kazuki y se explayó en algunos detalles, pero tantas preguntas lo cansaron y al final se arrepintió de habérselo contado. No entendía por qué se sentía así y desvió la conversación en cuanto pudo con elusivos «no sé, ya no me acuerdo» y Mutsumi puso fin a sus preguntas con un «¡es increíble!».

Poco a poco empezó a tener miedo. Se desconocía el paradero de Rika Umezawa y pensaba que la policía podía presentarse en su casa en cualquier momento para interrogarlo. No mantenían ningún contacto, obviamente, por tanto no tenía nada que temer, pero otra cosa muy distinta sería si la gente, bueno, mejor dicho, su mujer, llegaba a enterarse de que había salido con ella por mucho que solo hubiera durado un suspiro. Le hizo prometer a Mutsumi que guardaría el secreto y el repentino miedo a la policía despertó en él la ilusión de que había disfrutado con ella de una intimidad que no había compartido con ninguna otra. Intuyó que la desaparecida Rika confiaba en él, que, antes o después, se pondría en contacto de algún modo. En cualquier caso, no había tenido noticias suyas hasta ese momento, ni tampoco de la policía.

El taxi avanzó por el barrio residencial y pasó delante de un instituto. El campo de deporte al otro lado de la valla estaba sumergido en la oscuridad. Le sonó el móvil que llevaba guardado en el bolsillo de la chaqueta. Lo miró y vio que era un mensaje de Mutsumi, de quien acababa de despedirse.

«Buenas noches. Me lo he pasado muy bien. Gracias.»

Kazuki le devolvió un mensaje parecido y enseguida los borró. Cuando apretó el icono para confirmar si estaba seguro de querer borrarlos, el taxi se detuvo frente a su casa. Se guardó la factura y miró el edificio que tenía delante en plena noche. Aún había luz en algunas ventanas. Se dirigió a la entrada, pero antes de llegar dio media vuelta para volver a la calle. Cerca había un *convini*.

Caminó por la calle somnolienta mientras ponía en orden su cartera. La factura del restaurante italiano no le preocupaba porque no especificaba el número de comensales. La del bar sí. No solo eso, sino que aparecía impreso lo que habían bebido. Tenía otra factura igual de detallada de una tienda: un flan, una lata de cerveza y un café. En último lugar sacó un vale

descuento de hotel. Hizo con todo ello una bola de papel.

La calle estaba desierta, no así en el interior del *convini* donde había una pareja vestida con ropa deportiva concentrada delante del mostrador de las patatas fritas, un hombre más joven que él con pinta de haber salido tarde de trabajar que buscaba algo de comer, una chica con el pelo teñido de rubio vestida de tal manera que, en realidad, parecía medio desnuda y, por último, una mujer con un niño en brazos. Kazuki cogió una bebida isotónica, otra estimulante y un *onigiri*. Tiró la bola de papel de las facturas a la papelera, pagó, salió de allí y volvió a casa mientras le daba sorbos a la bebida isotónica.

Subió hasta la tercera planta y confirmó la hora justo delante de su puerta: las dos de la madrugada pasadas. Procuró abrir sin hacer ruido y se deslizó en el interior. Al fondo del pasillo a oscuras, en el salón, había una luz encendida. Suspiró. No se dirigió al salón directamente, sino al dormitorio situado a mano derecha. Se desvistió y se puso la misma camiseta y el mismo pantalón corto de por la mañana. Salió y abrió con sigilo la puerta de la habitación de enfrente. Las caras de los niños dormidos en la litera se iluminaron con la tenue luz que se colaba desde el pasillo. Yuma dormía en la cama de arriba. Ya tenía ocho años. Tenía los brazos y las piernas alineados, como una muñeca. Le acarició la frente perlada de sudor y luego miró la cama de abajo. Al contrario de Yuma, su hermano Kento, de cinco años, dormía de cualquier manera, cruzado en diagonal respecto al eje central de la cama. Kazuki lo recolocó, apoyó su cabeza en la almohada, lo tapó con la sábana y salió de la habitación.

Como de costumbre, Makiko estaba sentada a la mesa del salón. Tenía delante un vaso con un líquido transparente. Se sintió como si fuera aún más alto, pero se cuidó de no mostrar nada en ninguno de sus gestos. «Hola –dijo–. El trabajo se ha alargado y el señor Uehara se ha empeñado en invitarme a cenar. No he podido negarme.»

Se acercó a la cocina americana y, sin encender la luz, guardó tal cual en la nevera la bolsa del *convini*.

–Ya lo sabía –le dijo Makiko en un tono de voz neutro–. Me has mandado un mensaje.

–Deberías haberte acostado ya –dijo él.

Pulsó el botón del calentador del agua de la bañera en el dispositivo que había en un rincón de la pared de la cocina.

–No te estaba esperando. Es que no podía dormir.

Makiko hablaba distraída. Dio un trago al vaso que tenía delante.

Kazuki se sentó en el sofá con su bebida a medio terminar y alcanzó el periódico de la tarde. Encendió la televisión y bajó el volumen. Makiko miró hacia la ventana sin decir nada. La cortina estaba echada. Kazuki imploraba para sus adentros para que el agua de la bañera se calentase de una vez. No le gustaba encontrarse a su mujer bebiendo alcohol ahí sentada sin decir nada, sin mirar la tele, sin hojear una revista, ni apuntar nada ni tan siquiera en su libreta de gastos mensuales. Hojeó un artículo de moda más bien anodino con un titular vacío: «*Asian taste* para el verano». La atención que le dedicó a pesar de su evidente desinterés le sorprendió incluso a él mismo.

–Kento ya no tiene el mismo profesor de inglés.

Makiko rompió su silencio de improviso y él se asustó, se quedó paralizado a la espera de lo que viniera después.

–Yo prefería al anterior, pero le he cambiado de horario y no había nada que hacer.

Kazuki pensaba qué responderle mientras se esforzaba por despejar los persistentes efluvios del alcohol.

–¿Por qué no? Después de todo estamos pagando todos los meses. Imagino que algún derecho tendremos a elegir profesor.

Ella se tomó su tiempo antes de responder, pero cuando lo hizo abordó un asunto completamente distinto.

–Pensaba comprarle a Yuma algo de ropa para el campamento de verano. No puedo, ¿verdad?

–¿De qué ropa hablas? ¿Le hace falta algo?

–Debería llevar ropa de montaña porque parece ser que hay actividades en el río, pero es imposible, claro.

–¿Imposible por qué? ¿Por qué no se la compras? –dijo él esforzándose por ocultar su irritación.

Si se trataba de ropa, Yuma tenía mucha, demasiada incluso, porque, de hecho, al colegio iba en uniforme. Tenía para vestirse en cualquier momento y situación, para jugar en la calle, para ir al centro, para estar en casa. Kazuki no entendía la necesidad de comprarle, además, ropa específica para el campamento de verano, pero si de verdad le hacía falta, pues adelante. Después de todo, su situación no era tan acuciante como para no poder permitirse una o dos prendas. Pero Makiko no se refería a eso. Si le hablaba de las clases de Inglés de Kento o de la ropa de Yuma era

porque, en realidad, quería decir otra cosa. «¡Vamos, bañera, caliéntate ya!», volvió a implorar Kazuki como si tuviera control mental sobre ella. Lo que no quería de ninguna manera era enfrentarse a esa otra cosa de la que quería hablar Makiko.

–El colegio donde estudié…

Sus sortilegios no causaron efecto. Makiko arrancó y él doblo el periódico con brusquedad.

–… En verano dábamos clases en Karuizawa. En invierno, en Nagano, y en otoño teníamos que ir vestidos de etiqueta. Teníamos ropa nueva para cada ocasión. Para mí era lo normal y me gustaría que Yuma tuviera lo mismo.

Kazuki oyó en ese instante el aviso del programador de la bañera. El agua estaba lista. «Pi, pi, piii.» El pitido sonó como una salvación. Se levantó sin más contemplaciones.

–La bañera está lista. Me voy a bañar.

Salió del salón y Makiko se quedó sola delante de la mesa. Escuchó un suspiro a sus espaldas y pensó que había demasiado drama en todo aquello.

Al parecer, Makiko creció en una familia con una situación muy desahogada. Si Kazuki añadía ese «al parecer» cuando pensaba en ello, era porque cuando la conoció, su padre, dueño de una empresa, ya había fallecido y la situación familiar era muy distinta. Vivía con su madre en un piso en Setagaya y la primera vez que fue allí pensó que esa idea de vivir desahogadamente no coincidía en absoluto con aquella casa por la que habían pasado ya más de treinta años. Era un piso de dos habitaciones, salón y cocina independiente. Los muebles desentonaban, producían una sensación de desorden. Makiko y su madre se apresuraron a explicarle que hasta hacía solo diez años habían vivido en una casa con un jardín de seiscientos metros cuadrados en la mejor parte del barrio de Ota y, también tenían una casa de verano en Karuizawa, además de otra en la altiplanicie de Izu. Si en ese momento se encontraban en una situación tan incómoda era a causa del fallecimiento del padre y de la consiguiente quiebra de la empresa. Le enseñaron un álbum de fotos donde se veía a una familia relajada, feliz, a una Makiko vestida elegantemente. Todo aquello lo sedujo mucho.

Makiko empezó a cambiar cuando llegó el momento de buscarle colegio a Yuma. A partir de entonces todo lo comparaba con su vida anterior, su propia infancia con la de sus hijos. «Mis padres hacían esto y aquello por

mí –decía– y yo no puedo hacer lo mismo por mis hijos. No puedo darles la vida que he disfrutado yo, una vida en la que no faltaba de nada e incluso donde sobraba.» Empezaron entonces sus lamentos, sus veladas acusaciones por tener un salario demasiado bajo, nada que ver con lo que siempre ganó su padre.

En un principio no prestó atención a sus quejas. Estaba agradecida con lo que la vida le ofrecía o eso pensaba Kazuki, al menos.

Cuando se compraron el piso donde vivían desde hacía diez años, ella hubiera preferido más bien algo en el centro de Tokio, pero cuando su realidad financiera los empujó hasta ese, él asumió que se había resignado a la situación y se daba por satisfecha. Lo cierto es que le sonrió y le dijo: «Gracias a ti podremos vivir en una casa bonita». Kazuki pensó, incluso, que había hecho buenas migas con otras mujeres del barrio a las que conocía de la guardería o de la biblioteca.

Por eso le sorprendió tanto cuando empezó a reprocharle una y otra vez que no tendrían que haberse mudado a un barrio tan incómodo como aquel. Por entonces Yuma estaba en su último año del parvulario. Para Makiko todos los buenos colegios estaban en el centro de Tokio y tener que desplazarse hasta allí todos los días sería un auténtico problema. A Kazuki, por su parte, el colegio público del barrio le parecía suficiente, pero ella insistió en matricularla en uno privado. La niña terminó por presentarse a las pruebas de acceso para unos cuantos privados y cuando la admitieron en uno donde podía cursar desde primaria hasta una carrera de grado medio, hasta él se alegró. Kazuki la acompañaría la mitad del trayecto y, para celebrarlo, fueron a cenar a un restaurante cerca de casa. Makiko se veía contenta y disfrutó de la cena, pero apenas había pasado un mes cuando empezó a ponerle pegas también a ese restaurante. Sentía por Yuma, dijo, haber celebrado un acontecimiento tan importante para ella y para su vida en un restaurante de barrio tan corriente, no haber ido a cenar a un buen hotel o, al menos, a uno de primera categoría en el centro de Tokio. Kazuki no daba crédito a lo que oía.

A partir de entonces, Makiko adoptó esa actitud. Cada día peor, de hecho. No dejaba pasar la mínima antes de empezar a comparar la triste realidad de su presente con la fastuosa de su infancia, a soltar su retahíla de quejas. Kazuki se hartó. Si tenía algo que decir que lo hiciera abiertamente de una vez por todas, le inquirió. Si él podía solucionarlo lo haría y, en caso contrario, como poco pensarían juntos en la solución. Su respuesta, sin

embargo, se limitó a un parco «no tengo nada que decirte. No quiero que hagas nada. Solo digo lo que pienso. Me siento impotente por no poder hacer con mis hijos lo mismo que mis padres hicieron conmigo, nada más». Atónito, a él solo se le ocurrió responder que si se trataba de cosas materiales podía buscarse un trabajo ella también. Makiko rompió a llorar. Cómo podía decirle eso, cómo podía sugerir siquiera que se pusiera a trabajar.

Perdió los nervios y su llanto no se calmaba. Kazuki trató de ignorarla, hacer oídos sordos ante sus comentarios hirientes porque por ese camino no iban a ninguna parte, tan solo a saltar de pelea en pelea, a deprimirse, a los reproches por no ganar suficiente dinero.

Desde hacía tiempo Makiko solo abría la boca para lamentarse de la situación en la que vivían sus hijos, y él, empeñado en ignorarla, hacía lo imposible por volver a casa lo más tarde que podía. Aceptaba sin rechistar todas las horas extra que le caían encima, cualquier clase de invitación para tomar algo a la salida del trabajo. Makiko había empezado a beber con la excusa de que no podía dormir, pero él pensaba que lo hacía a propósito. Era su forma de vengarse de él por volver tarde.

Se metió en la bañera y encontró unos cuantos pelos flotando en el agua. El más corto de color castaño era de Yuma. Otro muy liso y negro, de Kento. Todo el mundo decía que Yuma se parecía a su madre, y Kento, a él. Atrapó el cabello fino y lo observó detenidamente.

De pronto se acordó de Rika. De Rika Kakimoto, la mujer con la que salió una temporada en su época de estudiante. Era una chica reservada, seria, que nunca abandonaba el círculo que la protegía. En eso se parecía a él. Nunca llegaron a acostarse.

Cuando se casó con Makiko, su jefe la halagó y le dijo que le parecía una mujer inteligente, devota, desinteresada, una persona maravillosa, en resumen. Kazuki se sorprendió cuando cayó en la cuenta de que ser «desinteresada» se podía considerar una alabanza. Pensó en Rika, porque si se trataba de desinteresada, él no conocía a ninguna mujer que la superara.

Cuando salía con ella, Kazuki se planteó en alguna ocasión la posibilidad de pedirle matrimonio. Aún estudiaban y no se hacía una idea cabal de lo que significaba el matrimonio en realidad. Ahora, sin embargo, no podía evitar preguntarse qué sería de él si todavía tuviese veinte años, si aún fuera estudiante, si orientase mejor su relación con ella. En cualquier caso, ya por entonces albergaba un deseo de casarse poco habitual para un

chico de su edad y, además, la quería de verdad.

Kazuki no se la quitó de la cabeza mientras se bañaba. ¿Qué habría sido de él si se hubiera convertido en su esposa? ¿Su vida habría sido más interesante? Rika era una chica «desinteresada». ¿Se habría quejado también con el transcurso del tiempo? ¿Habría hecho comentarios irónicos sobre su salario? ¿Habría vuelto él antes a casa? ¿Habría cometido ella semejante delito?

La televisión se ocupaba de otras noticias como si el mundo se hubiera olvidado por completo de la existencia de Rika, pero él no podía sacarla de su mente. En la revista leyó que una parte del dinero se la había entregado a un hombre joven, pero él pensaba que la realidad debía de ser muy distinta. No creía que hubiera perdido la cabeza por un joven ni tampoco que se hubiera dejado arrastrar. Como mucho le habrían dado ganas de saltar la valla de seguridad que había a su alrededor. La Rika que él conoció estaba encerrada detrás de una valla alta y firme, como les sucedía, por otra parte, a muchas personas. Por eso pensaba como pensaba y nada podía convencerla de lo contrario.

Salió de la bañera, se lavó la cabeza deprisa, se enjabonó el cuerpo, se enjuagó y volvió a sumergirse. Clavó los ojos en el techo moteado de gotas de agua. Oyó el ruido de la puerta del dormitorio. Makiko debía de haber entrado para buscar su maletín. Lo inspeccionaba todas las noches mientras se bañaba. Comprobaba el móvil, la agenda, los documentos de trabajo e incluso lo que llevaba en la cartera. Ya que estaba ocupada con su inspección nocturna aprovechó para quedarse un poco más en la bañera porque el proceso de revisión le llevaba cerca de veinte minutos.

A ella no le haría la más mínima gracia que él se pusiera a revolver y a curiosear en sus cosas. Estaba seguro. Lo mismo le ocurría a él.

RIKA UMEZAWA

Rika cayó en la cuenta de que faltaba poco para el monzón. Lo había leído en la guía de Tailandia que había comprado en el centro comercial. No había tardado mucho en acostumbrarse al cuartucho del hostal sin aire acondicionado y sin muebles y empezaba a pensar que, tal vez, lograría huir. No obstante, por precaución, decidió cambiar de alojamiento cada semana. No tenía la más remota idea de cuántos hostales como aquel podía

haber en la ciudad, pero nada más salir a la calle se topó con uno parecido sin necesidad de tomarse demasiadas molestias. No le pidieron el pasaporte ni tampoco que rellenara una hoja de registro. Tan solo bastó un depósito de cincuenta bats y, nada más entregar el dinero, le dieron las llaves. La maleta que había traído de Japón la había dejado en el primer hotel donde se alojó. Después se compró una mochila cualquiera y redujo sus pertenencias al mínimo para que le cupieran allí.

–Te hospedas en el Sawatdee Guest House, ¿verdad?

Se lo preguntó alguien mientras comía unos tallarines con albóndigas sentada frente a la pared de un pequeño restaurante. Sobresaltada, se giró despacio. En la mesa de atrás había tres jóvenes y la pregunta venía de uno de ellos. Eran dos chicos y una chica vestidos con ropas *hippies*, coloridas camisetas y pantalones de tela fina. Rika lo miró fijamente y el otro pareció dudar de si entendía o no su idioma.

–¿Eres japonesa? –insistió su amigo.

–Sí –contestó Rika.

–Te alojas en el Sawatdee Guest House, ¿verdad?

El chico de cara redonda volvió a repetirle la misma pregunta. No recordaba el nombre del hostal, puso cara de circunstancia y asintió sin convicción.

–Nosotros también –dijo el chico–. Te hemos visto en la recepción.

Al sonreír parecía aún más joven.

–Es barato y las habitaciones son amplias. ¿Has visto chinches? A mí me pica todo el cuerpo.

En esa ocasión fue la chica con el pelo recogido en un moño quien se dirigió a ella con un gesto simpático.

–Eso seguro que fue en Chiang Rai –dijo el tercero, el chico con gafas–. Nosotros estamos bien.

–Eso es porque sabéis tan mal que ni las chinches se atreven a chuparos la sangre.

Volvieron a hablar entre ellos quizás para no importunarla y Rika aprovechó para darse media vuelta y terminar su comida. Al poco se levantó y anunció:

–Debo marcharme. Encantada.

Saludó con una sonrisa y salió del restaurante.

Caminó deprisa por un laberinto de callejones con la idea de buscarse otro alojamiento cuanto antes, pero se le ocurrió de pronto que de hacer

algo así quizás levantaría sospechas. Lo mirase como lo mirase, lo cierto es que solo parecían tres mochileros despreocupados. Por su aspecto se diría que hacía mucho tiempo que no pisaban Japón. Por tanto era imposible que supieran algo de ella.

Salió a una calle algo más ancha por donde, así y todo, apenas cabía un coche. Una moto pasó a su lado a toda velocidad. Entró en una tienda de regalos. La penumbra del interior le provocó una especie de fundido a negro y solo cuando sus ojos se adaptaron pudo echar un vistazo a una estantería repleta de objetos. No sabía qué podía comprar. La vista se le aclaró poco a poco. Una pareja mayor de occidentales, vestidos con pantalón y camiseta de manga corta, hablaban en voz alta delante de la estantería de las especias. La dependienta estaba al fondo de la tienda con una revista abierta encima de la caja registradora. Concentrada en la lectura, se comía su almuerzo.

«Debería inventarme la biografía de otra mujer –pensó Rika–, convertirme en ella. Después de todo, no es muy habitual ver a una mujer de mi edad, soy mucho mayor que esos chicos, viajando sola sin limitaciones de tiempo. Aunque, bien pensado, también sería muy raro hacer un viaje corto y alojarme en un hostal de mala muerte como ese. ¿No debería interpretar el papel de una mujer adulta que se ha propuesto hacer un viaje de un mes? ¿Acaso hay en todo Japón una sola persona que pueda permitirse el lujo de disfrutar de un mes entero de vacaciones? ¿Y si represento el papel de una ama de casa recién divorciada, el viaje, por así decirlo, de un corazón solitario? ¿O el de una mujer que repite la aventura pobre de su época de estudiante? ¿O el de una dama extravagante que siente la necesidad de ser otra?»

No solo se trataba del grupo de jóvenes de hacía un rato. En Bangkok, a menudo otros viajeros se acercaban a ella. Rika estaba convencida de que el clima cálido y la excitación propia del viaje servían para difuminar las cautelas entre la gente, impedían respetarlas con quienes aún las mantenían. En lo más profundo de su ser deseaba que no le hablase nadie, se esforzaba por marcar las distancias, pero aun así terminaban por hacerlo. Se dirigían a ella ya fuera en la recepción de los hoteles donde se hospedaba, en los restaurantes, en los mercados e incluso, a veces, en plena calle. Solían preguntarle si viajaba sola y ella no llegaba a saber si solo lo hacían por intercambiar unas cuantas palabras. Sumergida en la penumbra de la tienda de regalos, Rika se entusiasmó con la biografía de esa nueva mujer que, a

partir de ese momento, iba a tener que enfrentar todos esos desafíos. Estaba tan entregada a su fantasía que incluso le dieron ganas de reírse.

Al día siguiente por la tarde salió para comprar agua, tallarines instantáneos y un tubo de pasta de dientes. Fue a un bazar cercano y enseguida regresó al hostal. La puerta de la calle estaba abierta. Delante de la recepción había un televisor de catorce pulgadas con unas cuantas sillas alrededor. En una de ellas estaba sentado uno de los chicos con los que se había cruzado el día anterior en el restaurante. Lo reconoció por la cara redonda, por ese gesto casi infantil cuando sonreía. Estaba concentrado anotando algo en un cuaderno, pero debió de notar su mirada, levantó la cabeza y la saludó con un hola.

–Hola –respondió ella a su vez con una sonrisa en los labios.

Estaba algo más tranquila porque ya no era la Rika Umezawa a la que buscaba la policía. Estaba a punto de marcharse convencida como estaba de su nueva identidad, pero el chico le habló:

–¿Dónde estabas antes de acabar en un lugar como este?

Rika se detuvo.

–En Khaosan –mintió con toda naturalidad–. Pero había demasiada gente joven, es famoso por eso, y decidí venir aquí.

–¿Por qué no te sientas un rato? –le dijo al tiempo que le ofrecía una silla.

Podría haberse excusado, decirle que tenía prisa, pero se sentó después de dudar unos instantes. Quería comprobar si funcionaba ese nuevo yo recién estrenado y no porque la sonrisa del joven le hubiera hecho sentir algo especial, sino para convencerse a sí misma.

–¿Viajas sola? –le preguntó.

–Sí. Han sucedido muchas cosas.

Le respondió con toda la ambigüedad de la que era capaz porque si le hablaba de golpe de un divorcio, pensó, quizás sonase a mentira. Echó un vistazo al cuaderno que había dejado a un lado de cualquier manera.

–Es del hotel –le explicó él–. Es un cuaderno donde los viajeros anotan cosas, informaciones prácticas.

Rika había pasado muchas veces por la recepción y nunca lo había visto. Lo alcanzó y empezó a hojearlo.

–Se está jugando el Mundial de Fútbol entre Japón y Corea. ¿Cómo nos habrá ido?

Rika no contestó a su pregunta y en lugar de eso le hizo una

observación:

–Hoy no estás con tus amigos.

El cuaderno estaba escrito en toda clase de lenguas, en inglés, japonés, alemán, francés, coreano y chino. Rika se concentró en los ideogramas japoneses: «Consejos –leyó–, el baño de chicas de la estación de autobuses no funciona. Si vais a viajar en un autobús de largo recorrido deberíais buscar antes un baño». Seguidamente otra advertencia: «Una agencia de viajes llamada Arrows, cerca de Siam Square, cobra el doble que las demás. ¡Tened cuidado con ellos!». También había un mensaje de alguien que buscaba compañía: «He estado aquí seis meses y ahora me voy a Mae-sai. Una vez allí, si está abierta la frontera pasaré a Myanmar. Si alguien tiene el mismo plan podemos compartir gastos».

–¡Ah, sí, mis amigos! De vez en cuando tengo que dejarlos solos –dijo con una risilla.

¿Una pareja viajando con un amigo?

–¿Estudiáis en la misma universidad?

Se lo preguntó sin apartar la vista del cuaderno.

–No somos estudiantes. Es que han pasado cosas y no podemos estar en Japón.

Rika levantó la vista del cuaderno en cuanto le oyó decir eso y lo miró directamente a los ojos. ¿No podían estar en Japón? ¿Por qué? ¿Qué habían hecho?

–Si tienes tiempo podemos salir a tomar un té. Conozco un sitio cerca del río, pero si prefieres café solo tienen Nescafé.

En lugar de té o café, Rika se pidió una cerveza en aquel lugar con aspecto de tenderete junto a un río con el agua del color del café con leche. Debajo de la mesa dormía un perro color canela, pero no llegó a concluir si pertenecía al local o si se trataba de un simple vagabundo.

–¿Te puedo preguntar qué es eso tan grave que habéis hecho como para no poder volver a Japón? –le preguntó a su acompañante en cuanto le sirvieron la cerveza.

No podía tratarse de algo tan terrible, pensó aguantándose las ganas de reír. Quizás un asunto de drogas, una pelea con la Yakuza o algún problema con amigos. Fuera como fuera, nada comparable a su situación. Dio un trago a la cerveza directamente de la botella.

–No puedo decírtelo –respondió él con una sonrisa cortés–. Lo siento. No es ninguna broma. Por cierto, me llamo Hayama.

–Yo soy Kakimoto –dijo Rika echando mano de su apellido de soltera.

Una familia había ocupado una mesa en una esquina y estaba montando un considerable alboroto. Poco después se oyó un repiqueteo sobre las cabezas y en un instante el cielo se desplomó sobre el tejado en forma de un tremendo chaparrón. Una pareja que caminaba por la calle ocupó una mesa libre para refugiarse del diluvio.

–Hemos llegado en el momento justo –dijo Hayama.

–No podemos hacer nada hasta que escampe –se resignó Rika mientras contemplaba el mundo borroso que había emergido de pronto delante de sus ojos.

Hayama le habló de algunos detalles de su viaje, de cómo habían llegado a Bangkok dos meses antes en uno de esos vuelos baratos desde Japón. Durante todo ese tiempo habían viajado por el norte y el centro del país y ahora tenían intención de llegar a las islas. Después de pasar allí un tiempo, le explicó, la idea era ir a Laos, a Myanmar, luego a Bangladesh y finalmente a India.

–Eso significa que tenéis intención de viajar durante mucho tiempo.

–Sí. De hecho, tal vez no regresemos nunca –le respondió como si nada.

Rika interpretó su actitud despreocupada como una de esas típicas bravuconadas de la juventud. Le resultaba gracioso y al tiempo contradictorio que haciendo gala de esa actitud se preocupara del resultado de la selección japonesa de fútbol en el Mundial. Qué más le daba a él si no iba a volver nunca.

–¿Lo dices de verdad? ¿Se puede hacer algo así?

–Supongo. En Tailandia hay mucha gente en esa situación. Cuando expiran los visados turísticos se van a Malasia o a algún otro país cercano, están allí una temporada y después vuelven. Hemos conocido a un hombre de sesenta años que vive así desde no sé cuánto tiempo.

Rika contempló la superficie del río difuminada por la cortina de lluvia. Estaba inquieta y eso era algo que no podía permitirse. En caso de cruzar a algún país vecino y regresar poco después, terminarían por descubrirla en la frontera y por detenerla. Seguro. No sabía si habían cursado una orden internacional de detención contra ella, ni tampoco nada relacionado con el intercambio de información entre las policías de todos esos países. De todos modos, su caso no era tan sencillo como el de otra gente porque no era alguien que simplemente quería alejarse de Japón.

No podía hacer algo así, pensó. No podía correr ese riesgo. Imposible.

No obstante, se daba cuenta de que existía una posibilidad. Una al menos. Debía de haber una como poco, se dijo a sí misma. Un uno por ciento quizás, aunque no tenía claro en absoluto si lo iba a apostar todo a ese magro uno por ciento. Al margen de eso, la historia de ese hombre viviendo a caballo entre Tailandia y Malasia había despertado su curiosidad.

–No imaginaba que se pudiera vivir así –dijo ligeramente excitada como si hablara para sí misma–. No imagino cómo puede alguien ser capaz de llevar semejante vida.

–No hay nada imposible.

Hayama demostró con su gesto una gran confianza en sí mismo, la arrogancia propia de un joven. Debía rondar los veintidós o veintitrés años, pero no era estudiante según le había dicho y cabía la posibilidad de que fuera algo mayor. Su edad espiritual, por decirlo así, aún era la de un estudiante. Rika dio un trago a la cerveza para intentar sepultar en las profundidades de su cuerpo recuerdos que empezaban a desbordarla.

–Señorita Kakimoto… ¿Tienes pensado ir a alguna otra parte o te vas a quedar en Tailandia?

–No lo sé. Yo tampoco voy a poder regresar durante una buena temporada –dijo medio en broma sorprendida por sus propias palabras.

«Pero ¿qué estoy diciendo yo, si ayer mismo había decidido representar el papel de ama de casa recién divorciada que se ha propuesto repetir un viaje de juventud?» A pesar del repentino nerviosismo se sintió liberada, como si se hubiera quitado de encima una pesada capa que le estuviera cubriendo la totalidad del cuerpo. Una circunstancia le impedía volver a Japón. Hayama no hizo ningún comentario al respecto a pesar de su ímpetu.

–En tal caso lo mejor es que no pases mucho tiempo en Bangkok. Te convendría viajar a sitios más al interior, pero ten cuidado porque si es demasiado apartado debes tener en cuenta que los japoneses llamamos mucho la atención. Conviene más conformarse con sitios donde nadie se fije demasiado en nosotros. Lugares llenos de gente hundida. Chiang Mai, por ejemplo.

–¿Gente hundida?

–Sí. Gente sin billete de vuelta, enganchada a un viaje sin fin. Si has estado en Khaosan habrás visto a muchos así, imagino.

–¿Te refieres a gente joven?

–No necesariamente. Ese hombre de sesenta años del que acabo de hablarte, por ejemplo. También otro con el que me crucé y que resulta que

había participado en los movimientos estudiantiles de los sesenta. Cuando son occidentales la gama se amplía.

–Pareces muy informado.

–Bastan dos semanas para conocer a un montón de gente, para oír infinidad de historias.

Rika asintió y, por un momento, contempló la superficie del río. El diluvio había cesado, pero aún llovía. El río bajaba con un caudal torrencial; la superficie del agua, salpicada de espumarajos blancos. Miró el reloj. Casi las cinco de la tarde. Se dio cuenta de que hacía mucho que no hablaba tanto rato con alguien. Tenía ganas de seguir.

–Parece que aquí también se puede comer. ¿Te apetece algo?

–Si vas a comer tú, sí.

–De acuerdo –dijo con una sonrisa en los labios.

Hayama llamó a la camarera y enseguida se presentó una chica con una camiseta y el pelo recogido en una trenza. Hayama gesticuló para hacerse entender, recurrió a alguna palabra tailandesa, chapurreó un poco de inglés y, como último recurso, se ayudó de los dedos. La chica sonrió con un gesto inocente y desapareció detrás de una cortina donde debía de estar la cocina.

Les sirvieron salteado de pollo con albahaca y arroz cubierto con tortilla. Rika pidió dos cervezas más y empezó a comer. El primer bocado le supo ligeramente dulce, pero cuando alcanzó la garganta se dio cuenta de que estaba tan picante que apenas podía creerlo.

–¡Cómo pica! –dijo como pudo.

Hayama se rio. Rika quería llorar y no tuvo más remedio que apurar la cerveza antes de seguir con la comida. Hacía tiempo que no se divertía mientras comía en compañía de alguien. Hacía apenas un rato, había logrado cerrarle el paso a los recuerdos que le brotaban en cuanto se relajaba y volvían a desbordarse como el agua al más mínimo descuido. Le iría mejor ponerse a hablar de cualquier cosa, pensó mientras se llevaba la cuchara a la boca. No tenía ni idea de por qué no podían volver a Japón, pero sabía perfectamente por qué no podía hacerlo ella.

–¡Mira, el arcoíris! –exclamó Hayama señalando con la cuchara.

Rika levantó la vista del plato. Había escampado casi del todo y entre las nubes empezaban a colarse los rayos del sol. Más allá de la corriente marrón del río, lucía en lo alto del cielo un tenue arcoíris. Hayama lo contemplaba y daba tragos a la botella de cerveza. Sin tomarse la molestia de disimular, Rika se fijó en su nuez sobresaliente cuando subía y bajaba y

pensó que quizás no se sorprendería tanto si le contaba algunos detalles de su situación. A lo mejor incluso podría ayudarla. Hayama notó su mirada. Rika apartó los ojos y los clavó sin ninguna razón en concreto en los restos del arroz adheridos al plato.

–Deberíamos irnos –dijo.

De seguir allí más tiempo, pensó, terminaría por hablar de cualquier cosa, de abrir su corazón a ese chico del que apenas sabía su apellido.

–Yo te invito –le dijo mientras detenía la mano con que sacaba dinero de su cartera.

Un *déjà vu*, pensó, si bien comprendió enseguida que solo se trataba de un recuerdo. Se acordó de los acontecimientos de unos meses atrás, de esos días que la habían conducido hasta ese momento. La mano le temblaba ligeramente, la misma mano que había levantado para llamar a la camarera. La sacudió sin que él se diera cuenta. La chica con la trenza le hizo una señal con los dedos para indicarle la cantidad.

–¿Lo dices de verdad? Te lo agradezco mucho. Es de gran ayuda –dijo él con una sincera gratitud.

Rika, por su parte, no dijo nada. Se limitó a sonreír y le dio el dinero a la chica que desapareció de inmediato al fondo de la sala para regresar enseguida con las vueltas.

–El dinero de este país parece de juguete –dijo Rika con una sonrisa mientras se lo guardaba en la cartera.

–Todos los billetes nuevos parecen de mentira, pero se vuelven reales muy pronto y si encima estás de viaje basta perder diez miserables bats para que se convierta en un auténtico descalabro.

–Es dinero, al fin y al cabo –dijo Rika mientras se levantaba–. *Kop khun khrap* –agradeció en tailandés al salir.

«Es dinero, al fin y al cabo», repitió para sus adentros. Hayama la siguió. El pavimento estaba mojado y de los tejados resbalaban gotas de agua a pesar de que ya no llovía. Caminaron juntos de regreso al hostal.

–Si vas a estar por aquí más tiempo podríamos comer juntos otro día. Mis amigos son simpáticos y seguro que les gustará conocerte.

–No estaría mal –contestó Rika sin tener claro si de verdad querrían hablar con ella o si Hayama quería ganarse otra invitación.

De inmediato se sintió miserable por pensar así.

–Tengo que ir a comprar algo –dijo él–. Nos despedimos aquí. Gracias otra vez por la comida –le dijo con una reverencia formal justo delante de la entrada del hostal.

Después dio media vuelta y se apresuró a saltitos por la calle inundada de charcos. Le hubiera gustado hablar más rato con él, pero al mismo tiempo le aliviaba perderle de vista.

«Kota Hirabayashi», murmuró Rika. Pronunciaba así un nombre en el que trataba de no pensar. Qué estaría haciendo Kota en ese momento. ¿Habría dado la policía con él? ¿Habría mantenido la versión de que no sabía nada, como ella había tratado de convencerlo? Pensaba en él, pero su imagen se le antojaba muy difusa, indefinida. Se esforzó por traerlo de vuelta a su memoria, pero lo confundió con ese Hayama con quien acababa de tomarse una cerveza, ese chico de nuez prominente, con las manos bronceadas, los labios agrietados y la piel seca. Rika se sorprendió por ese inesperado espacio en blanco cuando hacía no tanto estaba convencida de no haber estado nunca tan enamorada de nadie. Murmuró otra vez el nombre de Kota y seguidos aparecieron los de su marido, Masafumi, y los de sus padres. Lo sentía por ellos. Debían de estar muy enfadados y decepcionados con ella. Ojalá, esperaba, la olvidasen pronto, la olvidasen para siempre.

Cuando quiso darse cuenta había perdido de vista a Hayama entre la multitud de la calle. Volvía a hacer calor. La fugaz tregua de fresco que había traído el chaparrón se esfumaba. «Chiang Mai. Iré a Chiang Mai», se dijo antes de entrar en el hostal.

AKI NAKAYO

Aún tenía media hora libre hasta la cita. Aki Nakayo echó a andar en dirección a unos grandes almacenes con la idea de que lo mejor sería llegar cuanto antes a la cafetería. Eran las seis de la tarde pasadas, pero aún resplandecía un sol radiante en lo alto de un cielo teñido de azul claro. La calle Koshu estaba abarrotada de gente, la mayoría eran jóvenes que, a buen seguro, salían de copas. También había hombres y mujeres de vuelta a casa después del trabajo. Se fijó en una mujer de mediana edad que hablaba en voz muy baja, en un repartidor de publicidad y en un grupo de chicos de aspecto sombrío que hacían proselitismo de una secta.

Decidió echar un vistazo en una tienda de una conocida marca de lujo situada en la primera planta de los grandes almacenes. Se fijó en los bolsos y en los zapatos del escaparate expuestos con mucha distancia entre ellos, como si en realidad se tratasen de obras de arte. Le llamaron la atención unas sandalias de piel y las cogió para examinarlas en detalle. Eran unas delicadas sandalias de color verde oscuro con tacón bajo.

–¿Le gustaría probárselas? –le preguntó una dependienta.

Aki miró el reloj y confirmó que aún tenía diecisiete minutos antes de su cita.

–Sí, por favor –contestó con una sonrisa.

Nada más deslizar en ellas sus pies y comprobar que era su talla se decidió a llevárselas. Pagó los setenta y ocho mil yenes con su correspondiente diez por ciento de IVA con la tarjeta de pago fraccionado, y cuando la sacó de la cartera pensó en Rika Umezawa.

No tenía intención de comprarlas, cierto, pero para cuando se arrepintió la dependienta ya se había marchado con la tarjeta.

A Rika Umezawa la buscaban desde el pasado mes de abril por un delito de apropiación indebida. Era conocida de Aki. Durante años apenas mantuvieron contacto, pero Aki siempre la consideró una de sus pocas amigas verdaderas fuera del trabajo. A veces le daba por pensar que lo había hecho otra persona, no Rika, y que la acusaban injustamente.

Aki se acordaba a menudo de ella. Cuando compraba se le venía su imagen a la mente a la hora de pagar. De seguir comprando así, sin pensarlo dos veces, como acababa de hacer en ese momento, lo más probable era que también ella acabase por apropiarse indebidamente del dinero de la empresa. Sin embargo, pronto rechazó esa idea. «Eso es imposible –se dijo–, yo no soy una compradora compulsiva ni tampoco me hago ilusiones sobre mi situación económica. Solo gasto el dinero que he ganado y lo hago cuando me apetece. Tengo algunas deudas, sí, pero nunca me he retrasado en los pagos. Sé distinguir perfectamente entre mi propio dinero y el de la empresa.»

Al pensar de ese modo no pudo evitar sentir una especie de repugnancia hacia sí misma porque, en el fondo, juzgaba y acusaba inconscientemente a Rika.

La dependienta volvió con la tarjeta y la factura sobre una bandejita. Firmó y, cuando estaba a punto de hacerse con la bolsa, se acordó de que tenía una reunión y no podía presentarse allí con una bolsa de una famosa

marca de lujo. Le pidió a la dependienta que se la enviase a casa por mensajero y, sin perder de vista la hora, rellenó el formulario con su dirección.

Se apresuró hasta la cafetería donde tenía la cita. Atardecía y en la calle empezaban a encenderse las primeras luces de neón. Cuando llegó a la cafetería situada en una galería comercial subterránea, ya habían pasado dos minutos de la hora fijada. Miró dentro y comprobó que la persona con quien había quedado estaba sentada a una mesa situada en una esquina del local con un café con hielo enfrente.

–Lo siento –se disculpó con una inclinación de la cabeza–. ¿Ha esperado mucho?

Se sentó frente a la mujer que dejó encima de la mesa el libro que leía.

–No te preocupes –le dijo ella tuteándola–. He aprovechado para leer un rato.

Aki pidió un café, sacó unos documentos del bolso y los dejó encima de la mesa.

–Debo resolver unos asuntos de trabajo antes de ir a cenar. ¿Le importa?

Trabajaba en una editorial especializada en libros de cocina. Dos años antes, la empresa había retomado la publicación de una revista dirigida a jóvenes amas de casa y habían nombrado editora a Aki. En la revista se ocupaban también de otros asuntos, como decoración de interiores, viajes, cine, cosmética… Era la primera vez que la editorial trataba sobre temas no estrictamente relacionados con la cocina y gracias a eso la revista se vendía bien y se había ganado una reputación. Yoko Maeda colaboraba como columnista y era una firma muy popular entre sus lectoras. Ya habían trabajado juntas en alguna otra ocasión y Aki se relajaba en su compañía. Tenía treinta y dos años. Era una mujer tranquila, una persona muy distinta a la que una imaginaba cuando leía su columna, siempre directa y chispeante. Una vez solucionados los asuntos pendientes, le dijo entre risas:

–Señorita Nakayo, tengo hambre.

–De acuerdo, vamos. He reservado mesa en un restaurante cerca de aquí. ¿No le importa caminar un poco? Viene también un redactor de la revista.

Aki se levantó la primera para hacerse cargo de la cuenta.

–Por cierto, me he enterado de que esa mujer desaparecida a la que acusan de robo era amiga tuya.

Se lo dijo mientras caminaban entre el gentío por el barrio de

Kabukicho.

–¿Qué? –le respondió Aki sorprendida.

–Me lo ha contado el señor Iwata. Es algo increíble lo de esa mujer.

Aki imaginó la expresión de Iwata, el jefe de redacción y pensó: «¡Maldito bocazas!».

La primera vez que apareció la fotografía de Rika publicada en el periódico, su nombre en el pie de foto, se quedó tan helada que no pudo evitar confesarle que era su amiga.

–¿Le gustaba el lujo? –le preguntó Yoko mientras caminaban.

–No lo sé, la verdad.

–El artículo que leí sobre ella –insistió Yoko como si tratase de despejar su ambigüedad–, aseguraba que era una mujer esclava de las marcas, y que incluso para ir al supermercado se ponía un modelito de Jil Sander.

A Aki le dio un vuelco el corazón. Ella también se ponía «modelitos» para ir al supermercado y eso que solo estaba a dos minutos a pie de su casa.

–No creo que fuera para tanto. Las revistas y los programas de televisión exageran siempre.

–Tienes razón. Tocan todo tipo de asuntos y eso hace que la verdad se difumine. Yo misma participo de eso –confesó con una risotada–. De todos modos, me parece increíble que conozcas a esa mujer. En la tele dicen que era muy guapa, pero en las fotos no me lo parece tanto. ¿Cómo era en realidad?

–Es guapa, sí –dijo mientras se esforzaba por recordar su aspecto–. Siempre fue una chica seria, tranquila, no sé cómo decirlo. No creo que ella se considerase una belleza.

–En tal caso han elegido las fotos a propósito. En una se la veía muy arreglada. ¿Era virtuosa? Quiero decir, ¿tenía un carácter distinto al que muestran esas imágenes?

Aki no supo qué contestar a su pregunta. Rika siempre fue una chica seria, en efecto. ¿Seriedad y virtud eran equivalentes? No lo sabía. En cualquier caso, habían perdido el contacto desde hacía años.

–Me extraña oír la palabra «virtud» de sus labios –dijo Aki con una sonrisa para esquivar la respuesta. No obstante, su interlocutora no parecía dispuesta a renunciar tan fácilmente.

–¿Hace cuánto que no sabías nada de ella?

–Cinco años al menos. Yo tampoco me lo creía cuando lo leí.

–Cinco años. Eso significa que en ese momento ya había empezado a robar. ¿Cómo era por aquel entonces?

A Aki le desagradó ese tono inquisidor, pero aun así se esforzó por sonreír.

–¿A qué se refiere?

–No sé, si gastaba mucho dinero o no.

Como no dejaba de insistir no le quedó más remedio que responder:

–No, lo normal. La verdad es que todo en ella era muy normal. ¡Ay! El semáforo está en verde. Démonos prisa.

Aki se echó a correr para escabullirse porque cada vez se sentía más incómoda.

Iwata las esperaba ya en el restaurante al final de la avenida Shokuan donde se habían citado. Estaba muy concurrido y del interior emergía un gran bullicio a través de las puertas y ventanas abiertas. Brindaron con cerveza y observaron cómo la camarera disponía la carne sobre la parrilla. Aki se sintió aliviada cuando ambos empezaron a hablar de comida, de restaurantes, gracias a lo cual Yoko se olvidó de Rika. Sin embargo, mientras preparaban una pieza de carne de cerdo envuelta en una hoja de lechuga acompañada de puerro y todo ello sazonado con salsa de miso, retomó el tema.

–Le preguntaba hace un momento a la señorita Nakayo cómo era esa mujer en realidad.

–¡Ah, sí! Es increíble que una persona cercana pueda convertirse de la noche a la mañana en una delincuente a la que busca la policía.

El tema animó a Iwata.

–¿Cómo era? –le preguntó él también–. ¿Se relacionaba con muchos hombres?

Se metió en la boca un trozo de carne envuelto en lechuga.

–Ya lo he dicho antes. Era una mujer normal y corriente. No había nada llamativo en ella. Señorita Maeda, ¿quiere otra cerveza o prefiere beber otra cosa?

Yoko leyó atenta la carta que le entregó.

–Es la gente normal y corriente la que da más miedo. Siempre se dice lo mismo: fulanita parecía incapaz de tal o cual cosa, fulanito era un buen vecino que saludaba a todo el mundo. Hmm… Voy a pedir *makgeolli*.

–Yo también.

Aki llamó a la camarera para pedir tres vasos y una botella de

makgeolli. Volvió enseguida y Aki misma lo sirvió con una cuchara.

–¿Cómo es que erais amigas? ¿Erais compañeras de universidad? –le preguntó Iwata.

–Somos de la misma edad, pero no fuimos compañeras. Estudiábamos en la misma universidad, sí, pero ella una carrera de grado medio, y yo, una superior. En realidad, nunca nos cruzamos.

–¿Cómo os conocisteis entonces?

Aki hubiera preferido no contar la verdad, pero no encontró escapatoria. Ambos la miraban en silencio y no le quedó más remedio que confesar.

–En un curso de cocina.

–¿Qué? ¿De cocina? ¿Ibas a clase de cocina? Por cierto, te has divorciado, ¿verdad?

Iwata lanzó su batería de preguntas en un tono a un tiempo inquisitivo y de sorpresa. Yoko abrió mucho los ojos mientras se inclinaba sobre la mesa.

–¿Cómo? ¿Has estado casada, señorita Nakayo?

–Sí, después de terminar la universidad empecé a trabajar en una empresa, en una imprenta. Me casé y dejé el trabajo después de caer enferma. Estuve en casa un tiempo y aproveché para ir a clases de cocina y cosas por el estilo. Pero mi matrimonio no funcionaba. Me divorcié y al poco tiempo encontré este trabajo.

Aki trató de contarlo en un tono ligero, como si se riera un poco de sí misma, para evitar así la siguiente pregunta sobre su exmarido, sobre los detalles del divorcio o sobre Rika. Pero Yoko no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad.

–Eso significa que esa mujer era una persona seria de verdad. De no ser así, por qué iba a apuntarse a una clase de cocina. Los medios solo se fijan en los detalles superficiales, en lo más fácil de entender, en si le gustaban o no las marcas de lujo, en si le dio el dinero a su joven amante, pero tal vez solo era una mujer formal y seria que reventó, que no aguantó más.

–¿Reventar? No lo entiendo. ¿No se ha equivocado de palabra?

–¡Qué más da! Ya sabes lo que quiero decir. Hay personas en apariencia muy serias que de pronto cambian por completo. Me pregunto si no será su caso.

Aki no dijo nada. Se limitó a echar un vistazo furtivo a sus dos interlocutores mientras daba un sorbo a su bebida.

«¿Amantes?», se preguntó.

Por mucho que el alcohol empezase a causar efecto, el modo en que

Yoko le hablaba a Iwata, su actitud con él, resultaban demasiado íntimas. Sintió un cierto malestar porque en los últimos tiempos todo lo relacionaba con el amor.

Yoko abrió la carta y pidió *buchimgae* y *japche*. Iwata otro *makory*. Yoko y él conversaban entusiasmados y el tema pasó del delito de Rika a otros más recientes cometidos por gente joven. Aki volvió a lanzarles una mirada furtiva. Parecían disfrutar de una intimidad más allá de la estrictamente profesional, pero le alivió que hubieran perdido el interés en ella y en Rika.

–¿Por qué no vamos a tomar algo a otra parte?

Lo propuso Iwata mientras le pasaba la cuenta a Aki que se acercó a la caja y pidió la factura no sin dificultades para hacerse entender porque el camarero no hablaba bien japonés. Cuando al fin le dio las vueltas y salió del restaurante, Yoko estaba muy pegada a Iwata, sus rostros iluminados por los neones. En cuanto la vieron se separaron con una sonrisa en los labios.

–Gracias por la cena –dijeron al unísono.

Se despidieron sobre la una de la madrugada después de tomar una última copa en un bar cercano.

–Vamos en la misma dirección –le dijo Iwata a Yoko.

Se subieron juntos a un taxi.

Están saliendo, sin duda, pensó Aki un poco turbada por los efectos del alcohol, por la extrañeza de encontrarse sola de madrugada en plena calle. Iwata estaba casado. Se preguntaba si irían a casa de Yoko o a algún hotel.

Pensar en ello no le hizo sentirse disgustada de sí misma como en otras ocasiones. Tampoco reprobaba su actitud. Lo que sintió fue algo parecido a la envidia y le sorprendió.

Ya llevaba un buen rato viendo pasar coches y más coches por la calle, pero ninguno de ellos era un taxi libre. De seguir así no llegaría a casa antes de las dos. Solo de pensar todo lo que aún debía hacer, llegar, desmaquillarse, desnudarse y meterse en la bañera, la desanimaba sobremanera. Mejor dicho, su energía desaparecía solo con pensar en el acto de abrir la puerta de su casa a oscuras en cuyo interior no había nadie.

Al fin apareció un taxi libre. Levantó la mano. Subió y dio la dirección al conductor. Cerró los ojos para tratar de echar una cabezada, pero el hombre no dejaba de hablarle de esto y aquello, que si la economía, que si las obras, que si las enfermedades… No tenía más remedio que contestar

con una sonrisa forzada.

«Trabajo en lo que me gusta, estoy siempre ocupada, mi vida es enriquecedora. Me puedo permitir algunos caprichos sin tener que dar explicaciones a nadie y no me arrepiento de haberme divorciado. Me llevo bien con mi hija, que vive con mi exmarido y con sus padres, y si de momento no tengo novio es, en parte, porque no quiero. En unos meses cumpliré cuarenta y un años, pero tampoco eso me angustia especialmente.»

Solía repetírselo a sí misma, pero lo cierto era que se había separado de su novio un año antes y a veces no podía evitar deprimirse. No le ocurría demasiado a menudo. Una o dos veces al mes como mucho. Volvía a casa del trabajo y se levantaba temprano para ir de nuevo al trabajo, lo cual le provocaba una sensación de vacío, la sensación de que en su vida no iba a ocurrir nada bueno ni emocionante. El divorcio del que no se arrepentía se metamorfoseaba a veces en un estrepitoso fracaso y en momentos así se reprochaba a sí misma muchas cosas, le dominaba la apatía, se le saltaban las lágrimas sin más, ya estuviera en el tren o sentada a su mesa de trabajo. En una ocasión se le saltaron en plena reunión y su interlocutor se quedó paralizado sin saber qué hacer.

Esa noche tenía la impresión de rozar ese precipicio. Sabía por experiencia que si la depresión ganaba la partida, salir de ahí le iba a costar mucho. No tenía escapatoria, sin embargo. Siempre sucedía de golpe, sin ninguna razón aparente.

«Debería animarme un poco», pensó. Buscó desesperadamente dentro de sí misma algo que le levantase el ánimo mientras respondía al taxista con monosílabos.

«¡Eso es! –se acordó de repente–. Me he comprado unas sandalias preciosas.» Se las llevarían a casa al día siguiente y eso le hizo sentirse un poco mejor. Se vio a sí misma calzada con esas sandalias preciosas y pensó con qué combinarlas. «Tal vez podría comprarme una camisa negra sin mangas. Y unos pantalones tobilleros. Blancos, quizás. O negros, no sé. Mañana salgo del trabajo a las siete y tengo tiempo de ir de compras. Me compraré dos o tres cosas para el verano, una buena botella de vino y algo de comida preparada en el supermercado.» Poco a poco notó una excitación, un cierto alivio. «Estoy bien», pensó.

Sentada en el asiento de atrás del taxi volvió a pensar en Rika. ¿En qué se habría gastado esa ingente cantidad de dinero? ¿Qué se habría

comprado? ¿Qué había conseguido con ello? Más bien, ¿qué pretendía comprar o conseguir al hacer algo así? ¿Qué le había pasado? ¿Dónde estaba en ese momento? ¿En qué estaría pensando? Las preguntas brotaban sin cesar, como las burbujas del agua con gas. Sin embargo, era incapaz de encontrar las respuestas. Solo tenía preguntas sin respuesta.

II

II
RIKA UMEZAWA

Rika Kakimoto se casó con Masafumi Umezawa, dos años mayor que ella, cuando tenía veinticinco, en 1986. Lo conoció a través de una amiga de la universidad. Él trabajaba en una empresa de alimentación. Se casaron después de salir juntos algo menos de un año. Rika dejó la empresa de tarjetas de crédito. Había aceptado el trabajo sin demasiado entusiasmo, sin una idea clara de lo que quería para sí misma en el futuro. No renunció porque se hubiera convertido en una carga, simplemente no la divertía, aunque, en realidad, pensaba que sí, si bien siempre pensó que ese nombre impreso en sus tarjetas de visita solo era una pequeña parte de ella misma. Pensar que el paso del tiempo terminaría por metamorfosearla por completo hasta reducirla solo a ese nombre impreso le produjo un miedo indefinido, pero no lo suficientemente claro como para obligarla a cambiar de ocupación, y por eso sintió un profundo alivio cuando Masafumi le habló de matrimonio. Gracias a eso podía decirle adiós a esa parte de sí misma que percibía como algo ajeno. Tomó la decisión de dejar el trabajo tan pronto como se casara y, cuando lo hizo, se mudaron a un piso de alquiler en Setagaya. Se dedicó a ser una ama de casa, empezó a prepararle a Masafumi la comida para llevar, una dieta bien pensada, equilibrada y presentada. Le hacía el desayuno y, cuando se marchaba, limpiaba la casa entera. Por la tarde iba a hacer compras. Volvía y preparaba una cena variada y saludable. Esperaba. En 1989, tres años después de la boda, compraron una casa en Nagatsuta, un barrio del distrito de Midori en la ciudad de Yokohama. Se mudaron allí un mes de abril.

A Rika le gustaba mucho su nueva casa. Era mucho más pequeña que la de sus padres, pero el color crema de la fachada, el tejado azul y las

ventanas tipo *bow window* del dormitorio y la cocina le encantaban. Todo era nuevo, confeccionado con gusto, con delicadeza incluso. Puso cortinas en todas las ventanas y con la misma tela hizo un cubresofá. Cuando Masafumi tenía el día libre, iban juntos a la tienda de bricolaje y al vivero para comprar flores para el jardín.

No obstante, pronto empezó a sobrarle tiempo cuando terminaba con todas sus tareas. Pensó en la posibilidad de tener un hijo y su marido estuvo de acuerdo. Se lo tomó muy en serio, se cuidó, se organizó para asegurarse de mantener relaciones sexuales en el momento justo de ovular, pero no lo logró.

Eso se debía a que no sabía ser mimosa, le dijo Aki haciendo un esfuerzo por no reírse. Hacía tiempo que no la veía y nada en ella hacía sospechar que se hubiera convertido en madre. La había invitado a comer aprovechando que su marido cuidaba del bebé. Estaban en un restaurante italiano en Shibuya, de los muchos que habían abierto últimamente por allí.

Le había contado por teléfono que la niña había nacido sin contratiempos el verano anterior y le había puesto Saori de nombre. Se quejaba a menudo, sin embargo, de que estaba exhausta porque la niña no paraba de llorar en toda la noche, y Rika dedujo que no se verían durante una buena temporada, por lo cual se alegró mucho cuando la llamó para invitarla. Saori estaba a punto de cumplir un año.

Nada más sentarse, Aki extendió los brazos: «¡Cuánta ligereza siente una cuando está sola!», para, acto seguido, quejarse de su marido, de su suegra, lamentarse de lo duro que era criar a una hija, lo rápido que crecía y, por último, como si hubiera estado a punto de olvidarse, se interesó por su trabajo. Rika no sabía hasta dónde contar. Después de todo, su ocupación tenía que ver con el dinero de otras personas y en lugar de hablarle de cosas concretas, le habló de su marido. Había pensado varias veces en ir al ginecólogo, pero se sentía incapaz. Le daba miedo enfrentarse a la realidad de un problema, quizás, sin solución. Le angustiaba también que pudiera ser cosa de Masafumi. De todos modos, tenía veintipocos años y se había convencido a sí misma de que lo mejor era no impacientarse. Se entregaba a los brazos del destino, al saber hacer de la naturaleza.

Abandonó momentáneamente la idea del embarazo y se apuntó a unas clases de cocina. Quería entretenerse un poco, matar el tiempo y, aunque solo asistía una vez por semana, descubrió que se divertía más de lo esperado. El embarazo dejó de estar entre sus preocupaciones. Hizo nuevas

amigas, cosa que no había sucedido hasta entonces en su propio barrio. Con el pretexto de investigar más allá de las clases empezaron a salir juntas para ir a comer a determinados restaurantes del centro de Tokio, a museos también, conciertos. El tiempo que antes le sobraba empezó a faltarle de repente. Comprendió que no estaba tan mal esa clase de vida: dedicarse a pensar en el menú del día siguiente, tener la casa limpia y recogida, cocinar cada vez mejor y salir con las amigas por la tarde de lunes a viernes. Como si quisiera convencerse a sí misma empezó a pensar que, a pesar de no estar exactamente en la rueda de la sociedad, de no contribuir con sus propios hijos, podía, cuando menos, llevar una vida enriquecedora.

Pero aquella sensación no duró mucho tiempo. Fue Masafumi quien la despertó de su sueño. Una amiga de la clase de cocina los había invitado a una barbacoa en su casa de verano en Karuizawa y se lo anunció alegre nada más verle. Justo ese sábado, no obstante, debía trabajar y no podía ir, pero enseguida añadió con una sonrisa: «Ve tú sola si quieres». No tardó en comprender que le tomaba el pelo: «¿Te dejan llevar la merienda? ¿Qué paga te dan?». Era una especie de broma, un juego con sus recuerdos de cuando estudiaba de niña en el colegio e iban, precisamente, a Karuizawa de excursión, pero lo cierto es que no le hizo ninguna gracia. Para ir a la barbacoa de su amiga debía gastar dinero, en efecto, y por un instante fugaz tuvo la impresión de que él le exigía que para gastarse su dinero debía pedirle permiso antes. No se rio. Le pareció una broma de muy mal gusto. «Cuando era pequeña me daban trescientos yenes para la merienda», se limitó a responder. Después se rio en voz muy alta, eso sí, sin ninguna necesidad.

Había algo de victimismo en su actitud, sin duda, pero no pudo evitar darse cuenta de que todo la aburría. En cualquier caso, como no le apetecía ir sola a la barbacoa, al final desistió. De repente, ya se tratase del teatro, de un museo o de un concierto, todo dejó de interesarle.

No fue desinterés exactamente, sino que le dio por pensar que todo cuanto hacía debía contar de antemano con el permiso implícito de su marido. No sabía cómo expresarlo con palabras porque no se le daban bien esas cosas, pero lo cierto era que después de lo que le dijo su marido algo cambió en ella por completo.

Tampoco disfrutaba como antes con las clases de cocina y si no las dejó fue por no quedarse sin nada. Eso sí le daba miedo. Los días de diario se transformaron así en algo aburrido: preparaba el desayuno, la comida para

llevar de Masafumi, muy bien elaborada y presentada, eso sí, lo despedía en la puerta y enseguida empezaba a limpiar la casa vacía. Iba a clases de cocina una vez por semana y cuando volvía repetía lo que había aprendido. Tendía la ropa, sacaba el futón al balcón para airearlo, almorzaba sola mientras veía la tele, pensaba en el menú de la cena e iba en bici al supermercado. En la tele se repetían las imágenes de la caída del muro de Berlín. Rika las contemplaba sin lograr que despertasen en ella el más mínimo interés. Todas las cosas que hacía de buen grado cuando era una recién casada, sin cuestionarse nada, empezaban a perder color, a resultarle vagas, lejanas como ese muro que se veía en la tele.

Ser ama de casa es solo una mínima parte de lo que soy, se repetía a sí misma. El mismo pensamiento que tenía respecto al trabajo antes de dejarlo. Rika Umezawa era solo una pequeña parte de la persona que era ella en realidad.

Masafumi salía de casa temprano por la mañana con la comida que su mujer le había preparado. Volvía alrededor de las nueve de la noche, encendía la tele, cenaba, bebía algo y se iba a la cama sobre las once. En los días libres le gustaba dormir hasta mediodía, aunque a menudo también iba a trabajar. Ella se daba cuenta de lo absurdo de comparar su vida con la de su marido, pero la pobreza espiritual que la acechaba le hacía sentirse abandonada.

No fue Masafumi quien le sugirió que se buscase un trabajo, sino Aki Nakayo, una amiga de la clase de cocina. Eran de la misma edad y habían estudiado en la misma universidad, aunque Aki había cursado un grado superior. La facultad donde se cursaban los grados superiores estaba en Tokio y la de los grados medios, como el de Rika, en la prefectura de Kanazawa, cerca de la de Shizuoka, en un lugar a los pies de las montañas. Por eso nunca se cruzaron en su época de estudiantes. La coincidencia, sin embargo, les alegró e intimaron enseguida. Iban juntas a tomar un té después de clase y quedaban también para comer algunos días de diario. Un día, Aki empezó a faltar a las clases sin previo aviso, pero, aun así, mantuvieron contacto telefónico. Quizás por el hecho de tener la misma edad o quizás por el carácter franco de Aki, Rika sentía que podía contarle todo: «Me siento culpable. Es como si me dedicase a jugar con el dinero de otra persona», le confesó un día cuando intentaba hablarle de la verdadera razón de su aburrimiento.

–¿Por qué no te buscas un trabajo y ganas tu propio dinero? –le

preguntó Aki–. Luego haces con él lo que te venga en gana. ¿O acaso tu marido es uno de esos que considera indigno de una mujer que se ponga a trabajar?

Rika no supo qué contestar porque lo cierto era que no sabía qué clase de persona era Masafumi en realidad.

–Pues no sé qué decirte –dijo al fin–. No lo sé.

Su honestidad le hizo gracia a su amiga.

–No habláis de nada importante, ¿verdad?

En el transcurrir de sus días no existía la más mínima tensión, eso era cierto, pero si se tratase de Aki, ella no tendría ningún problema en admitir sin miramientos que las tareas domésticas le aburrían sobremanera.

–¿Por qué no te buscas un trabajo? –insistió–. Cuando lo encuentres él no podrá oponerse. También yo tengo intención de ponerme a trabajar. A partir de ahora va a haber más mujeres trabajando que encerradas en casa, ya lo verás. ¿No crees? Pareces tranquila, pero, en realidad, eres una mujer muy activa y no te pega estar todo el día metida en casa.

Rika se repitió a sí misma muchas veces las palabras de Aki: «Soy una mujer activa». No se conocía y por eso le sorprendió tanto el comentario.

–En ese caso tendré que dejar las clases de cocina. Tú ya no vienes, pero no te has dado de baja, ¿verdad? Si no nos vemos te voy a echar de menos.

Al otro lado de la línea telefónica se hizo el silencio durante unos segundos.

–Las dejo a final de mes. Ya lo he comunicado. Lo siento. No te había dicho nada, pero seguiremos viéndonos y hablando por teléfono.

«¿Por qué las dejas?» Quería habérselo preguntado, pero no le dio opción.

–Es que me he quedado embarazada.

Después de colgar se dio cuenta de que se había olvidado de darle la enhorabuena. Pensó en volver a llamarla enseguida, pero renunció a la idea porque le pareció demasiado forzado. Se puso el abrigo y salió de casa. Compró unas cuantas revistas de búsqueda de empleo y regresó enseguida. «Me he quedado embarazada.» Por alguna razón las palabras de Aki aún resonaban en su cabeza.

Había infinidad de anuncios de trabajos por horas. En comercio y hostelería, por ejemplo. También en limpieza y servicios informáticos, en atención telefónica y para tareas administrativas de oficina. Ya era por la

tarde. Estaba sentada a la mesa del comedor y marcaba en rojo las ofertas que le interesaban. Sin esperar más, llamó a dos anuncios para solicitar las correspondientes entrevistas. Eran ofertas de trabajo a tiempo completo, uno de ellos era para una empresa de importación y comercialización de vajillas. El otro era para una agencia de publicidad de distribución gratuita.

Por la noche le dijo a Masafumi que tenía intención de volver a trabajar. Él no objetó nada.

–Me parece una idea estupenda –dijo con una sonrisa en los labios.

Nada más. No se interesó por el tipo de trabajo que buscaba, si quería hacerlo a tiempo parcial o a tiempo completo. Nada.

Aki tenía razón cuando aseguraba que no había diálogo entre ellos, pero era algo normal para Rika. Masafumi no hablaba mucho. A cambio era un hombre tranquilo, cariñoso a su manera.

El padre de Rika era un hombre de negocios dueño de una cadena de diez tiendas distribuidas en diversos lugares de la prefectura de Kanagawa. Casi nunca estaba en casa. Nunca había visto a sus padres consultarse algo, intercambiar palabras íntimas. A decir verdad, tampoco ella había disfrutado de una relación así. Suponía que Aki sí se lo contaba todo a su marido porque era una mujer moderna, una mujer de su tiempo.

Dos días después de la entrevista con la empresa de importación de vajillas le comunicaron que rechazaban su solicitud. No se esperaba semejante respuesta y se sorprendió mucho. Jamás había pensado que hubiera algo negativo en ella como para que una empresa la rechazara. Ese mismo día por la tarde tenía la siguiente entrevista y la noticia la inquietó. Quizás tampoco se interesaran por ella, pensó. Finalmente, decidió no presentarse.

Salió de casa porque tenía que hacer una gestión en el banco y fue allí donde encontró un panfleto en el que ofrecían trabajo flexible por horas. Estaba leyéndolo detenidamente en casa cuando Aki la llamó.

–Te llamaba para preguntarte por el trabajo del que me hablaste el otro día –le dijo.

Rika se lo contó todo, no le ocultó nada. Se sinceró y le confesó que había significado un duro golpe para su autoestima. Por eso había decidido no presentarse a la siguiente entrevista.

–Pues menos mal que no has ido –la tranquilizó ella–. Era un trabajo a tiempo completo, ¿no? Seguro que no lo sabes, pero ese mundo de la publicidad es una auténtica esclavitud. Te obligan a hacer horas extra todos

los días y con suerte vuelves a casa a medianoche.

Las palabras de Aki la aliviaron mucho. Nada más graduarse en la universidad había empezado a trabajar en una editorial y siguió allí un tiempo después de casarse.

–¿Debería trabajar a tiempo parcial de momento?

–Imagino que sí. Al menos en un principio. Prueba primero y si te va bien y ganas confianza siempre puedes trabajar más horas.

–Te lo digo porque tengo el anuncio de un trabajo a tiempo parcial en un banco. Me pregunto si será tan absorbente como los demás. He oído que si cierran la caja y falta un céntimo no se puede mover nadie hasta que no la cuadran.

–Un banco no está mal. Si es a tiempo parcial seguro que no hay horas extra. En realidad, no conozco bien ese mundo, pero tú trabajabas antes en una empresa de tarjetas de crédito, ¿verdad? No es algo totalmente desconocido para ti y lo más seguro es que te contraten. Te va a resultar mucho más cómodo y adecuado que una agencia de publicidad, créeme.

El tono despreocupado de Aki la ayudó a recuperar la confianza en sí misma. Podía empezar a media jornada y el tiempo diría. Además, el negocio bancario no iba a quebrar de la noche a la mañana, lo cual era una garantía para una relación laboral más cómoda, más favorable a sus intereses. La nómina no se iba a retrasar, los días libres se respetarían y eso de volver a casa a las tantas ni en sueños.

–En ese caso lo intentaré –dijo Rika.

–Trabajar en un banco suena bien. Te darán un uniforme y te sentarán detrás de una ventanilla, ¿no? Iré a ver cómo te sienta ese uniforme.

Las dos se rieron de la ocurrencia de Aki.

–Por cierto, enhorabuena por tu embarazo. El otro día me sorprendió tanto que se me olvidó decírtelo.

–Gracias. Cuando se me pasen las náuseas iremos a comer juntas, ¿te parece?

–Sí, quiero verte embarazada –le dijo Rika antes de despedirse.

Entre los trabajos a tiempo parcial que ofrecía el banco, existía la alternativa de quedarse en la oficina o la de salir a la calle para realizar gestiones comerciales. Es decir, quedarse sentada detrás de una ventanilla a cargo de ingresos y retiradas de efectivo, o la de visitar clientes, vender

productos bancarios o, simplemente, entregar y recibir documentación.

Tras su charla con Aki sus dudas no terminaron por despejarse del todo y se pasó dos días enteros mirando y remirando el anuncio. Cuando terminó la *Golden Week*, la semana festiva de principios del mes de mayo, decidió ponerse en marcha, pero enseguida volvieron a asaltarle las dudas. No sabía si optar al trabajo en oficina o por el comercial. En el primero pagaban mejor, pero el segundo incluía algunas ventajas fiscales, desgravación de impuestos, etcétera, aunque le preocupaban las ventas, si sería capaz de dedicarse a algo así. El anuncio decía que no buscaban personas con experiencia comercial previa, lo cual la decidió. Acudió al proceso de selección, pasó una primera prueba de actitud muy sencilla, hizo la entrevista y, como había augurado Aki, la aceptaron. A principios del mes de junio de 1990 empezó a trabajar para el banco Wakaba en la sucursal de Suzukakedai.

–¡Vaya, vaya! Un banco. Suena muy importante.

Su marido se mostró sinceramente impresionado cuando se lo contó.

–A partir de ahora no vas a tener mucho tiempo libre, así que no hace falta que te esfuerces tanto con la comida.

Era obvio que pensaba en ella, pero no pudo evitar la extrañeza que le produjeron esas palabras en un hombre tan parco como él.

–En ese caso, dedicaré también menos tiempo a la cena. ¿Te parece bien? –dijo ella medio en broma.

–Me basta con verduras encurtidas y un poco de sopa de miso –respondió con gesto orgulloso–. No te hacen un contrato fijo, ¿verdad? ¿Eso significa que te pagan por horas?

Masafumi se lo preguntó sin despegar los ojos del televisor mientras ella fregaba los platos de la cena.

–Sí.

–¿Cuánto significa eso al día, más o menos?

–No lo sé, pero quiero ganar lo justo para no pagar más impuestos de los imprescindibles. Calculo que alrededor de seis mil yenes.

–¿Cuánto cobran entonces los fijos?

Rika lo miró. No entendía qué quería preguntarle en realidad y lo dejó pasar. No tenía importancia, pensó. Volvió a concentrarse en los platos.

Se arrepintió de no haberse decidido antes a buscar un trabajo. Su marido la apoyaba y, de pronto, no entendía la razón de haberse encerrado en casa, de dejarse vencer por una especie de apocamiento. No lo iba a tener

fácil para ganar lo mismo que un trabajador fijo o uno a tiempo completo, como había señalado su marido. Su salario no sería gran cosa, pero, como mínimo, llegaría a los cien mil yenes al mes, podía gastar sin preocuparse y aun así le sobraría dinero. Con sus ahorros contribuiría a la hipoteca de la casa y de ese modo Masafumi ya no tendría que ir a trabajar ni los sábados ni los domingos, podrían permitirse el lujo incluso de salir a cenar por ahí de vez en cuando como cuando eran novios, viajar al extranjero alguna vez y, quién sabe, divertirse un poco más, aunque los hijos no animasen esa casa coqueta en donde vivían.

Rika empezó a trabajar en el banco. Entraba a las nueve y media de la mañana, se ponía el uniforme y después salía a visitar a los clientes que previamente le habían asignado. Su principal ocupación consistía en cobrar deudas e ingresar las cantidades correspondientes en su sucursal. Una vez realizado el trámite volvía a visitarlos para llevarles la documentación pertinente. De vez en cuando eran los propios clientes quienes la llamaban para pedirle que fuera a recoger dinero e ingresarlo en sus cuentas. Se trataba de una gran responsabilidad, pero no le pesaba porque siempre iba acompañada de un colega. Sus clientes, además, eran casi todos personas mayores. Solían recibirlos como si fuera la visita de sus hijos o de sus nietos. Los invitaban a té, a dulces, dejaban de lado el asunto del dinero y el tiempo lo ocupaban en hablar de cosas más o menos intrascendentes.

–En esta zona hay mucha gente mayor con dinero porque han vendido sus tierras –le explicó un día su compañero en voz baja–. ¿No ha oído nunca hablar sobre esas frecuentes discusiones de los ricos? Por suerte, en nuestra sucursal no tenemos clientes problemáticos como sí sucede en otras. Los nuestros suelen ser gente mayor con los hijos ya crecidos e independientes y, en general, nos tratan bien. Pero le digo, señora Umezawa, que a usted la tratan especialmente bien.

Rika no sabía nada de lo que ocurría en otras sucursales y lo atribuyó solo a una cuestión de suerte. Después de todo, solo se trataba de té y unos cuantos dulces.

El trabajo terminaba a las cuatro y media. Al principio se obsesionaba con que le cuadrase la caja, que no faltase un solo yen para que nadie montara un escándalo y se viera en la obligación de quedarse en la oficina hasta resolver el problema. Tal cosa no sucedió nunca. Una compañera con un contrato a tiempo parcial como el suyo la tranquilizó. Le explicó que eso solo ocurría cuando las cantidades superaban los cien mil yenes. En ese

caso nadie podía moverse de allí, y de la central mandaban a un equipo para investigar lo ocurrido, un caso extremo, por otra parte, sumamente improbable, según le dijo.

A principios del mes de julio organizaron una pequeña fiesta de bienvenida para los compañeros recién incorporados. Fueron a una cervecería del Tama Plaza, un centro comercial cercano. El jefe de la sucursal parecía un hombre serio, pero de pronto se arrancó con una *chançon* a capela. Las chicas que acababan de salir de la universidad pedían consejo a las mayores sobre sus amoríos y los chicos se entregaban a la bebida como si no hubiera un mañana. Rika tuvo la impresión de haber regresado a sus tiempos de estudiante.

–He tenido suerte –le dijo a su marido animada por el alcohol–. Me sentía insegura por culpa de todo el tiempo que pasé sin trabajar, pero los compañeros parecen buena gente y los clientes me tratan bien. Estoy contenta de haber encontrado este trabajo.

–Me alegro por ti –sonrió él mientras se lavaba los dientes.

–Lo más problemático suelen ser las relaciones personales, pero creo que me las arreglaré.

–Si te hubieran hecho un contrato a tiempo completo las cosas no serían tan sencillas, pero en tu situación puedes aprovechar y disfrutar de cierta despreocupación.

Masafumi se limpió la boca con la toalla, sonrió a su mujer a través del espejo y salió del baño. Rika notó algo extraño en sus palabras, pero no sabía qué. Terminó de lavarse los dientes sin darle más vueltas al asunto, se dirigió al dormitorio y se deslizó en la cama a su lado.

Transcurrido un año desde entonces, Rika le propuso a Masafumi salir a cenar un fin de semana. Invitaba ella, le dijo. Él se inclinaba por una *izakaya* que habían abierto recientemente cerca de la estación. Rika le explicó entonces que el dinero no le alcanzaba para una cena de lujo, pero tampoco hacía falta conformarse con una taberna. Podían ir a un restaurante decente en Yokohama o en Sakuragicho, pero él se negó: «Es tu dinero y no hay ninguna necesidad de gastarlo inútilmente».

Un sábado de finales del mes de junio fueron a cenar a la taberna. Era muy económica, pero el interior estaba decorado con gusto en tonos marrones y estaba llena de parejas y gente joven. Como no salían a cenar

juntos desde hacía mucho tiempo, estaba nerviosa y no precisamente por culpa del alcohol.

–No está mal esta clase de vida, ¿no te parece? –le preguntó a Masafumi con un cóctel en la mano que no solía pedir nunca.

El ambiente tenue del lugar, la atmósfera acogedora, parecían brindarle un amparo que quizás le facilitaba decir cosas que normalmente no se atrevía.

–Me preocupa el asunto de los hijos, la verdad. Me pregunto qué será de nosotros si no los tenemos. Hasta ahora no tenía un trabajo en el que centrarme ni tampoco una afición en particular. Ahora gano algo, al menos, y por eso creo que deberíamos salir más. No sé, ir de viaje al extranjero.

Masafumi la miró fijamente con un gesto más bien inexpresivo. No dijo nada y ella se preguntó si había dicho algo inadecuado. No obstante, en ese instante sus párpados se cerraron y sonrió.

–Un viaje al extranjero… ¡Qué cosa tan complicada! –se rio.

–Ahora mismo no me lo puedo permitir con mi salario, pero podemos empezar a ahorrar.

–¡Encantado de que me lleves de viaje! Ya estoy impaciente.

–No he dicho que vaya a invitarte. Lo pagaremos a medias. Yo me haré cargo de mi parte, tú de la tuya.

La situación le divertía también a ella.

–Quizás llevas razón. Si compartimos gastos nos alcanzará para un viaje en Japón.

–No sabes soñar.

Masafumi soltó una carcajada.

–No hace falta que robes dinero para ir al extranjero, ¿de acuerdo?

–¿Qué quieres decir con robar?

–Últimamente hay muchos casos, ¿no lo sabías? En el banco Fuji, por ejemplo. En el Tokai también, y en otros que ahora no me acuerdo.

Rika estaba al tanto. Lo había leído en las noticias, pero desconocía los detalles concretos. Tampoco se hacía una idea exacta de las cantidades extraviadas.

–Una persona que trabaja a media jornada no maneja de ningún modo semejantes cantidades de dinero.

–Es broma.

Masafumi sonrió y se quedó callado. Jugueteó con las verduras que quedaban en el plato y levantó la mirada.

–No deberíamos resignarnos a la idea de no tener hijos. Eres joven y tengo unos conocidos que han tenido a su primer hijo después de siete años de casados.

–Tienes razón.

Al decirle eso comprendió que también él pensaba en ello a su manera. Como le había dicho Aki, quizás no hablaban lo suficiente entre ellos y no eran personas de la misma generación que sus padres, de manera que debían buscar la manera de compartir más tiempo como hacían en ese momento.

La cuenta no sumó siquiera diez mil yenes. Antes de que Rika alcanzase su bolso, él sacó un billete de diez mil.

–Te había dicho que invitaba yo –le reprochó nada más salir.

–No me gusta que sea la mujer quien se acerca a la caja para pagar –se defendió–. Dame diez mil yenes y te doy el cambio.

Extendió la mano con el cambio que acababan de darle.

Rika sacó el billete de su cartera y a cambio recibió el suelto. Apenas eran las diez de la noche pasadas, pero todas las tiendas habían echado ya las persianas y solo los *convinis* y los videoclubes iluminaban el asfalto con sus neones. Tomó a su marido del brazo y caminaron juntos.

–Lo hemos pasado bien, ¿verdad? –preguntó ella.

–Sí. Basta algo sencillo para disfrutar de la felicidad.

A Rika la idea de un matrimonio de gustos austeros le resultaba simpática. Ella había empezado a darse cuenta de que disfrutaba de un modo de vida privilegiado cuando empezó el instituto. Había estudiado en una escuela femenina privada, pero como todas las chicas eran de su estilo nunca se había cuestionado nada.

Su padre ya estaba al frente de la tienda de muebles de la familia cuando se casó. Desde finales de los años cincuenta y durante toda la década de los sesenta, se construyeron un sinfín de viviendas sociales y casas de todo tipo a lo largo y ancho de Japón y su tienda ofrecía precios asequibles a todos esos nuevos propietarios, con lo cual el negocio prosperó rápidamente. Cuando Rika empezó en la guardería su abuelo murió y su padre quedó al frente del negocio. La enviaron a clase de piano y ballet, y un empleado se hacía cargo de traerla y llevarla a todas partes. Los fines de semana la vestían con ropa hecha a medida, como la de su madre, y salían a cenar al centro de Tokio. En invierno iban a esquiar con amigos de la familia y en verano pasaba casi un mes en la casa de vacaciones de Karuizawa con su madre y su abuela.

Tomó conciencia de sus privilegios cuando empezó el instituto, en la misma escuela religiosa donde estudiaba desde niña. Allí le daban mucha importancia a las actividades voluntarias, ya fuera en Japón o en el extranjero. En las homilías de las misas diarias les hablaban a menudo de la pobreza en los países subdesarrollados, de los sacrificios que había padecido Japón a causa de la guerra. Fue entonces cuando comprendió que, tanto sus compañeras como ella, eran hijas de papá y eso la avergonzó profundamente. No podía dejar de pensar que sus vidas eran así gracias a los sacrificios de muchos otros. El día del juicio final ni ella ni sus padres ni sus amigos estarían en disposición de entrar en el reino de los cielos. Llegó incluso al extremo de no soportar que el párroco que les hablaba de niños pobres y sufrimientos condujera un coche nuevo. Veía la flagrante contradicción de una escuela que dedicaba muchos esfuerzos a las obras de caridad y, al mismo tiempo, pedía dinero para un órgano nuevo. Sentía vergüenza de sí misma cuando le regalaban un vestido nuevo para que lo estrenase en algún recital de piano.

Cuando se matriculó en una carrera de grado medio, el negocio familiar empezó a decaer, justo al contrario de lo que sucedió con la situación económica del país. Las ventas se desplomaron y la buena vida de antaño llegó a su fin. No tuvieron más remedio que deshacerse del chalet de Nagano, de la casa de verano en Karuizawa, de unos cuantos coches aparcados siempre en el garaje, además de numerosas tiendas. Pero a ella no le importaba. Más bien le produjo un gran alivio. Cuando tomó la decisión de casarse con Masafumi, su primera idea fue la de formar una familia muy distinta a la suya. Anhelaba una vida modesta, disfrutar de unas vacaciones tranquilas con su marido. No quería lujos si eso se traducía en no poder verle de tan ocupado como estaba. Solo aspiraba a unos ingresos regulares y transparentes para construir una vida sobre esa base. Quería divertirse, disfrutar de una buena comida en algún restaurante nuevo, no convertirse en la habitual de alguno de lujo. Quería alegrías «baratas», como decía Masafumi.

Mientras caminaba junto a su marido en el calor húmedo de la noche de verano, se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que invitaba a alguien a cenar. Recordó con amargura el enfado de su padre cuando quiso invitarlos a él y a su madre a cenar después de empezar en su primer trabajo. No era un gran sacrificio para ella, pero su padre, angustiado como estaba con la situación del negocio, masculló que aún no estaba tan

desesperado como para dejarse invitar por alguien con un salario de miseria.

A Rika le aliviaba profundamente el hecho de que Masafumi no se pareciera en nada a su padre. Esa misma noche quiso hacerle el amor. Había empezado a excitarse en la taberna y durante el paseo la cosa fue a más. Se metió en la bañera después de él, se perfumó muy sutilmente, se deslizó en la cama a su lado y le susurró al oído que estaba ovulando. Masafumi, sin embargo, que apenas un rato antes le había confesado que aún no había renunciado del todo a la idea de tener hijos, le dio la espalda y le habló en un tono desagradable:

–¡Dices eso y ya está! Las cosas no funcionan así, ¿sabes?

Pensó que se sentía herido por alguna razón.

–Nunca imaginé que fueras a decirme algo así –continuó–. No me lo puedo creer.

–Lo siento –se excusó ella mientras se apartaba de él y se cubría con la sábana.

Se sonrojó. «Nunca imaginé que fueras a decirme algo así. No me lo puedo creer.» Las palabras de él resonaron en su cabeza. Luego una vez más. Y otra, cada vez más alto. Después: «Nunca imaginé que pudieras ser tan vulgar». Sus palabras y su voz cambiaban a medida que se repetían. No era ella quien se sentía herida, sino él. «Tiene razón –pensó–. Si una mujer acosa a un hombre solo consigue hacerle sentir mal. Yo no soy esa clase de mujer. Me he dejado arrastrar por la atmósfera de la noche.»

Le molestó el perfume que acababa de ponerse. Se dio media vuelta, se destapó un poco y rogó para que aquel aroma se desvaneciese lo antes posible.

–¿Qué quieres decir con eso de ser mimosa? –le preguntó mientras enrollaba la pasta con el tenedor.

–No sé, adularle un poco para que te compre lo que quieras: «¡Ay, eres un cielo y qué bien lo haces todo!». Ya sabes, cosas así. Luego aprovechas y le sueltas: «Por cierto, hay un bolso de Gucci que me encanta».

Aki se rio a carcajadas y dio un sorbo a su vaso de vino.

No es que Rika se llevase mal con Masafumi. No se trataba de eso, pero después de trabajar un año entero empezó a darse cuenta de que la conversación entre ellos no fluía.

La primera vez que notó esa extrañeza fue un mes después de invitarlo a cenar en la taberna. Masafumi le anunció de buenas a primeras que había reservado mesa en un restaurante de sushi y a ella le sorprendió mucho porque nunca había hecho algo así desde que se casaron, pero le gustó, se arregló y se puso guapa para salir. Pensaba que irían a un restaurante cerca de casa, pero él la llevó hasta Aoyama. Lo conocía por el trabajo y Rika comprendió que acababa de cobrar la paga extra.

El sushi estaba delicioso, de eso no cabía duda. También era la primera vez desde que se casaron que salían a cenar a un restaurante del centro de Tokio. Tal vez se acordaba de lo que le había dicho en la taberna, pensó Rika, que no estaría mal divertirse, salir juntos de vez en cuando, ir de viaje a alguna parte. Quizás se había tomado su comentario como una forma de obligarlo a una cita y ahora que había cobrado la extra cumplía.

Empezó a darse cuenta de que sucedía algo raro cuando les sirvieron sin consultar la carta, guiados tan solo por la recomendación del cocinero.

Masafumi estaba de muy buen humor. Sonreía. «Por mucho que quieras invitarme –decía–, alguien como tú que trabaja a tiempo parcial no cobra pagas extra y el salario no le alcanza siquiera para un restaurante como este.» Más tarde: «Dices que vas a pagar tu parte del viaje, pero si sigues así jamás podremos ir al extranjero». Rika no entendía qué quería decir en realidad a pesar de su buen humor. Si examinaba solo la superficie de sus palabras, el mensaje era que jamás podría competir con él, pero le extrañaba tanta insistencia en una cosa tan evidente. Además, hasta entonces nunca habían hablado de dinero y no entendía por qué le echaba en cara que él ganaba más. A lo mejor le molestaba que una mujer como ella, una mujer que no conocía el mundo, hubiera tenido la audacia de decir que quería ir de viaje y pagárselo ella. Sin embargo, él estaba de buen humor. Se divertía. Su actitud no era la de una persona ofendida. Rika no entendía la verdadera intención de sus palabras, pero como no quería amargarle la noche comió y bebió moderadamente para no dejarse llevar por la atmósfera.

Cuando salieron del restaurante y caminaron en dirección al metro, Masafumi le dijo con la misma sonrisa en los labios de la que no se desprendía hacía rato: «Gracias por la cena, ¿no?». Rika, aturdida, le dio las gracias. Cada vez se sentía más incómoda.

Aún le reconcomía la incomodidad. Mejor dicho, notaba cómo crecía sin parar. No solo era la exigencia de agradecimiento. A cada momento le recordaba lo poco que ganaba. Daba rodeos para decirle que no contribuía

lo suficiente a la economía familiar, al pago de la hipoteca de la casa. De ese viaje al extranjero, ni hablar, por supuesto. Rika, a pesar de todo, no entendía su verdadera intención, la razón oculta que lo empujaba a hablarle así y por eso era incapaz de verbalizar su extrañeza que no tardó en transformarse en desagrado.

–En realidad, no sé lo que quiere decir –le confesó a Aki–. De verdad que no. A veces pienso que no quiere que trabaje.

Aki, atónita, apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

–No seas tonta. Seguro que quiere dejar claro que es él quien te mantiene.

–Pero eso ya lo sé. Es evidente y no tengo nada que objetar al respecto. Gano solo cien mil yenes al mes y hasta un niño adivinaría quién de los dos gana más.

–No se trata de quién gana más o menos, solo quiere que nadie piense que la economía familiar se resentiría si dejases el trabajo.

–¿Quién va a pensar semejante cosa? ¿Mis padres? ¿Los suyos?

–¡No! Tú. Él. No sé cuál es la realidad de vuestra economía familiar, pero imagina que gracias a tu sueldo fueses capaz de pagar la hipoteca. Si te dijese: «Menos mal que trabajas porque así vamos a pagar la hipoteca antes de lo previsto», eso sería tanto como reconocer que él no podría hacerse cargo de la situación si tú no ganaras un sueldo. Es decir, que no os las arreglaríais solo con su sueldo, o sea, que no sería un hombre de recursos, un hombre competente.

–¿Qué? No entiendo nada de lo que dices.

–¿No lo entiendes? Bueno, sí, imagino que no lo entiendes.

Aki se rio y volvió a enrollar la pasta con el tenedor.

–Da igual. Insisto, sé mimosa con él. Si quieres comprarte algo pídeselo, dile que a ti no te alcanza con el sueldo. Si quieres comer algo especial, pídele que te invite porque tú no puedes permitírtelo. Alábalo un poco: «Eres maravilloso, menos mal que me he casado con alguien como tú».

El camarero retiró los platos y Aki dio un gritito cuando les trajo el postre.

–¡Es la primera vez que voy a probar el tiramisú! Hacía una eternidad que no comía fuera.

Rika estaba satisfecha, pero aun así se hizo con el tenedor para atacar el postre. Seguía sin entender lo que quería decirle en realidad, pero, al menos,

disfrutaba de la libertad de hablar de lo que fuera. Tenía algunas compañeras en el trabajo con quienes disfrutaba de cierta confianza, pero no hasta ese punto.

–A pesar de todo me parece un buen marido. No te pide que dejes el trabajo y tampoco que te busques otro. Me da la sensación de que está triste porque ya no te apoyas tanto en él. Tengo una amiga cuyo marido no deja de preguntarle quién la mantiene, quién financia su ritmo de vida. Si sigues así, seguro que los hijos llegarán muy tarde porque me doy cuenta de que te diviertes en el trabajo.

Rika estuvo a punto de decir algo respecto a los hijos, pero en el último momento optó por tragarse sus palabras. No sabía hasta dónde contar de su matrimonio por mucho que Aki fuera alguien con quien resultaba sencillo hablar de cualquier cosa.

–Yo he hecho todo lo posible por quedarme embarazada y quizás por eso suene extraño lo que te voy a decir, pero la verdad es que me gustaría volver a trabajar cuanto antes. Hay un punto cuando estás con un bebé incapaz de comunicarse contigo que me vuelve loca. Te envidio porque tengo la impresión de que te lo pasas genial.

–¿Qué quieres decir? ¿Te costó quedarte embarazada?

Por alguna razón Rika daba por hecho que había tenido a su hija sin hacer nada especial.

–No me quedaba embarazada. Nos preocupamos y decidimos ir al médico. Los exámenes determinaron que no tenía ningún problema, pero, a pesar de todo, nada de nada. Empecé a tomarme la temperatura para detectar el momento preciso en el que empezaba a ovular y nos poníamos a comer cosas energéticas, volvíamos pronto a casa, rechazábamos todas las invitaciones y ni se nos ocurría hacer horas extra.

–¿Lo decidisteis juntos?

–Por supuesto que sí. Es un asunto de dos.

Rika se quedó sin palabras. Se acordó de la noche en que se insinuó a su marido y él la rechazó, cuando le dijo que nunca había pensado que fuera semejante clase de mujer. Desde entonces no había vuelto a acostarse con él. Quería contárselo a Aki, se daba cuenta de que jamás sería capaz de hacerlo. «¿Y por qué no habláis de ello?» Seguro que le preguntaba eso como si fuera la cosa más natural del mundo. Después de todo, Aki era esa clase de mujer convencida de que en todos los matrimonios se habla con naturalidad de si una está ovulando o de si es el momento de ponerse a

comer cosas energéticas.

–¿Qué habrías hecho si no te hubieras quedado embarazada?

–Todo lo posible, imagino. En nuestro caso, como no sabíamos la causa tampoco había nada concreto que hacer, pero nos hablaron de la posibilidad de la inseminación artificial.

Rika creía que Aki no se habría puesto a trabajar, como había hecho ella, sin antes abordar ese asunto con su marido. «Inseminación artificial.» Sin embargo, por alguna razón creía tener pretextos para no abordarlo en serio como sí había hecho su amiga.

Nada más terminar el postre, Rika agarró la cuenta que estaba encima de la mesa y dijo: «Yo te invito». Enseguida añadió a modo de justificación:

–Ahora mismo no trabajas. Deja que te invite.

Aki juntó las manos delante del pecho como una niña y exclamó:

–¡Uy, qué bien! Muchas gracias. No pensaba que me ibas a invitar. Tenía que haberme pedido ese plato de pasta con cangrejo, ¡el más caro!

Salieron del restaurante agarradas del brazo y Aki repitió:

–Gracias por la comida.

Rika se acordó de las palabras de Masafumi, de cuando se congratuló de sus gustos baratos. Su comentario le hizo gracia y estuvo de acuerdo con él, pero en ese preciso instante esas palabras inundaron su corazón de una profunda amargura, como si hubiera descubierto que, en realidad, se trataba de algo bastante desagradable. Por qué me siento así, se preguntó, si bien enseguida sacudió la cabeza para ahuyentar las preguntas incómodas de su mente. Sentía que no debía pensar; no debía entender.

–Lo he pasado muy bien. Gracias por pasar conmigo tu día libre. No imaginaba que me sentaría tan bien vernos –le dijo Aki camino de la estación por la calle repleta de jóvenes.

–Yo también lo he pasado bien. Tenemos que vernos más a menudo a partir de ahora, ¿de acuerdo? Me gustaría mucho conocer a Saori.

–Sí, me gustaría que la cogieras en brazos. La próxima vez la traeré.

Se subieron juntas a un tren atestado de la línea Shintamagawa.

–¿Y tu marido? –le preguntó Aki agarrada al pasamanos.

–Imagino que habrá aprovechado para dormir todo el día –respondió Rika con una sonrisa.

–Hay hombres a los que les molesta que sus mujeres salgan con amigas. El tuyo no está tan mal después de todo. Deberías mimarlo un poco. –Aki insistió en su consejo de un rato antes.

«Sí, es un buen hombre –pensó Rika–. No se enfada si no paso la aspiradora todos los días, ni tampoco si no preparo nada de comer los fines de semana. Cuando llegue a casa seguro que me pregunta si me lo he pasado bien. Sí, es un buen hombre.»

Después de que Aki se apeara en la estación de Takatsu, Rika miró distraída el paisaje al otro lado de la ventana. Le había dicho que quería conocer a su hija, pero qué cara pondría cuando se presentara con ella.

Inoue, el jefe de Rika, le hizo una oferta para trabajar a tiempo completo después de dos años en el banco.

En lugar de un horario de diez de la mañana a cuatro y media de la tarde correspondiente a su contrato a tiempo parcial, le ofreció uno de nueve a cinco. En caso de aceptar, ya no podría beneficiarse de ningún tipo de desgravación fiscal, pero, a cambio, le ofreció la posibilidad de formarse a cargo del banco, un salario más alto y, con el tiempo, la posibilidad de hacerla fija.

–Los clientes te aprecian mucho y tus resultados son excelentes –le dijo como si quisiera convencerla.

Rika, por su parte, sonrió amargamente al recordar las caras de sus clientes, porque el ochenta por ciento de ellos eran ancianos jubilados hacía ya mucho tiempo, personas con necesidad de quejarse, de chismorrear, de contar viejas historias del pasado de las que se sentían orgullosos o también de sus pequeños problemas cotidianos. Querían contárselo a alguien no demasiado próximo dispuesto a escucharlos, a ofrecerles su opinión incluso sin llegar a darle demasiada importancia a nada. Eran cosas que nunca contarían a sus propios hijos que vivían en el centro de Tokio o en alguna provincia. Tampoco a sus cónyuges o a sus amigos del club de turno o de las reuniones del barrio. Todas esas historias no hacían sufrir a Rika y, sencillamente, se limitaba a escuchar. Como tampoco tenía intención de decir nada, no interrumpía la conversación y si estaba de visita ella sola, se hacía cargo de pequeñas tareas sin que tal cosa llegase a molestarla. Por ejemplo, cambiaba una bombilla, engrasaba una puerta o abría unas latas o una botella. Ya había perdido la cuenta de las veces que le dijeron que de estar soltera les hubiera encantado que se casara con su hijo. Ese era el verdadero secreto de su popularidad.

A pesar de todo, Rika siempre demostraba gratitud, se la veía alegre al

sentir que su existencia era valorada y que así se lo reconocían.

Le respondió a Inoue que lo hablaría con su marido. Lo pensaría. Sin embargo, desde el primer momento le resultó imposible aceptar semejante oferta. Desde que había empezado a trabajar, el vacío interior que tanto le pesaba se había esfumado, pero tampoco ambicionaba prosperar. Por la noche en casa no le dijo nada a Masafumi.

De todos modos, unos días más tarde se acercó a una librería para consultar libros relacionados con la formación de la que le había hablado su jefe: seguridad financiera, contabilidad. En el caso de aceptar la oferta, podría incluso formarse como corredora de seguros. Rebuscó en las estanterías y enseguida encontró los títulos que buscaba. Sacó dos libros y empezó a hojearlos. No pudo evitar la risa, una especie de ducha de realidad que le cayó encima. ¿Carteras de inversión? ¿Opciones y futuros? ¿Fideicomitente de inversiones? Los términos que saltaban de las páginas a sus ojos la dejaban perpleja. No entendía su significado. «Ni siquiera voy a ser capaz de aprender a usar estas palabras tan complicadas», se dijo a sí misma. Volvió a colocar los libros en la estantería con una sonrisa en los labios y salió de allí después de echar un vistazo a la sección de revistas de cocina.

En la atmósfera del exterior flotaba una sensación de primavera, los tonos de los que se teñía el cielo presagiaban el atardecer. Volvió a casa a pie sin dejar de darle vueltas a lo que iba a preparar para cenar.

«¿Qué va a ser de mí si sigo con este trabajo por horas? –se preguntó de repente–. ¿Aguantaré cinco años más, diez, veinte, treinta?»

Se acordó de una compañera mayor que llevaba muchos años en el banco. Un futuro así, pensó, no estaría mal del todo. Al menos ella transmitía una sensación de paz. Pero en su caso notó cómo se extendía poco a poco por todo su cuerpo una sensación de urgencia, de inquietud y casi le dieron ganas de gritar. Era algo familiar el hecho de sentirse solo una parte de Rika Umezawa, pero no quería que eso la dominase y se esforzó por ahuyentarlo.

«Si trabajo a tiempo completo me convertiré de verdad en Rika Umezawa y no solo en una parte de ella. ¡Menuda bobada! Me pasó lo mismo cuando trabajaba en la empresa de tarjetas de crédito. Eso solo serviría para darme cuenta de la disonancia entre mí misma y el nombre impreso en las tarjetas de visita.»

Llegó a casa. Junto a la entrada se leía su nombre en una placa. Abrió la

cancela del jardín, metió la llave en la cerradura y dijo en voz baja: «Ya estoy en casa».

«¿Será apropiado llamar a estas horas? Bueno, solo son las seis de la tarde.»

Rika se lo preguntaba con la mano sobre el auricular del teléfono. Llamar a esas horas le parecía algo normal, pero como ya estaba muy oscuro tenía la sensación de estar haciéndolo en plena noche. Encendió la luz de la habitación para disipar la oscuridad. Al otro lado de la barra de la cocina vio todo lo que había comprado al salir del trabajo: *shitake*, col, unas latas de atún, algo de panceta de cerdo y un brócoli. «Tal vez es mala hora para una familia con niños pequeños –pensó de nuevo–. ¿No debería llamar el fin de semana?»

Finalmente se apartó del teléfono y se dirigió a la cocina. Tenía intención de llamar a Aki desde hacía algún tiempo, pero por una u otra razón era incapaz de hacerlo.

En Año Nuevo había recibido una tarjeta suya de felicitación. Era la primera vez que se la enviaba. Había una foto de Saori vestida con el quimono de ceremonia de los tres años. Le decía que sus abuelos se habían empeñado en cumplir con el ritual según la tradición, mucho antes de lo que solía hacerlo la gente joven. «Ha crecido, ¿verdad? –le decía–. ¡Este año por fin vuelvo a trabajar! Te llamo pronto.»

La felicitación estaba escrita a mano con su letra pequeña.

Como nunca habían intercambiado tarjetas de Año Nuevo, Rika no reaccionó. Pasaron los días, pensaba que debía escribirle lo antes posible, pero llegó el mes de febrero y en ese momento ya no era apropiado hacerlo. Bastaba una llamada, se repetía a sí misma. Sin embargo, cuando tomaba el teléfono, por alguna razón que no llegaba a entender, la atenazaba la indecisión y lo soltaba sin llamar.

Habían ido juntas a comer a Shibuya un día de verano dos años antes. Desde entonces habían hablado unas cuantas veces por teléfono, pero a menudo escuchaba los llantos de la niña al otro lado de la línea y se daba cuenta de que las tardes de entre semana no eran buen momento. Quizás por eso su relación se había quedado en suspenso durante seis meses.

«Era muy bonita esa foto de la ceremonia –le hubiera gustado decirle–. ¡Cómo ha crecido la niña! ¿Dónde vas a trabajar? ¿Ya lo has decidido?»

Era incapaz de llamarla, pero no dejaba de repetirse a sí misma todo lo

que le quería decir. Sacó las setas del envoltorio de plástico. «¿Yo? No ha cambiado nada desde la última vez que nos vimos. Todos los días son una repetición del anterior.»

En efecto, sus días eran una sucesión de repeticiones. Le iba bien en el trabajo, incluso ayudaba a formar a los nuevos empleados y sus clientes aumentaban. No se peleaba con Masafumi. A veces le molestaban sus comentarios, pero, más o menos, los toleraba. En su matrimonio ya no había espacio para «esas cosas».

Puso las verduras encima de la tabla de cortar. Contempló los demás productos, las latas de atún, la panceta, el brócoli. Se preguntó por qué había comprado todo eso, para preparar qué. Los miró uno a uno como si así pudiera encontrar la respuesta.

Se acordó de cuando Aki le dijo que tenía intención de volver a trabajar. También de cuando le confesó que de no haberse quedado embarazada se habría planteado la inseminación artificial. Aki era capaz de plantearse las cosas importantes de su vida y no solo eso, era perfectamente capaz de ponerlas en práctica. No iba a tener ningún problema para encontrar trabajo. Rika estaba convencida de que Aki jamás habría sentido que ella solo era una pequeña parte de sí misma, de Aki Nakayo.

Setas, latas de atún, panceta de cerdo y brócoli. ¿Qué podía cocinar con eso? Abrió el cajón de la nevera reservado para la verdura. Sacó un puerro y un nabo y de inmediato volvió a guardarlos en el mismo sitio. Volvió a plantarse delante de la encimera. Era incapaz de imaginar cómo mezclar esos alimentos para obtener algún resultado.

–¿Qué te pasa?

La voz de Masafumi la hizo volver en sí. Se dio cuenta de que llevaba más de una hora en la cocina mirando todo aquello sin saber qué hacer.

–Lo siento. Me encuentro mal y no sé qué hacer.

–Me has asustado. Llevas ahí plantada mucho tiempo sin hacer nada… ¿Estás bien? ¿Tienes hambre o prefieres acostarte?

Masafumi guardó la panceta y el brócoli en la nevera. Aún llevaba puesto el traje. Era un buen hombre, pensó Rika, no se enfadaba aunque no hubiera nada para cenar, se preocupaba por ella y encima guardaba la compra en la nevera…

–No quiero acostarme. ¿Qué hago de cena?

–Si quieres pedimos una pizza o salimos a cenar algo cerca de la estación.

–Ahora que lo dices, nunca hemos pedido una pizza.

La idea de Masafumi tuvo el efecto de levantarle el ánimo. Había guardado algunos anuncios de pizzerías, de esos que inundan los buzones, pero jamás se le había ocurrido llamar para pedir una. Sacó uno de un cajón y lo extendió.

–Hay muchas variedades y todas tienen buena pinta. No sé qué pedir. ¿Por qué no eliges tú?

Le dio el anuncio a Masafumi y en cuanto hizo el pedido Rika se concentró de nuevo en el anuncio extendido sobre la mesa. Si la entrega se demoraba más de media hora desde el momento del pedido, les devolverían la mitad del importe. Así estaba escrito. Todo era nuevo para ella y, quizás por eso, la dominó una cierta excitación. Empezó a mirar el reloj como una niña impaciente. Se preguntó en voz alta si de verdad llegaría en menos de media hora. Masafumi había ido al dormitorio a cambiarse.

Rika se dio cuenta de lo absurdo de su ensimismamiento. «¿Cómo puedo tardar tanto en llamar a Aki? De mañana no pasa, sin falta. Le contaré que he pedido una pizza por primera vez en mi vida.»

Al cabo de veintitantos minutos sonó el telefonillo. Se dirigió a la entrada a grandes pasos y recibió una caja de cartón caliente. Pagó, le dio las gracias al repartidor que parecía un niño y cerró la puerta.

–Estaba cronometrando.

Rika sonrió a Masafumi mientras alcanzaba un trozo de pizza de la caja colocada encima de la mesa del comedor.

–Si pasan treinta minutos solo te cobran la mitad. Eso pone en el anuncio. Si tardan treinta y un minutos es una suerte, ¿no? De todos modos, solo han tardado veintidós. Veintidós minutos desde que has colgado el teléfono.

–¡No seas tacaña! Tampoco es tan cara –le dijo Masafumi con una sonrisa.

Su argumento, por el contrario, no iba por ahí.

–No es por tacaña –le corrigió–. Solo me llama la atención y me pregunto si será cierto.

–Si tanto te importa te doy yo la mitad.

Masafumi volvió a sonreír. También a él le divertía esa situación, de ahí sus comentarios jocosos.

–No está mal y el servicio es bueno, pero no es tan apetecible como la de la foto, ¿no crees? Ese langostino de la foto tiene más bien el tamaño de

una langosta.

En efecto, la pizza que comían era muy distinta a la del anuncio. El brócoli tenía un tono apagado, la cebolla estaba reseca y los pedazos de salami había que rebuscarlos.

La leve excitación que le había dominado hasta ese momento empezó a desvanecerse. Rika contempló la pizza encima de la mesa y se preguntó el porqué de tanta agitación. La caja tenía manchas de aceite y queso reseco pegado.

Si le costaba tanto llamar a Aki, admitía, no era por causa de la hora, sino por su incapacidad de tomar sus propias decisiones y actuar en consecuencia como sí haría su amiga. Habían pasado uno o incluso dos años sin que volviese a preguntar a su marido si se había resignado a no tener hijos, y cuando se trataba de esos comentarios suyos un poco ofensivos, tampoco se atrevía a preguntar qué quería decir en realidad. Se limitaba a vivir sin más, a trazar de nuevo lo mismo del día anterior. No sabía cómo hablarle de sus días a Aki, no estaba dispuesta a escuchar el relato de la vida de ella, comprobar cómo, paso a paso, se abría camino en la dirección hacia donde quería ir. Esa era la verdadera razón de que no pudiera escribir una simple tarjeta de felicitación ni de hacer una llamada.

–¿Qué te pasa? ¿Todavía te sientes mal?

Delante de ella tenía la cara preocupada de Masafumi. Rika solo se dio cuenta de que lloraba cuando notó el repiqueteo de las lágrimas sobre el dorso de sus manos apoyadas en las rodillas. Se frotó los ojos como si fuera una niña.

«¿Qué hemos hecho durante todo este tiempo? ¿Por qué no hemos hablado ni una sola vez de si vamos a tener hijos o no? No, en realidad no quiero hablar de eso. Si no te me insinúas y encima rechazas mis insinuaciones, ¿significa eso que vamos a vivir a partir de ahora sin siquiera tocarnos?»

Las palabras alcanzaban la punta de su lengua, pero terminaba por tragárselas sin llegar a pronunciarlas.

«¿Por qué no puedo decírselo, por qué, si se trata de cosas importantes para mí?» Se frotó los ojos hasta que le escocieron.

–¿Qué te pasa? ¿Te duele la cabeza, el estómago? ¿No será por haber comido esa cosa? Échate un poco. ¿Puedes caminar?

Masafumi le habló en un tono cariñoso, como si se dirigiera a un bebé al que acariciaba la cabecita. Un gesto que tuvo el efecto de aumentar el llanto

de Rika. Empezó a respirar entrecortadamente. La ayudó a incorporarse y la sujetó por las axilas para subir la escalera. La acostó en la cama. Rika estaba sorprendida de que ese tacto tan natural la conmoviera tanto. Cuando él salió del dormitorio aún notó durante un rato el agradable calor de sus manos en las axilas.

A comienzos del mes de abril Rika comunicó a su jefe su intención de trabajar la jornada completa.

Cuando hablase con Aki no quería admitir que nada en su vida había cambiado desde el verano de dos años antes. No era gran cosa cambiar de horario de trabajo, pensaba, pero de todos modos quería hablar con ella, contárselo. Se daba cuenta de que para no repetir las mismas cosas del día anterior debía esforzarse por hacer siempre algo distinto.

Al final se decidió a comprar los libros necesarios para su formación, pero volvía a dejarlos en su sitio en cuanto les ponía los ojos encima. De vuelta en casa, después del trabajo, se ponía a estudiar para preparar los exámenes y desatendía la cena. En un principio le asustaban las expresiones largas, desconocidas, como «certificado de beneficios», «mercado de emisión», «sistema de divulgación corporativa» o «bonos con derecho de suscripción». No obstante, al cabo de unos meses sus ojos empezaron a acostumbrarse a los nuevos términos. Se acordaba de su época de estudiante, cuando el día anterior al examen de Historia Universal se aprendía de memoria acontecimientos, fechas, personajes. Cuando se topaba con un término difícil de entender, lo apuntaba en un cuaderno y se peleaba con él hasta desentrañarlo.

Cerca de la hora en que Masafumi solía volver a casa, guardaba los libros y los cuadernos en la librería como si en realidad quisiera esconderlos y se ponía a preparar algo para la cena a toda prisa. La variedad de sus menús se había resentido e incluso recurría a comidas preparadas de vez en cuando, pero él nunca se quejaba y Rika se preguntaba si en realidad se daba cuenta de algo o no.

Los sábados y domingos no podía estudiar por culpa de las tareas de la casa y a diario disponía de un tiempo limitado por la cena, pero finalmente logró sacarse el título de gestora en seguridad de ventas. Empezó a trabajar a tiempo completo a partir del mes de febrero del año 1994, tan pronto como obtuvo su titulación.

Llegaba a la oficina a las nueve menos cuarto, se ponía el uniforme y acudía a la reunión de la mañana, que se prolongaba unos cinco minutos. A las nueve en punto, en el momento mismo de abrir la sucursal, salía a visitar a sus clientes. Sus responsabilidades eran las mismas que cuando trabajaba por horas. Visitaba a los clientes, les llevaba documentación, liquidaba los intereses como le indicaban sus jefes e ingresaba la cantidad correspondiente en sus cuentas de ahorro. Todo ello le daba la oportunidad de manejar físicamente considerables sumas de dinero. También vendía nuevos productos financieros. A mediodía volvía a la oficina para almorzar en el comedor del sótano y por la tarde salía de nuevo para visitar a más clientes. Regresaba a las cuatro y media, organizaba el papeleo del día y salía sobre las cinco de la tarde. En un principio, a las visitas siempre iba acompañada por un colega mayor que ella, pero desde que cambió a jornada completa le asignaron a Sakura, un hombre más o menos de su edad. Una o dos veces por semana, Sakura se dedicaba a otros asuntos y lo dejaba todo en sus manos. En realidad, esa fue la única diferencia destacable respecto a su etapa anterior.

Los alrededores de la sucursal del banco Wakaba en Suzukakedai eran, hasta hacía unos veinte años, puros campos de cultivo y colinas. Sin embargo, durante los últimos diez años muchas parcelas se habían recalificado para construir viviendas, y las tierras de labor y las colinas habían desaparecido para dar paso a edificios y casas. Por eso los clientes de Rika se dividían entre gente mayor con dinero que había vendido sus propiedades y familias formadas por matrimonios jóvenes que acababan de mudarse allí. Pero no solo los clientes de Rika eran, en su mayor parte, gente mayor. Lo mismo les sucedía a sus compañeros, y por eso suponía que todos recibirían el mismo trato por parte de los clientes. Era normal, pensaba, que la esperasen en casa con unos dulces, con una taza de té, que le diesen un *tupperware* con verduras guisadas o incluso tener que escuchar un disco de jazz, al parecer, de gran valor.

Cuando cambió su horario de trabajo comprendió que las cosas no eran igual para todos.

–Si sigo trabajando contigo voy a engordar –le dijo Sakura un buen día medio en broma.

Rika le preguntó qué quería decir exactamente y él contestó con una sonrisa.

–Cuando voy de visita contigo todo el mundo nos ofrece dulces y me

veo en la obligación de aceptarlos porque rechazarlos o dejarlos supondría ser descortés.

Le explicó que no era en absoluto lo habitual, más bien todo lo contrario. Nada más empezar con la jornada completa, uno de sus clientes, Kozo Hirawayashi, le regaló un collar para felicitarla. Aceptó el regalo sin más. Pensó que se trataba de una toalla, de un pañuelo o algo así y cuando lo abrió en casa se quedó boquiabierta al ver el nombre de una conocida marca impreso en la tapa de la caja. Ni siquiera imaginaba cuánto podía costar, pero, a buen seguro, se trataba de algo muy valioso. Al día siguiente volvió a casa de su cliente en cuanto dispuso de un poco de tiempo para darle las gracias y decirle que no podía aceptar semejante regalo. El anciano se negó y la caja con el collar terminó en un cajón del vestidor de Rika.

Se lo contó a Sakura no sin cautela y le preguntó qué hacer.

–Lo mejor sería que no aceptases regalos como ese, pero tampoco existe un reglamento específico que lo prohíba. Si te vuelve a pasar intenta tener un poco de mano izquierda y recházalo.

Rika comprendió entonces que los clientes la apreciaban a ella más que a ninguno de sus compañeros, que gozaba de una posición privilegiada, de un trato preferente. Tomar conciencia de ello la inclinó a mostrarse aún más predispuesta a atender sus deseos y necesidades. Si se compraban una lavadora nueva, por ejemplo, era ella quien leía el manual de instrucciones para enseñarles después a usarla. Les compraba sacos de arroz de cinco kilos cuando se lo pedían, cualquier cosa que les hiciera falta, pero siempre lo hacían en ausencia de Sakura y por eso no le decía nada.

Rika no entendía por qué la apreciaban tanto. Verse con esas personas de sesenta o setenta años era como tener enfrente a sus propios padres ya tan mayores y le daba por pensar que, tal vez, la consideraban una suerte de hija que solo aparecía por sus casas de vez en cuando. Era posible también que su propia actitud los empujase a actuar así.

Desde que empezó a trabajar en el banco, Rika había tratado de evitar el contacto con sus padres. Antes iba con Masafumi a verlos en verano para la celebración de los días de difuntos, y también en Año Nuevo, pero desde hacía tiempo no había vuelto, a pesar de que sí visitaban a sus suegros. No iba porque estaba harta de que le preguntasen una y otra vez qué pensaban hacer con el asunto de los niños. Ni siquiera quería pensar en qué clase de respuesta darles, pero evitarlos de esa manera llevaba aparejado un ineludible sentimiento de culpa. Escuchar las aburridas historias de sus

clientes, fingir interés, hacerles favores, aceptar sus dulces y guisos, era para ella algo así como una expiación por la actitud hacia sus padres.

Cuando se cumplió el primer mes desde que empezara a trabajar a tiempo completo, Rika se sorprendió mucho cuando vio el desglose de su nómina. El trabajo en sí no había variado sustancialmente, pero su salario casi se había duplicado. Experimentó la misma alegría que cuando recibió su primera paga después de graduarse en la universidad. De hecho, en ese momento tenía muchos más motivos para estar alegre. Los números le hablaban con toda su concreción y le decían que era capaz, que se merecía ese salario.

Un día después del trabajo tomó el tren en dirección a Obadai a eso de las cinco. No quería volver directamente a casa y empezar con la cena. Se bajó del tren y se apresuró hasta unos grandes almacenes. En realidad, le hubiera gustado ir a Shibuya o a Shinjuku, pero el centro estaba lejos y no quería esperar al fin de semana. Quería comprarse algo, algo para recordar ese día. Entró en el edificio y se deleitó con los artículos allí expuestos embargada por la alegría: bolsos, accesorios, relojes, ropa… «¿Qué me compro? –se preguntó–. Si quiero un recuerdo no hace falta que sea algo de moda. Mejor un accesorio porque la ropa y los bolsos enseguida se quedan viejos. Mejor aún, algo de vajilla, no sé, un juego de cazuelas caras importadas…» Después de subir y bajar varias veces las escaleras mecánicas, al final se decidió por un reloj. Dudó mucho e incluso se sintió mal por gastarse el dinero en ella misma, de manera que al final optó por una pareja de relojes pensando que no faltaba mucho para el cumpleaños de Masafumi. Le pidió a la dependienta que los envolviera para regalo por separado, compró algo de comida preparada en el supermercado del sótano y volvió a casa a toda prisa.

–Es un poco pronto, pero es el regalo de tu cumpleaños.

Rika dejó un paquetito encima de una mesilla del salón después de cenar. Masafumi miraba la televisión y se sorprendió mucho. Le preguntó si de verdad podía abrirlo y enseguida deshizo la cinta. Miro el reloj en detalle y le dijo que le gustaba mucho.

–Si no te queda bien lo llevaré para que ajusten la correa.

–Está un poco floja, pero no importa.

–Yo me he comprado uno igual para mujer.

Se sentó a su lado y le mostró su muñeca izquierda.

–¿Una pareja? –dijo con una sonrisa como si le diese vergüenza–. ¡Qué

lujo! ¿Te han dado la paga extraordinaria?

–Me han subido el sueldo. No te lo había comentado, pero me he sacado un título con la ayuda del banco y ahora tengo más responsabilidades.

–Vaya, vaya. ¿Has hecho un examen para ascender y optar a un puesto fijo?

–¡Qué va! ¿Cómo van a hacerme fija? Un contrato a tiempo completo. Es lo máximo a lo que puedo aspirar.

–Es decir, trabajas como antes, pero con más responsabilidad.

–Más o menos, pero estoy muy contenta porque me han subido el sueldo.

–¿Cuánto?

–¿Cuánto? Un poco.

–Está bien. De todos modos, sigues siendo una trabajadora temporal. No hacía falta que te gastases dinero en un reloj. Podrías haber comprado algo más barato.

–Quería un recuerdo. Tampoco es un reloj tan caro.

–Siempre he querido tener un buen reloj que me sirva para ir a jugar al golf y cuando voy de viaje de trabajo. Este me viene que ni pintado.

De nuevo, una sutil disonancia se apoderó de Rika sin que pudiera verbalizarla. Ni ella misma entendía la razón de esa inesperada aspereza en su corazón. Otra vez volvía a sentir cómo la excitación que la había dominado hasta ese momento se desinflaba, como en el día de la pizza.

–Yo también voy a estar más ocupado a partir de ahora –dijo él después de quitarse el reloj y dejarlo en la mesilla junto al sofá–. El otro día tuve una entrevista con mis jefes y me preguntaron si me gustaría trabajar en alguna otra sección en concreto. Creo que me van a cambiar de puesto y en ese caso tendré que hacer algún curso de formación, viajar más.

Masafumi trabajaba en el departamento de ventas, pero Rika se acordaba bien de que cuando se casaron su sueño era trabajar en el departamento de desarrollo de productos.

–Pienso mucho en el asunto de los hijos y quizás no sea el momento de cambiar de departamento, pero, por otra parte, si no lo hago ahora no sé cuántos años voy a tardar en tener otra oportunidad como esta. De momento he aceptado su oferta de cambiar porque, después de todo, mi trabajo influye decisivamente tanto en mi propia vida como en la tuya. Ya veremos cómo valoran mis resultados durante el último semestre del año.

A Rika le hubiera gustado decirle que en tal caso no les quedaba más

remedio que resignarse y le dieron ganas de reírse porque antes de llegar a ese extremo ni siquiera hacían nada para que tal cosa pudiera llegar a suceder.

–No me importa si vas a estar más ocupado. Nos esforzaremos.

–No te estoy pidiendo permiso –le espetó él sin más–. Bueno, me voy a bañar –dijo mientras se levantaba del sofá.

Rika se quedó boquiabierta sin llegar a entender lo que acababa de pasar. Masafumi desapareció por el pasillo canturreando. Tuvo el presentimiento de que algo no iba a funcionar y, al mismo tiempo, la certeza de que él estaba en lo cierto. «Es cierto –pensó–, no tengo que darle permiso. No estoy en posición de decirle si puede cambiar o no de departamento. Debería disculparme, decirle que lo siento, que me he expresado de una manera un poco arrogante.»

Le daba vueltas sin apartar la vista del reloj abandonado en la mesilla. Tenía una sensación desagradable en la garganta, como si se hubiese atragantado con algo.

Kozo Hirabayashi, el hombre que le había regalado el collar, tenía casi setenta años y era un cliente especial del banco. Su casa de dos plantas con tejado al estilo antiguo quedaba en una zona residencial de Tsukimino, en una parcela de unos trescientos metros cuadrados, cuyo aspecto era el de un jardín desastroso. Vivía allí solo tras la muerte de su mujer hacía ya casi diez años. Tenía una hija y un hijo, pero se habían casado hacía mucho tiempo y vivían lejos de allí.

La mayoría de los clientes de edad avanzada apreciaban mucho a Rika, siempre estaban encantados de hablar de cualquier tema al margen de los asuntos concretos del banco. En cualquier caso, existía una línea perfectamente trazada entre cliente y empleado. Quizás muchos la llamaban para asuntos banales, ingresar en la cuenta corriente veinte o treinta mil yenes, por ejemplo, pero nunca lo hacían sin la excusa de algo concreto, como sí hacía él. Los demás podían pedirle favores como cambiar una bombilla, jamás invitarla a salir en uno de sus días libres. Kozo sí lo hacía. La llamaba, le pedía que fuera a verle enseguida y cuando ella llegaba precipitadamente a su casa, él se ponía a hablar de cosas intrascendentes, sin preocuparse de nada más. No fueron una ni dos las ocasiones en las que le propuso ir a comer a alguna parte el fin de semana. Insistía en ir con ella

a Machida, en regalarle un bonito vestido para su cumpleaños. En un principio Rika pensaba que actuaba así porque estaba triste, porque no tenía con quién hablar. Nunca había visto a la familia de su hijo ni a la de su hija, tampoco a ningún otro pariente. Cuando aún estaba contratada a tiempo parcial iba a verlo siempre con algún compañero y por eso nunca le había dicho nada. En lugar de eso, calculaba la hora en la que estaría de regreso en el banco y la llamaba. Rika rechazaba todas sus invitaciones y ofrecimientos y al final no le quedó más remedio que pedir a sus compañeros que le dijeran que no estaba cuando la llamaba. El asunto se convirtió en motivo de broma y pronto empezaron a llamarle el «negrito» y le incluyeron en una especie de lista negra. Cuando su contrato cambió a jornada completa y empezó a visitarlo sola sin la compañía de Sakura, Kozo dio un paso adelante y empezó a invitarla abiertamente. La compasión del principio por su soledad se transformó pronto en una auténtica molestia y terminó por pedirle a su jefe, aunque sin éxito, que le buscara un sustituto. Desde que ella trataba con él, Kozo había cancelado todas sus cuentas en otros bancos para ingresar todo el dinero en el Wakaba. Como además tenía un piso alquilado y tierras arrendadas, ingresaba mensualmente una considerable suma en una cuenta de ahorro. Debía de ser uno de los mejores clientes del banco, pensaba Rika.

Por muchas negativas que recibiese, ya se tratase para dar una vuelta después del trabajo o durante el fin de semana, él nunca se ponía de mal humor. Al contrario, se reía y decía: «¡Qué lástima!». Tampoco le insinuó nunca que rompería su relación con el banco. Rika terminó por aceptar la molestia de rechazarlo siempre. Después de todo, no podía hacer mucho más, si bien cada vez tenía menos ganas de ir a su casa. Un día en concreto la llamó para decirle que tenía algo para darle. Ella calculó que eso se traducía, como poco, en una hora de conversación y cuando se bajó del tren en la estación de Tsukimino su ánimo estaba apagado.

La casa de Hirabayashi solía estar silenciosa si se exceptuaba el ajetreo de una mujer que iba a limpiar y a cocinar tres días por semana. Pero aquel día, nada más abrir la puerta de entrada, vio en el zaguán unas zapatillas de deporte tiradas de cualquier manera. Como de costumbre la hizo pasar a la habitación japonesa que daba al jardín; se sentó frente a él y escuchó pacientemente su habitual cháchara sobre el tiempo, sobre el aumento del coste de la vida. Oyó entonces un ruido en la segunda planta. Debía de ser la visita, supuso Rika, pero no dijo nada porque le daba vergüenza

preguntar. Cuando no estaba la mujer que lo ayudaba, Kozo siempre le pedía que le preparase el té de manera que, una vez más, se metió en la cocina que ya le resultaba familiar. Cuando salió con una bandeja en las manos con té para dos, se topó con un joven que bajaba de la segunda planta. Rika se asustó. También él. Se miraron, sus cuerpos en estado de alerta como gatos frente a una amenaza. Era un chico corriente. Vestía unos vaqueros y una camiseta con el cuello desbocado, pero en la casa de Kozo Hirabayashi, sumida siempre en el silencio, parecía un auténtico extraterrestre.

–¡Ah, sí! Es mi nieto.

Kozo lo dijo con un aire divertido asomando la cabeza desde la habitación japonesa.

–Vamos, preséntate –le increpó al joven.

–¡Ah! Pues… Soy Hirabayashi.

El joven agachó la cabeza como si obedeciera la orden de su abuelo.

–Yo soy Rika Umezawa, del banco Wakaba. Mucho gusto. Su abuelo cuida mucho de mí.

También ella hizo una reverencia. Era la primera vez que veía a alguien de la familia en esa casa.

–Ven con nosotros a tomar un té –le dijo su abuelo a pesar de que el chico no había terminado de presentarse.

Kozo estaba de un humor excepcional. Le habló primero de Kota, su nieto. Estaba muy orgulloso de él porque, a pesar de su apariencia, sacaba muy buenas notas y no se parecía en nada a sus padres. En el instituto siempre había sido de los mejores estudiantes y aunque no aprobó el ingreso a una universidad pública, la nota le había valido, al menos, para estudiar en una de las seis mejores universidades privadas de Tokio. Una hora más tarde, cuando Rika se disponía ya a levantarse para volver al trabajo frustrada por el hecho de haber ido hasta allí solo para conversar, Kozo sacó un sobre marrón de debajo de la mesa con un gesto grandilocuente y anunció: «Aquí tienes: cinco millones de yenes. Quiero que me abras esa cuenta en dólares que me recomendaste el otro día».

De regreso al banco, mientras atravesaba la zona residencial aún moteada de campos de cultivo, volvió a cruzarse con el nieto de Kozo. Caminaba despacio concentrado en la lectura de algo. De no aflojar el paso lo habría alcanzado enseguida, pero rezagarse a propósito le resultaba poco natural y decidió ponerse a su lado.

–Hola otra vez.

Kota se detuvo de nuevo con un movimiento de gato, la miró con un gesto de extrañeza y se guardó el papel que sostenía en las manos en un bolsillo del vaquero.

–No sabía que el señor Hirabayashi tuviera un nieto. Me ha contado que su hijo y su hija viven lejos.

–No sé si lejos –dijo él con el labio ligeramente torcido.

Rika no sabía si había sonreído o no y ante el silencio de él le preguntó por pura cortesía.

–¿También vives fuera de Tokio?

–No. Vivo aquí –murmuró él.

–¡Ah, sí! Tu abuelo ha dicho que estudias en la universidad. ¿Vives solo?

–Bueno, más o menos.

–Se ve que tu abuelo está orgulloso de tus notas.

El joven se rio abiertamente, pero no porque se lo tomase como un cumplido, sino más bien como si se riera de sí mismo, como si se menospreciase.

Era principios del mes de agosto y a lo lejos, al final de la calle, brotaban espejismos del asfalto. La sombra perfilada de los árboles se mecía lentamente con la brisa. Aparte de ellos dos, no había nadie a la vista, reinaba un silencio total, como si el tiempo se hubiera detenido. Rika vio cómo resbalaban las gotas de sudor por sus sienes. Tal vez no tenía un pañuelo para secarse y se resignaba a que le resbalasen por la cara hasta precipitarse por el mentón. La visión de sus patillas cortas empapadas de sudor le dio ganas de secarlo con su propio pañuelo, como haría con un niño, pero en lugar de eso se secó su propia frente.

–Tiene mucho dinero, ¿verdad? –dijo de improviso–. ¿Lleva ahí dinero en efectivo? –le preguntó con los ojos clavados en su portafolios.

Como no sabía qué decir se limitó a sonreír ligeramente. El chico detestaba a su abuelo, pensó distraída. No volvió a decir nada, así que se limitó a caminar a su lado en silencio. Le hubiera gustado hablar de algo, pero no tenía ni idea de qué le podría interesar al nieto de Kozo.

–Es un viejo muy pesado, pero trátelo bien, por favor –dijo Kota de improviso cuando se detuvo delante del semáforo en rojo frente a la estación.

–No es para tanto –dijo ella con media sonrisa.

–Como es un cascarrabias todo el mundo se aparta de él. Mis padres me llaman para pedirme que vaya de vez en cuando a comprobar si ya se ha muerto.

La confesión le hizo gracia y a Rika le alivió ver en su cara la inocente sonrisa propia de un chico de su edad.

–O sea que has venido a ver si estaba muerto –le dijo ella medio en broma.

–No, en realidad quería buscar algo. Menos mal que estaba usted, señora Umeda. La verdad, no sé qué hacer cuando estoy a solas con él.

–Umezawa, mi apellido es Umezawa.

–¡Ay, lo siento! Es verdad, señora Umezawa.

El semáforo cambió a verde. El cielo lucía transparente, extenso. Rika cruzó la calle al lado de Kota.

–Volveré cuando lo haga usted. Si estoy a solas mucho rato con él me entran ganas de matarlo.

Kota volvió a reírse. Parecía sentirse a gusto con Rika.

Tomaron el mismo tren, pero ella se bajaba dos estaciones antes porque iba en dirección a Shibuya. En el vagón medio vacío Kota le preguntó si tenía una tarjeta de visita. Rika sacó una del bolso y se la dio.

–¿Puedo llamarla cuando me toque volver? –le preguntó con un gesto serio.

Rika se inquietó. Se preguntaba si sería verdad eso de que le entraban ganas de acabar con la vida de su abuelo.

–Soy comercial y suelo estar fuera de la oficina.

El tren llegó a la estación. Rika se levantó y él también para despedirse con una reverencia muy formal.

«No comprendo a estos jóvenes de hoy en día», se dijo Rika a sí misma de regreso al banco. Kota parecía un buen chico, pero de pronto se ponía a decir cosas como «matar». Hablaba sin ton ni son, pero si el tema no le interesaba se callaba. «Ahora lo entiendo –pensó–. Nuestro “negrito” quería que conociese a ese nieto suyo del que tan orgulloso está.» A partir de ese momento ya no pensó más en él. Imaginaba que no volvería a verlo y tampoco tenía ninguna intención de entrometerse en la situación familiar del señor Hirabayashi. Era un alivio que no hubiera insistido con sus invitaciones gracias a la presencia del nieto.

En la sucursal solían organizar fiestas de bienvenida para los recién llegados, para celebrar el cierre del año fiscal en el mes de marzo; también en verano para ayudar a soportar los rigores del calor, y el día de Navidad. Solían celebrarlo en algún restaurante o en alguna taberna de Machida o de Shibuya. Rika solía acudir a las fiestas de bienvenida o a la del cierre del año fiscal, pero no al resto. No obstante, asistió a una que organizaron en un *Biergarten* de Shibuya porque ese día Masafumi volvería tarde a casa. Repartieron mapas fotocopiados para que cada cual fuera por su cuenta cuando terminase de trabajar. Rika se subió al tren con unos cuantos compañeros. Suponía que en otras sucursales tenían esa misma costumbre de celebrar pequeñas fiestas, pero una colega joven dijo que no era así.

–Al director de nuestra sucursal le gustan mucho las fiestas y encima nos llevamos todos bien –explicó la compañera que trabajaba en ventanilla.

–¿Por qué? ¿En otras sucursales no hay buen ambiente?

Rika estaba intrigada con lo que acababa de oír.

–Tengo una amiga en otra y cuando hablo con ella me doy cuenta de que la nuestra es un poco especial. El ambiente suele ser más frío, más centrado en el trabajo concreto.

–Yo he oído que nuestras salidas son la comidilla de los demás. ¿Es eso cierto? –preguntó un chico que apenas trabajaba allí desde hacía un año.

–¿Hablan de nosotros?

Rika parecía cada vez más sorprendida.

–No te preocupes tanto. Basta con que no des demasiadas explicaciones. No le cuentes a nadie si te gusta apostar a las carreras de caballos o si te ha dado por comprarte un Rolex a plazos –dijo medio en broma la chica de la ventanilla.

–¡He sido yo el que te ha contado que fui una vez a las carreras de caballos cuando estudiaba! –se quejó el chico nuevo que, de hecho, aún parecía un estudiante–. ¡Y solo dije que me gustaría tener un Rolex algún día!

–Solo es una pequeña celebración para tener la oportunidad de tomar algo juntos, ¿no? –preguntó Rika inocentemente.

–Sí, nada más, pero si lo piensas bien en un trabajo como el nuestro no hay muchas oportunidades de hablar con el jefe, ni tampoco entre nosotros, ¿no crees? Nos llevamos bien y el ambiente de la oficina parece más bien el del ayuntamiento de un pueblo, pero tratamos con dinero al fin y al cabo, y sí, se fijan en las conductas, en los gastos de todos nosotros.

–Ahora que lo dices, cuando hice la entrevista de trabajo me preguntaron por la escuela de mis hijos, si iban a alguna academia de apoyo. ¿Era por eso?

Lo preguntaba una mujer de mediana edad que trabajaba a tiempo parcial desde hacía unos seis meses.

–¿Cómo? ¿Te preguntaron eso?

Rika no daba crédito.

–Mi hijo mayor empieza el próximo año la escuela secundaria y querían saber si tenía intención de llevarle a una privada o no, si practicaba algún deporte, si eran muy caras las academias de apoyo.

Los demás pronto cambiaron de conversación para dedicarse a otras cosas.

El *Biergarten* estaba a mitad de camino en la cuesta de Miyamazu. La especialidad eran las cervezas alemanas y el local quedaba en el sótano de un edificio. Habían reservado una sala privada para ellos. El grupo de Rika fue el primero en llegar. Brindaron y empezaron a picar algo. Por alguna razón se dividieron en dos grupos: por un lado, quienes trabajaban a tiempo completo y, por otro, quienes lo hacían a tiempo parcial. Quizás imperó el criterio de la afinidad por edades. A la mesa de Rika, no obstante, se sentaron solo mujeres sin preocuparse por la edad. Enseguida se pusieron a hablar de cosméticos, de restaurantes, de series, temas genéricos sobre los que cualquiera tenía algo que decir.

Rika ya se había dado cuenta de que había algo peculiar en las personas que trabajaban en el sector bancario. Sakura siempre se lo decía cuando salían juntos a visitar clientes. En su empresa anterior, la de tarjetas de crédito, por ejemplo, el principal valor era la actitud ante el trabajo, la puntualidad, la discreción en el vestir, la seriedad. Pero en el banco, además de eso y tal vez más aún, se fijaban en la economía de cada cual, es decir, si gastaban en exceso, si tenían o no problemas financieros, vidas desorganizadas… Rika se compadecía de sus compañeros con contrato fijo, porque debían andarse siempre con mucho cuidado con lo que decían o dejaban de decir por mucho que disfrutaran de un ambiente festivo y relajado como el de aquel día. Eso la aliviaba porque se sentía al margen de esa presión.

A las siete y media de la tarde ya habían llegado todos y el ambiente se animó. Se mezclaron de cualquier manera y el jefe se animó a cantar a capela para lucirse como le gustaba hacer en las fiestas de bienvenida.

También como de costumbre, nadie lo escuchó y cada cual siguió inmerso en su propia conversación. Las jarras de cerveza se vaciaban una tras otra y los camareros no tenían un minuto de descanso. La comida circulaba de acá para allá y había tanto ruido que no se oía nada a menos que uno pegase el oído a quien le hablaba. Para entonces, a Rika le pareció que nadie se estaba fijando en la conducta de los demás. El ambiente alborotado y distendido le recordó la despreocupación de su época de estudiante.

La fiesta en el *Biergarten* terminó pasadas las nueve y algunos propusieron seguir en un karaoke cercano. Rika no tenía costumbre de salir y le hubiera gustado disfrutar más de la algarabía general, pero la idea del karaoke no la seducía. Se despidió y con unas compañeras descendió por la cuesta de Miyamazu en dirección a la estación.

Justo al final de la cuesta alguien la llamó de repente:

–¡Señora Umezawa!

Rika se dio la vuelta, pero el hombre joven con una camiseta no le decía nada.

–Soy Hirabayashi. Nos conocimos hace unos días en la casa de mi abuelo, en Tsukimino.

Rika se acordó. Era el nieto de Kozo, pero había olvidado su nombre.

–¿Estaba de celebración?

–Sí, he salido con mis compañeros de trabajo.

De hecho, algunas de sus colegas la esperaban a unos metros de distancia, lo cual a él no pareció importarle demasiado.

–¿Ya se va a casa? –le preguntó.

–Unos cuantos han ido al karaoke, pero nosotras ya nos marchamos.

Rika miró a sus compañeras y ellas parecieron interpretar su gesto como la señal de que podían marcharse.

–Adiós, señora Umezawa. Nos vemos el lunes –dijo una de ellas.

–Hasta el lunes –dijo otra sacudiendo la mano antes de darle la espalda.

–¿Tiene que irse? –insistió el joven.

–¿Cómo?

Rika no entendía lo que quería decir y miró directamente a los ojos al chico que tenía delante. No llovía, pero hacía un calor bochornoso y olía a humedad. Rika tuvo la extraña sensación de que ese chico y ella compartían algo de intimidad, sintió como si la retuviera por alguna razón apremiante.

–No sé, pero ya que nos hemos encontrado por casualidad, ¿no le apetecería tomar algo?

Se rio sin motivo, con un aire entre dubitativo e indeciso, como si hubiera sido Rika quien lo estuviera invitando a él y no encontrase una razón para rechazarla.

Rika miró la hora en el reloj que era la pareja del de Masafumi. Él se lo había llevado de viaje en dos ocasiones y, en dos ocasiones también, a jugar al golf como le dijo que haría cuando se lo ofreció. Levantó la mirada.

–Si no es mucho tiempo está bien.

Él la miró perplejo, como si no supiera qué hacer, qué cara poner.

Conocía un sitio cerca de allí, dijo. Rika lo siguió. Se acordó entonces de su nombre. «Kota. Kota Hirabayashi. Eso es, se llama Kota Hirabayashi.» Él se dio media vuelta como si le hubiera llamado por su nombre y sonrió. A Rika le dio un vuelco el corazón. Era una sonrisa cómplice que parecía demostrar su ilusión de intimidad.

Fueron a un bar situado en el sótano de una tienda de licores. En la penumbra del interior del local flotaba humo de tabaco, sonaba a todo volumen música rock. Había sofás y mesas con una gran variedad de diseños separados entre sí por telas finas colgadas del techo. Todos los sofás parecían ocupados, aunque no se llegaba a distinguir por culpa de la oscuridad. En cualquier caso, resultaba evidente que era un ambiente muy distinto respecto al del *Biergarten*. Todos los clientes le parecieron chicos muy jóvenes. Un camarero muy delgado con pinta de monje novicio de pelo largo los acompañó hasta un rincón que estaba libre. Kota pidió una cerveza. Rika titubeó y al final se decidió por un gin-tonic.

–Siento la precipitación. Le pido disculpas. Acabo de salir de trabajar y quería tomar algo, pero no me apetecía beber solo.

–Así que trabajas. ¿Dónde?

–En un karaoke. Está muy cerca de aquí. También como profe. Soy un estudiante pobre, sabe.

–¿Profe? ¡Ah! Quieres decir profesor particular.

–No me queda tiempo para estudiar –se rio.

El ruido de la música y de la conversación de las parejas sentadas a ambos lados no les dejaba más alternativa que hablarse a gritos. Kota repetía «¿qué?» y acercaba mucho su oído a la boca de Rika. Le preguntó algunas cosas y él respondió educadamente aunque no llegaba a oírle. De todos modos, asentía como si pudiera hacerlo.

Le sorprendió descubrir cómo, a medida que ingería más alcohol, su cuerpo se aligeraba, una ligereza que afectaba más bien a sus sentimientos,

pero que identificaba como algo físico, como si se desprendiera de una ropa incómoda y húmeda para envolverse en una toalla seca, limpia. Se reía con ganas por mucho que no tuviera un verdadero motivo para hacerlo. Kota también reía. Parecía aliviado. Era una risa floja la suya.

En un primer momento estaba pendiente de que el brazo derecho de él y el suyo izquierdo no se rozasen, pero transcurrido cierto tiempo ya le daba igual. Se reían, se acercaban para escucharse y ella sentía la temperatura de su cuerpo, una especie de sequedad en su brazo. Era un tacto agradable que se sumaba a esa levedad en la que se había sumergido. Volvía a disfrutar de la diversión del encuentro con sus compañeros, del alboroto, de la alegría y la despreocupación típicos de su época de estudiante. Claro, pensó. Le parecía revivir sus días de juventud, pero en realidad no se trataba de eso. «No recuerdo haber disfrutado así entonces –pensó–. No me embriagué despreocupadamente, nunca me reí de esta manera. No es como en mis tiempos de estudiante, sino como yo imaginaba que debía de ser mi vida de estudiante. Los demás se lo pasaban en grande. Todos menos yo. Se mezclaban unos con otros. Yo solo lo imaginaba porque era una chica callada, seria. ¿No actué entonces como mis padres y conocidos esperaban que lo hiciera?» Rika sonrió a Kota para alejar esos pensamientos de sí misma.

–Me sorprende que te acuerdes de mí –le dijo–. Solo nos hemos visto en una ocasión y apenas unos minutos.

–Es porque la primera vez que la vi me impresionó usted mucho.

Apenas lo hubo dicho, Kota pidió otra cerveza al camarero detrás de la barra. Rika se fijó en la oreja del joven. Estaba muy roja. Apoyó el vaso de gin-tonic en la mejilla para refrescarse un poco y le sorprendió comprobar lo caliente que estaba. El camarero le preguntó si quería algo más. Apuró la copa de un trago para pedir otra.

–Te impresioné…

Repitió sus palabras porque no sabía qué había querido decir exactamente. No tardó en comprenderlo, sin embargo.

–No hace falta que me piropees –le dijo al tiempo que le daba un codazo coqueto.

–No es un piropo –dijo él con un aire un poco ofendido.

–No sirve de nada decirle eso a una señora.

Kota guardó silencio. Agarró su vaso de cerveza, dio un trago y habló sin mirarla directamente a los ojos.

–No hace falta que te refieras a ti misma como una señora.

Al fin se atrevía a tutearla.

Rika guardó silencio. De pronto sentía como si hubiera perdido la ligereza de la que disfrutaba hacía solo un momento. Le dio vergüenza. Se vio a sí misma desde lejos, una mujer satisfecha por el hecho de beber acompañada de un chico joven, por disfrutar de un aire de intimidad y eso a pesar de que no le atraían especialmente los chicos jóvenes.

–Si te digo la verdad, te he llamado por teléfono –confesó él con la misma sonrisa inocente de hacía un rato.

–¿Cómo?

–Te he llamado al número que aparece en tu tarjeta de visita.

–¿Ah, sí? La mayor parte del tiempo estoy fuera de la oficina…

–Quería hablar contigo, pero…

La mujer sentada al lado soltó una sonora carcajada y arqueó la espalda ostensiblemente. La risotada le impidió escuchar lo que Kota le dijo a continuación.

–Debería marcharme –dijo.

En cuanto terminó su segundo gin-tonic se levantó. Kota la siguió y dijo con toda formalidad que la acompañaría a la estación. Se apresuró a la caja, sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

–Pago yo –dijo Rika, interponiéndose entre la caja y él.

–He sido yo quien te ha invitado.

–¿No decías que eras un estudiante pobre?

Rika pagó con un billete de cinco mil yenes y cogió el cambio.

–Muchas gracias, pero me siento mal. Después de todo te he invitado yo. Gracias de todas formas.

Kota hizo una reverencia de agradecimiento.

Nada más salir a la calle se sumergieron en una atmósfera de silencio multiplicada por el ruido del interior del que acababan de salir. El cielo, teñido por las luces de los neones, le daba a todo un extraño color uva. La humedad se palpaba, y la luna se había asomado tras las nubes. Eran cerca de las once de la noche, pero el distrito de Miyamazusaka estaba tan animado como un fin de semana a mediodía.

–¿Te puedo llamar uno de estos días? –le preguntó Kota mientras caminaba a su lado.

–¿Por qué?

Le miró a los ojos. No entendía qué razón podía tener para llamarla.

–¿Por qué? –se rio él confundido–. Para ir a tomar algo como hoy… No sé, a comer a alguna parte.

–¿Por qué? –insistió ella–. ¿Por qué precisamente conmigo? Un estudiante como tú tendrá muchos amigos, imagino.

–Si te molesta no te llamaré –dijo como si el ofendido fuera él.

Guardó silencio y caminó a su lado con las manos metidas en los bolsillos de atrás de su pantalón vaquero. Parecía un niño pequeño al que acababa de regañar su madre, pensó Rika.

Comprendió entonces que ese chico casi diez años menor no bromeaba ni la alagaba porque sí. Se sentía sinceramente atraído por ella. Hizo todo cuanto pudo por apartar de su mente las preguntas que se le amontonaban. Por qué precisamente, por ejemplo, cuando era incapaz de hablar de nada interesante, por qué ella si no tenían nada en común, más allá de su diferencia de edad. Lo único que quería era sentir la alegría de haberse cruzado con alguien que reconocía su valía, algo así como si le hubieran subido la nota en un examen o como si la hubieran elegido para formar parte de la selección nacional de algún deporte.

–Gracias.

Rika se detuvo frente a él y se inclinó con una reverencia. Le daba las gracias por haberle hecho sentir esa alegría. Kota, sorprendido también, le agradeció por su parte una vez más la invitación y agachó la cabeza. Cuando sus cabezas recuperaron la verticalidad, sus miradas se cruzaron y se rieron.

Se despidieron en la estación. Rika se subió a un tren en dirección a la periferia. El vagón estaba atestado de gente que volvía tarde del trabajo. Olía a alcohol. Rika se aferró al pasamanos y se apoyó firmemente sobre ambas piernas. El tren se sacudía. Su mano se soltó del pasamanos. Se tambaleó y el hombre que tenía pegado justo detrás chasqueó la lengua con desaprobación. Se agarró con más fuerza. Entre las numerosas cabezas alcanzó a ver la ventanilla donde se reflejaba su rostro con una sutil sonrisa dibujada en los labios.

Aquel día Sakura no acompañó a Rika. Por la mañana visitó a sus clientes del distrito de Chuorinkan y de Minami Machida. A mediodía regresó al banco para almorzar y por la tarde volvió a visitar a clientes en Aobadai, en Tana y en Tama Plaza. Como el matrimonio Hayashida, de Tana, hablaba

mucho, se había reservado suficiente tiempo para poder dedicárselo, pero la mujer, porque siempre era ella quien la retenía, no estaba en casa ese día y por eso terminó mucho antes de lo que pensaba. Ya en Tama Plaza miró el reloj y comprobó que aún eran las tres de la tarde. «Volveré al banco para organizar el papeleo de mañana», pensó mientras entraba en los grandes almacenes donde había un acceso a la estación. Le gustaba acortar por ahí en lugar de dar toda la vuelta al edificio. Había aire acondicionado, además, aunque solo disfrutara de él por espacio de uno o dos minutos. Era mediados de septiembre, pero aún apretaba el calor.

–Estamos haciendo una campaña de promoción gratuita y analizamos el estado de la piel.

Una dependienta detuvo a Rika en mitad de la sección de cosméticos. Ni en ese momento ni tampoco más tarde llegó a entender por qué se detuvo en ese preciso instante y no en otro cualquiera. En cualquier caso, lo hizo. La dependienta la acompañó hasta el sillón donde iba a examinar su piel.

–Siéntese, por favor. Solo tardaremos cinco minutos. Comprobaremos la edad de su piel, su nivel de hidratación, el nivel de desarrollo de las manchas que aún no han aparecido en la superficie.

La mujer le hablaba con suma cortesía. Lucía un maquillaje tan perfecto que parecía un maniquí.

Rika nunca se había entretenido en compras personales durante su horario de trabajo. No es que estuviera expresamente prohibido, pero existía el acuerdo tácito de no comer en restaurantes ni entretenerse en centros comerciales. De hecho, la recomendación era volver a la sucursal para almorzar. Algunas compañeras confesaban a escondidas que a veces se pasaban por las rebajas, pero Rika, como si aún fuera la misma estudiante obediente de siempre atenta a las reglas, podía atajar por unos grandes almacenes, pero solo para regresar al banco sin perder un segundo.

Excepto aquel día. Se distrajo en la sección de cosméticos y se dijo a sí misma que no pasaba nada por perder cinco minutos. «Después de todo he terminado antes de lo previsto. Volveré al banco enseguida», pensó.

Se sentó en una banqueta como le indicaba la dependienta y empezó a pasarle por la tez una especie de lápiz luminoso.

–¿Pasa usted mucho tiempo al aire libre? –le preguntó–. Su piel parece sufrir por causa del sol. En la línea central y en la perpendicular de la frente acumula un exceso de grasa y tiene las mejillas secas, los poros demasiado

abiertos. Por ahora aún no se aprecian, pero en las capas profundas de la piel hay manchas escondidas. Si no se cuida terminarán por salir a la superficie.

La mujer le mostró una pequeña pantalla de ordenador. El lápiz luminoso estaba conectado a él y se veía su piel como si fuera la superficie de la luna. La pantalla se puso en blanco y negro y aparecieron numerosas manchas de distintos tamaños, las «manchas escondidas» de las que hablaba. Miró la pantalla y solo de imaginar que todo eso que estaba oculto debajo de su piel iba a aparecer en su cara, se horrorizó.

–Cuidarme significa usar cremas solares, por ejemplo.

–Por supuesto. Debe protegerse de los rayos ultravioletas, pero si usa también una crema antimanchas de mañana y noche, el resultado será mucho más evidente.

La mujer empezó a sacar todo tipo de frascos y recipientes a pesar de que Rika no se lo había pedido y los colocó en una mesita. Agarró la mano de Rika y en el dorso empezó a extenderle lociones y cremas.

–¿Qué le parece? –le preguntaba a cada rato–. Se da cuenta de cómo penetra en la piel, ¿verdad? Luego desaparece. Fíjese.

En realidad, en lo que estaba pensando en ese momento era en Kota, con quien había caminado por Shibuya de noche apenas unos días atrás. No recordaba sus palabras o sus gestos, sino su piel, sus mejillas tersas, impolutas como las de un niño. «Es muy joven», pensó.

–Está bien. Me las llevo.

Cuando quiso darse cuenta, Rika ya había pronunciado esas palabras y señalado todos los productos que tenía delante de los ojos. De hecho, sus palabras sonaron como las de otra persona.

–En total son sesenta mil novecientos yenes.

Al escuchar el precio, Rika se quedó estupefacta. Jamás en su vida habría imaginado que pudiesen costar semejante cantidad de dinero.

–En este momento solo llevo encima cincuenta mil yenes. ¿Podría quitar algo? Pasaré otro día a por el resto.

Mientras hablaba sacó la cartera.

–En ese caso, quitaremos la mascarilla y la crema de los ojos. En total, cuarenta y siete mil doscientos cincuenta yenes.

–Gracias –dijo con la mente en blanco.

En la cartera donde pensaba que tenía los cincuenta mil yenes solo había dos billetes de mil. Se acordó de que no había guardado tal cantidad

esa semana; había sido la anterior.

Sin pensarlo dos veces alargó la mano para alcanzar un sobre con dinero en efectivo que le acababa de entregar un cliente. Rebuscó dentro y sacó cinco billetes de diez mil. Los dejó en el mostrador. No pensó en nada, no vaciló. Cuando la dependienta agarró el dinero para ir a la caja comprendió lo que acababa de hacer. En cualquier caso, no se sintió culpable. Solo pensó que en la estación había un cajero y que antes de volver al banco sacaría esa misma cantidad para devolverla al sobre.

La dependienta regresó con el vuelto y se lo entregó junto a una bolsa de papel. Rika tomó la bolsa, guardó el cambio en la cartera y salió de allí. El calor húmedo del exterior la envolvió de golpe. Caminó aprisa hacia la estación.

Se acercó al cajero y sacó cincuenta mil yenes con la libreta de su cuenta personal. Echó un vistazo a su alrededor, metió la mano en el bolso y guardó los billetes en el sobre. Después se alejó del cajero como si nada hubiera ocurrido. Guardó la bolsa con los cosméticos en una consigna, echó la moneda, cerró y se guardó la llave en el bolsillo interior de su bolso. Cruzó el torniquete de entrada y bajó hasta el andén. Los mismos actos de costumbre.

Subió al vagón, se quedó de pie junto a la puerta y pensó en los productos que acababa de comprar. Pensó cómo iba a colocar todos esos frascos en el tocador de su dormitorio, en cómo aplicárselos correctamente. Estaba emocionada. «Son caros, pero qué más da después de todo –pensó como si quisiera convencerse a sí misma–. Hasta ahora siempre he usado esos cosméticos baratos del supermercado. Con veinte años da igual, pero ahora ya tengo más de treinta y debería usar algo más decente. Además, no los he pagado con el dinero de Masafumi, sino con el mío, con el dinero que gano yo. Después de todo para eso trabajo. No pasa nada si me doy un capricho de vez en cuando.»

Todo lo que se decía a sí misma eran pretextos para justificar una compra mucho más costosa de lo que había imaginado. En ningún momento se le pasó por la cabeza que con el tiempo se acordaría una y otra vez de ese día bochornoso de finales de verano.

El sábado Masafumi no parecía ir a despertarse nunca a pesar de que ya había pasado el mediodía. Ella se había levantado a la hora de siempre y

hacía ya un buen rato que había terminado de limpiar, tender la ropa, de preparar comida para los dos e incluso de comer sola. Masafumi se despertó brevemente para ir al baño, pero dijo que estaba cansado y volvió a meterse en la cama. Cubrió su plato con un film transparente y lo guardó en la nevera. Le escribió una nota para decirle que salía un rato y se marchó.

Se subió al tren y se bajó unas estaciones más allá, en unos grandes almacenes. Tenía la intención de hacerse con una tarjeta de crédito. No quería volver a encontrarse en una situación como la del otro día. Aquellos cincuenta mil yenes, a su modo de ver, eran suyos de verdad y se avergonzaba de no haber podido disponer de ellos sin tener en cuenta que lo único verdaderamente suyo en aquel instante preciso eran tan solo los dos mil yenes que había en su cartera. Salió de la estación y cruzó una calle abarrotada de gente. Cuando estaba a punto de entrar en los grandes almacenes vio el anuncio de una campaña de promoción de tarjetas de crédito. Las chicas que participaban en la campaña vestían todas minifalda y repartían folletos con una sonrisa en la cara. Un poco más atrás, había otras mujeres más mayores vestidas con el uniforme de los grandes almacenes a la espera de atender a los clientes. Un hombre con un micrófono en mano repetía sin cesar que a quienes solicitasen una tarjeta en ese momento les harían entrega de una provisional con la que podrían comprar desde ese mismo día con un descuento del cinco por ciento. Rika se sentó a la mesa sin pensarlo dos veces, tal y como habían hecho algunas otras personas. Había tenido una tarjeta tiempo atrás, cierto, pero la había dado de baja cuando se casó porque no quería vincularla a una cuenta donde también aparecía su marido como titular.

Cuando le entregaron la tarjeta provisional, un simple trozo de papel, la dominó la pulsión de comprar algo enseguida. Entró en los grandes almacenes sin perder un segundo. La sección de ropa de mujer estaba llena. Caminó por allí rodeada de grupos de mujeres y algunas familias que aprovechaban para echar un vistazo a las rebajas de finales de verano y a la nueva temporada de otoño. En la calle aún hacía calor, pero allí dentro el frío parecía haber llegado porque por todas partes se exponían jerséis de cuello vuelto, camisetas de manga larga, etcétera. Miraba las prendas nuevas y le asaltó una gran angustia vestida como estaba con una camisa y una falda color azul marino que se había comprado hacía ya dos años y que, sin duda, le hacía aparentar muchos más años de los que en realidad tenía. Se sintió miserable, fuera de lugar. Dominada por la angustia, se dejó

arrastrar hasta una *boutique* y se puso a mirar camisas, faldas, jerséis. Le gustó un pantalón de cuadros escoceses, se lo puso por encima frente al espejo para ver cómo le quedarían y la dependienta le recomendó probárselo. Entró dócilmente en el probador, se examinó en el espejo y la vendedora le dijo que le caían muy bien porque tenía un tipo estupendo. La angustia dio paso a una intensa alegría.

Cuando volvió en sí se estaba despidiendo de la dependienta que le entregaba su compra en una bolsa. La angustia de un rato antes había desaparecido como si nunca hubiera existido. A cambio, se sentía ligera, como si flotase. Entró y salió de otras cuantas tiendas, se probó toda la ropa que le llamaba la atención sin importarle si la iba a comprar o no.

«La primera vez que la vi me impresionó usted mucho.» De vez en cuando oía las palabras de Kota como si se las susurrase al oído, un rumor delicado más bien, no tanto las palabras de él. Compró un montón de ropa y se dio cuenta de que todo era para gustar a los demás y no tanto pensando en sí misma. No eligió nada de colores difíciles de combinar, nada que se pudiera lavar en casa, ni nada de rebajas. A simple vista, toda la ropa parecía cara, elegante, llamativa, prendas que hasta entonces nunca había tenido siquiera entre sus manos.

Salió cargada de bolsas y volvió en sí mientras caminaba por el pasillo. Miró las cuatro bolsas que colgaban de sus manos y se preguntó cuánto dinero se había gastado. Cerca de sesenta mil yenes, calculó mentalmente. Jamás había gastado semejante cantidad de dinero en apenas unas horas. Se sintió culpable, pero al contemplar los grandes almacenes desde el mirador interior se preguntó por qué tenía que sentirse culpable precisamente ella. Era su dinero, lo había ganado ella y solo se había comprado ropa para el otoño. Caminó entre la multitud y se dijo a sí misma que se trataba de cientos de personas haciendo justo lo mismo que ella. Esa persona de ahí, por ejemplo, aquella de más allá. Todos iban cargados con bolsas. Por qué debía sentirse culpable. Era su dinero y nunca lo había despilfarrado. De hecho, había desatendido su estilo. Al pensar de ese modo, la culpabilidad que le atenazaba se desvaneció. Se dirigió al sótano, a la sección de alimentación, de nuevo embargada por una sensación de levedad.

Mientras pensaba en el menú para la cena, fue a echar un vistazo a la sección de comida preparada. Pensaba distraída en cómo combinar la ropa que acababa de comprarse, no solo la cena ocupaba sus pensamientos. Podía combinar la ropa que tenía en casa con la que acababa de comprar. La

satisfacción recorrió su cuerpo hasta la punta de sus dedos.

La felicidad le duró hasta que llegó a su estación. Caminó en dirección a casa y de pronto se preguntó: «¿Qué va a decir Masafumi cuando me vea con todo esto? No puede protestar, por supuesto. Después de todo no he gastado su dinero, pero seguro que dice algo, que si no me he pasado o por qué tantas cosas. Bueno, a lo mejor solo le llama la atención que haya ido yo sola de compras». Lo que no quería en ningún caso era escuchar un sermón o terminar sintiéndose mal, de manera que sin pensar en nada más dio media vuelta y dejó sus compras en la consigna de la estación. Echó las tres monedas de cien yenes y se guardó la llave en el bolso. Lo recogería todo el lunes por la tarde después de trabajar. De ese modo, él no se daría cuenta.

Era la época en la que empezaba a refrescar por la tarde. Masafumi no dejaba de quejarse de lo cansado que estaba y ella se preguntaba si no se habría resfriado. Tenía tendencia a debilitarse con los cambios de estación. «Debería prepararle algo caliente y que se acueste otra vez.» De regreso a casa repasó mentalmente lo que había comprado y pensó qué hacer. Cuando se decidió ya se había olvidado por completo de la ropa, del dinero que se había gastado y de su negativa a escuchar los comentarios de su marido. Solo quería llegar lo antes posible.

Kota la llamó a la semana siguiente. Eran las cinco menos veinte de la tarde y en ese momento anotaba algo en su agenda.

–Me gustaría pedirte un favor –dijo su voz al otro lado de la línea.

–Dígame, de qué se trata.

Le habló de usted para aparentar que se trataba de una llamada de trabajo.

–La verdad es que no es fácil de explicar.

Rika tuvo enseguida un mal presentimiento y bajó la voz preocupada por las miradas indiscretas.

–En ese caso le llamaré más tarde. ¿Podría darme su número de teléfono?

–Por mi parte no hay problema, pero… ¿Voy para allá? Ahora estoy en Machida, llegaría enseguida.

Ante el silencio de Rika, él siguió hablando:

–¿Podríamos encontrarnos en la entrada de la estación a las cinco y

media?

–Me viene mejor en Chuorinkan –dijo ella en un tono apenas audible.

–De acuerdo. Nos vemos allí entonces. Te espero en la parte de la línea Entoshi.

La llamada se cortó sin más.

Rika colgó el auricular. Miró al vacío y recordó el tiempo que habían pasado juntos en aquel bar. «¿No será que andaba detrás de algo? ¿Por eso me dijo que le gustaba? Ahora me acuerdo, me preguntó cuánto dinero tenía ahorrado su abuelo.»

Rika subió al tren sin dejar de darle vueltas a infinidad de cosas. Llegó diez minutos antes de la hora prevista, pero él ya la esperaba allí de pie.

–Siento haberte llamado así de improviso –dijo con una sonrisa en los labios.

Rika se echó a andar con un gesto tenso y enfiló hacia las escaleras mecánicas.

–Mis compañeros suelen pasar por aquí. ¿Podemos ir a una cafetería? –le dijo sin mirarle.

–Menos mal que te he localizado. Estaba muy nervioso.

Parecía nervioso, en efecto, no paraba de reír. Cuando llegaron a la planta sótano donde estaban todos los restaurantes, Kota dijo:

–¿Por qué no comemos algo? Tengo hambre.

Adelantó a Rika y se metió en una especie de taberna. Rika lo siguió, cabizbaja. La cabeza le daba vueltas, no se le ocurría cuál podía ser el motivo de tanta urgencia a no ser que se tratase de dinero.

Kota se pidió una cerveza, la apuró de un trago y enseguida se pidió otra más. Le propuso entonces participar en una película que estaba rodando. Tenía las orejas completamente rojas. Rika no entendió de qué le hablaba y se limitó a escuchar.

Le explicó que cursaba su último año de universidad, pero que ya sabía de antemano que no iba a poder graduarse por culpa de las malas notas. Era miembro de un club de cine de estudiantes y filmaban películas amateurs. Él estaba a cargo de los guiones y de la dirección. Su intención era dedicarse profesionalmente a ello y, claro, no tenía la más mínima intención de buscarse un trabajo cualquiera, por lo que consideraba muy en serio la posibilidad de dejar los estudios. Tenía entre manos una película cuyo guion había finalizado y solo esperaba empezar a rodar. Quería que Rika actuase en ella. Le hablaba sin ton ni son, sin un orden lógico, de no sabía

qué película que le conmocionó cuando estaba en secundaria, de sus vagos sueños de futuro, de lo aburridas que le resultaban las clases, de grandes ideas relacionadas con la película que se traía entre manos. Ella lo observaba mientras le hablaba entusiasmado, las orejas rojas y apurando cervezas. Le parecía que estaba delante de un animal extraño. Sus historias mezcladas con sueños, deseos y divagaciones no le transmitían el más mínimo sentido común. Le confesó que tenían previsto enviar la película a un festival amateur y, en caso de que ganara el primer premio, lo invitarían a participar en otro festival similar también en el extranjero. Tal era su plan para que el mundo lo reconociera como un prometedor y talentoso director novel. A Rika, sin embargo, todo ese entusiasmo se le escapaba. Le escuchaba, asentía, pero en realidad pensaba que ese niño que tenía enfrente vivía en un mundo completamente ajeno al suyo.

–No podemos pagarte nada. Tampoco tenemos maquilladora, pero ¿podrías hacerlo de todos modos? –le preguntó con la jarra de cerveza entre las manos.

Rika no pudo contener la risa.

–No he actuado en mi vida. Además, se trata de una cosa de estudiantes, ¿no?

–Sí, somos estudiantes, pero no es un juego. Es una cosa muy seria –respondió él un tanto ofendido.

–No lo dudo. Lo que quiero decir es que si participa alguien como yo resultará extraño. Estoy demasiado lejos de ese mundo y soy incapaz de reír o llorar delante de nadie.

Rika estuvo a punto de añadir que era una señora, pero se tragó sus palabras porque se acordó del enfado de Kota cuando le dijo que no tenía necesidad de hablar así de sí misma.

–No hace falta llorar ni reír. Tu sola presencia en la película bastará para que se convierta en algo muy diferente. Podemos organizarlo un día y a una hora que te resulte conveniente. Te lo pido por favor.

Kota inclinó la cabeza hasta casi dar con la frente en la mesa.

«Este niño…», pensó Rika sin quitar los ojos de su pelo brillante, de los dedos huesudos y largos apoyados encima de la mesa. «¿Este niño se cree de verdad que va a lograr ir en la dirección que desea sin tener que dar ningún rodeo? Eso es imposible.»

–¿Puede ser un sábado, un domingo? ¿Cuántas horas necesitas?

Kota levantó enseguida la cara y exclamó en un tono de voz tan alto que

le hizo sentir vergüenza:

–¡Gracias! Cuando quieras te doy el guion. Me da igual si lo lees o no. Si lo haces me alegraré mucho, pero no quiero poner demasiada carga sobre tus hombros. Con medio día nos arreglaremos. Llámame cuando encuentres un hueco, aunque sea el día antes, da igual. Yo haré lo que sea para organizarnos. Te doy mi número de teléfono. Si no estoy en casa puedes dejar el mensaje en el contestador. Te llamaré enseguida. Siento ser tan descarado, pero me alegro mucho. Me alegro mucho, de verdad. ¡Gracias! ¿Puedo pedir otra cerveza? ¿Tienes tiempo?

Kota hablaba emocionado. Pidió otra cerveza y se lanzó a comer lo que les habían servido a pesar de que ya estaba frío.

Rika miró discretamente la hora. Masafumi no tenía previsto volver tarde a casa ese día y quizás debía marcharse ya. A pesar de todo, no era capaz de levantarse. Kota no paraba de hablar de la película, de sí mismo, de su futuro, todo ello con un aire relajado, y ella asentía a pesar de que se daba cuenta de lo lejos que estaba de la realidad, de que no sentía una especial empatía por él.

Pasadas las ocho, cuando Kota se levantó para ir al baño, Rika aprovechó para pagar la cuenta. En cuanto volvió se disculpó y le dijo que debía irse. Por un momento hizo un gesto como si estuviera a punto de llorar. Sacó precipitadamente la cartera del bolsillo de atrás de su vaquero.

–Ya he pagado –le dijo.

–No, déjame que pague yo. He sido yo quien te ha llamado. ¿Cuánto ha sido?

–No te preocupes. Venga, vámonos.

–Lo siento y una vez más muchas gracias por la invitación –dijo en voz baja a su espalda–. No quería que me invitases, pero he perdido la cabeza porque me lo he pasado muy bien.

–No te preocupes por tan poca cosa –se rio ella.

Se subieron en el mismo tren en dirección a Shibuya. Iba vacío a esas horas y en la ventana se reflejaban sus figuras sentadas una al lado de la otra. Rika se preguntaba qué pensaría la gente al verlos. ¿Hermana mayor y hermano pequeño? ¿Profesora y alumno? ¿Simples desconocidos que se habían sentado juntos por pura casualidad?

–Por cierto… –dijo Kota con una voz espesa y los ojos clavados en la ventana de enfrente–, no le digas nada de todo esto a mi abuelo, por favor.

–¿Es un secreto? ¿No le has contado nada de tu club de cine?

Rika se lo preguntó aun a sabiendas de que no abriría la boca.

–No entiende nada de nada. Como mucho diría que deje esas cosas y me concentre en los estudios.

–Vas a verle de vez en cuando, ¿verdad?

–Casi nunca –dijo él con frialdad.

Kota expresaba sin dificultad sus sentimientos y no ocultaba nada. Gracias a eso, Rika ya no se sentía tensa ni vacilaba al hablar con él. Al contrario, se divertía porque sospechaba que si decía tal o cual cosa él reaccionaría de tal o cual manera, y en efecto, él reaccionaba tal y como había imaginado. Por eso le dijo con toda la intención:

–En ese caso, nos cruzamos en casa de tu abuelo por pura casualidad, ¿no?

Como había supuesto, Kota se inquietó. Inclinó la cabeza y empezó a frotarse las uñas en un gesto sin sentido.

–Fui a pedirle dinero. Sabía que no me lo iba a dar porque es un tacaño, como, de hecho, sucedió. Me dieron ganas de estrangularlo, pero me controlé y, al menos, tuve la suerte de conocerte.

Hablaba como si lo hiciera para sí mismo, sin dejar de frotarse las uñas. Miró a Rika y sonrió ligeramente. Su sonrisa tenía el efecto de ponerle la piel de gallina. No porque el comentario sobre su abuelo la atemorizara, ni tampoco por el hecho de haber ido a pedirle dinero. Lo cierto era que no entendía por qué se le ponía la piel de gallina. Intentó darse a sí misma una serie de razones, aunque poco convincentes, el aire acondicionado del tren demasiado fuerte, por ejemplo. Llegaron a la estación de Nagatsuta y Rika se puso en pie. También él y volvió a inclinarse con una reverencia para agradecerle la velada. Cuando Rika bajó del tren, se agarró al pasamanos de la puerta y la miró con un gesto como si también él quisiera bajar. La puerta se cerró. El tren arrancó despacio. Kota la miró hasta perderla de vista. Su gesto era el de un niño al que habían arrancado de los brazos de su madre.

III

III

RIKA UMEZAWA

A mediados del mes de octubre la empresa de Masafumi le comunicó su traslado a otro departamento. En un principio tan solo se trató de una propuesta, si bien, según él, todo estaba ya decidido. Se iban a abrir dos nuevas fábricas en Shanghái y Pekín y el departamento de nuevos desarrollos, su nuevo destino, lo mandaría de viaje tanto por Japón como al extranjero. Rika, por su parte, no tenía la más mínima intención de participar en la película amateur de Kota, pero aprovechando las frecuentes ausencias de su marido decidió curiosear un poco y asistió a los rodajes varios fines de semana hasta final de año. Si Masafumi no estaba, se sentía como si le hubieran dado permiso para salir. Sus viajes se los tomaba como la señal inequívoca de que podía acompañar a Kota. Lo llamaba y se encontraban en alguna estación del centro de Tokio. Él siempre llegaba antes y, en cuanto la veía, una sonrisa iluminaba su rostro, un gesto espontáneo que a ella nunca dejaba de sorprenderla, al igual que se maravillaba al descubrir que alguien fuera capaz de mostrar abiertamente esa especie de indefensión. Desde luego que nunca le contaba a Masafumi qué hacía cuando él no estaba. Si le preguntaba, Rika se hacía pasar por una mujer aburrida que se pasaba el tiempo limpiando la casa y lavando la ropa. De todos modos, Masafumi casi nunca se tomaba la molestia de preguntarle nada.

Kota y Rika iban juntos a un edificio medio en ruinas, en concreto al cuarto de uno de los miembros de su club de cine, a un parque vacío o a la facultad cuando caía la noche. Visitaban los distintos escenarios del rodaje y a ella la cámara que manejaban le parecía profesional, aunque el presupuesto no les alcanzaba ni para las luces ni para los micrófonos. Kota

era el director. No tenía siquiera una humilde claqueta como esas que se veían a menudo en la tele y cuando daba la orden de acción o de cortar, recurría a las manos. Le hablaba a menudo de un festival de cine en el extranjero, a pesar de lo cual a Rika todo aquello solo le parecía un juego de estudiantes. No obstante, todos los participantes, Kota incluido, se lo tomaban muy en serio, creaban a su alrededor un ambiente tenso, algo completamente nuevo para ella.

Rika rechazaba las insistentes propuestas de Kota para que actuase en la película con una sonrisa. Si asistía a los rodajes era solo porque le gustaba ese ambiente desconocido y tampoco le daba muchas más vueltas al asunto. Cuando Masafumi le decía que no estaría el fin de semana, llamaba a Kota como si fuera lo más natural del mundo y antes de salir de casa se quitaba el anillo.

Después del rodaje iban a tomar algo a alguna taberna o al cuarto de alguno de ellos para hablar entusiasmados sobre los resultados del día. Para Rika todo resultaba fresco, espontáneo y se sumó a sus reuniones en tres o cuatro ocasiones. Servía *shochu* en los vasos vacíos y limpiaba los ceniceros desbordados de colillas. Escuchaba atenta la charla de aquellos jóvenes entusiastas sin llegar a entender del todo el significado de lo que hablaban hasta que, poco a poco, empezó a perderse. ¿Quién era ella en realidad? ¿Cuántos años tenía? ¿Qué clase de carrera había estudiado? ¿Dónde vivía? ¿A qué se dedicaba? Tenía la impresión de haber dado un salto atrás en el tiempo para integrarse en ese grupo de chicos que aún no había terminado de salir al mundo real. Sus ilusiones, su compromiso, su convencimiento de que eran alguien, su firme creencia de que ganarían ese premio, le hacía despertar, darse cuenta de que las cosas no saldrían como ellos pensaban. Una vez más se sentía extraña, ajena a ellos, una mujer mayor, pero la atmósfera que los rodeaba, ese desorden y esa energía juvenil, la atraían hasta un punto irresistible. Para ellos tan solo era su día a día, pero no para ella. De hecho, ni siquiera vivió algo parecido cuando estudió en la universidad y por eso lo anhelaba y desdeñaba a un tiempo hasta apartarlo de sí. «Si yo tuviera su edad –pensaba cuando se enfrascaban en sus disquisiciones–, ¿me habría implicado hasta ese extremo? ¿Habría olvidado el trabajo, el matrimonio, el resto de asuntos importantes de la vida para pasarme noches enteras entre amigos y amigas sumergida en el humo de tabaco? Lo dudo.» Los observaba y la conclusión se hacía evidente. «Si yo tuviera su edad no estaría aquí. Volvería a casa

pronto, haría caso a mis padres y jamás vería el amanecer después de una noche entera en una taberna, en el cuarto de algún compañero.»

Al principio, los amigos de Kota estaban perplejos a causa de la presencia de esa mujer que tan poco tenía que ver con ellos y ni siquiera le hablaban. Pero el tiempo y el alcohol hicieron su trabajo y terminaron por llamarla cariñosamente Ume-chan, por bromear con ella, lo cual le hizo muy feliz. Si a alguno se le ocurría decir que era la novia de Kota, ella lo negaba categóricamente, pero si insinuaban que era su pretendiente hacía como si nada. La confusión no le molestaba, más bien al contrario.

Rika y Kota empezaron una relación tres meses después de que ella comenzara a asistir a los rodajes. Había pasado el Año Nuevo con Masafumi y él se marchó de viaje a mitad de enero, cuando el país entero aún estaba bajo la conmoción de un terremoto sin precedentes.[1] El primer fin de semana que estuvo sola no tenía intención de llamarle, sino de dedicarse a la casa. Había limpiado por encima en diciembre. Tenía pendiente la limpieza a fondo típica del nuevo año y, por si fuera poco, el jardín lucía descuidado. Debía llevar un montón de ropa a la tintorería, cocinar para toda la semana. Le daba vueltas a las tareas pendientes, encendía la tele de vez en cuando y contemplaba distraída las terribles consecuencias del terremoto en la región de Kansai que día tras día se demostraban peores. Si Kota no la hubiera llamado aquel día ni siquiera habría salido de casa. Sin embargo, más tarde lo recordaría a menudo, el tono de la llamada, la luz invernal en la habitación. De no haber atendido esa llamada, pensó muchas veces, su futuro habría sido muy distinto.

Kota la llamaba muy raramente. Le preguntó si tenía tiempo, si le apetecía salir con él. Hablaba como si nada, como si el terremoto no flotara en la conciencia de todos. Acordaron una hora y Rika volvió a dejarlo todo a medias para prepararse. Se duchó, se maquilló, se peinó y se probó un montón de ropa. Así al menos lograba calmar un poco la inquietud que la corroía.

Desde que empezó a asistir a los rodajes y a las reuniones de los compañeros de Kota, su estilo cambió. De pronto se vio a sí misma como una mujer previsible y empezó a comprar ropa juvenil de colores vivos y diseños atrevidos, nada de prendas clásicas. No obstante, en las verdaderas tiendas de ropa para gente joven el resultado era horrible. Se veía obligada a

comprar en tiendas de marca y para eso hacía falta mucho dinero. La mitad de su sueldo empezó a evaporarse en ropa, en productos cosméticos. Tomaba la precaución, eso sí, de guardarlo todo al fondo del armario y cuando estaba con Masafumi se ponía la de siempre. No quería escuchar ninguno de sus comentarios y, más importante aún, ocultar la cantidad de dinero que se gastaba.

Kota no le había dicho nada por teléfono, pero ella asumió que irían a otra de sus reuniones, a algún tipo de celebración con sus amigos. Por eso se decidió por unos vaqueros, un jersey y un abrigo.

Cuando se encontró con él frente a un edificio de Shinjuku, él le dijo que no había pensado adónde ir.

–¿No vamos a celebrar el Año Nuevo? –preguntó ella.

–¿Nosotros dos solos? –respondió él con un gesto serio.

Rika se rio.

–En ese caso, vamos a comer algo decente.

Levantó la mano para parar un taxi. Le dijo al conductor que les llevase a Aoyama porque era el único distrito del centro de Tokio donde conocía un restaurante, el mismo donde había cenado con Masafumi tiempo atrás. No tenía ninguna intención de ponerse a caminar sin rumbo, helada de frío, a la búsqueda de algún lugar incierto y tampoco le apetecía una de esas tabernas de tres al cuarto donde iban siempre sus amigos. Era él, después de todo, quien la había llamado para salir los dos solos y quería cenar en un lugar con un ambiente agradable, tranquilo, y ese restaurante era el único que conocía.

Caminaron un rato por calles en penumbra dejándose guiar por la memoria de Rika hasta que dio con él.

–No tenemos reserva. ¿Tendría mesa para dos? –le preguntó al camarero.

Los acompañaron a la barra cerca de la entrada. Rika notó que Kota se había puesto tenso nada más entrar en aquel lugar. Se acordó de cuando había estado allí con Masafumi. Su propia reacción no debió de ser muy distinta a la de Kota en ese momento. Se sentaron a la barra. Pidieron de beber: una cerveza para Kota y sake para ella. Como hizo su marido, se dejó aconsejar por el chef. Kota no decía una palabra. Le sirvieron la cerveza y la apuró de un trago.

Les trajeron pulpo cocido con sake, un bocado de una dulzura y una textura elegante que la dejó sin palabras.

–Si me hubieras dicho que íbamos a salir solos me habría arreglado mejor.

Kota no dijo nada. Se tragó el pulpo en un santiamén. Enseguida les sirvieron *sashimi* de pescado blanco macerado en algas, acompañado de *kombu* cocido y huevas.

–¿Por qué no me lo has dicho? –insistió–. Casi nunca estamos solos. Debería haberme arreglado mejor, aunque puede que no sea lo más apropiado para una mujer de mi edad.

Kota guardaba silencio a pesar de la solicitud de ella. El *sashimi* y el *kombu* no duraron mucho en el plato. Rika se preguntó si estaba enfadado por algo. Tal vez le había sentado mal que lo arrastrase hasta un lugar como ese sin preguntarle siquiera. Tal vez habría preferido una barbacoa coreana en lugar de sushi.

–¿No te gusta el sushi?

Kota levantó la cara como sí en ese instante volviera en sí.

–Está buenísimo –dijo muy serio–. Casi no me lo puedo creer. Es como un sueño.

La carcajada arqueó la espalda de Rika y, por fin, también él se rio.

No tenía intención de beber tanto, pero cuando salió Rika sentía que flotaba.

–Gracias por la cena –le dijo él con una reverencia–. Nunca había comido un sushi tan delicioso. Muchas gracias, de verdad. Siempre invitas tú, me da mucha vergüenza. Yo ni siquiera imaginaba que existieran lugares así y aún sabiéndolo me habría dado igual porque nunca podría invitarte.

También Kota se había pasado al sake en determinado momento y también él flotaba, hablaba mucho más rápido de lo normal. Rika le propuso tomar algo más. Lo estaba pasando bien, mucho mejor que cuando estuvo con su marido.

Rika siempre había pensado que ese «no me acuerdo de nada» de los borrachos era solo un pretexto. ¿Cómo podía olvidarse alguien de lo que había dicho y hecho, de cómo había ido a parar a determinado lugar? Mentían para ocultar la vergüenza de la borrachera. Estaba convencida de ello. Una amiga le había contado en alguna ocasión que cuando quiso darse cuenta estaba en la casa de un desconocido. ¿Cómo era eso posible?

Sin embargo, cuando ella misma quiso darse cuenta se despertó en un cuarto desconocido. No llevaba puesto el abrigo, pero sí el vaquero y el jersey. Su último recuerdo era a la salida del bar de Aoyama donde fueron a

beber, las risas, las palmadas en la espalda. No tenía ni idea de qué era aquello tan gracioso ni mucho menos de cómo había terminado en ese cuarto. Lo que sí comprendió enseguida fue que el cuarto era de él.

La habitación estaba iluminada con una luz tenue. Había una librería, un par de altavoces y un televisor de catorce pulgadas. Una cortina de cuadros ocultaba la ventana y en el suelo se amontonaban las revistas. De la pared colgaba un póster de una vieja película francesa. Rika estaba tumbada sobre un colchón fino, tapada con un edredón que olía como si no lo hubieran sacado al sol durante mucho tiempo. En una esquina del cuarto había una mesa baja arrinconada. Olía a polvo. Buscó a Kota con la mirada, pero no lo vio. Se dio cuenta de que había una habitación contigua por la luz que se colaba a través de la rendija del *fusuma*. Se levantó y dobló el edredón en silencio. No sabía si debía abrir o no el armario para guardarlo, así que lo dejó encima del colchón y abrió el *fusuma* con cuidado. Una intensa luz la cegó.

Se trataba de una pequeña cocina. En la ventana no había cortina y al otro lado ya empezaba a clarear. Kota estaba tirado encima del suelo de linóleo y dormía envuelto en una manta, rodeado de un completo desorden de cajas de cartón y bolsas de papel. Se acercó a él. Estaba acurrucado como un gato abandonado. Se agachó y miró su rostro. En ese preciso instante él extendió el brazo y le rodeó el cuello. Era un gesto ingenuo, pero tiraba de ella con fuerza. Abrió los ojos, la miró fijamente, la besó, la abrazó aún más fuerte y lamió su boca como si la saborease. Olía a alcohol. Le soltó el cuello para subirle el jersey con la mano libre. Le acarició el pecho. Con la otra mano tanteó su espalda, le desabrochó el sujetador, cerró los ojos y se metió en la boca los pezones que habían quedado al descubierto. El suelo de la cocina estaba frío, resultaba muy desagradable. Se notaba que era un edificio construido con materiales de mala calidad donde una simple voz podría atravesar los tabiques. Rika no lo detuvo, no habló con él, se enredó a su cuerpo en silencio, como si hubiera decidido hacerlo mucho antes.

Nadie la tocaba desde hacía tiempo. No tenía modo de saber si él estaba acostumbrado o no a ese tipo de situaciones, pero cuando sus manos acariciaban su espalda, sus axilas, sus pechos, el cuello, los brazos, el vientre o las caderas, sentía un placer sordo. No recordaba que el tacto de otra persona, las caricias, pudieran resultar tan reconfortantes. Se sorprendió cuando se dio cuenta de que derramaba lágrimas, lágrimas de

placer. Estaba tumbada boca arriba y brotaban de sus ojos para resbalar por las mejillas, le hacían cosquillas cuando alcanzaban las orejas. «¿Cómo puedo ponerme a llorar en esta situación? –se preguntó–. Lloro por lo a gusto que estoy. No, no es por eso –negó con una ligera sacudida de la cabeza–, lo esperaba desde hacía mucho. Quería que me tocase así, exactamente como lo está haciendo ahora, como si tuviese algo precioso entre manos. Lo deseaba tanto, tanto.»

En el instante mismo en el que sintió cómo el pene de Kota entraba en su cuerpo, Rika se esforzó por crear una fantasía, por convertirse en una mujer sin nombre, en una chica de veinte años como él y sus amigos dotada con una ilimitada esperanza en el futuro, sin nada a sus espaldas, libre para enamorarse y entregarse a quien le apeteciera con facilidad. Fantaseó que ya no era esa mujer aburrida a la que su marido no tocaba desde hacía meses, sino una joven despreocupada que a partir de ese momento iba a disfrutar del sexo tanto como le viniera en gana. Imaginó que el dedo anular de su mano izquierda nunca había llevado un anillo.

Cuando terminaron se vistió sin decir nada, miró la hora y se calzó para marcharse. El cielo clareaba. Kota salió tras ella aturdido. Sin decirle nada, Rika caminó en la dirección donde suponía que debía de estar la estación. Kota lo hacía varios metros por detrás de ella.

–Lo siento.

Oyó su voz débil a sus espaldas. No contestó. Se había dado cuenta de que su fantasía solo era eso, una ilusión, pero deseaba con todas sus fuerzas seguir dentro de ella.

–Volveremos a vernos, ¿verdad?

Rika se dio la vuelta. Un chico delgado y alto con el pelo desordenado la miraba con cierta reserva. Le pareció raro que ese niño tuviera la capacidad de hacerle pensar que era una mujer distinta a quien de verdad era. La miraba siempre con un poso de inquietud, y a ella eso la hacía sentirse capaz de quitarle algo con suma facilidad, arrebatarle en un segundo el orgullo, la vanidad, aun cuando nunca había pensado en sí misma como en alguien que fuera capaz de hacer algo así.

–Nos vemos otro día –le dijo con una sonrisa.

Kota sonrió más tranquilo.

«Realmente es un niño que muestra sus sentimientos sin tomar la precaución de protegerse», pensó Rika. De pronto le dieron ganas de llorar sin saber muy bien por qué. Le dio la espalda y empezó a caminar.

–Te acompaño a la estación.

Kota trató de seguirla.

–Puedo ir sola, no te preocupes –le dijo ella sin darse la vuelta.

–A lo mejor te pierdes.

–Esta calle desemboca en la estación, ¿no?

–Es peligroso a estas horas. No hay gente.

–Ya ha amanecido. Mira, están repartiendo los periódicos. Nos vemos otro día. Yo te llamo –le dijo para tratar de convencerlo.

Apretó el paso y cuando se giró unos metros más allá, lo vio solo en plena calle con el telón de fondo de un cielo cada vez más azul. Levantó la mano derecha para decirle adiós. Rika le devolvió el gesto con la mano pegada al pecho y corrió hacia la estación.

El andén estaba casi vacío. Se sentó en un banco para esperar el tren. En lo alto del cielo aún resplandecía una luna blanca. Una oleada de placer recorrió su cuerpo de improviso desde la cabeza hasta la misma punta de sus extremidades. Más que placer físico era, en realidad, una sensación próxima a la omnipotencia. Se sentía capaz de ir allá donde quisiera, de hacer lo que le viniera en gana; sentía que, por primera vez, había alcanzado la libertad. En ningún momento se sintió culpable de nada ni le asaltó la inquietud. En el andén solitario se dejó llevar por esa agradable sensación de poder que ni ella misma sabía explicarse de dónde venía.

La vida de Rika cambió a partir de entonces. No se dio cuenta en ese preciso momento, sino más tarde, cuando, al echar la vista atrás, hubo de admitir que esa mañana algo había cambiado en su interior, que el desencadenante del cambio no fue acostarse con Kota, sino el inesperado sentimiento de omnipotencia.

Después de trabajar iba casi siempre a alguna parte. Le gustaban los grandes almacenes de Tama Plaza o de Aobadai, pero si Masafumi volvía tarde se acercaba hasta Futagotamagawa o incluso Shibuya. Comprar ropa o accesorios ya no le causaba reparos, tan solo una ansiedad que no llegaba a verbalizar. «¿No se dará cuenta de cómo soy en realidad la próxima vez que nos veamos? –se preguntaba–. ¿No se dará cuenta de que no soy esa mujer atractiva capaz de arrebatarle su orgullo, sino tan solo una mujer casada y aburrida? ¿No se arrepentirá de haberse acostado conmigo? Después de todo siempre se verá rodeado de chicas de su edad con esos cutis tan tersos

y resplandecientes.»

Podía ser algo barato, pequeño, pero el caso era que su ansiedad se calmaba si compraba un cosmético o cualquier tipo de accesorio trivial.

Después de darse el último capricho fue al supermercado a comprar algo para la cena. También en eso había cambiado su forma de comprar. Antes, por ejemplo, compraba una bandeja de carne de ternera de trescientos gramos y siempre confirmaba el precio por si había algún error. Ahora, sin embargo, ya no se tomaba tantas molestias. Masafumi le había dicho que era imposible plantearse siquiera un viaje al extranjero con su sueldo, ni siquiera se podía permitir ahorrar para la hipoteca de la casa. Los trescientos mil yenes del sueldo de Rika no alcanzaban. En tal caso, no había motivo para ahorrar.

En el mes de abril, el traslado de Masafumi a la sección de desarrollo de nuevos productos se hizo oficial. Lo escuchaba distraída cuando le dio la noticia. Enhorabuena, se limitó a decir mecánicamente. Él se puso a hablarle enseguida del incidente que había tenido lugar en el metro hacía ya casi un mes, del revuelo que aún no se había calmado. Hablaba sin parar de lo absurdo que resultaba todo lo que decían los miembros de la secta responsable del atentado. Le habló del caso de un amigo que, por casualidad, subió a uno de esos metros. También del incidente que había tenido lugar poco antes en la ciudad de Nagano protagonizado por la misma gente. Rika asentía sin el más mínimo interés a pesar del entusiasmo de él.

Cada vez estaba más liado con su nuevo trabajo, como ya le había advertido. Volvía tarde a casa o se marchaba de viaje de trabajo, pero a Rika no le causó ningún contratiempo. Kota no solía llamarla y a menudo cenaba sola. No estaba particularmente triste, sin embargo, pero tampoco se sentía sola. La televisión hablaba sin cesar del atentado del metro, de los responsables de la secta. Era una noticia mucho más próxima que la caída del muro de Berlín de unos años atrás, pero, de igual manera, aquello le resultaba del todo ajeno y lejano.

Fue al supermercado. Llenó el carro con todo lo que le hacía falta para la semana. En la sección de cárnicos había una promoción por la que, por un precio único, se podía llenar una bolsa entera con los productos expuestos. De hecho, había un montón de mujeres empeñadas en llenar sus bolsas. Un niño se revolcaba por el suelo llorando y sin dejar de decir que quería chucherías. Su madre también le gritaba, desesperada. Le pedía que se callase de una vez, que esperase un poco mientras terminaba. Rika

observaba la escena divertida desde cierta distancia.

Se dirigió a los grandes almacenes donde había visto un bolso que le gustaba. Una pareja joven revolvía una estantería a su lado mirando los precios.

–¿Cómo es posible que sean tan caros? –preguntó él.

–Me prometiste que me regalarías lo que yo quisiera para mi cumpleaños –protestó ella sin darse por vencida.

Rika se miró en el espejo con el bolso que le había llamado la atención colgado del brazo y le dijo a la dependienta que se lo llevaba. La pareja la miró.

En momentos así se divertía mucho, se olvidaba de las nimiedades de la vida diaria y se sentía alguien especial, ajena por completo al hecho de que su marido estaba siempre ocupado, que llevaban mucho tiempo sin cenar juntos, cuatro años sin tocarse, que se había resignado a no tener hijos, a no entender ya cuál era el propósito de su matrimonio, al hecho de haberse acostado con un chico joven que, seguramente, no la quería, a los problemas con sus clientes, al hecho de que su jefe le hubiera llamado la atención por culpa de no sabía qué menudencia o por no haberla valorado lo suficiente cuando consiguió contratar un depósito a plazo fijo de, nada menos, diez millones de yenes. Sí, le divertían esos pequeños episodios que se presentaban de vez en cuando y revivían en ella la sensación de omnipotencia de aquella mañana, la impresión de ser una elegida, de ser capaz de conseguir lo que quisiera, de ir y venir a donde le diera la gana.

Quería disfrutar de esa sensación lo máximo posible y, por eso, un fin de semana que Masafumi tenía libre fueron juntos a un restaurante francés del centro de Tokio que había visto en una revista. No le importaba si a él le daba por hacer algún comentario desagradable que la hiciera sentir mal. Lo que ansiaba era revivir la sensación de omnipotencia, aunque no fuera del todo consciente de ello. En el restaurante solo disponían de menús de degustación y el más barato era de quince mil yenes. Se decidió por un término medio de dieciocho mil y pidió una botella de vino. Rika pagó la cuenta. Ascendía a más de cincuenta mil yenes.

–Por ese precio no me parece una comida tan excepcional –protestó Masafumi de regreso a casa.

Su observación, sin embargo, no logró arruinarle la noche.

En la semana festiva de principios de mayo, Masafumi la invitó a un viaje a un balneario de aguas termales para expiar su culpa por estar siempre ocupado y ausente. A Rika le encantó el sitio y él se puso muy contento.

–Al menos nos darán de comer algo más decente que esa comida francesa del otro día.

Al oírle, Rika comprendió cuál era la causa de que sus comentarios la irritaran tanto. En realidad, el viaje no era una forma de expiación, sino una confirmación, al igual que cuando la invitó a cenar a un restaurante caro de sushi después de que ella lo llevase a una taberna. Lo hacía para darle a entender que estaba en un plano muy superior, tanto por la importancia de su trabajo, como por su salario. Le dieron ganas de reírse a carcajadas porque el empeño era ridículo. Ridículo, pero lógico después de todo. Una vez que lo hubo comprendido, dejó de sentir ese disgusto que tantas veces le provocaba.

–Tienes razón. Tienes mucha razón –empezó a decir cada vez que hacía uno de sus comentarios.

Tampoco la tocó en ese viaje, pero Rika no se sintió herida. Aún guardaba en la memoria de su cuerpo el tacto de los dedos de Kota.

No tardó demasiado en gastarse todo el sueldo y en dejar de ahorrar, a pesar de lo cual no ocurrió nada especial. Tenía saldo en la cuenta que usaba para pagar los gastos corrientes y también una tarjeta de débito asociada a la cuenta de su marido. Su vida había adquirido, poco a poco, un aire de lujo que no desbordaba el presupuesto familiar. Qué más daba si se resentía su capacidad de ahorro.

No había vuelto a ver a Kota desde aquel día. A veces pensaba en él distraída mientras se preparaba el desayuno, cuando visitaba clientes o cuando se bañaba. A veces tenía ganas de verlo, pero no se decidió a llamarlo porque no sabía en realidad para qué.

Llegó el verano y fue él quien llamó al fin. Con cierta reserva le preguntó si podían verse. Rika no se opuso. Le propuso un día que su marido no estaba y se justificó con el pretexto de que no era ella quien lo había llamado.

Quedaron en la estación de Koenji y nada más salir lo vio. Miraba a su alrededor como un niño pequeño que hubiera perdido de vista a sus padres. Cuando sus ojos la encontraron, su rostro se iluminó como si no hubiera pasado el tiempo. Mientras bajaba las escaleras mecánicas y atravesaba el

torniquete de salida, Rika sintió cómo se le aceleraba el pulso. «¡El corazón me va a estallar! ¡A mis años!» Se esforzó por no reírse, pero los latidos no se calmaron.

–Siento haberte hecho esperar –le dijo.

Él la tomó de la mano, incapaz de aguantarse durante más tiempo.

Bajo el paso elevado del tren había un sinfín de restaurantes y tabernas de donde brotaba el humo de las planchas. Una clientela joven atestaba los negocios. Kota entró en uno muy estrecho que consistía en una barra y una pequeña terraza en un callejón. La barra estaba ocupada y el camarero los acompañó hasta una mesa libre en la terraza. El menú consistía en pinchos, tortilla, *ratatouille* y platos a base de cordero. Rika no logró hacerse una idea cabal de qué clase de restaurante era aquel.

–Tienen de todo. Es barato y está muy rico. Hoy te invito yo porque siempre lo haces tú.

Pidió varias cosas, una botella de vino y enseguida se puso a hablar:

–Hace mucho que quería llamarte, pero estaba liado con la película y pensaba que tú también estarías ocupada.

–¿Qué ha pasado con la película? –le preguntó ella.

–Hemos parado por problemas financieros, pero creo que lo solucionaremos antes de fin de año. Mejor dicho, tenemos que hacer algo antes de esa fecha porque se nos echa el tiempo encima.

El camarero les sirvió la comida y el vino. Mientras bebía y picoteaba de aquí y allá, Kota no dejó de hablarle de los trabajillos con los que se ganaba la vida y sobre la película. Encima de las mesas había abanicos y Rika no dejaba de darse aire a pesar de lo cual no conseguía aliviar el bochorno. Apuró de un trago el vino blanco helado y pidió más.

–Estás casada, ¿verdad?

Rika lo miró distraída, como si no entendiera lo que le preguntaba. «¡Ah, me pregunta por mi marido!» Tardó unos segundos en caer en la cuenta.

–¿Qué te pasa de repente? –le dijo.

–Quería preguntártelo hace tiempo, pero no me he atrevido hasta ahora.

No. Rika tenía ganas de mentir. ¿De qué serviría hacerlo? Asintió ligeramente con la cabeza.

–Lo sabía. ¿Y él? ¿No sospecha nada?

Kota se sirvió más vino y lo apuró de un trago.

–Está en Shanghái.

–¿Ah, sí? –dijo él fingiendo desinterés.

–La última vez que nos vimos me llevaste a un restaurante de sushi. Hoy he elegido yo porque no quería que me invitases a otro de esos sitios caros. Quizás nunca has comido en un lugar como este.

–Está todo muy bueno, no te preocupes.

–¿A que sí? Yo no me puedo permitir sitios caros, pero quería enseñarte uno bueno y barato como este.

–No te creas que voy siempre a comer a restaurantes lujosos y tampoco te creas que el del otro día era tan caro.

–¿De verdad? De todos modos, no creo que nunca gane tanto como para pagar algo así.

Kota hablaba muy en serio y ella no pudo evitar reírse.

–¿Cómo que no? A esos sitios termina uno por ir de forma natural cuando encuentra un trabajo en condiciones. Ya lo verás. También tú invitarás a alguna chica cuando empieces a trabajar.

–Para un estudiante pobre como yo cargado de deudas no creo que ese día vaya a llegar nunca. Tampoco he invitado nunca a una chica hasta hoy.

De pronto su tono de voz sonaba malhumorado y se llevó un pedazo de cordero asado a la boca.

–¿Deudas? –preguntó Rika sorprendida.

–No quiero hablar de eso.

Le llenó el vaso como si así cambiase de tema.

–¿Deudas? ¿Por qué? ¿Por qué importe? –insistió ella.

–Hoy pago yo, así que no te cohíbas. Disculpe, ¿me trae otra botella? –le dijo al camarero para cambiar de tema.

Quizás no debía preguntar más, pensó Rika. Lo mejor sería sonreír y aceptar las cosas como estaban, pero cuando quiso darse cuenta estaba interrogándolo para saber con quién tenía la deuda y a cuánto ascendía. Incluso llegó a amenazarlo con marcharse si no se lo decía.

Había pedido medio millón de yenes para financiar su película, le contó, pero según él eso no significaba gran cosa. Era algo normal porque sus amigos, de hecho, pedían dinero a crédito sin preocuparse por nada más.

–¿No deberías decirles a tus padres que te ayuden a devolverlo? Los créditos al consumo tienen intereses muy altos y por mucho que lo devuelvas todos los meses no vas a saldar nunca la deuda.

–No puedo contar con ellos porque también están pasando por una situación delicada.

Sus reparos a hablar de deudas parecieron esfumarse y quizás por eso empezó por explayarse con su familia. Su padre había comprado siete años antes una casa sobre plano en Saitama, pero hacía dos años lo habían despedido. No buscó otro empleo enseguida, sino que tomó la decisión de demandar a la empresa junto con otros compañeros en su misma situación. Su madre, hasta entonces ama de casa, empezó a trabajar. El juicio tardaba mucho en celebrarse, los gastos eran considerables, y hacía ya seis meses que su padre había empezado a buscar un nuevo empleo. No le resultó nada fácil y no le quedó más remedio que trabajar por horas como vigilante en un aparcamiento de bicicletas. Kota le contó también que tenía una hermana mayor que vivía sola en el centro de Tokio. Cuando le pagaban las extras de verano e invierno mandaba dinero a sus padres para ayudarlos con la hipoteca. Por su parte, sus compañeros decían que si ya no le daban dinero para estudiar era porque suspendía, pero eso no era cierto. Simplemente, no podían hacerlo.

–El padre de mi padre… ¡Ah, si lo conoces! Mi abuelo tenía tierras por aquí y por allá y las vendió durante la burbuja, cuando el precio del suelo estaba por las nubes. A partir de ese momento empezó a decir que mis padres y el resto de la familia solo querían su dinero y como se convirtió en una persona muy desagradable, mi padre, su propio hijo, rompió la relación con él. Mi tía, la hermana pequeña de mi padre, tampoco se acerca por allí. Al menos no sospecha tanto de los nietos, por eso fui a pedirle dinero para los estudios. De todos modos, se negó. Mi madre ha debido de llamarlo, aunque sin resultados.

Rika lo escuchaba y se esforzaba por relacionar a ese chico que tenía delante con Kozo, su cliente. Se olvidaba a menudo que lo había conocido en su casa. Para ella, la juventud y el aspecto saludable de Kota estaban completamente separados de la mirada libidinosa de su abuelo, de sus manos llenas de manchas. A medida que lo escuchaba, ese abismo entre ambos se hacía más grande porque para ella Kozo solo era un cliente pesado que no dejaba de invitarla a pesar de su máscara de buen humor, de hombre calmado y de aparentar ser una persona desapegada. No se preocupaba por los detalles de sus ahorros, de los intereses y, a veces, le dejaba la cartilla del banco para que ella se hiciese cargo de actualizarla. En ese sentido, la imagen que tenía de él no era la del hombre malencarado y tacaño del que hablaba Kota.

–La primera vez que nos vimos, ¿te acuerdas? ¿Sabes para qué había

ido a su casa?

Kota tenía la mirada de un niño a punto de confesar una travesura. Ella esperó en silencio, sin apartar los ojos de él.

–Fui a robarle su sello personal, el que usa para hacer los trámites en el banco –confesó sin dejar de parecer un niño travieso–. Quería rodar la película a cualquier precio y necesitaba dinero. Pensaba tomarlo prestado, alrededor de medio millón de yenes. Me los podía haber regalado y ni se habría enterado. Sin decirle nada, lo más seguro es que jamás los hubiera echado en falta.

–¿Y qué? ¿Lo hiciste? –le preguntó ella con voz temblorosa.

–No. Solía guardar las cosas importantes en una caja de galletas que estaba en el cajón de un mueble en la segunda planta, pero ese día ya no estaba allí y me asusté cuando llegaste. Digamos que en ese momento me di cuenta de lo que hacía. Me calmé y me dio por pensar que una película rodada con dinero robado no iba a funcionar.

El sello del banco estaba guardado en un cajón del altar budista. Rika lo sabía bien.

–¿Cómo te las arreglaste entonces?

–Lo pedí prestado –dijo como si nada–. Un crédito personal.

–¿Un crédito personal?

–Eso es. Tengo que pagar una cuota de unos cincuenta mil yenes al mes.

–¿Y tus compañeros? ¿Por qué tienes que conseguir tú solo el dinero?

–Ellos también aportan lo que pueden, aunque no es gran cosa, la verdad. Además, es mi película, pero no te preocupes por eso. Aún estamos a la mitad del rodaje, pero tengo mucha confianza. Seguro que ganaré algún premio y, en tal caso, alguna importante distribuidora la comprará.

«Las cosas no van a salir como imaginas –estuvo a punto de decirle–. ¿Y si se lo digo y arruino su sueño? –se preguntó–. No sé nada sobre la película y puede que a mí me parezca un juego de niños, pero que termine por convertirse en algo brillante.» Rika se esforzaba por ocultar lo que le rondaba por la cabeza, el convencimiento de que nada de eso iba a suceder.

–Siento hablarte de cosas tan deprimentes –se excusó él avergonzado–. Fíjate –dijo sacudiendo la botella–, ya casi no queda vino. Hemos bebido mucho.

Insistió en pagar la cuenta, pero Rika sacó la cartera argumentando que no podía permitir que un estudiante con deudas la invitase. Él insistió, se enfadó un poco y ella terminó por ceder.

–Pago yo, aunque para ti esta cantidad sea solo sea un juego de niños.

Rika inclinó la cabeza en gesto de agradecimiento cuando se marcharon. Él no dijo nada y se limitó a tomarla de la mano. La zona seguía tan animada como antes, como si el tiempo se hubiera detenido.

Cuando llegaron a la estación de Koenji ya era medianoche pasada.

–¿Todavía circulan los trenes de tu línea? –le preguntó Kota.

Rika no acostumbraba a salir hasta tan tarde y no sabía a qué hora pasaba el último para Shibuya en dirección a Nagatsuta.

–¿Quieres venir a mi casa? –le dijo él con los ojos clavados en la escalera mecánica que subía al andén.

–Volveré en taxi.

–¡Claro! Desde Koenji hasta Nagatsuta es una carrera que puedes pagar sin problema –dijo en un tono irónico antes de soltarle la mano.

Rika volvió a cogérsela enseguida y con los ojos clavados también en la escalera murmuró:

–¿Por qué no vamos juntos a alguna parte?

Se sentía culpable. Sabía que estaba haciendo algo que no debía, casi rozando la ilegalidad, pero no creía que pudiera tratarse de un delito por el hecho de que Kozo y Kota eran familia. Después de todo le había pedido una cantidad insignificante en relación al total de sus ahorros. Le haría un pequeño préstamo a devolver en seis meses con un interés razonable y si no lo devolvía en plazo lo haría ella misma en calidad de aval.

–Este es el certificado del ingreso del depósito. Guárdelo bien para que no se pierda.

Rika lo dejó encima de la mesa y miró a Kozo fijamente con una sonrisa en los labios.

–¿Vas a menudo a Aobadai? –le preguntó él mientras guardaba el papel en un archivador negro donde tenía todos los papeles del banco.

–¿Aobadai? No tengo muchas oportunidades de ir por allí. ¡Ay, señor Hirabayashi! ¿Podría dejarme un momento el recibo?

–¡El recibo! A ver dónde lo he puesto yo ahora.

Rebuscó en el archivador y sacó unos cuantos papeles. Entrecerró los ojos y se puso las gafas.

–¿Cuál de estos es?

–Este de aquí. Me lo llevo y le dejo el certificado. ¿Podría estampar su

sello aquí, por favor? De esa manera, confirma que los dos millones que me ha entregado los ingresa en un depósito a plazo fijo.

Rika miró fijamente los dedos huesudos de Kozo mientras estampaba el sello y le decía:

–Tengo entendido que han abierto un restaurante estupendo en la primera planta de no sé qué hotel en Aobadai. He visto un anuncio.

Se levantó para ir a buscar un anuncio impreso a todo color que había dejado junto a la pila de periódicos. Se lo dio a Rika.

–Este. ¿Por qué no vienes un día a cenar conmigo a un restaurante lujoso?

–Gracias por la invitación. Lo cierto es que no tengo muchas oportunidades de ir a lugares así –le dijo ella mientras hojeaba las fotos del anuncio y los menús.

–En ese caso, ¿cuándo podrías?

–Pues… La verdad es que los fines de semana lo tengo complicado. Ya encontraré algún hueco, no se preocupe.

–Siempre me dices lo mismo, pero nunca hemos ido a ninguna parte.

–Usted sabe bien que los pobres no tenemos tiempo. Me llevo el recibo del depósito.

Rika se lo guardó con cuidado en el portafolio.

Dos millones de yenes. Una semana antes le había hablado de un nuevo depósito a plazo fijo y le recomendó ingresar un millón. Esperó su contestación como si se tratara de una apuesta y se repetía a sí misma que en caso de no aceptar no pasaba nada. Pero no solo aceptó, sino que la llamó para decirle que había preparado el doble de esa cantidad y la esperaba en su casa para hacer todos los trámites.

Rika llevó un certificado de depósito a plazo fijo sin cumplimentar, pero con el sello del banco estampado. Era un papel de cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho. Si no se imprimía en una máquina especial y no llevaba el sello del jefe de la sucursal, el documento no tenía ninguna validez. Tomó el tren hasta Chuorinkan y allí cambió a la línea Odakyu para ir hasta Machida. En una tienda cercana a la estación encargó una copia del sello a partir del estampado en el documento y después hizo fotocopias en una fotocopiadora que quedaba en el sótano de un edificio en una calle repleta de jóvenes. Treinta copias en total a doble cara y en color del certificado.

Volvió a casa pasadas las seis y media. Había comprado algo en el

supermercado de la estación. Encendió la luz de la cocina y preparó la mesa. Cortó un poco de col, la lavó, hizo sopa de miso con tofu y algas secas, y en un plato sirvió la ensalada y la comida preparada que había comprado. Masafumi volvió pasadas las ocho. Cenaron juntos y mientras él se bañaba recogió la cocina.

Pasadas las doce, cuando él ya estaba profundamente dormido, se deslizó de la cama en silencio. Bajó las escaleras conteniendo la respiración y abrió la puerta del despacho que, en realidad, se había convertido en un almacén. Cerró la puerta. Olía a polvo. Encendió el ordenador, pero la luz no. Con la cara iluminada por el resplandor de la pantalla comprobó distintos tipos de letra y seguidamente tecleó una serie de números separados por espacios irregulares. Imprimió el documento. La impresora hizo un ruido que no esperaba, cosa que le produjo una tensión que no desapareció hasta que el papel salió. Para comprobar el resultado lo superpuso al documento del certificado. Marcó con lápiz en varios lugares y volvió a teclear en el ordenador para recolocar la fecha en el lugar adecuado. Imprimió dieciocho copias hasta lograr una aceptable, aunque ligeramente descuadrada. Las gotas de sudor le resbalaban por la frente y las sienes. Se limpió con el dorso de la mano y bajó la vista. Por alguna razón su piel blanca humedecida le recordó a la sonrisa de Kota. Era una sonrisa sana que iluminaba su rostro cuando la miraba, como si hacerlo le aliviara de algo.

Cualquiera que examinase en detalle el documento se daría cuenta de inmediato de que se trataba de una falsificación. El tipo de letra se parecía, en efecto, pero no era el mismo. Por si fuera poco, la letra impresa tenía los bordes difuminados y había pequeños desajustes.

A pesar de todo, Rika sabía que Kozo no era el tipo de persona que se fijaba en ese tipo de detalles. Echaba un vistazo por encima a los papeles sin tomarse siquiera la molestia de ponerse las gafas y después los guardaba. No se daría cuenta, supuso, y en caso de hacerlo siempre le podía decir que la impresora del banco estaba estropeada y se había visto obligada a usar una distinta. Le llevaría los documentos definitivos en cuanto la arreglasen.

Al día siguiente por la tarde fue a su casa. No había dormido prácticamente nada, pero se sentía muy despejada, tan excitada que podría haber ido corriendo hasta allí sin enterarse. Quizás por eso cuando guardó el certificado en el archivador de piel con toda naturalidad se sintió cansada y casi le dieron ganas de tumbarse allí mismo. El aire acondicionado emitía

un ligero silbido y, por alguna razón, resonaba mucho más alto en sus oídos.

Se marchó de la casa del señor Hirabayashi después de conversar un buen rato con él, como de costumbre. De camino a la estación le dieron muchas ganas de dormir. Casi le dolían los párpados. Entró en una cabina de teléfono y llamó a Kota sin dejar de luchar por mantenerse despierta. Al otro lado de la línea saltó el contestador. «Llámame al banco o a mi casa –dejó grabado–. Tengo algo urgente que decirte. Llegaré sobre las cinco y media.» La lengua se le trababa al hablar.

El tren estaba vacío, pero tenía la sensación de que si se sentaba se quedaría profundamente dormida, de manera que permaneció de pie agarrada al pasamanos y mirando por la ventana. Luchar con todas sus fuerzas contra el sueño la ayudó a no pensar en lo que acababa de hacer, en la línea que nunca debería haber cruzado.

Antes de volver a casa pasó por una papelería para comprar un cuaderno y un archivador. Nada más entrar, escuchó los mensajes del contestador y dejó las cosas encima de la mesa del comedor. En el archivador metió el recibo y el certificado falsos y anotó la fecha. En el cuaderno, como si fuera un libro de contabilidad, apuntó con todo detalle la cantidad recibida por parte de Kozo y el supuesto interés del falso depósito a plazo fijo.

Tenía la intención de devolver el dinero lo antes posible. Ingresaría en una cuenta aparte los plazos que pagaba Kota de su crédito personal y cuando alcanzase una cantidad suficiente lo transferiría a la cuenta de Kozo mediante algún artificio contable. No quería guardar ese cuaderno con todas las anotaciones en casa, pero si no llevaba un estricto orden llegaría un momento en que estaría perdida, no sabría qué hacer con el dinero ni cómo devolverlo. Dio vueltas por toda la casa con el cuaderno y el archivador en la mano y al final decidió esconderlo debajo de la caja donde guardaba el arroz, bajo el fregadero. Era un lugar donde a Masafumi jamás se le ocurriría mirar.

Kota llamó pasadas las siete de la tarde. Le preguntó qué asunto urgente era ese del que debía hablarle.

–¿Podemos vernos en un rato? –le preguntó Rika–. No me llevará mucho tiempo, pero es algo que debo decirte en persona. ¿Nos vemos en el Tama Plaza?

Mientras le hablaba no perdía de vista el reloj. Quedaron a las ocho de la tarde a la salida de la estación y colgaron.

Rika se cambió a toda prisa, se retocó el maquillaje y salió de casa después de dejar una nota encima de la mesa: «Me han llamado mis padres. Salgo un momento».

Se sentó frente a Kota en una cafetería de la estación y dejó sobre la mesa un sobre con un millón de yenes.

–¿Qué es esto?

Kota tomó el sobre, miró dentro y tuvo que desatascar la garganta para que las palabras pudieran salir del cuerpo.

–¿Qué es esto?

–El dinero del crédito del que me hablaste el otro día. Cancélalo. Me dijiste que pagabas plazos de cincuenta mil yenes al mes, pero si sigues así no vas a terminar de pagar intereses nunca. Cancélalo con esto y dame a mí todos los meses esos cincuenta mil yenes. Yo no te voy a cobrar intereses.

Kota miró a Rika y el sobre alternativamente con un gesto atónito y por último empujó el sobre hacia ella y dio un sorbo a su taza de café.

–Te lo agradezco mucho, pero no lo hagas, por favor.

–Hazme caso aunque sea solo por una vez.

–Este dinero no va a solucionar nada.

–¿Qué quieres decir?

Kota apartó sus ojos de los de Rika y dibujó una sonrisa como si, en realidad, se riese de sí mismo.

–No tiene nada que ver contigo.

–¿El qué?

Kota se resistía a responder, pero ante la insistencia de ella terminó por admitir que tenía más deudas. La primera vez que había pedido dinero prestado fue en el mes de marzo para cubrir los gastos del semestre de la universidad. En octubre volvió a pedir más para afrontar el segundo semestre. Tenía la intención de devolverlo todo con el importe de la beca que suponía que le iban a conceder, pero se la denegaron dos veces. La razón de que se la denegaran fue que los ingresos totales de su familia, es decir, de sus padres y de su hermana mayor, superaban el mínimo exigido. Explicó su situación, sus apuros financieros, pero le dijeron que no tenían más remedio que seguir las normas y como sus necesidades no dejaban de crecer, se vio obligado a pedir cincuenta mil por aquí, cincuenta mil más por allá. Resultado de ello: una deuda cuyo importe total ascendía a un millón y medio de yenes. Se lo contaba como si estuviera admitiendo una travesura, como si llegado a ese punto hubiera perdido toda conexión con la

realidad, como si le diera todo igual.

–Aunque acepte este dinero, mi situación no cambia en nada… Aunque, bueno, sería una ayuda, eso no lo puedo negar. Da igual si son dos millones o dos millones y medio. Lo que quiero decir es que no tienes por qué ayudarme.

Rika clavó sus ojos en él. Empezó a mover la pierna arriba y abajo, a juguetear con la cuchara sin levantar la vista de la mesa.

–No me gusta hablar de estas cosas contigo –continuó Kota–. ¿Por qué no lo dejamos ya? Olvídate de lo que te dije el otro día. Ya me he dado cuenta de que eres una persona con recursos y te agradezco mucho el interés, pero no me gustan estas cosas. Si quieres puedes invitarme de vez en cuando a comer *ramen* o cosas así.

–Si hago esto no es porque me compadezca de ti –dijo Rika sorprendida por la firmeza de su propio tono de voz–. Hoy solo dispongo de esta cantidad, así que cancela parte de la deuda. Para eso me he tomado la molestia de venir hasta aquí. Sobre todo lo demás, ya lo pensaremos otro día.

Apenas hubo terminado de hablar, agarró la cuenta y se levantó. Se acercó a la caja sin darse la vuelta y solo después de salir de la cafetería se giró para mirar a Kota que estaba de brazos cruzados sin apartar los ojos del sobre encima de la mesa. Volvió a darle la espalda y echó a correr para alcanzar el tren de la línea Denentoshi. Eran las nueve menos diez de la noche. Se preguntaba si Masafumi ya habría vuelto a casa. El tren tronó al entrar en la estación y subió la escalera a toda velocidad.

«Aún tengo un millón de yenes –pensó–. Se lo daré el próximo día. Con eso aún le faltará medio millón para cancelar los intereses. Tengo que pensar de dónde lo voy a sacar. Podría cogerlo de la paga extra de Masafumi, pero cómo lo justifico. No, eso no puedo hacerlo. ¿De dónde saco yo medio millón de yenes? Tengo que ayudarlo para que lo devuelva lo antes posible.»

Durante todo el trayecto hasta Nagatsuta no dejó de mirar a un punto fijo dándole vueltas y más vueltas al asunto.

Corrió todo el trayecto hasta su casa y se sintió aliviada cuando vio que la luz aún no estaba encendida. Tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor. Dejó los zapatos tirados de cualquier manera en el zaguán, encendió la luz y entró. La nota encima de la mesa seguía en el mismo sitio. Su letra ni siquiera le pareció la suya. Se imaginó a sí misma, la mujer que vivía en

esa casa, tranquilamente sentada en casa de sus padres.

Fue un fin de semana cuando Rika llamó a Kota para darle el millón de yenes que le faltaba. Masafumi estaba en casa y le dijo que había quedado con su amiga Aki. En la estación llamó a Kota desde una cabina. Le propuso que se encontraran en una cafetería de Shibuya. Colgó y subió al tren sin perder un segundo.

El aire acondicionado estaba demasiado fuerte. Rika se sentó delante de él, dejó un sobre marrón lleno de dinero encima de la mesa y lo empujó hacia él. Kota se acariciaba las manos. Era evidente que el sobre entraba en su campo de visión. Se notaba que estaba fastidiado por la situación.

–¿Devolviste el dinero como te dije el otro día?

La pregunta de Rika solo obtuvo un murmuro como respuesta. Ni siquiera levantó la cara para mirarla.

–Lo devolví.

Rika insistió. Volvió a empujar el sobre. Kota terminó por guardárselo en la mochila. Estaba cabizbajo. No miró lo que contenía.

–Rika… –dijo en voz baja con la mirada clavada en la taza de café–. Lo acepto como un préstamo porque imagino que aunque lo rechazase te marcharías sin llevártelo. Intentaré devolvértelo lo antes posible, poco a poco, cuando pueda, aunque solo sean cincuenta mil o veinte mil yenes.

–No te preocupes. Devuélvemelo cuando puedas. Te daré mi número de cuenta. Me lo puedes ingresar ahí.

–Pues… No –la interrumpió–, la verdad es que preferiría dártelo en persona. Te llamaré y cuando tengas tiempo podemos vernos.

Su tono de voz sonaba más fuerte. Frunció el ceño y, una vez más, agachó la cabeza.

«Se siente herido –pensó Rika–. Se siente herido por recibir mi ayuda.»

–De acuerdo –dijo ella con una voz más alegre para despejar los nubarrones–. ¿Por qué no me acompañas a la compra?

–¿A la compra? ¿A comprar qué?

Su desidia resultaba evidente, pero Rika se lo tomó como si tuviera delante a un niño resentido.

–Tengo que comprar algo de ropa y unas cuantas cosas más. Me lo van a mandar a casa. ¿Vienes conmigo?

Se esforzó por hablar con una voz pausada, consciente de que trataba con un niño ofendido.

No le hacía falta nada, en realidad, pero sentía la necesidad de gastar

dinero y que él fuera testigo, para que se convenciera de que los dos millones de yenes se los prestaba ella y, por tanto, debía hacerle ver que esa cantidad no significa gran cosa para su economía. «Si le muestro que mi vida es así no se sentirá herido en su orgullo.»

En la calle hacía tanto calor que hasta el paisaje parecía diluirse en un espejismo. Las tiendas de ropa, sin embargo, ya exponían la temporada de otoño. Rika se compró un jersey fino, una falda de lana, una camisa y un pañuelo. Subieron a la planta alta de otro centro comercial y allí compró un mantel, unos vasos de Bacara para ocasiones especiales, cuatro pares de zapatillas de piel para andar por casa. Luego buscaron un jersey para su marido y aprovechó para comprarle también una corbata. No se molestaba en mirar los precios, en comparar, en buscar gangas. Compraba ropa como si fuesen chucherías. Lo pagaba todo con la tarjeta y cuando le preguntaban si quería dividir el pago en plazos ella respondía en voz bien alta para que Kota la oyera bien: «No, en un solo pago».

–Déjame que te regale algo –le dijo–. Es para agradecerte la ayuda.

De la planta quinta donde estaba la ropa de caballeros bajaron a la cuarta, la de jóvenes. Kota no decía nada, tan solo cargaba con montones de bolsas.

–No me hace falta nada –dijo medio enfadado.

Sin embargo, nada más bajar la escalera mecánica empezó a mirar con interés por aquí y por allá.

–Mira el pantalón de ese maniquí –le dijo Rika mientras lo empujaba por la espalda–. Es muy bonito, ¿por qué no te lo pruebas?

–Bueno, me gustan más los pantalones tipo cargo, no esos tan estrechos…

A pesar de su reticencia inicial se dejó arrastrar por ella y entró. La seguía desde hacía ya casi una hora y al ver que se manejaba con tanta soltura se calmó. Dio por hecho que Rika y su marido eran ricos y dos millones de yenes eran para ellos como doscientos para él.

–Me voy a probar esto.

Kota le enseñó el pantalón que le había dado la dependienta y comprendió que para ella el dinero que gastaba en compras era como esas monedas que arroja la gente en los templos antes de rezar.

–De acuerdo, pruébatelo. Seguro que te sienta bien.

Rika sonrió. Una sensación de alivio caló hasta lo más profundo de su corazón.

Una vez que hubo terminado con el papeleo para que le enviaran las compras a casa, salieron a la calle donde aún lucía un radiante mediodía a pesar de que ya eran más de las cuatro de la tarde. Estaba muy contenta y no quería irse a casa. Era demasiado temprano para cenar, pero no le apetecía caminar entre el gentío de Shibuya con semejante calor. Masafumi la esperaba y debía preparar la cena. «Si vuelvo ahora –pensó–, llegaré a casa pasadas las cinco. Si paso por el supermercado sobre las seis.»

–¿Nos vamos? –le preguntó.

Levantó los ojos para mirarle porque era, al menos, diez centímetros más alto que ella. Kota, extrañado, dirigió los suyos para otro lado.

La siguiente ocasión en la que Rika falsificó un certificado de depósito a plazo fijo fue en octubre, dos meses más tarde. Uno de sus clientes, el matrimonio Yamanouchi, tenía la costumbre de recibirla con una tarta o unos dulces tradicionales. La habían llamado para pedirle que fuera porque querían abrir una cuenta de depósito a plazo fijo. Cuando llegó a la casa la atendieron como de costumbre y le explicaron que había nacido su nieta en Kyushu, donde trabajaba su hijo. Tenían la intención de ahorrar para el futuro de la niña.

–Para el Día de los Adultos,[2] por ejemplo, o para cuando se case –dijo la mujer.

–Aunque todavía falta mucho para eso –se rio su marido.

–Es una niña preciosa –añadió la mujer.

Le entregaron quinientos mil yenes en efectivo y hasta que no vio el dinero físicamente, ni se le había cruzado por la cabeza desfalcarlo.

Quinientos mil yenes.

–Muchas gracias. Si es para su nieta no les va a hacer falta enseguida. En tal caso, les recomiendo un depósito a plazo fijo de cinco a diez años. El interés no es muy alto, pero sí más ventajoso que el de los depósitos a un año.

Se lo explicaba con la misma sonrisa de siempre en los labios y eso que ya había tomado la decisión de dárselo a Kota. Faltaban, como poco, veinte años hasta que la nieta de los Yamanouchi hiciera uso del dinero. Por tanto, no le iba a resultar difícil devolverlo con la antelación necesaria y con sus correspondientes intereses. Cumplimentó el recibo, les pidió que lo firmasen con su sello personal y guardó los quinientos mil yenes. Al día

siguiente regresó para entregarles el mismo resguardo falsificado que había entregado a Kozo Hirabayashi. Antes de ir, no obstante, tuvo la consideración de meter en un sobre un billete de diez mil yenes como felicitación por el nacimiento de su nieta y compró una tarta. En su fuero interno, actitudes tan dispares corrían en paralelo, no había relación entre una y otra, ningún punto de contacto. El sincero acto de felicitarlos por el nacimiento de una nieta coexistía sin llegar a mezclarse con el remordimiento de haberse apropiado de medio millón de yenes.

Ya se disponía a marcharse cuando la señora Yamanouchi, a punto de guardar el resguardo en su archivador, le dijo:

–Señora Umezawa.

Rika clavó la vista en el resguardo falso en manos de la mujer y forzó una sonrisa.

–Dígame.

Sin embargo, en su interior no dejaba de repetir una y otra vez: «¡Guárdalo rápido, guárdalo, vamos, vamos!».

–Señora Umezawa. De pronto te veo mucho más guapa –le dijo con un gesto serio.

Rika se rio. Se había quedado petrificada a medio incorporarse de su asiento.

–No imaginaba que fuera a decirme eso.

Su risa sonó cantarina, sincera.

–Se lo digo de corazón. ¿No estás de acuerdo? –le preguntó a su marido para confirmarlo.

–Siempre ha sido guapa.

–Claro que sí, pero no me refiero a eso. De pronto te veo muy viva, con la piel brillante. Tal vez…

Rika se esforzó por contener una risa tonta. Los dedos de la mujer aún sujetaban el recibo falso y en la bolsa de crepé donde guardaba los papeles importantes, que debía haber confeccionado ella misma y que asomaba desde el archivador, aún veía el documento falso que había preparado el día anterior.

–¿No estarás embarazada?

Rika parpadeó varias veces sin dejar de mirarla y, de nuevo, no pudo contener la risa.

–¡No, no! No bromee conmigo, por favor.

–Siempre te digo que no se pueden decir esas cosas en estos tiempos

que corren. Tu hijo no deja de repetírtelo. ¿Es que ya no te acuerdas? –le reprendió su marido en voz baja.

–Es que…

–No se preocupe. Mi marido y yo nos esforzamos, pero no es fácil. Envidio a su hijo, de verdad.

Rika se levantó sin apartar los ojos de las manos de la mujer.

–Siento que mi mujer te haya incomodado.

El señor Yamanouchi se disculpó con una reverencia.

–No te preocupes. Aún eres joven. Cuando ocurra, avísanos primero a nosotros, ¿de acuerdo? –insistió la mujer.

Por fin guardó el recibo en la bolsa, tiró del cordón para cerrarla y la devolvió al interior del archivador.

Al día siguiente llamó a Kota para encontrarse en el Tama Plaza después del trabajo y entregarle el dinero. Con eso, teóricamente, su deuda quedaba saldada.

–¿Tienes prisa? –le preguntó él después de recibir el sobre.

Rika apuró su café. Su estómago se paralizó con un repentino sofoco y en ese mismo instante comprendió lo que en realidad quería decirle. También ella tenía ganas de ir a un hotel como la última vez. Visualizó el mapa de los alrededores para tratar de localizar uno discreto como el de Shibuya donde habían estado hacía poco, pero enseguida cayó en la cuenta de que no podía volver tarde a casa.

–Hoy tengo prisa. Debería irme ya.

Se levantó y agarró la cuenta esforzándose por enfriar su deseo. Kota se levantó tras ella. No había tocado el café.

Entraron en la estación y se separaron. Antes de despedirse, Kota acarició su mano y subió la escalera con grandes zancadas. Su tacto la estremeció y notó cómo se le erizaba hasta el último vello de su cuerpo. Caminó hacia el andén sin dejar de luchar contra su instinto. Se subió al tren. Se pegó a la ventana y buscó a Kota en el andén de enfrente. Lo vio enseguida. Llevaba una sudadera gris y la buscaba con la mirada, pero en dirección opuesta adonde estaba. «¡Estoy aquí!», estuvo a punto gritar.

El tren empezó a moverse. Kota seguía buscándola con la mirada, se perdía en la distancia. Rika suspiró profundamente cuando al fin lo perdió de vista. Un suspiro de alivio, en realidad. La deuda de Kota estaba saldada. Pero no, no era eso lo que la aliviaba. Era el hecho de no verse obligada a delinquir más. A partir de ese momento solo debía devolver el dinero a

medida que lo hiciera él.

La cantidad total que Rika desfalcó de sus clientes desde el año 1995 hasta el otoño del año siguiente no superó los dos millones y medio de yenes correspondientes a la deuda de Kota. Sus gastos, sin embargo, habían aumentado considerablemente y su sueldo se esfumaba sin remedio, con la consecuente imposibilidad de ahorrar nada. Por si fuera poco, sus anteriores ahorros casi habían desaparecido y, de vez en cuando, sacaba dinero de la cuenta de Masafumi sin decirle nada porque no le alcanzaba para cubrir los gastos corrientes. En ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de recurrir de nuevo al dinero de sus clientes. Kota, por su parte, le devolvía pequeñas cantidades que sacaba con sus trabajillos, ya fueran diez, veinte o treinta mil yenes. Rika había abierto una cuenta en otro banco y lo ingresaba todo allí.

Si al año siguiente, en 1997, no hubieran tenido lugar dos hechos cruciales habría devuelto todo sin que Kozo Hirabayashi o el matrimonio Yamanouchi llegasen a enterarse de nada. Con que hubiera ocurrido solo uno de esos dos hechos no habría pasado nada. Estaba convencida de ello y así lo pensó muchas veces más adelante. Quizás tampoco habría pasado nada si entre ambos hechos hubiera transcurrido un intervalo más largo de tiempo.

Pensaba en ello y no podía evitar sentirse perpleja. Desde esa perspectiva, su vida estaba condicionada por un «¿y si…?».

¿Y si me hubiera tomado más en serio el asunto del embarazo? ¿Y si hubiera hablado con Masafumi del tema? ¿Y si hubiera trabajado en aquella revista? ¿Y si no nos hubiéramos comprado una casa en Nagatsuta? ¿Y si no hubiera usado esos cincuenta mil yenes de mi cliente que llevaba guardados en un sobre aquel día caluroso de finales de verano?

La interminable sucesión de «y si», siempre concluía en el mismo punto: no habría pasado nada de lo que ocurrió. Pero también pensaba que, aun en el caso de haber hecho todo eso que no hizo, las cosas se habrían desarrollado de la misma manera. Pensar en ello la dejaba pasmada, la irritaba y, al mismo tiempo, comprendía la inutilidad de pensar tanto porque lo cierto era que no había hecho nada y, por si fuera poco, los dos acontecimientos del año 1997 tuvieron lugar de manera casi simultánea.

Uno fue el traslado de Masafumi a un lugar donde ella no podía

acompañarlo. El otro, la situación de Tamae Nago, una de sus clientas.

A principios del año 1997 a Masafumi le comunicaron su traslado. No lo hicieron de manera oficial, pero el asunto estaba decidido. Se lo contó él mismo en un restaurante italiano en Aobadai. Cosa rara en él, la había invitado a cenar y nada más sentarse se lo contó.

Lo trasladaban a Shanghái, adonde solía viajar muy a menudo. En un principio era por un periodo de dos años. La empresa iba a montar una fábrica en la ciudad y le habían nombrado subdirector del proyecto. El traslado, le explicó, iba a resultar muy positivo para su futuro en la empresa. Él daba por hecho que Rika se mudaría con él y mientras se comía su plato de pasta le dijo que se marcharían el mes de abril o, mejor aún, a principios de marzo para adelantarse y tenerlo todo listo. Quería decidir ya qué hacer con la casa.

–¿A qué te refieres con la casa? –le preguntó Rika sin llegar a entender.

–Me refiero a si la alquilamos o la vendemos. Como en un principio es solo por dos años, creo que sería mejor alquilarla, pero existe la posibilidad de que la cosa se alargue. De todos modos, quizás para ti es un poco precipitado, de manera que puedes quedarte sola un tiempo para organizarte. Intentaré volver la primera semana de mayo. Piénsalo. En verano ya te podrás venir conmigo, ¿verdad?

–¿Tengo que ir yo? –preguntó Rika.

–Shanghái es una ciudad enorme. Cuando paseas por la calle Nanking no parece que estés en un país comunista. Hay infinidad de centros comerciales, montones de supermercados llenos de comida japonesa y la vida es muy barata. No es tan desagradable como imaginas.

–No me refiero a eso. Es que no quiero dejar mi trabajo. Además, ¿qué voy a hacer yo allí?

Al mirarle a los ojos comprendió que estaba muy sorprendido por su inesperada respuesta.

–¿Tu trabajo? ¡Pero si solo es un trabajo por horas! –dijo él con el mismo gesto de sorpresa.

Era evidente que no había pensado ni de lejos en otra alternativa. La camarera se acercó para retirar los platos. Rika pidió una botella de vino y enseguida le llevó la carta. De nuevo, Masafumi se quedó sin palabras cuando pidió una botella de Sassicaia.

–Si lo comparo con tu trabajo a lo mejor el mío no se puede considerar tan importante, pero me he sacado un título y mis resultados son los

mejores de entre todos mis compañeros.

En lugar de decirle que no podía irse a Shanghái sin devolver antes los dos millones y medio de yenes, prefirió planteárselo de ese modo con una sonrisa en los labios.

Les llevaron el vino y el plato principal. La camarera sirvió a Masafumi para que probase el vino, pero él dijo que no. Miró cómo Rika movía la copa, lo olía y lo degustaba. El rostro se le iluminó con una sonrisa.

–¿No pensarás bebértela tú sola? –le dijo sin saber muy bien por qué con un aire triunfante.

–Voy a beber todo lo que pueda, además lo he pedido yo, no te preocupes. La cuenta corre de mi cargo.

Masafumi comió en silencio y también ella se concentró en su plato y en el vino sin decir palabra. Les sirvieron el postre. Rika lo rechazó. Prefería seguir con el vino.

–¿Por qué te empeñas tanto en ese trabajo? Ni siquiera eres fija.

Masafumi esperó al postre y le habló como si tuviera que exprimir las palabras.

–Lo siento –se limitó a decir ella con una ligera inclinación de cabeza.

Masafumi se levantó y la dejó allí sola con su copa de vino. Al cabo de un rato ella se levantó y se dirigió a la caja. En la botella aún quedaba un tercio de su contenido. Él lo había pagado todo excepto el vino. Su actitud le dio risa. No sabía si lo había hecho para molestarla, por tacañería o por todo lo contrario, por generosidad. Caminó hacia la estación y el aliento que salía de su boca se transformaba en vaho blanco. Levantó la vista al cielo nocturno. Las estrellas resplandecían mucho más de lo que lo hacían en verano. Trató de imaginar la ciudad de Shanghái donde nunca había estado, pero no vio nada, tan solo se le vino a la mente la imagen de un muchacho de piel suave con una sonrisa inocente.

Masafumi trató de persuadirla en un par de ocasiones, pero al final se resignó a irse solo y se marchó, en efecto, a principios del mes de marzo. Cuando se instaló la llamó para decirle que la casa era más o menos cómoda y, aproximadamente en la época de la floración de los cerezos, Tamae Nago le pidió que custodiase su sello personal y su libreta del banco.

---

1. Se refiere al terremoto de Kobe, el 17 de enero de 1995. *(N. de los T.)*

2. El *Seijin* se celebra el segundo lunes del mes de enero para conmemorar la mayoría de edad de

los japoneses que van vestidos a la manera tradicional. *(N. de los T.)*

IV

IV
YUKO OKAZAKI

La reunión de antiguos alumnos iba a celebrarse en un hotel de Shibuya. El mes de octubre llegaba a su fin y hacía tanto calor como si el verano estuviera a punto de empezar. Yuko Okazaki hizo trasbordo a la línea Yamanote. Se aferró al pasamanos con una mano y con la otra sujetaba la invitación, que miró varias veces. Estaba nerviosa. Hacía mucho tiempo que no acudía a una de esas reuniones y tenía la impresión de que el objetivo de esa en concreto no era reencontrarse con antiguas compañeras.

Si todas las cartas habían llegado a su destino, volverían a verse después de tres años. En primavera la había llamado una excompañera para hablarle de la idea y ella supuso enseguida que la urgencia se debía a que habían visto publicado en los periódicos el nombre de Rika. El tema, imaginaba, no iba a ser contarse sus vidas ni las batallitas del pasado, sino más bien uno solo: Rika.

Si decidió asistir después de haber faltado siete años fue, precisamente, por Rika. No para ponerse a cotillear sin ton ni son, sino, más bien, para defenderla, para cerrarle la boca a quien empezase a soltar mentiras, para hacer callar a quien hablase de cosas que no conocía. Por eso tomó la decisión de asistir apenas hubo recibido la invitación.

No le hizo falta mirar el mapa para encontrar el hotel donde habían quedado. Estaba justo enfrente de la estación. La reunión se celebraría en el restaurante que había en la última planta. Yuko cruzó un paso de peatones atestado de gente, atravesó la primera planta del edificio y se dirigió al ascensor. Las puertas se cerraron y vio su imagen reflejada en un espejo. Se había puesto el traje que se había hecho hacer cuatro años antes para la ceremonia de bienvenida del colegio de su hija Chikage. De pronto, le

pareció muy anticuado. Recordó que se había gastado en él más dinero del que inicialmente había previsto porque la dependienta que la atendió le dijo que era un corte clásico que no pasaba de moda. Se acordaba de todos los detalles de aquel día: su marido se cansó pronto de sus titubeos, la niña empezó a llorar y los dos subieron a la planta donde estaban los juguetes. Ahora, sin embargo, le parecía muy antiguo y mientras miraba pasar los números de los pisos se arrepintió de no haberse comprado algo más barato.

En la entrada del restaurante, un cartel anunciaba la reunión de antiguas compañeras de secundaria e instituto del colegio femenino M. donde había estudiado. Nada más entrar en la sala la envolvió el aroma de distintos perfumes. Junto a la recepción había una mesa redonda y dos mujeres sentadas. Le sonaban sus caras, pero era incapaz de recordar sus nombres. Se acercó, dijo su nombre y pagó el cubierto. La mujer que tachó su nombre de la lista le dijo en un tono familiar:

–Señora Okazaki… De soltera te apellidabas Oda, ¿verdad? ¡Cuánto tiempo!

Yuko se fijó en una placa que llevaba a la altura del pecho con el nombre impreso: Kiyoko Tsutsumi, y entre paréntesis su apellido de soltera, Yamamoto. La mujer que recibió el dinero le entregó una placa a ella también.

–Si no nos identificamos no hay manera de saber quién es quién –dijo con un aire divertido–. Nos hemos convertido todas en señoras.

En su placa estaba escrito: «Yuco Ocazaki (Oda)». Se habían equivocado con los ideogramas del nombre de pila, pero no dijo nada y se limitó a colocársela con una sonrisa.

Era un restaurante pretencioso. No había tabiques de separación, tan solo grandes ventanales que inundaban la sala de luz, a pesar de lo cual las grandes arañas colgadas del techo estaban encendidas. En el medio había un gran bufet exageradamente decorado con ikebanas. Alrededor de la gran mesa central había muchas sillas libres porque la mayoría de las mujeres estaban junto al bufet con sus copas de champán entre las manos. «¡Ah, ya me acuerdo!», pensó. Este ambiente tan peculiar de las reuniones. Todas iban peinadas de peluquería, con arreglos como de fiesta de alto copete. Algunas, incluso, lucían vestidos de noche con la espalda al descubierto o los hombros al aire. También había unas cuantas con quimono y otras con traje pantalón. Se mezclaban los aromas de los perfumes y las risas. A Yuko las voces y los olores se le antojaban pepitas de oro flotando a su alrededor.

–¡Ah, eres tú, Oda! ¿Quieres tomar algo?

El hecho de que alguien la reconociera la alivió. Una mujer baja con la cara redonda la miraba desde abajo con una sonrisa en la cara. Era la misma que la había llamado cuando la policía identificó a Rika como autora de un robo. Se fijó en su nombre, sonrió y le devolvió el saludo con un «¡cuánto tiempo!». «Naomi Sato (Kisimoto)». Así estaba escrito. Se le vino a la mente la difusa imagen de una chica con el pelo cortado al estilo paje.

–¿Qué quieres tomar? ¿Bebes alcohol?

–No te preocupes. Me serviré yo misma.

La mujer le señaló el bar. Yuko se acercó abriéndose paso entre la multitud. Unas cuantas mujeres la saludaron, pero el hecho que todas ellas se fijasen discretamente en la placa que llevaba colgada junto al pecho le hizo sospechar que ninguna se acordaba en realidad de quién era. A ella le ocurría lo mismo. Pasada la una del mediodía, la organizadora del encuentro se hizo con el micrófono para dirigirse a las asistentes. Con una sonrisa en los labios explicó que habían asistido ochenta y seis de las ciento sesenta convocadas. También estaba la profesora Yamanobe, jefa de estudios de segundo de instituto, la profesora Ishii, profesora de tareas domésticas y la profesora de lengua, la señora Tatematsu. No dijo nada sobre Rika. Mientras escuchaba a esa mujer en mitad de la sala decir cosas irrelevantes como que hacía tres años que no se reunían, que en la última ocasión solo acudieron treinta y tantas, etcétera, de pronto se acordó de que era Mayumi Sasakura, antigua delegada durante la secundaria y el instituto. Propuso un brindis a la salud de la profesora Yamanobe y en ese momento apareció una mujer de pelo blanco. Se oyó un sonoro aplauso y la mujer tomó la palabra. Les explicó cómo era el colegio en la actualidad y citó unos cuantos nombres de las alumnas más destacadas además de sus correspondientes logros. No dijo una palabra de Rika. Llevaba puesto un dos piezas de un color irisado. Alzó la copa y dijo en un tono de voz apagado: «¡Salud!». Todas levantaron sus copas de champán.

–Disfruten del encuentro –concluyó Mayumi Sasakura.

La reunión dio comienzo sin que nadie hubiese pronunciado hasta entonces el nombre de Rika.

Yuko se sentó a la mesa que le indicó Naomi Sato. Allí coincidieron unas cuantas mujeres cuyas caras le sonaban. De hecho, recordaba sus nombres y eso la alivió. Se levantaron por turnos para ir a buscar comida y bebida y lo colocaron todo en la mesa. Hablaron un rato de sus hijos, del

Día del Deporte que se había celebrado la semana anterior, de las pruebas de acceso a la escuela secundaria o al instituto, de la salud, de las canas que no dejaban de multiplicarse, de la dificultad de bajar de peso o de las consabidas quejas sobre unos maridos que no ayudaban nada. Sin dejar de asentir y reírse ligeramente, Yuko observaba la sala. Era extraño porque se habían formado los mismos grupos de cuando estudiaban. Las mujeres de quimono se habían sentado juntas y bebían champán con sus gestos elegantes. Las que llevaban vestidos de noche también y armaban jaleo como si aún fueran estudiantes. No pudo evitar preguntarse si formar grupos por afinidades superficiales era una tendencia innata del ser humano.

–¡Qué sorpresa lo de Rika, ¿verdad?!

Fue Naomi quien pronunció al fin el nombre de Rika. Los platos ya estaban vacíos y varias de ellas habían vuelto a pedir algo de beber. Yuko tuvo la impresión de que nada más oír el nombre de Rika, todas a su alrededor se sintieron cómplices y el hielo se deshizo de inmediato.

–¡Jamás habría imaginado que una de nosotras se haría famosa por algo así! ¿No os parece?

–¿Y sus padres? ¿Cómo estarán? En cuanto me enteré, pensé en ellos porque iba a menudo a su casa.

–Tengo entendido que se han mudado. Yo también estuve una vez en su casa y conservo un recuerdo maravilloso.

–¿Qué pasó con su negocio?

Yuko recordaba que el padre tenía una cadena de tiendas de muebles de importación llamada Atlas, casi todas en la prefectura de Kanagawa. Observó a esas dos mujeres que aseguraban haber estado en casa de Rika y se preguntó si de verdad tenían una relación tan estrecha como para eso.

–Su familia tenía dinero y encima estaba casada, ¿no? Parece que su marido trabajaba en no sé qué empresa, pero la casa era de propiedad y por lo que he leído no tenían problemas financieros.

–Pero algo así no tiene que ver con el hecho de tener dinero o no, ¿no os parece?

–Entonces, ¿con qué tiene que ver?

–Con hombres, supongo. ¿No te acuerdas de que hace tiempo sucedió algo parecido? También en aquella ocasión la mujer mantenía a un hombre.

–¿O sea, que Rika mantenía a un hombre?

–No lo sé, pero eso decía la revista donde lo leí.

–¿Te refieres a una de esas revistas de cotilleo?

–Sí, la leí en la peluquería. Quería saber lo que pasó.

–¿Y qué decía?

–Un amante, seguro… Al parecer, cuando las mujeres cometen delitos casi siempre van relacionados con los hombres. También decía que alguien la ayudó a huir.

Yuko las observaba en silencio sin probar el vino que acababan de servirle. Al principio hablaban con cierta contención, pero a medida que el alcohol surtía efecto, la temperatura de la conversación aumentaba. El tono de sus voces era como el de esas personas que aparecían en televisión para comentar la crónica social. No parecía en absoluto que hablasen de una antigua compañera a la que todas conocían. De la mesa se había apoderado de pronto una sensación de comunión, como si el tiempo hubiera corrido hacia atrás para llevarlas de vuelta al aula del instituto con sus cortinas color beige. Observaba la situación y se acordó del diminutivo de cada una de ellas, gracias a lo cual al fin pudo relacionarlos con sus caras: Mako-chan, Kikko, Nao, Kakko y En-chan. Los latidos de su corazón se aceleraban por momentos. Se dijo a sí misma: «¡Ahora! ¡Ahora es el momento de defender a Rika!».

Sin embargo, su voz era incapaz de salir del cuerpo, no pudo decir que una chica como Rika jamás cometería la estupidez de darle dinero a un hombre y que sazonar una conversación morbosa solo era la señal de una absoluta grosería. No le faltaba el coraje de interrumpir la conversación. Solo quería oír más por mucho que le costara admitirlo. Quería saber más cosas sobre la historia de Rika que aún desconocía, cosas de las que habían hablado en la televisión y en todas esas revistas del corazón.

Unas cuantas de las mujeres con vestidos de noche se sumaron a la conversación y la mesa se animó con más participantes: «¡Por cierto… Por cierto… Por cierto…!». El nombre de Rika circulaba de boca en boca. El corazón de Yuko latía desbocado.

–Por cierto –insistió una de la recién llegadas–. ¿No contactó nunca con vosotras?

Esa mujer debía sobrepasar ya la cuarentena y a pesar de eso no aparentaba más de veintitantos. Llevaba un vestido de noche azul marino, el pelo recogido en un moño. Las voces se elevaron de repente para decir todas al unísono:

–¡Ah, sí, sí! Era un producto financiero o algo por el estilo. Trabajaba en una empresa que se dedicaba a ese tipo de cosas, ¿no?

–Fue después de una de estas reuniones.

–¡Sí, sí! También me llamó a mí.

No se trataba de un producto financiero, sino de una simple tarjeta de crédito, pensó Yuko. Trabajaba para una empresa de tarjetas de crédito. Era una tarjeta que donaba una parte del dinero a Unicef. Yuko abrió la boca, pero tampoco en esa ocasión logró emitir sonido alguno.

–Siempre fue una ingenua, me acuerdo, una mujer que se implicaba a fondo en todo lo que hacía.

–Sí, me acuerdo de aquel asunto del voluntariado.

Kakko había permanecido en silencio hasta entonces, pero ahora hablaba con cierto orgullo. Todas las miradas se dirigieron a ella.

–¿Voluntariado? ¿De verdad hicimos algo así en el colegio? ¡Qué memoria tienes!

–Mi recuerdo de ella está asociado a eso. Era un proyecto llamado Smiling… no sé qué…

–Sí, sí. Keep Smiling Project. Así se llamaba.

–Lo suspendieron tras una reunión con la clase, creo recordar.

–No lo suspendieron, la escuela decidió hacerse cargo en lugar de nosotras. Rika fue a la dirección a protestar, ¿no os acordáis?

–Sí, se lo tomó muy en serio, casi rozando el mal gusto.

–Es verdad, estaba muy comprometida.

–Tenéis razón. Más que voluntariado aquello ya se estaba convirtiendo en…

–Tal vez no es la mejor forma de expresarlo, pero fue como mantener a un amante.

–Ese compromiso tan inquebrantable de Rika fue algo muy raro.

–Cómo dar dinero a alguien así, sin más.

–Te has pasado.

La llamada de atención desató una carcajada general.

–Me parece que os estáis equivocando –dijo Yuko al fin.

Ella se acordaba perfectamente de aquel episodio. Lo recordaba muy bien porque una de las pocas ocasiones en las que cruzó unas palabras con Rika fue, precisamente, por eso. Sucedió durante la escuela de verano en el segundo año de instituto. Se organizaban estancias alternativas de tres noches en un campamento en Karuizawa. El primer día, Rika levantó la mano para abordar el asunto en una de las reuniones de estudios que se organizaban a menudo. Protestó contra la decisión de la escuela de hacerse

cargo del proyecto. El argumento para tomar aquella decisión había sido que las chicas se implicaban demasiado.

–Rika quería saber si lo correcto sería construir una iglesia nueva en el instituto con las donaciones de los padres o si sería mejor enviar ese dinero directamente a unos niños que ni siquiera podían ir al colegio. No se trata de si estaba demasiado comprometida o no, de si rozaba el mal gusto. Lo que pasaba era que se tomaba aquello más en serio que ninguna de nosotras.

Las mujeres de la mesa se quedaron petrificadas y dirigieron sus miradas hacia Yuko, pero enseguida se olvidaron de ella para fijarse en otra mujer que también hablaba por primera vez.

–Un día me encontré por casualidad con la madre de Rika. Creo recordar que fue poco antes del incidente.

–¿De verdad?

–¿Cómo estaba?

–Normal. Se acordaba de mí y me dijo que fuera un día a verla. Rika también estaba bien, me contó. Trabajaba en un banco.

–Es lógico. Después de todo no sabía nada de lo que pasaba.

–Por supuesto que no. Me pregunto cómo estarán ahora los padres.

–Yo más bien me pregunto dónde estará Rika.

–Atención, por favor –dijo una de las organizadoras del encuentro para silenciar el alboroto de la sala–. Unas palabras de la profesora Ishii y de la profesora Tatematsu.

Se hizo el silencio y una mujer mayor con el pelo blanco se colocó frente al micrófono. Sonaron aplausos y la mujer empezó a hablar. Como si el tiempo volviera a correr hacia atrás, el nombre de Rika se desvaneció. La mujer mayor no pronunció su nombre en ningún momento y cuando terminó de hablar y saludó con una reverencia, la sala volvió a inundarse de aplausos. Otra mujer mayor muy parecida a la primera le tomó el relevo para pronunciar un discurso más o menos idéntico. Se oyeron algunas risas. Tampoco de su boca salió el nombre de Rika. En ese momento, el ambiente no invitaba a pensar en la existencia de esa persona.

Cuando las profesoras acabaron con sus intervenciones llegó la hora del postre y, como si hubieran olvidado que hacía apenas un momento hablaban entusiasmadas de Rika, se levantaron para ir a por el postre y algunas para marcharse ya. Yuko suspiró y sacó un *tupper* del bolso que tenía a sus pies. Se sentía abatida por no haber sido capaz de defender a Rika como le hubiera gustado y empezó a guardar algo de la abundante comida que había

sobrado del bufet.

–Pero… ¿qué haces? –le preguntó Nao muy sorprendida.

–¿Cómo que qué hago? Es un desperdicio que sobre toda esta comida.

–¿Te la vas a llevar a casa?

Mako-chan y Kikko, que no se habían levantado de la mesa en ningún momento, la miraron como si nunca hubieran visto algo tan extraño.

–Por supuesto. No me gusta tirar la comida.

–Has venido muy preparada.

Yuko sintió que todas las miradas se le clavaban mientras llenaba su *tupper* de comida. «Seguro que me van a poner verde cuando me pierdan de vista –pensó–, dirán todo tipo de cosas, que si tengo problemas económicos, que si soy una agarrada. Lo mismo que hacían con Rika. Si tanto les divierte que hagan lo que quieran.» Cogió de aquí y de allá hasta que el *tupper* estuvo lleno.

De Shibuya hasta Shinjuku fue con Nao y Kakko en el mismo tren. Iba agarrada al pasamanos y escuchaba distraída su conversación. Volvían a hablar de Rika como si se hubieran acordado de pronto de su existencia.

–Escuchadme –intervino Yuko sin dejar de mirar por la ventana mientras el tren circulaba por Harayuku–. ¿De verdad era así? ¿Una mujer que se comprometió como ella en un proyecto de voluntariado iba a ser capaz de dar todo ese dinero a un hombre así sin más?

A través del reflejo en la ventana vio que las dos mujeres se miraban.

–¿Qué quieres decir?

–¿Tienes algún problema?

Sus preguntas le llegaron casi al mismo tiempo. Yuko no apartó la vista del exterior y no respondió nada. Se despidieron en Shinjuku y Yuko se subió sola a otro tren. Se quedó de pie cerca de la puerta y contempló los tejados de las casas a punto de teñirse de naranja por el atardecer.

«Sentido de la justicia.»

Nunca habían mantenido una relación estrecha, pero la opinión que Yuko tenía de Rika era la de una mujer con un pronunciado sentido de la justicia.

Había sido ella quien durante el verano de primero de secundaria dijo que era intolerable e infantil burlarse a escondidas de alguien. Y también ella quien dedicó palabras de consuelo a una compañera herida por el comentario cruel de una profesora a quien le exigió disculpas. Yuko se acordaba bien de esa clase de detalles.

Estudiaban en una escuela religiosa de misa diaria y clases de lectura e interpretación de la Biblia dos veces por semana. El lugar propicio para actividades de carácter voluntario. El dinero del cepillo de las misas se donaba para la construcción de escuelas o para el envío de medicinas a países en vías de desarrollo y tres veces al año celebraban un día llamado «de servicio», en el que la clase entera visitaba una residencia de ancianos o de personas discapacitadas. El proyecto que habían mencionado en la reunión fue iniciativa de una organización no gubernamental llamada Keep Smiling Project. Apartaban alguna cantidad de dinero, quinientos o mil yenes al mes, lo que cada una buenamente podía, y lo donaban a niños de África y Asia que tenían así la posibilidad de ir a la escuela. Lo que distinguía a ese proyecto de otros era que el dinero no se entregaba a la ONG para que lo administrase, sino que llegaba directamente a personas individuales y concretas. Es decir, cada cual sabía a quién le mandaba el dinero, conocía su nombre, su edad, su país de residencia. Existía el compromiso de mantener un intercambio epistolar: «Señorita Yuko, gracias a usted el próximo mes podré ir a la escuela. Muchas gracias». Los trabajadores de la ONG traducían las cartas al japonés y a veces las acompañaban de algún dibujo e incluso de alguna foto. Había quien escribía una sola vez y quien lo hacía todos los meses: «Estoy aprendiendo mucho en la escuela y tengo nuevos amigos. El profesor me ayuda a escribir la carta y todo gracias a ti».

En un primer momento acudió un voluntario invitado por la escuela para hablarles del proyecto y apenas se apuntaron unas cuantas. Las cartas empezaron a llegar poco después. Lo cual animó a muchas otras. De pronto, todas tenían interés en participar. Yuko estaba en el primer año de instituto y tan solo un año después el proyecto tocó techo. La mayoría de las chicas llevaban encima las fotos de los niños a quienes ayudaban, mostraban orgullosas sus cartas y, gracias a eso, el número de participantes aumentaba cada vez más.

Yuko asistía a aquello con extrañeza. Era como si las niñas se hicieran a la idea de que criaban a desconocidos gracias a la ayuda de sus padres. Llevaban encima todas aquellas cartas y fotos, y algunas, incluso, las pegaban en sus carteras como si fueran ídolos juveniles. En la reunión hablaron de ello como de algo de mal gusto, pero Yuko se acordaba de que eran ellas, precisamente, quienes se habían entusiasmado tanto.

Rika fue una de las primeras en apuntarse al proyecto, pero nunca

enseñó a nadie una foto o una carta de ningún niño. Tampoco mostró un interés especial cuando el entusiasmo alcanzó el paroxismo, cuando se desató la competición por ver quién mandaba más dinero.

A finales del primer semestre del segundo año de instituto, la dirección prohibió enviar dinero a título personal. A partir de ese momento serían las profesoras las encargadas de reunirlo, entregarlo a la dirección y enviarlo por un canal oficial. Se extendió el rumor de que se había tomado aquella decisión por culpa de Rika. Al parecer, mandaba dinero a doce niños, es decir, una suma increíble para una niña de su edad. Quinientos mil yenes al mes, decían, o incluso un millón, pero Yuko siempre pensó que solo se trataba de una exageración. No era una cifra al alcance de una estudiante y la escuela, de hecho, reaccionó de inmediato cuando el rumor llegó a oídos de la dirección.

Durante el campamento de verano, Yuko tuvo oportunidad de hablar con Rika. Tal vez por haberse quejado en la reunión de estudios y por haber creado una situación incómoda, nadie hablaba con ella. Fueron de excursión al río y, de regreso, Rika caminaba muy retrasada. A Yuko le dolía verla así porque siempre iba acompañada. Disminuyó el paso y se dejó alcanzar. Era un sendero estrecho flanqueado de abedules. Aún se acordaba.

–Dicen que me he pasado, lo sé –dijo como si hablara sola–. Lo sabes, ¿no?

Yuko vaciló antes de asentir.

–Pero a mí me parece –continuó Rika–, que la rara no soy yo, sino las demás. No me parece normal que se dediquen a enseñar las cartas. ¿Acaso mandan el dinero para recibir una carta a cambio? Una persona que hace eso dejará de mandar dinero si no obtiene lo que quiere.

–Estoy de acuerdo. Las cosas han dejado de ser normales.

–¿A que sí? –preguntó Rika con los ojos resplandecientes.

Yuko se alegró mucho sin saber muy bien por qué.

–El primer niño con quien mantuve relación –continuó Rika–, me envió una sola carta. Fue al principio de todo. Me daba las gracias y me decía: «Nunca olvidaré lo que has hecho por mí». Estoy segura de que solo era una frase hecha, pero cuando la leí… No sé, sentí algo muy difícil de explicar. Un niño de seis o siete años se ponía encima un peso del que no podría librarse durante el resto de su vida. Un peso que se llama agradecimiento. Pensé que un adulto que obliga a un niño a escribir semejante frase está mal de la cabeza y en ese instante lo decidí. Si ese niño

iba a cargar con semejante peso durante toda su vida, también yo entonces cuidaría de él para siempre. Lo haría, al menos, en la medida de mis posibilidades.

Rika habló con mucha calma en todo momento. La diferencia entre su tono de voz y el contenido de lo que decía inquietó a Yuko. A ella jamás se le habría ocurrido pensar en algo así y jamás habría usado tampoco la expresión «toda la vida» para referirse a nada. A pesar de su inquietud, sin embargo, quería saber más.

–No es el único niño al que estás ayudando, ¿verdad?

–No. A seis –le dijo mientras se frotaba las manos.

La mitad de lo que se rumoreaba por ahí, a pesar de lo cual a Yuko tampoco le pareció muy normal.

–¿Tienes intención de hacerte cargo de esos seis niños durante el resto de tu vida?

–No espero nada de ellos, te repito, ni cartas ni fotos. El niño del que te acabo de hablar me escribió una sola vez, nunca más, pero está bien así. Lo mejor es que se olvide cuanto antes de que puede ir a la escuela gracias a la ayuda de alguien. Es mejor que se lo tome como algo normal.

Yuko deseaba preguntarle cuánto dinero en total enviaba al mes, pero no quiso molestarla.

–Yo no puedo hacer algo así. Mi paga son cinco mil yenes al mes y se me acaba enseguida porque me compro libros o cualquier bobada.

Rika sonrió.

–Está bien así. Si haces algo tienes que decidir entre hacerlo en serio o no hacerlo en absoluto. Una de dos. Lo peor es extender un poco la mano para retirarla enseguida.

Yuko tenía por entonces diecisiete años y no pudo evitar mirarla fijamente, analizar su perfil. También Rika tenía diecisiete años o al menos los cumpliría en breve. Tenía la piel blanca, unos ojos grandes enmarcados por largas pestañas, los labios tan rosáceos y carnosos que parecían siempre pintados. Yuko se preguntaba si esa belleza pensaba de verdad en todo aquello con tanta naturalidad. Rika notó su mirada. La miró también y con una gran sonrisa en los labios le dijo:

–Gracias.

–¿Cómo? ¿Gracias por qué?

–Gracias por escucharme. Nadie lo hace, ni mis amigas, ni las profesoras, pero tú sí. Has comprendido que no hago esto por interés ni por

las demás.

Yuko quería dedicarle alguna palabra amable, pero se limitó a caminar con la vista clavada en el sendero. Notaba calor en las orejas. El resto de sus compañeras iban muy adelantadas. Desde la distancia les llegaban sus risas y murmullos. La luz del sol se filtraba entre las hojas de los abedules como si tejieran encajes en el aire.

–Soy yo quien te da las gracias a ti –dijo Yuko al fin–. Gracias por contármelo.

Rika no dijo nada. Agarró una rama caída en el suelo y la sacudió como haría una niña. Se rio alegre.

El móvil le vibró dentro del bolso y volvió en sí. Era un mensaje de su marido. «¿Vas a volver tarde?» «En veinte minutos –respondió ella–. Voy directamente a casa. Llevo la cena.»

Yuko aún no se había acostumbrado a usar el móvil y solo teclear un mensaje de texto le costaba un gran esfuerzo. El tren se detuvo en el andén y se apeó junto a otros pasajeros. La comida pesaba demasiado. Ojalá que el autobús que va hasta casa esté en la parada, pensó mientras caminaba hacia la salida.

En el instituto, Yuko siempre estuvo convencida de la integridad de Rika, de sus firmes creencias propias de la adolescencia, por mucho que las hubiera olvidado después de graduarse. Para ella, no obstante, aún seguía siendo la misma mujer justa, no una obsesa o carne de cañón de quién sabe qué extrañas creencias. Al margen del dinero que enviase o no a aquellos niños, Yuko tenía la certeza de que se tomaba el asunto muy en serio. Si los niños iban a cargar con el peso de la responsabilidad durante toda su vida, ella haría lo mismo con su compromiso con ellos y los cuidaría. Después de todo, solo hacía lo correcto.

En la parada del autobús se había formado ya una larga cola. Yuko suspiró y se puso la última. En condiciones normales caminaba los veinticinco minutos hasta su casa para ahorrarse el autobús, pero como ese día no tenía que ir a la compra podía permitirse ese pequeño dispendio. Se acordó de nuevo del paseo con Rika por el sendero de los abedules, de lo mucho que sus caminos se habían separado durante los veinte años transcurridos desde entonces.

Había encontrado el restaurante italiano del distrito de Hirao gracias a Mutsumi. Solo tenían menús degustación de ocho mil, diez mil o quince mil yenes. Kazuki dijo medio en broma que su metabolismo ya no era el de antes y prefería el más ligero, es decir, el más barato. Mutsumi se rio y lo acusó de tacaño. Según ella, tenían que darse un pequeño homenaje porque era su cumpleaños, así que pidió champán y el menú de quince mil yenes cuando el camarero se presentó para tomarles nota. Mientras él contemplaba el líquido dorado que servían en una copa fina, no dejaba de darle vueltas a la cabeza sobre cómo decirle que en la cartera solo llevaba quince mil yenes.

–No te preocupes tanto –dijo ella en un tono divertido–. Hoy invito yo.

Mutsumi era doce años menor. Aún tenía treinta y pocos. Kazuki trabajaba en el departamento comercial de una empresa de alimentación desde hacía diez. Mutsumi, por su parte, empezó a trabajar allí nada más terminar la universidad y en la entrevista dijo que su preferencia era el departamento de comunicación. No obstante, los recién llegados debían iniciarse en ventas para aprender el negocio desde la base. A Kazuki lo nombraron su supervisor y al principio iban juntos a los supermercados y a los departamentos de alimentación de los grandes almacenes. En aquel entonces, sin embargo, apenas tenían relación y aunque pasaban mucho tiempo juntos, ella jamás le contó nada de su vida privada, y cuando la invitaba a tomar algo con otros compañeros casi siempre se excusaba. Kazuki se llevó la impresión de que era una de esas chicas modernas más bien secas, por eso cuando fue ella quien un día lo invitó a tomar algo después del trabajo, a pesar incluso de que se acostaron llevados por los efectos del alcohol, él asumió que esa sería la única vez. Pasado el fin de semana, pensaba él, el lunes volvería a la oficina como si nada porque era una chica moderna, una chica seca. Pero no fue así. Mutsumi lo llamaba por la línea interior o a su móvil: «¿Por qué no salimos a cenar otra vez? –le preguntaba–. ¿Cuándo vas a tener tiempo?».

Empezaron a verse una vez a la semana o cada quince días. Mutsumi era una mujer seca, de eso no cabía duda. Jamás preguntaba por su familia, no le pedía nada, ni ir juntos de viaje, ni verle el fin de semana, ni quedarse más allá de medianoche. A Kazuki, aquella situación le resultaba muy ventajosa. Disfrutaba mucho hablando con ella y le atraía ese carácter

fresco, espontáneo, un poco hosco.

Empezaron a verse más a menudo cuando Yuma, la hija de Kazuki, empezó en la escuela primaria, y cuando su mujer comenzó a darle problemas y a comparar todo el tiempo su infancia con la de su hija. Su relación con Mutsumi había cambiado mucho y se daba cuenta de ello. Antes era una relación esporádica, muy conveniente para él. La quería, sí, pero si las cosas se complicaban cortaría con ella de inmediato. Ahora, sin embargo, ya no estaba seguro de eso. En ese momento era él quien más la necesitaba.

–Se ha terminado el champán. ¿Por qué no eliges un vino?

Mutsumi se lo pidió con una sonrisa en los labios mientras levantaba los ojos desde su plato de pasta con cigalas hasta encontrarse con los de él. Tenía las comisuras de los labios ligeramente teñidas de color naranja, pero no le dijo nada. Levantó la mano y pidió la carta de vinos.

–¿Qué te pasa? –le preguntó ella–. ¿De qué te ríes?

–De nada. Solo me ha parecido que eres muy ingenua.

Kazuki encontró un solo nombre conocido entre una lista interminable de otros que no le decían nada y, a pesar del susto de los dieciocho mil yenes que costaba, recordó que era ella quien pagaba, así que se la pidió al camarero que esperaba paciente a su lado.

–¿No te importa que haya pedido un vino tan caro? –le preguntó cauto.

–Por supuesto que no. Es mi cumpleaños. ¿Cómo no vamos a pedir un buen vino? Por cierto –dijo cuando le retiraron el plato para servirles el postre–, ¿qué estará haciendo en este momento tu exnovia?

Kazuki miró de reojo al camarero. No parecía haber escuchado la pregunta de Mutsumi y se retiró enseguida.

–Ni siquiera me atrevo a considerarla mi exnovia.

–Pero lo cierto es que lo fue, ¿o no? Dicen que la ayudó a escapar un hombre. ¿No habrá ido a verte la policía?

–No. ¿Cómo sabes tú eso?

–Las revistas no hablan de otra cosa –dijo mientras rebañaba los restos del tiramisú con la cuchara como si tuviera algo precioso entre manos.

–¿Lees semejantes revistas? –preguntó él mientras jugueteaba distraído con el helado de limón pues, en realidad, no le apetecía.

–No. Las hojeo cuando voy a la peluquería. Por cierto, ¿sabías que te las dan en función de la idea que se hagan de ti? Hasta hace poco me daban revistas para jóvenes, pero últimamente solo me ofrecen revistas de cocina,

de crónica social o de decoración de interiores.

Mutsumi soltó una carcajada y al hacerlo arrugó ligeramente la nariz. A Kazuki le alivió que la conversación tomara otro derrotero, pero por otra parte quería saber más. Mientras dudaba si preguntarle o no, el camarero se presentó para saber si querían algo más. Mutsumi preguntó qué les ofrecía y él propuso café, té inglés, capuchino o expreso. Kazuki pidió una grapa. Quería algo fuerte y no otra bebida que ahuyentase la incipiente borrachera.

–Pues… Yo también –dijo ella.

El camarero se retiró.

Kazuki disfrutó de ese licor que le calentaba la garganta a medida que entraba en el cuerpo y escuchó atento la historia de Mutsumi, que usaba un tono de voz como si hablase de una conocida.

–En la revista decían que cuando una mujer roba dinero siempre tiene relación con un hombre. El caso de Rika Umezawa debe de ser uno más, pero cuando leía el artículo me pregunté si era el hombre quien le había pedido dinero o si era ella quien se lo había dado.

–El resultado es el mismo, ¿no crees? –preguntó Kazuki mientras apartaba el helado a medio terminar.

–¿Tú crees? Piensa en nuestro caso, por ejemplo. He dicho que pago la cena yo. ¿No sería una cosa muy distinta si hubieras sido tú quien me pidiera que lo hiciese?

–No entiendo lo que quieres decir –dijo él después de apurar el vaso de grapa.

Lo cierto era que le incomodaba la situación.

–La verdad es que yo tampoco sé exactamente lo que quiero decir. A lo mejor es porque estoy borracha –admitió ella con una sonrisa.

Si un hombre le hubiese pedido dinero a Rika abiertamente, pensó Kazuki, no se lo habría dado, seguro. Lo supo tan pronto como pudo conectar a la Rika real que él conocía con esa otra de la que hablaba Mutsumi. Si le había dado todo ese dinero a un hombre era, precisamente, porque no se lo había pedido. Se lo dio porque dejó de distinguir si el dinero era suyo o de otra persona.

–¡La cuenta, por favoooor!

Mutsumi se había emborrachado y llamó al camarero canturreando. Sacó la cartera e introdujo unos cuantos billetes en una especie de carpeta de piel. Kazuki trató de no mirar la cifra en el papel que había dentro y apuró los restos de su grapa. «¿Pensará que la he obligado a pagar? –se

preguntó–. ¿Se acordará de que ha sido ella quien se ha ofrecido?»

En condiciones normales habrían ido a tomar algo a otra parte antes de despedirse, pero en esa ocasión se subieron a un taxi y fueron a su apartamento. Kazuki estaba borracho. Eso no era una novedad. No tenía intención de quedarse con ella porque fuera su cumpleaños. Sencillamente, no quería volver a casa. No quería abrir la puerta, entrar al salón y encontrarse a Makiko bebiendo sola sentada a la mesa. No quería preguntas sobre asuntos de dinero que no podía responder. Las cosas ya no funcionaban, pensó. Quería a sus hijos, pero no veía ninguna salida a la situación. En su interior resonaba la palabra divorcio. Makiko solo hablaba de dinero y seguiría hablando de lo mismo, sin duda, en el caso de plantearle una ruptura: qué iba a pasar con ella, con su manutención, con los niños, con la pensión, con la casa, etcétera. A él no le importaba dejárselo todo, trabajar para mandarle todo el dinero a ella y a los niños.

Mutsumi también pagó el taxi. En la cama le dijo que se lo agradecía mucho, que encontraría el momento de invitarla.

–No falta mucho para la Navidad –le dijo–. ¿Por qué no cenamos juntos el día 21 o el 22? Invito yo.

Pensó de dónde iba a sacar el dinero para invitarla.

–No te preocupes –dijo ella con una sonrisa–. He comido lo que me apetecía, he bebido lo que quería y he vuelto en taxi a casa porque quería estar contigo. Ha sido una bonita fiesta de cumpleaños. ¿No tienes que irte ya? No te preocupes por mí, vete cuando quieras.

Enseguida su respiración se tornó más profunda. Ni siquiera se había puesto la ropa interior. «Me voy –pensó Kazuki–. Si salgo ahora llegaré a casa a eso de las tres.» En cualquier caso, le costó separarse de ella y siguió acariciándole la espalda. En la calle, justo enfrente, había un *convini* y el resplandor de las luces se filtraba a través de la cortina. «Me voy, me voy –se repetía a sí mismo luchando contra el sueño–. Me encantaría quedarme a dormir en este cuarto desconocido iluminado por un tenue resplandor. He comido lo que me apetecía, he bebido lo que quería…» Repitió las palabras de Mutsumi. La miró. De pronto tuvo la sensación de tener entre sus brazos a Rika, con quien nunca había llegado a acostarse.

Kazuki volvió a su casa al día siguiente, casi al atardecer. Era sábado.

Cuando se despertó en casa de Mutsumi ya era cerca del mediodía, pero llegado a ese punto ya todo le daba igual. Fueron juntos al supermercado y volvieron cargados de comida. Preparó el desayuno. Era su forma de

agradecerle lo del día anterior. Hacía tiempo que no cocinaba. Preparó una sopa de tomate con beicon, arroz con ternera en salsa. Se lo había pedido ella. Lo completó con una ensalada de brócoli con queso y lo cocinó todo en una cocina diminuta que parecía de juguete. Cuando terminaron, fregó los platos y se marchó.

Kazuki daba por hecho que su mujer estaría enfadada porque apenas si le había enviado un mensaje a las siete de la tarde del día anterior para decirle que iba a tomar algo con Ueda, un compañero de trabajo. Después de eso nada. Se había quedado a dormir en alguna parte sin decirle nada. Pero le daba todo igual. Volvió a casa con la misma apatía de todos los días. Si Makiko le exigía explicaciones le diría con toda sinceridad que se había quedado a dormir en casa de otra mujer. Si se enfadaba, peor para ella. Él tenía su forma de ver las cosas. Le preguntaría si de verdad le parecía que podía tener ganas de volver a una casa donde, día tras día, solo oía cosas como «me gustaría comprarle a Yuma un piano como el que tenía yo, pero no puedo permitírmelo», o «me gustaría pagarle a Kento unas clases de apoyo, pero no puedo permitírmelo», o «me gustaría que aprendieran a esquiar, pero no puedo comprarles nada ni tampoco tenemos casa de invierno». Reproches y más reproches, en definitiva, porque ganaba muy poco dinero. Kazuki recorrió el camino desde la estación sin dejar de darle vueltas a lo que iba a decirle.

Abrió la puerta de casa con la respiración agitada. No había nadie. No estaban los niños ni tampoco su mujer. La casa estaba sumida en el silencio. Miró en todas las habitaciones. En efecto, no había nadie. El cuarto de los niños estaba recogido y en el escurridor de la cocina encontró los platos del desayuno. Aquello lo desorientó. Se puso un vaquero viejo, una sudadera y se sentó a leer el periódico en el salón. Tal vez se habían marchado de casa por culpa de su ausencia la noche anterior. Dejó el periódico. En el balcón estaba la ropa tendida: una camisa, un calzoncillo, una sudadera, los pequeños calcetines de Kento, la ropa interior de Makiko tendida con cuidado al lado de una toalla para evitar que se viera desde la calle. «La ropa está tendida, volverán», se dijo. Aunque tampoco eso era una garantía.

Le dio vueltas y más vueltas al asunto y suspiró.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó. Había dejado el periódico abierto encima de la mesa. «¿Debo seguir con Makiko a pesar de sus sarcasmos, a pesar de que no existe comunicación entre nosotros? ¿No llegué anoche a la conclusión de que no hay nada que hacer? ¿Podré vivir lejos de Yuma y

Kento, lejos de mis queridos hijos que me abrazan y me llaman papá con sus dulces voces?»

Cerró el periódico sin apenas haberlo leído y se puso en pie. Estaba inquieto. No sabía qué hacer y al final entró en el cuarto de los niños. Luego echó un vistazo en el dormitorio y en el baño. Sacó el móvil de su maletín. No tenía ninguna llamada perdida ni tampoco mensajes. Llamó a su mujer aunque solo fuera para escuchar una voz que le decía que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Colgó y vio la hora: las 16.47.

Se puso un plumas y salió a la calle solo con la cartera y el móvil. «Volverán enseguida –se dijo–. ¿Qué tenían hoy los niños, veamos, inglés de Kento o gimnasia de Yuma? ¿Iba Yuma a clase de gimnasia?»

Makiko repetía a menudo que quería que aprendiesen algo a pesar de lo caras que eran las actividades extraescolares, pero luego le contaba que había desapuntado a uno de los dos porque habían cambiado de profesora o algo por el estilo, con el resultado de que al final no tenía ni idea de a qué se dedicaban.

Se echó a andar sin un destino concreto. Mientras caminaba se le ocurrió que podía preparar la cena. «¿He cocinado alguna vez para ellos? –se preguntó–. ¿No tener ni idea de las clases a las que van mis hijos es solo culpa de Makiko? ¿No será que no demuestro interés? ¿Es por culpa del dinero?»

Caminó hacia el supermercado con todas esas preguntas rondándole la cabeza, con las manos metidas en los bolsillos.

Se acordó de un lejano día en que caminaba por esa misma calle. También era invierno. Kento no había nacido. Estaba en la tripa de Makiko y Yuma era muy pequeña. Llevaba puesto un abrigo rojo y unas orejeras. Caminaba deprisa delante de sus padres con los pasitos de una muñeca. Makiko le gritó: «¡Ten cuidado!». El cielo encima de sus cabezas era amplio, azul, limpio gracias al aire gélido. Se acordaba de que hablaban sobre el nombre que le pondrían al niño.

El supermercado estaba lleno. Kazuki cogió una cesta y se deslizó entre una mujer obesa, una anciana, una familia y una chica joven que iba de la mano de su novio. Con Mutsumi no habría tardado nada en hacer la compra, pero en ese supermercado tan grande no sabía dónde estaban las cosas. Le hubiera gustado preguntar a alguna dependienta, pero no encontró ninguna. Su mujer se quejaba de que era un supermercado «sin inteligencia». ¿Desde cuándo se lo parecía? Los primeros años que vivieron

allí le encantaba tener cerca uno tan grande. ¿Qué significa supermercado «sin inteligencia»? No tenía ni idea, pero, al menos, el comentario le había hecho gracia.

Makiko se puso a enumerar una tras otra todas las cosas que no le gustaban de aquel sitio. Cuando había promociones de determinados productos y entregaban una bolsa para llenarla con todo lo que cupiera en ella, por ejemplo, las mujeres se volvían locas con *american dog* o lo que tocara. No tenían hierbas aromáticas, ni siquiera un poco de albahaca o romero. Los berros solo los encontraba de ciento en viento y siempre mustios. No tenían productos de importación y, a pesar de la dimensión del establecimiento, la variedad era más bien escasa. Pero lo que más fastidiaba a Kazuki era darse cuenta de que el punto de llegada de todas sus quejas era siempre el mismo.

Le dio por pensar en todo eso porque era incapaz de encontrar unas simples pastillas de caldo que le hacían falta para el arroz con ternera en salsa y estaba perdiendo la paciencia. Si Makiko había llegado a esa situación solo podía culparse a sí mismo. De haberle prestado más atención, de haberse puesto de su lado y haber sido más comprensivo con la nostalgia de su infancia perdida, seguramente no habrían llegado a ese extremo en el que se encontraban en ese momento.

Le llevó más de media hora reunir los mismos ingredientes del almuerzo que le había preparado a Mutsumi. Las gotas de sudor le resbalaban por las sienes. No se había quitado el plumas y en la caja había mucha cola y hubo de esperar otros diez minutos para pagar. Cuando salió a la calle cargado con bolsas ya estaba completamente oscuro.

Si aún estaba a tiempo debía hacer algo, pensó. Si fracasaba sería el momento de pensar en el divorcio. Tal vez debía dejar de fingir que tenía necesidad de ir al baño en mitad de una conversación porque no la soportaba más. En cualquier caso, en cuanto llegara a casa se dedicaría a las tareas domésticas y después buscaría un rato para hablar con ella.

Llegó a casa con todas esas ideas rondándole la cabeza y experimentó un gran alivio cuando oyó el alboroto de los niños nada más abrir la puerta. «¡Hola!», dijo alegre. Nada más abrir la puerta del salón Yuma y Kento se lanzaron a sus brazos sin dejar de gritar «¡papá, papá!». Iban muy bien vestidos.

–Mira, papá. Me han puesto lazos.

Yuma le enseñó unos lazos rosas que llevaba en el pelo.

–Papá, ¿me lo montas?

Kento cogió una caja grande y se la dio.

Buscó a Makiko con la mirada y la encontró detrás de la barra de la cocina. También ella llevaba un elegante vestido y estaba muy maquillada.

–Siento lo de ayer. Es que Ueda está pasando una mala racha… Por cierto, hoy preparo yo la cena. Tú descansa. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis ido a una boda o algo así? –preguntó con una sonrisa.

Se quitó el plumas y se metió en la cocina. Makiko estaba preparando un té inglés y sus ojos se abrieron como platos cuando vio las bolsas del supermercado.

–¿Cómo? ¿Has ido a la compra? Lo siento, nosotros ya hemos cenado.

Parecía estar de buen humor y lo ayudó a colocar las cosas.

–Ya que has comprado carne –le dijo–, deberías comprar carne japonesa. Agradezco el detalle, pero ya no uso esos concentrados. ¿No lo sabías? No quiero que los niños coman químicos.

Sus palabras volvían a ser las mismas de siempre, pero en esa ocasión no le molestaron porque, al menos, lo decía todo con una sonrisa en los labios.

–¿No has cenado? Prepárate algo para ti solo. Nosotros tenemos tarta. No sabía que cocinases, por cierto. De haberlo sabido antes me habría aprovechado mucho más.

Llevó al salón la bandeja con la tetera y las tazas de té sin perder la alegría. A Kazuki le dio pereza ponerse a cocinar para él solo, pero al mismo tiempo quería demostrar sus habilidades. Al final, se remangó la sudadera y empezó.

Preparó una ensalada, cortó la carne y las verduras, lo salteó sin dejar de mirar de tanto en cuando a los niños y a su mujer mientras comían la tarta en la mesa del comedor. Yuma llevaba un vestido de terciopelo y Kento, una corbata debajo del jersey de cuello de pico. Makiko, un elegante vestido azul marino adornado con un collar de plata. Estaban tan formales que casi le parecían los miembros de una familia desconocida, de una familia que acababa de volver del recital de piano de la niña.

–¿Dónde habéis ido? –preguntó.

–De compras con mi madre. Me ha llamado para que saliéramos juntas a darnos un capricho. Hacía mucho tiempo que no lo hacíamos y me he parecido bien. Te he llamado, pero tenías el móvil apagado.

–Lo siento. Estaba en un restaurante en la planta baja de un edificio.

–No te preocupes. ¡Ah! Hacía mucho tiempo que no disfrutaba así. Aunque, la verdad, estoy inquieta. Pero ya sé que para ti no soy más que una ama de casa sin preocupaciones. El caso es que me ha sentado muy bien salir de compras. De vez en cuando hay que hacer cosas así, ¿no crees? Por cierto, te he comprado algunas cositas a ti también. Pruébatelas luego. Quizás son un poco juveniles, pero aún eres muy joven, ¿a que sí?

–Papá, papá… Nos hemos comido un helado con fuegos artificiales.

–Estaba todo oscuro, parecía un cumpleaños…

Kento y Yuma hablaban precipitadamente.

–¿En serio? ¿Y qué habéis comido?

–Tepanyaki.

–Hemos ido al restaurante de un hotel. También los niños tienen que comer algo decente de vez en cuando.

–¡Vaya, vaya!

Kazuki se dio cuenta de que se había olvidado de cocer el arroz y metió una bolsa ya preparada en el microondas. Cuando se sentó a la mesa con la cena, los demás ya se habían sentado en el sofá.

–¡Es increíble! Incluso has preparado ensalada. ¡Vaya cena!

Makiko lo contemplaba admirada y no perdía el tono alegre.

Empezó a cenar y se fijó en las bolsas esparcidas por el salón. Makiko y los niños empezaron a abrirlas. De una salió un chal, de otra una falda, un vestido, un jersey, una maqueta, una casa de muñecas, productos de cosmética, zapatos de charol… El suelo estaba inundado con los envoltorios.

–Esto es para ti. ¿Qué te parece?

Makiko extendió un jersey de rombos de cuello de pico.

–Habéis comprado muchas cosas. Aún es un poco pronto para la Navidad, ¿no?

–No es por la Navidad. Todavía no le hemos pedido nada a Santa Klaus, ¿a que no, chicos?

–No –confirmó Yuma.

–Kento –dijo Makiko–, no te olvides de que tienes que escribir la carta.

–Ya la he escrito.

–En inglés, ¿no? Muy bien y encima te has aprendido un villancico. ¿Por qué no se lo cantas a papá?

Empezó a cantar «Merry Christmas» y Makiko lo acompañó. Kazuki jamás la había oído cantar. La escena lo dejó atónito. Ella se reía.

–Por cierto, también he comprado vino. Mi madre nos ha pagado el taxi porque hemos comprado tantas cosas que no podía con ellas. ¿Quieres un poco?

Dijo que sí y ella se puso en pie sin dejar de canturrear. Se acercó a la nevera y sacó una botella.

–Pues sí que habéis comprado, la verdad. ¿Lo has pagado a cargo de mi paga extra de fin de año?

Al final, Kazuki pronunció las palabras que llevaba tiempo rumiando, no pudo resistirse más. ¿De dónde había salido el dinero para hacer semejante dispendio? Un simple vistazo bastaba para darse cuenta de que era verdaderamente extraordinario.

–No. Lo ha pagado todo mi madre, porque dice que debería permitirme algún capricho de vez en cuando. La cena, tu jersey, todo… –le explicó mientras descorchaba la botella.

–¿De verdad? La llamaré para darle las gracias.

Avergonzado por el alivio que sentía, terminó de cenar deprisa.

–Aquí tienes. ¡Salud!

Makiko brindó con su marido y bebió sin sentarse. Sus miradas se cruzaron y sonrió como si le diera vergüenza.

–Mmm… ¡Qué rico está! Pruébalo.

Le acarició el hombro y le dijo:

–Cuando termines de cenar pruébate el jersey, ¿de acuerdo? Seguro que te sienta bien.

«Todo ha ido bien», murmuró Kazuki para sí. Si para sacarla de su aislamiento y de su afición por la bebida tiene que gastar dinero de vez en cuando, pues no está tan mal después de todo. Si además paga su madre, mejor. Seguro que estaba preocupada, es cierto. De vez en cuando debería sacudirse la angustia, como hoy. «A partir de ahora, cuando empiece con el mal humor, la animaré a ir de compras con su madre. Seguro que así va todo mejor. Los tiempos felices de antaño casi han desaparecido.»

Kazuki dio un sorbo a su copa de vino sin dejar de pensar en todo ello. En su boca se extendió un aroma denso, con un ligero toque amargo. Makiko se había sentado en el sofá y ayudaba a Yuma a ponerse la ropa nueva. «Todo ha ido bien», volvió a repetirse. De no hacerlo tenía la impresión de que la inquietud que albergaba su corazón terminaría por extenderse por todo su cuerpo como una mancha.

¿De verdad había pagado su madre todo eso?

Se hizo la pregunta sin dar más rodeos para que la mancha se extendiera definitivamente por todo el cuerpo.

–Me alegro mucho por ti –le dijo.

Makiko le sonrió.

AKI NAKAYO

Aki Nakayo entró en el probador con un pantalón azul marino hasta media rodilla y miró el precio en la etiqueta: treinta y ocho mil yenes. No pensó nada especial. Se quitó los pantalones que llevaba puestos y se los probó. Se miró en el espejo. No era que no le sentaran bien, pero le daban un aspecto demasiado juvenil.

–¿Cómo le quedan?

Una voz le llegó desde el otro lado de la puerta del probador.

Salió y se calzó los zapatos que le había preparado la dependienta. Volvió a mirarse en el espejo que había en la parte exterior de la puerta.

–Tiene unas piernas muy bonitas –le dijo–. Le sientan muy bien.

–¿No resultan demasiado juveniles? –le preguntó Aki preocupada por sus rodillas casi al descubierto.

–No, no, en absoluto. Es usted muy joven –se rio la dependienta–. Este año se lleva mucho ese largo. Hemos vendido cantidades. De hecho, este y uno blanco son los únicos que me quedan de esa talla.

La dependienta se marchó a buscarlo sin perder un segundo a pesar de que Aki no se lo había pedido.

–El azul marino le queda bien –le dijo nada más regresar–, pero con esas piernas seguro que le sienta mejor el blanco.

Aki se lo puso por encima para comprobar el efecto.

–Sí, es cierto. El blanco es bonito.

–Luce más. ¿Por qué no se lo prueba?

–Mmm… Si me lo pruebo seguro que no podré resistirme.

La dependienta se rio.

En efecto, el blanco resultaba más llamativo, pero para ir a trabajar, mejor dicho, para asistir a reuniones le resultaba más apropiado el azul marino. Dudaba entre un color y otro y como no se decidía al final dijo:

–Me llevaré los dos.

–¿Quiere ver algo para combinar?

La pregunta de la dependienta tuvo el efecto de estimular su ansiedad.

–Está bien. ¿Qué me recomienda?

La dependienta dio un rápido repaso por la tienda y regresó enseguida con varios jerséis.

–Este color camello combina bien con el azul marino y el blanco. Este otro tiene las mangas y la cintura abiertas, pero como el pantalón es un poco estrecho la verdad es que queda muy bien. Pruébeselo para ver el efecto. No resulta demasiado femenino. Este otro es de lamé, que está muy de moda este año. No es demasiado llamativo y a primera vista parece negro, pero depende de la luz, porque el tono cambia.

La dependienta extendió los jerséis y a Aki cada vez le costaba más elegir. Le gustaba el de color camello porque iba bien con todo, el de las mangas abiertas por su diseño original, el de lamé porque le gustaba la moda de ese año. Comparó las tres prendas, pensó en su fondo de armario. «El de lamé seguro que me va bien con la falda sirena negra que me he comprado hace poco y aún no he estrenado –pensó–. La verdad es que no sé con qué combinarla. El de mangas anchas seguro que me queda bien con un vaquero y ese color camello es muy original, me vendría muy bien. ¡Ah, no sé qué hacer! Debería mirar el precio, pero no quiero hacerlo delante de esta mujer. ¿Qué hago? ¿Con cuál me quedo?»

Mientras pensaba tuvo la sensación de que dentro de su cabeza se extendía una densa niebla.

–Está bien. Me lo llevo todo.

–Muchas gracias –dijo la dependienta con una amplia sonrisa en los labios antes de inclinarse en una reverencia.

Volvió a entrar en el probador para quitarse el pantalón. Estaba muy ilusionada. Ya no iba a volver a abrir el armario sin saber qué ponerse. Tenía una cita la semana siguiente e iría perfecta. ¡Ah, qué bien!, suspiró.

Salió del probador y le entregó el pantalón a la dependienta. La mujer le pidió que esperase en un sofá mientras lo preparaba todo. Se sentó y la mujer se agachó a su lado con la calculadora en la mano para indicarle el precio final. Ciento sesenta y siete mil yenes. Aki se sorprendió mucho, pero se esforzó por disimular el susto y sacó la tarjeta de crédito.

–¿Desea pagar a plazos?

La dependienta se lo preguntó con la tarjeta de crédito en las manos. Era una pregunta habitual, pero Aki se ofendió un poco y le dijo que no, pagaría de una sola vez.

–Disculpe –se excusó la mujer–. De una sola vez, de acuerdo.

Volvió a inclinar la cabeza y salió de la *boutique* con la tarjeta en una bandeja para ir a cobrar a la caja principal. Otra dependienta se hizo cargo de envolver todas las prendas.

–Le sienta todo estupendo –dijo–. Es una satisfacción muy grande encontrar a alguien a quien le queda tan bien la ropa. Este jersey tiene un diseño muy especial. Seguro que encuentra muchas ocasiones para ponérselo.

Aki no dijo nada. Se limitó a contemplar cómo envolvía cada una de las prendas con un papel fino. La excitación desaparecía poco a poco como las olas cuando se funden en la inmensidad del mar. «¿He hecho bien? –se preguntó–. Esta mujer dice que me queda estupendo, pero ¿no dará la impresión de que quiero aparentar ser más joven de lo que soy en realidad?»

Aki salió de la *boutique* y la dependienta la acompañó hasta el pasillo. Se colgó al hombro las bolsas y curioseó un poco más en los grandes almacenes. «¿Qué hago si a la gente le da por pensar que quiero parecer más joven? ¿No debería comprarme algo más chic, un sencillo vestido negro, por ejemplo?» Buscó las escaleras mecánicas para subir a la planta de arriba. Eran las siete de la tarde pasadas y estaba todo atestado de gente. Entró en varias tiendas, revolvió todo lo que pudo para ver si encontraba algo. Quizás fuera por la proximidad de la Navidad, pero lo cierto era que había muchos vestidos que no imaginaba en qué clase de ocasión podría ponerse.

–Este vestido es de fiesta, pero tiene un diseño muy sencillo, así que también sirve para una comida o una reunión.

Aki solo curioseaba y no quería que ninguna dependienta la presionara, pero se vio en la obligación de responderle.

–Tiene razón.

–No es demasiado elegante ni tampoco casual. La verdad es que no hay muchos vestidos así. Estamos en una época de celebraciones y seguro que le resulta muy apropiado. Si se pone un chal lo transforma en otro completamente distinto.

No se lo había pedido, pero la dependienta fue a buscar un chal dorado, lo puso encima del vestido y sonrió.

–¿Quiere probárselo?

–No, gracias –respondió Aki un poco aturdida.

Si se lo probaba se lo compraría, estaba segura. La dependienta sonrió sin decir nada y volvió a colgar el vestido en su sitio. Tal vez era su imaginación, pero con ese gesto Aki entendió que le decía: «Seguro que no te lo puedes permitir». En un acto reflejo alargó la mano para coger otro vestido y se miró en el espejo. Era un vestido de manga francesa con un amplio escote, más de fiesta que el anterior. Vaciló unos instantes y en ese intervalo de tiempo la dependienta regresó.

–Ese vestido produce una sensación aún más espléndida sin resultar ostentoso. Es estrecho y marca unas líneas muy limpias. Si lo combina con un chal o con un collar, también le vale para cualquier ocasión.

De nuevo lo combinó con un chal, negro en esa ocasión, y con un collar. Aki estaba desesperada.

–Está bien. Me lo llevo todo.

No tenía previsto asistir a ninguna fiesta, pero le vendría bien tenerlo, seguro. En realidad, solo buscaba justificarse a sí misma. La excitación había vuelto a apoderarse de ella. «Podría ir a mi cita de la próxima semana bien arreglada con este vestido. Lo puedo combinar con un abrigo que tengo en casa y unos pendientes…»

–¿Le gustaría probárselo?

Antes de que la dependienta dijera nada más la interrumpió para decir en un tono triunfante:

–No, gracias. No tengo mucho tiempo.

–¿Y el chal?

–Pues… Me lo llevo también.

Más que necesidad, más que el ansia por comprar, lo que movía a Aki era su intención de vengarse de la dependienta. Sacó la tarjeta y antes de que le preguntara nada dijo que pagaría de una vez. El total ascendió a ciento veinticinco mil ochocientos yenes.

La dependienta le entregó la bolsa a la salida y a sus espaldas escuchó un «gracias». En ese momento le entraron ganas de llorar. La excitación se había volatilizado como una mera ilusión. «No voy a mirar nada más –se dijo a sí misma–. He gastado una fortuna.» Buscó la escalera mecánica y bajó. Tenía intención de descender al supermercado en la planta sótano para comprar algo de comer, pero en la primera planta vio con el rabillo del ojo los bolsos y los zapatos. Se detuvo y decidió echar un vistazo.

Aún había más gente allí ya fuera en la sección de zapatería, de complementos o de cosmética. Había infinidad de mujeres parecidas a ella,

como si fueran un calco. También un grupo de chicas jóvenes con pinta de acabar de salir del trabajo y algunas parejas.

Observó a las mujeres con las que se cruzaba mientras se deslizaba entre el gentío. La mayor parte, como le pasaba a ella, llevaban bolsas colgadas de los brazos o un acompañante que se hacía cargo. Se sintió extraña. Todas esas mujeres gastando dinero, ¿qué salario tendrían?, ¿en qué trabajarían para ganar el dinero necesario para comprar todo eso?

La extrañeza se transformó pronto en alivio. «¿No estaremos todas en una situación parecida? ¿No será que nos gastamos el sueldo en ropa y bolsos y que a veces tenemos que recurrir a esos créditos rápidos? Después de todo no puede una ir a trabajar todos los días con la misma ropa y sin maquillarse. Seguro que todas pensamos lo mismo, pero yo este mes me he pasado de la raya.» Pensar en eso le produjo una profunda amargura.

Cuando se tranquilizó un poco, se detuvo a contemplar un árbol de Navidad gigante majestuosamente decorado en mitad de la planta.

«Me he centrado tanto en mis cosas que se me ha olvidado comprarle un regalo.» Se dio la vuelta para subir otra vez, pero en el último momento se detuvo. Las personas que caminaban detrás de ella la esquivaron con un aire de molestia. La sección de ropa infantil estaba en la sexta planta, pero… «Espera un momento. ¿Cuántos años acaba de cumplir?» Contó con los dedos. «Doce. Acaba de cumplir doce. Ya no tiene edad para ropa infantil. La sección de jóvenes está en la segunda planta, pero no sé lo que le gusta ni tampoco su talla.» Se decidió por algún accesorio, por un bolso porque eso al menos lo tenía a mano. Cargada con sus compras enfiló hacia los bolsos.

Se había divorciado hacía siete años, con treinta y cuatro. Ya había tenido a Saori, que por entonces estaba a punto de cumplir cinco. Tenía intención de llevársela con ella, por supuesto, pero el juez le quitó la custodia al no contar con sustento económico. Ella insistió en que era muy difícil para un padre criar a una niña, pero el juez desestimó su argumento. Su exmarido, Nobuyoshi, ya había tomado la decisión de volver a casa de sus padres en Yokohama con la niña. El juez determinó que estaría mejor con el padre, dado que él disponía de un salario fijo y unos padres aún jóvenes de apenas cincuenta y pocos años. Aki no tenía trabajo y apenas mantenía contacto con sus padres en Nagano, su ciudad natal. Su único consuelo fue que el juez dictaminó un régimen abierto de visitas.

Se quedó a vivir ella sola en el apartamento que su marido había

comprado cuando se casaron. Él seguiría siendo el propietario, pero pactaron que ella se haría cargo de lo que restaba de hipoteca. Sus padres le habían dado una considerable suma para la entrada y las letras apenas superaban por poco los setenta mil yenes. Comparado con un alquiler resultaba muy razonable, pero como apenas tenía ahorros no le quedó más remedio que ponerse a trabajar enseguida. Se planteó el objetivo de construir algo sólido y por eso al principio no se preocupó por el trabajo. Le daba igual empezar como cajera de supermercado durante el día, camarera por la noche o como limpiadora en un hotel de citas. Al cabo de un año, cuando ya tenía algo de dinero ahorrado, lo dejó todo para empezar en una editorial que publicaba una revista para el municipio. Le hicieron un contrato temporal y le pagaron un salario de algo menos de doscientos mil yenes al mes, lo suficiente para pagar la hipoteca y vivir con cierta soltura.

Una noche, mientras hacía horas extra y cenaba con sus compañeros en la oficina, se dio cuenta de que se había olvidado por completo de Saori. Se quedó estupefacta. Podía ir a verla cuando quisiera (según su abogado gracias a la consideración de Nobuyoshi), pero ni siquiera se había tomado la molestia de llamarla en todo ese tiempo. Se angustió, pensó que algo no funcionaba en ella. Tal vez carecía de instinto maternal, tal vez no sabía demostrar sus afectos.

No tardó en llamar a su exmarido y cuando vio a su hija ya había cumplido los siete años. La niña se había acostumbrado por completo a su nueva vida y no mostraba añoranza por ella, aunque, al menos, no la trataba con frialdad. Le contaba cosas del colegio, de la familia, era inocente como cualquier otra niña, un poco vergonzosa como pasaba siempre con los familiares lejanos. Le agradecía a Nobuyoshi y a sus padres que criaran a una niña tan honesta, pero no pudo evitar sentirse herida por el hecho de que su hija se comportase con ella con tanta formalidad, como si hablase con una extraña. Empezó a verla, más o menos, cada tres meses. Poco a poco la niña se relajó, empezó a comportarse con naturalidad y eso alivió mucho a Aki. No obstante, se preguntaba si de verdad se daba cuenta de que era su madre, porque ella misma cuando estaban juntas tenía la sensación de estar a cargo de la hija de un familiar al que le hacía un favor.

Poco después cambió de trabajo con un contrato fijo. Empezó a disponer de menos tiempo libre. Veía a su hija una vez cada seis meses y si tenía mucho trabajo, una vez al año. A Saori no parecía preocuparle especialmente verla cada vez menos y cuando se encontraban hablaba con

naturalidad y despreocupación, como había hecho siempre. Le hablaba de los chicos que le gustaban, del club de la escuela en el que se había apuntado, de algún cantante. En quinto de primaria le dijo que había tenido su primera regla y no se mostró especialmente avergonzada. Esperaba ilusionada aquellos encuentros y le gustaba mucho escuchar sus historias, pero a medida que pasaban los años se sentía como una madre rara, porque esa clase de relación entre ambas le parecía lo mejor. De haber obtenido la custodia, nunca habría sido capaz de romper esa especie de condena de trabajos temporales uno tras otro, estaba convencida de ello, y Saori no la habría tratado igual, sin guardarse nada para ella. Habrían discutido por cualquier bobada, cualquier nimiedad habría bastado para que se hicieran daño una a la otra y el rencor se habría instalado entre ellas.

Era una situación ideal, pensaba. Se alegraba de que no le hubieran concedido la custodia, pero la angustiaba ser una madre distinta, la hundía.

Cuando Saori cursaba quinto de primaria, poco antes de las navidades, fueron juntas a comer a Bashamichi, un restaurante muy especial en Yokohama. Fue entonces cuando le contó que había tenido su primera regla y que no había notado nada especial. Ya de regreso le dijo:

–Molas mucho, mamá. Eres mucho más joven que cualquiera de las madres de mis amigas. Vistes muy bien y pareces una modelo de revista. Además, conoces muchos restaurantes bonitos, no como mis abuelos. ¿Puedo llamarte Aki-chan en lugar de mamá?

En su sonrisa no había rastro de malicia.

–Es que más que una mamá –continuó–, eres como una amiga.

Su comentario no la hirió. Más bien al contrario, se puso muy contenta. Quizás no tuviera tanta importancia el papel tradicional de la madre, pensó, si sus afectos eran sólidos.

«Tal vez podríamos ser las mejores amigas –pensó Aki–. Tal vez no pasa nada porque una madre y su hija se relacionen en esos términos.»

–No me importa –le dijo divertida–. Llámame Aki-chan y yo te llamaré a ti Saori-chan. Escucha Saori-chan, puedes llamarme cuando quieras, ¿de acuerdo?

Saori, sin embargo, nunca la llamó.

A partir de aquel día, cada vez que se veían, Aki empezó a tomar precauciones. Jamás se ponía una falda vieja o unos zapatos de hacía unos años. No quería arruinar sus expectativas y siempre reservaba mesa en algún restaurante famoso de Tokio o de Yokohama. Se presentaba como se

suponía que haría una persona que trabajaba en una «editorial». No le importaba que su hija no la considerase su madre y tampoco que la tomase por su mejor amiga. No se lo tomaba como una muestra de descaro o como una falta de respeto. Simplemente esperaba que la quisiera, ser una amiga estupenda, anhelada. Eso le bastaba.

Echó un vistazo a los bolsos sin olvidar que a sus doce años quizás era pronto para comprarle uno de marca. Si veía algo que le llamaba la atención se esforzaba por imaginar la cara de Saori. No la veía desde hacía ocho meses y tratar de encontrar algo juvenil que se adaptara a ella era todo un desafío. Le gustó un bolso de charol con un osito colgando. Esa combinación de un diseño para una chica mayor con el detalle del oso le pareció muy acertada y pensó que durante unos años le iría bien. El oso le hizo pensar que el precio se ajustaría al presupuesto de la gente joven y sin molestarse más se lo señaló a la dependienta.

Cuando le dijo que costaba cincuenta y cuatro mil quinientos yenes se arrepintió en el acto de no haberlo buscado antes, pero ya no podía dar marcha atrás. Una vez más sacó la tarjeta de crédito.

Bajó a la planta sótano para comprar algo de comer y se hizo un hueco entre la multitud de mujeres. Era todo carísimo, ya se tratara un sushi, mil yenes la bandeja, o una ensalada a cuatrocientos cincuenta yenes los cien gramos. Debía tener cuidado, pensó, porque se había gastado una cantidad de dinero exorbitante. Al final se marchó sin comprar nada y caminó hacia el metro.

Se rio amargamente. El metro iba hasta los topes. ¿Qué significaban mil yenes después de haberse gastado trescientos cincuenta mil? Con sus cuatro bolsas colgadas de las manos molestaba a todo el mundo y los que subían y bajaban la miraban con cara de fastidio. Esas miradas le hicieron sentir como si en realidad le reprochasen haberse gastado esa cantidad de dinero en apenas dos horas.

Perdía el control con las compras desde hacía algún tiempo. De hecho, la causa del divorcio había sido esa forma suya de gastar dinero sin reparar en nada. Justo después de la boda, Nobuyoshi le dio una tarjeta de crédito. En un principio se moderó y no hubo ningún problema. Gastaba cincuenta o sesenta mil yenes al mes, como mucho. Aun así, se disculpaba y él la perdonaba con una sonrisa. Compraron el piso cuando estaba embarazada y

apenas tenía necesidad de usar la tarjeta. No tenía ansiedad por las compras, pero después de dar a luz la cosa cambió. Saori ni siquiera había cumplido un año y, con la niña a cuestas, se dedicaba a recorrer el distrito de Shibuya y de Futagotamagawa. No buscaba ropa o accesorios para ella, sino para la niña, juguetes, de todo. Veía un vestido hecho en Francia aunque demasiado grande y no podía evitar comprárselo. En el supermercado se lo llevaba todo: mermelada, pasta, miso, queso. Pagaba con la tarjeta de crédito convencida de que si era para Saori no era tirar el dinero.

Cuando el saldo a pagar de la tarjeta superó al salario de Nobuyoshi, él se enfadó mucho y se la quitó. Aki juró y perjuró que dejaría de gastar de esa manera, pero cuando estaba en casa la inquietud la oprimía. No podía dejar de pensar que se estaba perdiendo infinidad de gangas y solo más adelante comprendería lo que le pasaba. No sabía resistir el desaliento, la inquietud y al final decidió pedir ayuda a una psicóloga. Le diagnosticaron una posible depresión posparto y le prescribieron un tratamiento. Acudió a terapia algo menos de un año sin decirle nada a su marido y para cuando la niña empezó a llamarla mamá ya no tenía necesidad de seguir con el tratamiento. Su ansia compulsiva por las compras que tantos problemas le había causado casi había desaparecido.

Cuando Saori cumplió tres años recayó. Salía con ella, iba al parque, a visitar alguna guardería, a casa de alguna amiga y no podía resistir el ansia de comprar algo para las dos. En realidad, no quería hacerlo, simplemente no podía evitarlo. Nobuyoshi se negaba a darle dinero, de manera que no le quedó más remedio que hacerse una tarjeta nueva. Tenían una cuenta para los gastos corrientes, para pagar la hipoteca y para ahorrar para los estudios de Saori. Sin decirle nada asoció la tarjeta a esa cuenta porque el saldo solía superar siempre el millón y medio de yenes. Gastaba entre treinta y cincuenta mil yenes al mes, pero ahorraba en la comida o en lo que podía y lo reponía al mes siguiente. Nobuyoshi no se dio cuenta en un primer momento, pero muy pronto los treinta o cincuenta mil yenes se transformaron en cien mil o doscientos mil y ya no pudo compensarlos con lo que ahorraba. No tuvo más remedio que recurrir a créditos rápidos al consumo. Pedía dinero para devolver lo que había gastado y ahorraba como podía. El armario de Saori y el suyo estaban llenos a rebosar de ropa que ni siquiera estrenaban. En ocasiones iba a tiendas de segunda mano para vender cosas que ya no usaba y con lo que sacaba con eso devolvía el crédito. En alguna ocasión recurrió a sus padres o amigas para pequeñas

cantidades. Durante mucho tiempo se olvidó de una que le había prestado una suma considerable sin siquiera ponerle mala cara. De hecho, perdió el contacto y solo se acordó cuando vio su nombre publicado en el periódico.

El importe de su deuda ascendía casi hasta el millón de yenes, la misma cantidad que tenía en la cuenta corriente. Suponía a la ligera que podría devolver esa cantidad en algún momento si ingresaba todos los meses alrededor de veinte mil yenes. No se le daban bien las finanzas y tampoco había entendido las condiciones del crédito. La facilidad de acceder al préstamo a través del cajero la confundía. Eso le hacía pensar que era su propio dinero.

Su marido no acostumbraba a mirar la cartilla ni a comprobar los movimientos, pero por un día lo hizo. Era imposible que no se diera cuenta de la cantidad de ropa y zapatos nuevos que había siempre en casa, que no viera a la niña con algún modelito nuevo. No era de extrañar que antes o después se preguntase de dónde sacaba su mujer el dinero. A pesar de todo, para Aki fue toda una sorpresa cuando se puso a examinar con manos temblorosas las anotaciones de entrada y salida perfectamente impresas y cuando le preguntó qué significaba todo aquello.

Nobuyoshi no tardó en descubrir la verdad. Devolvió el importe del crédito y, para justificarse y a modo de disculpa, Aki le dijo que sufría una depresión posparto, que la responsabilidad de criar ella sola a la niña la estresaba mucho. Había decidido ponerse a trabajar para superar la situación y de ese modo aprendería el valor del dinero. Pensaba que a él le costaría perdonarla, pero no imaginó que le plantearía el divorcio. «Has hecho dos veces lo mismo –le dijo–, y estoy convencido de que volverás a hacerlo una y otra vez. Yo no puedo vivir así, siempre con este temor.»

Después del divorcio, Aki trataba de gastar lo menos posible porque no sabía si sería capaz de mantenerse. Pero desde que consiguió el trabajo en la editorial, su salario aumentó y logró llevar una vida estable. Su afición por las compras rebrotó y anuló todos sus esfuerzos anteriores por ahorrar. De todos modos, como le explicó a su exmarido, había aprendido el valor del dinero, sabía lo que podía gastarse y lo que no. Lo ganaba con su esfuerzo. Sabía la cantidad de esfuerzo necesario para comprar un bolso de ochenta mil yenes y también había tomado conciencia de sus malos hábitos, de su falta de disciplina cuando se relajaba. Procuraba no pasarse y tenía claro dónde estaba la línea roja de gastos que no podía rebasar. Restado a su salario el pago de la hipoteca, los gastos corrientes y el saldo pendiente de

la tarjeta de crédito, no llegaba al extremo de quedarse sin dinero. Sí recurrió en alguna ocasión a créditos rápidos, pero siempre con cantidades que sabía que podía devolver. Las compras de aquel día, sin embargo, casi trescientos cincuenta mil yenes en apenas unas horas, ¿iba a poder afrontarlas incluso contando con la paga extra? Empezó a inquietarse. Llegó a su parada, se bajó del tren tirando de las bolsas enredadas entre la gente y caminó por el andén rodeada de otros pasajeros. Mientras subía las escaleras se acordó de Rika, de su cara, de sus facciones equilibradas que le hacían parecer mayor, de esa impresión de frialdad que producía. A ella, sin embargo, siempre le pareció que Rika era algo aniñada. No porque tuviera un comportamiento infantil, pero sí porque la veía incapaz de decidir nada por sí misma. Siempre pedía la opinión de otra persona, dónde podía ir a comer, si debía trabajar o no. Cuando la llamó para pedirle dinero le dijo que sí, sin preguntarle siquiera para qué lo necesitaba y le llevó quinientos mil yenes envueltos en una preciosa tela. Esa bondad suya, esa predisposición y esa forma de reaccionar eran muy propias de Rika. ¿Le había devuelto los quinientos mil yenes? Su memoria de aquella época estaba llena de lagunas.

Sí se acordaba de su voz cuando le contó que había pensado en empezar a trabajar en un banco. Si en lugar de animarla le hubiera dicho que no se complicase la vida y se dedicase a cuidar de su casa, sin duda le habría hecho caso. Al pensarlo se sintió como si mordiera algo amargo.

Entró en un *convini*, cogió unos fideos instantáneos, una bebida y se dirigió a la caja. Le dolía la tripa del hambre. Salió y fue a casa a toda prisa. De repente le dio por pensar que quizás se presentaría la policía en algún momento porque estaba convencida de que aquellos quinientos mil yenes era parte de lo que malversó. ¿Va a venir la policía? ¿Investigarán mi pasado? Cada vez se sentía más inquieta y para calmarse se dedicó a planear la cita con su hija a la semana siguiente. Seguro que se iba a alegrar mucho cuando le diera el regalo. Con esa forma de hablar como una mujer adulta seguro que le diría: «Aki-chan, qué buen gusto tienes. Es chulísimo». Y seguro que la miraría después con esos ojos anhelantes, admirada por la ropa que se había comprado para ese día. No le quedaba mucho para entrar en plena adolescencia y, a buen seguro, cada vez actuaría más así. Cuando por fin llegó a casa disfrutó de una sensación agradable.

Ocurrió pocas semanas después de que Masafumi se marchara a Shanghái. Tamae Nago vivía en el distrito de Fujigaoka. Era cliente de Rika desde que empezó a trabajar en el banco y le comentó que quería dejar en sus manos la cartilla del banco y su sello personal para poder realizar operaciones en su nombre.

–Entran en casa a medianoche cuando estoy dormida y no me doy cuenta.

Se lo confesó en voz baja mientras tomaban un té en la habitación japonesa del piso donde vivía desde hacía diez años después de vender su antigua casa y propiedades.

–¿Cómo? ¿Se refiere a ladrones? –le preguntó Rika muy sorprendida.

–Ladrones… No quiero pensar eso porque son conocidos. Tienen la llave de esta casa.

–¿Quiere decir que alguien que tiene la llave entra en su casa?

–Eso creo. No ha ocurrido solo una o dos veces. Si forzasen la puerta con una de esas gan…, gan… no sé qué de las que hablan en la te…, tele…

–¿Se refiere a una ganzúa?

–Sí, sí. Con eso tendrían que forzar la puerta, pero no lo hacen porque no oigo ruido. Entran en silencio, rebuscan y se van porque no encuentran nada.

–¿Y qué cree usted que buscan?

–Mi fortuna. Mi cartilla del banco, mi sello, las escrituras del piso y de las tierras que me quedan, los títulos de acciones.

–¿Quién cree usted que hace semejante cosa?

La mujer apoyó las manos en la mesa, se acercó a Rika y le susurró:

–Mis hijas.

Tras varios años de relación, Rika conocía bien la historia de Tamae. Su marido había fallecido tres años antes y ella misma había asistido al funeral. En un principio, cuando empezó a visitarlos en su casa, el matrimonio Nago mantenía una buena relación con sus hijas. En Año Nuevo y durante las vacaciones de verano se reunían en el piso y Tamae le regalaba a Rika cosas que su hija llevaba de Okinawa, le hablaba entusiasmada de las reuniones familiares. Sin embargo, desde que murió su marido la relación se enfrió hasta el punto de que dejaron de ir a verla. Tamae se quejaba de que después de casarse se habían convertido en extrañas. Rika imaginaba

discusiones sobre la herencia, un patrimonio considerable sin tener en cuenta las acciones o algunas propiedades. Solo la prima del seguro de vida que recibió tras el fallecimiento fue una suma enorme. Las hijas reclamaron su parte de la herencia y ella les dio algo a modo de consuelo. No sabía por qué no llevaron el asunto a juicio, pero lo que sí tenía claro era que el dinero había arruinado la relación familiar. Aun así, ¿de verdad entraban en su casa en plena noche para robarla?

–El suelo cruje. Por eso lo sé. Todas las noches antes de irme a dormir cambio de sitio las cosas importantes, pero no puedo seguir así, preguntándome si se presentarán o no. ¿Por qué no me guardas tú la cartilla del banco y el sello?

–¿Está usted segura de que son sus hijas? ¿No será que alguien tiene una copia de la llave y usted no lo sabe? ¿Ha llamado a la policía?

–Podría ser un desconocido o un conocido. Al final da igual. Si entran aquí es para robar.

–¿Le han hecho daño?

–No pego ojo en toda la noche y por la mañana estoy muy despistada. Supongo que también es cosa de la edad. He llamado a un cerrajero para que cambie la cerradura, pero tiene mucho trabajo y me ha dicho que tardará, como poco, dos semanas. Todo el mundo me menosprecia porque soy una vieja, ¿no crees?

Rika escuchaba muy atenta y notó algo discordante en lo que decía. Insistía en lo del intruso, pero no parecía estar atemorizada ni ansiosa. No obstante, insistía e insistía en que alguien se colaba en su casa en plena noche. Algo no encajaba en el relato, pero no dijo nada. Se limitó a escucharla, guardó la cartilla del banco y el sello en el bolso, le extendió un documento para certificar que lo había recibido y regresó al banco.

A la semana siguiente, Tamae volvió a llamarla para pedirle que fuera y fue entonces cuando se dio cuenta de que empezaba a chochear. Llamó a su puerta, le abrió, sonrió y preguntó si venía a tomar el té. El día anterior le había pedido una determinada cantidad de dinero porque le hacía falta. Le contó que había estado en una exposición de quimonos y quería comprar unas cuantas cosas. Rika se lo recordó, pero Tamae puso un gesto de extrañeza.

–Yo no te he llamado, pero da igual. Has venido en el mejor momento. Estoy buscando mi cartera desde por la mañana y no la encuentro. ¿Me puedes ayudar? Ya sabes cómo es, una cartera grande de color amarillo.

Para el *feng-shui* el color amarillo es muy propicio. Me la había comprado en Año Nuevo.

Se aferraba a la mano de Rika sin soltarla y la arrastraba por toda la casa. Por un momento tuvo la sensación de que la habían hechizado. Buscaron por todas partes, en los cajones de la cocina, en el altar budista y al final la encontraron en el congelador. La visión de la cartera amarilla congelada desató las carcajadas, pero de regreso a la oficina a Rika le dio por pensar que, tal vez, se trataba de demencia senil. Hizo memoria y se dio cuenta de que en los últimos meses la casa estaba muy desordenada. En el balcón se amontonaban pilas de periódicos viejos atados con cuerdas como si fueran sacos areneros. En una de las habitaciones, había montones de botellas vacías, envoltorios tirados de cualquier manera. Rika se ofreció a poner orden y llevar lo que no quisiera al cuarto de la basura que había en el edificio, pero Tamae aseguraba que si esas cosas estaban allí era porque las necesitaba.

En el portafolio llevaba los cinco millones de yenes que Tamae le había pedido sacar de su cuenta el día anterior, pero no los quiso e insistió en que ella no le había pedido semejante cantidad de dinero. Cuando se marchó y llegó a la estación no dejaba de darle vueltas a todos los gastos imprevistos que debía afrontar a causa de la mudanza de Masafumi. Por si fuera poco, en su cuenta apenas había saldo y aún faltaban unos días para cobrar la nómina, una situación habitual en los últimos tiempos.

A partir de ese momento actuó sin pensar en nada. No calibró lo que iba a hacer, lo que sucedería en el futuro, las consecuencias que tendría. Actuó de una manera mecánica, como cuando la despertaba el despertador, saltaba de la cama, bajaba a la primera planta, encendía el aire acondicionado, preparaba el café, cerraba la puerta de casa con llave, caminaba hasta la estación y se subía al tren de las 8.17 de la mañana, todo sin un solo titubeo. En ese momento actuó del mismo modo, caminó hasta la estación, se subió al primer tren de la línea Denentoshi en dirección al centro de Tokio, se bajó en la estación de Mizonokuchi, miró a su alrededor, se dirigió a la sucursal del banco donde había abierto la cuenta de ahorro en la que guardaba el dinero que le devolvía Kota mes a mes. Ingresó tres millones de yenes y los otros dos los guardó para hacer lo mismo en la cuenta de su propio banco a la cual estaba asociada la tarjeta de crédito. Después regresó a toda prisa a la estación.

Estaba sedienta. Se compró un zumo de manzana en la máquina

expendedora del andén y se lo bebió de un trago. Tiró la lata a la papelera y pensó distraídamente: «Es la primera vez que me bajo en la estación de Mizonokuchi». En su mente no había espacio para nada más.

No tenía ningún plan concreto para la semana festiva de principios del mes de mayo. Masafumi pensaba regresar, pero a mediados del mes de abril se había dado cuenta de que los días festivos en Japón no coincidían con los de Shanghái.

Algunas compañeras de trabajo comentaban sus planes para irse de camping en familia, otra dijo que dejaría al marido en casa para irse a Hokkaido con sus amigas, otra más tenía prevista una excursión en tren con su hijo porque el niño era un fanático de los trenes y mientras las oía hablar de sus planes también ella pensó que debía hacer algo especial. Si se pedía libre a partir del 28 de abril hasta el 7 de mayo, juntaría diez días seguidos de vacaciones. Todo el mundo tenía previsto cogerse vacaciones en esas fechas, daba igual si eran fijos o no. La idea de pasar diez días seguidos con Kota le sonaba como música celestial. Hasta ese momento había sido completamente imposible. Ni siquiera se le había ocurrido y tampoco tenía claro si aguantarían juntos todo ese tiempo, qué podrían hacer, pero como Masafumi no estaba, de pronto se convirtió en una posibilidad perfectamente factible.

–Y tú, Rika, ¿qué vas a hacer? –le preguntó una compañera.

–Mi marido no está. Seguro que me paso los días tumbada en casa sin hacer nada.

–Pues, precisamente, ¿por qué no aprovechas para hacer algo que en condiciones normales no puedes hacer?

–No me gustan los sitios atestados de gente. Además, ir sola no es divertido.

No podía haber nada más especial para ella que pasar diez días con Kota. Cuando volvió a casa se puso a buscar hoteles en las páginas amarillas. Diez días con Kota sin saber bien a qué dedicar el tiempo. Tuvo la misma sensación que aquella primera mañana en el andén de la estación, justo después de pasar la noche con él. Era el mismo vértigo que notaba cuando salía de compras.

Llamó a un hotel del distrito de Hibiya sin éxito. Todo ocupado. Después llamó por orden alfabético a todos los hoteles cuyos nombres le

sonaban. La misma respuesta. Todos llenos. «No hacen más que hablar de la mala situación económica, pero nadie se priva de nada», pensó cada vez más ansiosa. No podía invitarlo a su casa y tampoco tenía intención de pasarse todo ese tiempo en su diminuto y desordenado cuarto. Aparte de un hotel no se le ocurría ningún otro lugar donde pudieran ir. Solo en un hotel de Akasaka le dijeron que disponían de una *suite* libre. La reservó sin tomarse la molestia de preguntar el precio.

El primer sábado de las vacaciones llamó a Kota para encontrarse con él en la recepción. Kota se presentó con la ropa que le había regalado y cenaron juntos en uno de los restaurantes del hotel con un solo menú de precio único. Después se fueron a la habitación.

Nada más abrir y colocar la tarjeta en el cajetín que encendía las luces, la estancia se iluminó tenuemente.

–Nos quedaremos aquí hasta el día 5 de mayo –le dijo.

Kota permaneció de pie plantado en mitad de la habitación, boquiabierto. Rika le había dicho que no hacía falta que se tomara libre la semana entera, pero sí lo máximo posible. Al verle allí inmóvil, perplejo, pensó que era la primera vez en su vida que iba a pasar la noche en la *suite* de un hotel. Igual que ella, en realidad, pero como no quería que él lo supiera fingió naturalidad y empezó a moverse como si fuera lo más normal del mundo. Había una antesala con un sofá y un televisor. Después un comedor y, al fondo, el dormitorio. En la cama habían colocado un ramo de rosas y, en la mesilla, una botella de champán en una heladera. Al otro lado del comedor, un baño con una gran bañera y otro más en el dormitorio. Los amplios ventanales ofrecían una magnífica vista de la ciudad rodeada por autopistas. Rika se dirigió al salón. Entreabrió las cortinas con los dedos para contemplar el paisaje. Los coches trazaban líneas de luz, una especie de río luminiscente, un movimiento continuo que la ayudó a olvidarse durante unos instantes de que estaba en la *suite* de un hotel.

–¿Ocurre algo? –le susurró Kota al oído mientras la abrazaba.

Olía mucho al vino que acababan de tomar.

–No. Solo quería estar contigo.

Se dio media vuelta y lo abrazó también.

Tal vez lo extraño de la situación y esa habitación desconocida lo habían excitado. Apoyó la cabeza en el hombro de ella, sus cabellos revueltos, le bajó la cremallera del vestido, se agachó para besarla en la boca, le subió bruscamente la combinación y le acarició los pechos por

encima del sujetador. La puso de espaldas, la empujó hasta la ventana sin dejar de acariciarle los pechos. Con un ágil movimiento de las manos le quitó las bragas, le tocó las nalgas como si buscase algo e introdujo un dedo en su vagina. Un repentino estallido de placer la hizo gritar. Miraba por la ventana y se preguntaba si, en ese momento, no se le ocurriría a alguien mirar hacia arriba. ¿Se daría cuenta de que un hombre y una mujer hacían el amor frente a una ventana en la habitación de un hotel tenuemente iluminada? Kota gemía en susurros. La penetró desde atrás como si la levantase en volandas. Rika escuchaba sus propios gemidos inundando la atmósfera de la habitación como si no provinieran de su propia voz.

Se despertó al día siguiente cerca del mediodía y pidió el desayuno al servicio de habitaciones. Era la primera vez en su vida que lo hacía y se sentía un poco confusa, pero eso no impidió que disfrutase de la situación. Abrió las cortinas, se sentó a la mesa del comedor con Kota frente a un magnífico desayuno americano. Sus miradas se cruzaron. Se rieron sin necesidad de decir una sola palabra. Las risas se transformaron pronto en una sonora carcajada. Mientras untaba la mermelada en el pan se esforzó por recordar esa misma situación con Masafumi, pero le costaba hacerlo porque le parecía algo muy lejano. ¿Qué comían? ¿De qué hablaban? ¿Qué había encima de la mesa? Recordaba vagamente que era ella quien preparaba el desayuno, eso sí. También que durante una época le preparó el almuerzo para llevar. En invierno, con la casa aún a oscuras, siempre con prisa, freía huevos, salteaba verduras bajo la luz fluorescente del techo. Recordaba la escena, pero era una imagen tan vaga que parecía el recuerdo de otra persona. Había un ambiente feliz, pero era incapaz de asociarlo consigo misma, con su propia vida.

–Jamás había pensado que existiera un mundo así –se sinceró Kota mientras sorbía el café frente a su plato a medio terminar–. Pensaba que esto solo existía en las series o en las películas. En estos momentos la situación económica de mi familia es muy mala, ya lo sabes, pero tampoco de niño, cuando las cosas eran distintas, jamás se me ocurrió pensar en algo parecido. Ahora me doy cuenta, sin embargo, de que hemos vivido siempre como unos miserables. Los viajes familiares siempre eran a residencias de vacaciones de la empresa y en los cumpleaños pedían sushi para llevar. Si te digo la verdad, es la primera vez que duermo en un hotel así. Es casi irreal.

Su cruda honestidad hizo sonreír a Rika una vez más.

–Tal vez esto no sea la realidad.

–Me da igual. No me hace falta venir a un hotel de primera categoría si estoy contigo. Diez días juntos sí es algo real y tangible. ¿Tu marido es un jeque petrolero o algo así? –le preguntó con un gesto serio.

Rika no pudo evitar una risotada.

–¿Por qué no salimos de compras esta tarde? Después podemos ir al cine, si quieres.

–¿Podemos ir también al *game center*? Nos podemos hacer unas de esas fotos graciosas.

–¿Qué te apetece cenar? ¿Alguna preferencia?

–No estaría mal una cena elegante como la de ayer, pero casi prefiero una taberna o algo así, uno de esos sitios viejos con muchas variedades de *shochu* y pescado fresco.

–Podemos preguntar en la recepción si hay alguna cerca.

«Seguro que se imagina a mi marido siempre de viaje de negocios –pensó Rika mientras se maquillaba en el baño–, que tiene amantes por aquí y por allá, y para no sentirse culpable por no dedicarme suficiente tiempo, por no quererme, lo tapa todo con dinero y yo me dedico a despilfarrar para no sentirme sola. A lo mejor cree que soy la hija única de un millonario con una herencia desorbitada que no va a menguar un ápice por mucho que gaste a lo loco. ¿Qué clase de película mental se estará haciendo de mí?»

Pensar así la puso triste, pero al mismo tiempo su corazón palpitaba por la emoción.

Por la noche, Rika se despertó sobresaltada con un grito, atenazada por el pánico. No sabía dónde estaba. En apenas unos segundos se acordó de que se alojaba en un hotel de Akasaka y, aún aturdida, confirmó que Kota dormía profundamente a su lado, desnudo y sin taparse con la sábana. Lo tapó, se levantó, sacó una botella de agua de la nevera del comedor y se la bebió.

Había previsto juntar varios días en el trabajo para las vacaciones. Tenía libre a partir del 30, pero el lunes siguiente debía ir y había pensado llamar a la oficina para decir que no se encontraba bien. Asumía que todos se darían cuenta de que era un cuento, pero le daba igual porque ahora se tenía por una mujer audaz.

No recordaba exactamente con qué soñaba cuando se despertó, pero

tenía claro que era una pesadilla. Llevaba puesto un pijama fino con el logo del hotel bordado, completamente empapado, pegado a la espalda. Notaba como si por la planta de sus pies trepara una inquietud. ¿Y si se presentaba en el banco Kozo Hirabayashi con uno de esos falsos certificados que le había dado para retirar su depósito a plazo fijo? ¿Y si se presentaba Tamae Nago para recuperar su cartilla y su sello personal? «Imposible –pensó–. Los conozco bien, pero no puedo asegurar que no exista absolutamente ninguna posibilidad de que tal cosa ocurra. No hay un cero por ciento de probabilidades, como mucho un cero coma uno por ciento.»

El corazón le latía cada vez más rápido. Tenía las manos y los pies congelados. Toda su felicidad se desvaneció en un instante. La sensación de flotar de la que había disfrutado hasta ese momento la había abandonado.

Ya por la mañana se maquilló, se puso la ropa más austera que tenía y salió del hotel sin despertar a Kota. Le había dejado una nota en la mesilla escrita a vuelapluma: «Me he acordado de un asunto urgente de trabajo. Volveré sobre las seis».

Al final fue a trabajar todos los días no festivos a pesar de habérselos pedido libres. Mientras estaba en el banco, Kota se dedicaba a matar el tiempo yendo solo al cine o a comprar algo. Cuando volvía ya estaba en la habitación y nada más tocar la puerta abría enseguida y su cara se iluminaba con un gesto de alivio, exultante, como si no la hubiera visto en mucho tiempo.

A pesar del engorro del trabajo, Rika tuvo la sensación de flotar durante toda la semana. Todo cuando tocaban sus manos le parecía suave, tenía la ilusión de caminar varios centímetros por encima del suelo, los colores a su alrededor eran acogedores. El mundo se había transformado en un lugar dulce y amable como jamás habría imaginado. «Ahora lo entiendo –pensó–, es así como ven el mundo las personas con dinero.»

Tanto en los restaurantes como en los bares, en los grandes almacenes o en las boutiques, las personas que los atendían lo hacían siempre con una sonrisa en los labios, con una amabilidad exquisita, con sentido del humor y una educación sin tacha. No había espacio para la malicia, para el menosprecio, la arrogancia o la insolencia. Solo había lugar para una delicada bondad. Rika pensaba en todas esas personas con enormes sumas de dinero ingresadas en depósitos a plazo fijo en el banco. No todos eran así, por supuesto, pero la mayoría de ellos vivían muy lejos de la realidad, como si habitasen en un mundo flotante. Tamae Nago, por ejemplo, con ese

empeño por dejar en sus manos sus asuntos. Como el matrimonio Yamanouchi. Gente que reía desenfadada, que jamás levantaba la voz ni apartaba a nadie de su camino, predispuesta a confiar en los demás, sin palabras de malicia, sin la idea siquiera de que alguien podía llegar a herirla. Rika creía que habían vivido siempre entre algodones, protegidos por algo poderoso como era el dinero.

Pensaba así y por eso la sorprendía reencontrarse con la maldad desperdigada por todas partes. Se hacía evidente cuando tomaba el tren para ir al trabajo, cuando volvía a subirse a un vagón abarrotado en dirección al centro de Tokio para regresar al hotel. Una mujer apartaba de mala manera a la gente mayor porque tenía prisa. Unas chicas con el pelo teñido de rubio se reían a carcajadas y le deseaban la muerte a no se sabía quién. Un joven le daba empellones en el hombro sin pensar en nada mientras se afanaba por buscar en el bolso el abono de transporte. Un hombre de mediana edad se había adelantado a una mujer mayor para arrebatarle el sitio sin importarle nada. La vendedora de un quiosco arrojaba el cambio a sus clientes sin molestarse en darles siquiera las gracias. Vómitos bajo los postes de la luz, colas interminables para pagar en una farmacia, música estridente por la megafonía de las calles en las zonas comerciales.

Pasaron tres días hasta que empezó a disfrutar de verdad de la *suite* del hotel. Hasta entonces no estaba tranquila del todo, se sentía obligada a actuar como si estar en un lugar así fuera normal para ella. Era una habitación limpia, segura, rodeada de bondad, su amante la esperaba como si fuera un niño. Tal vez ese era el lugar que a ella le correspondía, pensó.

De vez en cuando se acordaba del comentario de su marido antes de marcharse a Shanghái, si de verdad merecía la pena empeñarse tanto con ese trabajo. Tenía la impresión de que se lo había oído hacía ya mucho tiempo, no hacía tres o cuatro años, sino, más bien, en una vida anterior. ¿Sabrá él de la existencia de este mundo?, se preguntó. Creía estar a punto de entender algunas de las actitudes de Masafumi que tanto le habían extrañado siempre. «¿Por qué no deja de repetir a todas horas que mi sueldo no es nada? ¿Por qué tenemos que preocuparnos por pequeñas miserias, como si nos devolverán el dinero si la pizza llega tarde? ¿Por qué repite siempre que mi trabajo es insignificante? Seguro que él…»

Le parecía estar a punto de comprenderlo todo, pero no captaba lo que había más allá y eso la atormentaba hasta que ponía el punto y final. «Estoy disfrutando de mis vacaciones de lujo. ¿Por qué debo acordarme de todas

esas mezquindades, de esos lamentables episodios?»

Los días festivos Rika respiraba aliviada porque no tenía la obligación de ir a ningún lugar repleto de malicia, de colores, olores y sonidos agresivos. Pedían un taxi en la recepción del hotel, iban de compras, cenaban en algún buen restaurante, volvían al hotel con el mismo taxi al que habían pedido que los esperase y subían al bar a tomar una copa. Si les daba pereza, se quedaban todo el día en la habitación. Dormía junto a Kota, veían alguna película en la tele, hacían el amor, dormían de nuevo, pedían algo de comer al servicio de habitaciones… Un día antes de marcharse, Rika se había acostumbrado a un estilo de vida que le parecía de lo más natural.

La noche del día 5 de mayo no podía creer que al día siguiente ya no estaría allí.

–Hoy es nuestro último día –le dijo a Kota.

Había pedido una botella de champán y les servirían la cena en la habitación. Las cortinas de las ventanas estaban abiertas. Al otro lado el cielo cambiaba de color como de costumbre.

–Ha sido como un sueño –dijo Kota sentado a la mesa frente a ella–. En la vida me habría imaginado que me iba a ocurrir algo así. Creo que será la primera y la última vez.

«¿Por qué todo el mundo piensa que algo superior a la realidad es siempre un sueño? –se preguntó Rika–. ¿Por qué no piensan que la realidad es precisamente eso y ese otro lugar al que hay que regresar mañana solo una pesadilla infinitamente peor que la realidad?»

No obstante, se guardó sus pensamientos para sí misma y tan solo dijo:

–No creo que esta sea la última vez.

Sonrió a Kota y apuró el champán de su copa.

«No va a ser la última vez.»

No fue un deseo ni una decisión. Lo consideraba un hecho. ¿Cómo iba a dejar escapar esa realidad una vez que la había acariciado con las manos?

Kota no respondió. Se rio avergonzado. Rika no supo descifrar el significado de su risa, si se trataba de esperanza o de incredulidad. De todos modos, si él estaba cerca, si le podía tocar y le sonreía, todo lo demás le daba igual.

El primer sábado del mes de junio recibió la fotocopiadora en color que

había encargado. La había comprado una semana antes en una tienda de Shibuya. Una fotocopiadora de oficina costaba más de un millón de yenes, pero la suya apenas llegaba a los cincuenta mil. El joven vendedor con gafas de montura dorada le explicó entusiasmado que las vendían desde hacía poco tiempo. Las de oficina eran más grandes, tenían un diseño más llamativo, pero a Rika no le hacía falta una máquina así. Además, no tenía intención de usarla mucho tiempo. No quería dedicarse a eso «en serio». «La usaré unas cuantas veces y se acabó.» Al final se decidió y acompañó al vendedor a una mesa para rellenar los papeles de envío a domicilio.

La instaló en la habitación japonesa que apenas usaba. La sacó de la caja de cartón y la colocó encima de la mesa. Recogió todos los plásticos, el poliespán que la protegía, lo guardó todo dentro de la caja, la cerró, se sentó delante y abrió el manual de instrucciones. No había terminado de leer la primera página y ya tenía sueño. Antes de que Masafumi se marchara era él el encargado del uso y manejo de todos los aparatos electrónicos. En esa casa había existido en algún momento algo parecido a una vida, pensó mientras luchaba contra el sueño y se peleaba con palabras incomprensibles. Esa vida, sin embargo, le resultaba tan lejana como la que veía a veces en las fotos de su época en la universidad.

Pasadas las ocho de la tarde consiguió, al fin, hacer una fotocopia en color. Habían pasado siete horas desde que abrió la caja de cartón. Estaba muy contenta y se puso a fotocopiar de todo, fotos que encontró por ahí, publicidad del supermercado…

Cuando ingresó en dos cuentas separadas los cinco millones de yenes de Tamae Nago pensó que esa cantidad jamás desaparecería, por eso no daba crédito cuando comprobó horrorizada que quedaba menos de un millón después de pagar una serie de gastos entre los que no se incluían todavía los de su estancia en el hotel.

Kota no dejaba de decir que quería ir a Ámsterdam y le pedía dinero para el viaje. Solo unas semanas antes no salía de su asombro ante el descubrimiento de un mundo desconocido para él, pero, sin lugar a dudas, se había acostumbrado muy rápido a su nuevo tren de vida, a una vida en la cual el dinero fluía de una manera automática e ininterrumpida.

–¿Para qué quieres ir a Ámsterdam? ¿Es un viaje de fin de carrera? –le preguntó.

–Me gustaría ir a un festival de cine. Es ese festival amateur donde queríamos presentar nuestra película. Ganar un premio allí es la puerta para

convertirte en profesional. No nos ha dado tiempo a presentar la película en plazo, pero me gustaría ir para ver tendencias. Mi única oportunidad de hacerlo es mientras aún soy estudiante.

Hablaba con esa misma vivacidad en los ojos de cuando le habló de su película por primera vez.

–¿Por qué no vienes conmigo?– le preguntó como si fuera una gran idea.

Durante unos instantes Rika soñó con esa posibilidad: caminar juntos de la mano por una ciudad desconocida en un país extranjero, entrar en un bar un poco temerosos, pedir sirviéndose de gestos. Su imagen de Ámsterdam se limitaba a drogas y tulipanes. Seguro que él querría probar alguna sustancia allí y seguro que ella se negaría categóricamente. También se agacharían en un campo de tulipanes y le pedirían a algún otro turista que les hiciera una foto.

–Imposible –dijo a pesar de su ensoñación.

Cómo iba a marcharse de viaje si ni tan siquiera había podido tomarse unos días libres en una semana en principio festiva.

–Entiendo. No se pueden cumplir tantos sueños seguidos –dijo él decepcionado.

Rika le preguntó cuánto dinero le hacía falta. Suponía que alrededor de quinientos mil yenes, pero Kota aseguró que bastaba con ciento veinte mil. Ochenta mil para el billete de avión y el resto para la estancia.

Al final le dio quinientos mil, cantidad que obtuvo a través de la tarjeta de crédito. Kota reservó el billete de avión y el hotel. Tenía previsto marcharse el viernes siguiente.

Rika fotocopió a doble cara un certificado de depósito a largo plazo sin cumplimentar que se había llevado del banco. Hizo dos copias en papel A4, los cortó con un cúter y una regla hasta darle el tamaño justo. Era un papel demasiado fino, pensó. Debía comprar otro con más gramaje. También pensó cómo hacer para no tener que cortarlo.

El ordenador lo había instalado Masafumi hacía unos años para preparar algunos documentos en casa, pero estaba abandonado en la mesa de una habitación a la que llamaban «el despacho» a pesar de que allí dentro casi no había nada. Ella lo había usado un par de años antes cuando falsificó el certificado de Kozo Hirabayashi y del matrimonio Yamanouchi, pero llevaba tiempo sin encenderlo siquiera.

Se sentó a la mesa y calculó con cuidado el tamaño del documento.

Probó a teclear un nombre, un importe, una fecha de depósito, otra de vencimiento y los intereses. Después pulsó el icono de imprimir. Debía conseguir un mejor resultado que con los anteriores.

En el papel impreso apareció todo descolocado y le dieron ganas de llorar. Sin embargo, cuando examinó su documento más de cerca sintió un alivio que casi parecía insolencia.

Ya lo he hecho antes, se consoló a sí misma. Solo me hace falta encajarlo todo en el lugar preciso. No se me dan bien estas cosas, pero no es tan difícil después de todo. Es cuestión de paciencia, de ensayo y error. Debo cambiar el tipo de letra, ajustarla en cada apartado, luego los números, etcétera. El sello del jefe de sección ha cambiado, pero seguro que me hacen una copia en la tienda de sellos. Ya conseguí otro en una simple papelería. Soy perfectamente capaz de hacerlo. Ya lo he hecho antes.

De pronto sonó el teléfono y pegó un grito. Miró hacia la puerta del despacho conteniendo la respiración. A través de una ranura de apenas un centímetro se colaba la luz del pasillo. El teléfono sonó seis veces, después se quedó en silencio. El contestador debía de haber saltado.

Bajó las escaleras a hurtadillas a pesar de que no había nadie más en la casa. En efecto, la luz del contestador parpadeaba. Pulsó el botón de escucha con el dedo índice. «Soy yo.» La voz de Kota sonó como un arroyo de agua clara en la habitación. De fondo se oía una música ruidosa. Tal vez estaba en un bar. «Te llamo porque quería hablar contigo, pero parece que no estás. Qué lástima. Te llamaré en otro momento.» Su voz sonaba alegre a pesar de todo. Después escuchó el tono de la llamada al cortarse. El contestador le dio la hora de la llamada y el silencio volvió a apoderarse de la casa.

Fue un domingo por la tarde cuando al fin consiguió su falsificación. Apenas había dormido tres horas concentrada como estaba en la tarea; no se había bañado, no había comido nada, solo había bebido agua de una botella. Por la mañana se acercó a Machida, a una tienda de bellas artes. Compró varios tipos de papel de un gramaje similar al del certificado original. Había recortado el sello de Hiroshi Nomura, el jefe de sección de la sucursal, para pedir que le hicieran una copia en una tienda de sellos de caucho. Se hizo pasar por su mujer.

En el despacho iluminado por la luz vespertina observó detenidamente la falsificación de un certificado de depósito a plazo fijo que tanto trabajo le había costado reproducir. Comparado con el real, lógicamente, bastaba un

simple vistazo para darse cuenta de que era una burda copia. Las letras se veían un poco borrosas y la impresión era de escasa calidad, pero tenía los sobres de color azul del banco con su logotipo impreso y donde se podía leer: «Certificado de depósito a plazo fijo». Rika sabía bien qué clientes examinaban en detalle los certificados aun después de anotarlo todo en sus cuadernos. Sabía también quiénes ni siquiera se tomaban la molestia de sacar el documento del sobre.

El sello estaría listo en cuatro días. Tenía pensado falsificar un primer certificado para Kozo Hirabayashi. No tenía el más mínimo sentimiento de culpabilidad. Algo lógico, después de todo. Era por el importe correspondiente al viaje de su nieto y a pesar de no verbalizarlo no le cabía la más mínima duda de que era justo que se lo pagase. Exactamente el mismo pensamiento que tuvo la primera vez que lo desfalcó.

Desde que Kota se fue a Ámsterdam se sintió muy inquieta. No podía parar y no tenía claro si de verdad era inquietud u otra cosa. No quería preguntárselo por una especie de orgullo del que no era del todo consciente, pero no tenía claro si había ido solo. ¿Quizás con algún amigo? ¿Con varios? ¿A lo mejor con una chica? Si de verdad estaba solo, ¿no se habría cruzado por casualidad con una joven que también viajaba sola como él y se habían caído bien?

Una vez que daba rienda suelta a sus pensamientos ya no podía parar. Eran celos ridículos, lo sabía, y tenía ganas de reírse de sí misma. Se reía amargamente, pero no podía acabar con ellos. «¿De verdad se ha ido a Ámsterdam? Con todo ese dinero que le he dado, ¿no habrá aprovechado para mudarse sin decirme nada? ¿Se lo habrá jugado con sus amigotes? ¿No estará viviendo su propia aventura en un hotel?»

Terminaba de trabajar y se dirigía sin perder un segundo a Machida o a Shibuya como si la empujase una fuerza desconocida. Echaba un vistazo en los grandes almacenes y en las tiendas, entraba en algún salón de belleza aun sin cita previa. Se daba masajes, se arreglaba las uñas, compraba algo y volvía a casa. Al abrir la puerta y encender la luz se veía reflejada de cuerpo entero en el espejo de la entrada: «Estoy guapa –se decía a sí misma–. No aparento la edad que tengo». Se cambiaba de ropa y no podía evitar volver a pensar en Kota.

Después de desmaquillarse y meterse en la bañera, se encerraba en la

habitación japonesa para continuar con sus falsificaciones. Se preparaba unos fideos instantáneos para cenar con un poco de arroz. Imprimía unas cuantas y volvía a empezar. No tenía un plan trazado de cuándo las usaría ni con quién. Por el momento se limitaba a fotocopiar con sumo cuidado para que nada se le descuadrara. Imprimía una y otra vez y al menos así calmaba su ansiedad. Kota estaba solo, volvería a verlo en diez días. La llamaría nada más regresar y volverían a pasar juntos los fines de semana. Respiraba aliviada, más tranquila que después de comprarse ropa, después de darse un masaje y lograr una piel resplandeciente.

Kota la llamó diez días más tarde ajeno por completo a la angustia de Rika. Después del trabajo había ido a Machida, como de costumbre. Necesitaba unos cosméticos y, apenas hubo entrado en los grandes almacenes, se dio cuenta de que sonaba el teléfono. Lo buscó atropelladamente y cuando dio con él la llamada ya se había cortado. Tenía un mensaje en el contestador: «Soy Kota. He vuelto. Te llamaré de nuevo». No le pareció la misma voz que había oído en su casa vacía y silenciosa unos días atrás. Era una voz luminosa, una especie de augurio. Rika se quedó inmóvil sin apartar los ojos del teléfono esperando a que sonara.

Lo hizo al cabo de media hora. Desde el otro lado del auricular un baño de luz la inundó como de costumbre.

–¿Podemos vernos hoy? Es tarde, pero me gustaría verte. Lo he pasado muy bien y te he traído unos regalos.

Rika miró el reloj en la pared. Las 2o.4o.

–Está bien. Escúchame. Voy a llamar a ver si encuentro una habitación libre en algún hotel. Vuelve a llamarme en diez minutos. Así tendremos tiempo de hablar con calma.

–¿De verdad? ¡Qué bien! Tengo que contarte un montón de cosas. Todo ha sido gracias a ti. Te llamo en diez minutos.

Rika se puso a llamar a todos los hoteles que conocía. En el de Akasaka donde se había alojado hacía poco se acordaban de su nombre. Tenían disponible la misma *suite*. Pensó que volvía a la «realidad» o, quizás, la «realidad» volvía a ella.

Diez minutos después Kota llamó y le dijo que había reservado en el mismo hotel. Dejó la bolsa de papel con los cosméticos en el baño, guardó en un bolso de viaje algo de ropa interior, sus cosas de maquillaje, y salió precipitadamente de casa.

En la misma *suite*, Kota le habló entusiasmado de su viaje a

Ámsterdam, de la comida, de sus paseos solitarios y del festival de cine. Bebieron vino sin acordarse siquiera del entrecote que habían pedido para cenar al servicio de habitaciones. Rika lo miraba y lo escuchaba mientras se reía de sí misma por sus celos, por las absurdas maquinaciones que se había inventado durante diez días.

Kota le hablaba con esos ojos llenos de vitalidad que tanto impresionaron a Rika cuando lo conoció, le contaba sus proyectos. De regalo le había llevado un tarro de mostaza y un trozo de queso envuelto en un papel de celofán.

V

V
RIKA UMEZAWA

Después de las vacaciones de mayo, Rika empezó a recurrir cada vez más a sus falsificaciones porque sus gastos con la tarjeta superaban con creces su salario. Eso no significaba, sin embargo, que los usara a discreción. De entre todos sus clientes elegía con sumo cuidado a quienes sabía que no se tomaban la molestia de confirmar los documentos que les entregaba. Eran más de los que había pensado en un principio. Normalmente no se tomaban siquiera la molestia de abrir los sobres que les entregaba y, cuando lo hacían, les bastaba con echar un simple vistazo a las cantidades. Eran un tipo de personas, según ella, a quienes no les entraba en la cabeza la idea de que alguien pudiera engañarlas, se sentían protegidas por su riqueza y porque siempre habían vivido rodeadas de bondad.

No tardó mucho en recomendarles que guardasen solo el certificado de ingresos y no actualizasen las cartillas. No hacía falta, les explicó con una actitud segura de sí misma, como si supiera perfectamente de lo que hablaba.

Si actualizaban la cartilla con los correspondientes ingresos a plazo fijo reflejados en ellas, les explicaba, existía el riesgo de que en caso de pérdida o robo alguien accediera a la totalidad de sus ahorros. Si otros bancos aconsejan actualizarlas era solo para facilitarse el trabajo, pero ella recomendaba no hacerlo. El certificado que ella les entregaba era suficiente.

Lógicamente, no se lo decía a sus clientes más jóvenes ni tampoco a sus clientes mayores más desconfiados, que estaban siempre atentos a los números. A quienes sí se lo dijo fue a aquellos que acostumbraban a seguir al pie de la letra sus recomendaciones. Si algunos no le hicieron caso fue por pereza, por no cambiar de hábitos.

Se aseguró, por tanto, de entregar documentos falsos a quienes creía conocer bien. A cambio recibía cantidades que podían superar el medio millón o incluso los setecientos mil yenes, y, de inmediato, los ingresaba en su cuenta de donde desaparecían el día de vencimiento de la tarjeta de crédito. Anotaba en un cuaderno todos los movimientos, depósitos, nombres, cantidades, intereses, días de vencimiento, etcétera. No olvidaba hacer los trámites para que el banco no enviase por correo postal información sobre el estado de sus cuentas ni documentos donde se especificase, por ejemplo, el producto de ahorro elegido o el saldo total acumulado. Toda esa información se enviaba por defecto, pero ella solicitó pararlo.

Para justificarlo dijo que recibía muchas quejas porque sus clientes confunden las cartas con simple publicidad y preferían que se las llevase ella personalmente.

A pesar de que Rika le regalaba ropa, relojes, zapatos y lo invitaba a menudo a cenar y dormir en *suites*, Kota mantenía su compromiso de devolverle el dinero que le había prestado y, cada cierto tiempo, le entregaba veinte o treinta mil yenes. Lo hacía con un cierto aire de desprecio, como si lo dejase caer, con un gesto entre avergonzado y molesto, los billetes doblados sin tomarse la molestia siquiera de extenderlos y guardarlos en un sobre. También ella, con esa misma honradez, lo ingresaba todo en la correspondiente cuenta e incluso añadía cincuenta o cien mil yenes cuando le pagaban el salario. Rika tenía la sincera intención de devolver todo el dinero que tomaba «prestado» de sus clientes. No dudó nunca de que sería capaz de hacerlo.

En verano Masafumi regresó de Shanghái para las vacaciones de *obon*. No volvió directamente a la casa de Nagatsuta, sino que se quedó dos noches en la de sus padres en Saitama y aprovechó para visitar las tumbas de sus difuntos. Su regreso no fue un motivo de alegría para Rika a pesar del tiempo transcurrido. De hecho, fue una verdadera molestia.

No tenía intención de tomarse vacaciones durante el verano y todo el mundo le preguntaba la razón. Inoue, su jefe, la invitó a comer un día.

–Si tienes algún problema cuéntamelo –le dijo.

Recordó que el banco investigaba discretamente las finanzas de sus empleados. Si no se tomaba vacaciones, pensó, quizás pensarían que

atravesaba alguna clase de dificultades y, para evitar sospechas, no le quedó más remedio que tomarse dos días también en *obon*.

Masafumi no quería hacer nada especial y solo se dedicó a dormir. Dormía en la cama, frente al televisor, en todas partes. Rika se tomó la molestia de cocinar para él a pesar de que casi había perdido la costumbre y llenó la mesa de platos, pero todo le salía medio insípido. Su marido, no obstante, se lo comió todo sin una sola queja. Rika le preguntaba por su vida en Shanghái y él, parco, decía que no era tan distinta a la de Tokio. Después se callaba. Su mutismo la llevó a pensar que la había descubierto.

«¿Descubierto el qué?

»¿Que tengo un novio que se llama Kota?

»¿Para qué uso en realidad la fotocopiadora en color?

»¿De dónde ha salido toda esa cantidad de ropa de marca y todos esos bolsos que abarrotan los armarios?

»¿Mis accesorios que no son, precisamente, falsos?

»¿Habrá encontrado algún resguardo de la tarjeta de crédito del que creía haberme deshecho?

»¿Habrá visto todos esos puntos que acumulo en la tarjeta del salón de belleza?

»¿Habrá encontrado el cuaderno donde anoto mis cosas en el cajón del fondo del armario?

»¿Qué es lo que ha descubierto en realidad?»

Las preguntas la inquietaban. Iba tras él para saber si le había gustado la comida, si quería ir a algún sitio, si quería ir de compras.

–Me gustaría, sí, porque, aunque en China todo es barato, la calidad es muy mala. Me gustaría comprarme ropa interior, alguna camisa.

Se sintió aliviada y exhausta a un tiempo. Ojalá lo descubriese todo, pensó.

«Sí, ojalá lo descubra todo.»

Rika se lo repetía a sí misma como un mantra.

«¿Qué pasaría entonces? ¿Me pediría el divorcio? ¿No sería mejor así?»

Sus pensamientos no fueron más allá y no llegó a confesar nada.

Al día siguiente fueron juntos a Shinjuku. Era un día laborable en mitad de las vacaciones de agosto, por lo que las tiendas estaban medio vacías. Acostumbrada a salir de compras con Kota se movía con soltura por la sección de ropa masculina. Tiraba del brazo de Masafumi, entraba en todas las *boutiques* de marca de caballeros, pero él se resistía y no se decidía a

comprar nada, tan solo curioseaba. Eligió unas camisas y pantalones para él y le preguntó qué le parecían. Se quedó petrificado como un niño pequeño, sin decir bien o mal, prefería otra cosa.

–¿Qué te pasa? Es ropa para el trabajo –le dijo ella enfadada.

–Es demasiado cara –se defendió él.

Rika tardó en comprender que para ella, y a partir de determinado momento, había empezado a parecerle normal que una camisa de marca costase treinta y nueve mil yenes.

–Pero alguien con tu responsabilidad tiene que vestirse decentemente. Si pago con la tarjeta me hacen descuento.

Entraron en otra *boutique*. Lo del descuento no era cierto, por supuesto. Masafumi la siguió dócilmente. La dependienta los recibió con una sonrisa. Junto a Rika, le mostraron toda clase de ropa. Se probó unas cuantas cosas y Rika decidió por él. A la hora de pagar pensó que se enfadaría como aquella vez en el restaurante, pero lo cierto es que ni se tomó la molestia de mirar la factura que llevó la dependienta en una libreta de piel.

–Como en Shanghái todo es tan barato, los precios de aquí me desconciertan –dijo de buen humor cuando se sentaron a comer en un restaurante de tempura.

–No lo sé. Nunca he ido, pero esa es la idea que siempre he tenido –dijo ella.

–A veces voy a comer con el equivalente en yuanes a trescientos yenes y me dan cambio.

–La comida está rica, imagino.

–Sí, la verdad es que sí.

A Rika le alivió mucho su buen humor. No le interesaban sus historias de Shanghái, pero, al menos, le agradaba que hablase de banalidades como el tiempo. Al otro lado de la barra donde estaban sentados les ofrecían tempura recién hecha en su punto justo. Rika se había pedido sake y cuando terminó de comer se sintió rara. Escuchaba a Masafumi con una tibia sonrisa en los labios y se preguntaba dónde estaría su verdadero lugar. ¿En la *suite* del hotel? ¿En el banco? ¿En el vestuario de mujeres de la sucursal donde se mezclaba el olor a colonia con el de fritos? ¿En su pequeña casa de Nagatsuta? ¿Junto a Kota? ¿Junto a su marido? ¿Dónde?

Pagó la cena. Tiempo atrás él habría protestado, pero en esa ocasión no dijo nada. Mientras le devolvían el cambio salió a la calle a esperarla. Ni siquiera le dio las gracias, pero al menos seguía de buen humor y eso le

bastó.

Tras las escuetas vacaciones de verano, regresó a Shanghái y Rika volvió a encontrarse con Kota. Los miércoles se impacientaba porque los jueves llamaba al hotel para reservar la *suite* para el fin de semana. Después llamaba a Kota. No admitía que hubiera una última vez. No admitía que esa no fuese su realidad.

Después de Año Nuevo, Inoue le comunicó sin previo aviso que al día siguiente y durante una semana iría con ella para visitar a sus clientes y así aprovechar a felicitarles el Año Nuevo. Al oírle, la cabeza se le quedó completamente en blanco. «Si solo se trata de una cortesía no hay problema, pero ¿y si le da por revisar documentos y si encuentra los certificados falsos? ¿Y si se le ocurre llevar personalmente la documentación que suelo llevar yo?»

Pensaba en ello y la cabeza no dejaba de darle vueltas. De todas sus citas para la semana siguiente, ¿a quiénes había entregado certificados falsos? ¿Le surgiría algún imprevisto? Pensó en tres nombres entre los que estaba Kozo Hirabayashi. Por si fuera poco, el propio Inoue le dio una lista de personas a quienes les gustaría visitar dado que eran buenos clientes del banco. Tamae Nago estaba incluida.

Inoue tenía la firme intención de empezar cuanto antes y cuando Rika salió de trabajar, repasó mentalmente quiénes tenían en su poder certificados falsos. «¿Debo ir ahora a casa de Kozo? Siempre me está esperando y seguro que le alegra verme. ¿Y si le pido que me deje poner en orden sus papeles porque mañana quiere ir mi jefe a saludarlo? Así podría aprovechar para quitar los certificados falsos. ¿Seré capaz? ¿No despertará sus sospechas? ¿Y si le cuenta que he ido hoy a verlo?»

Ninguna de las posibilidades que se le ocurrieron le pareció oportuna. No podía hacer nada. Pasó el tiempo y al día siguiente salió de casa con una sensación de pesadez.

Pasadas las nueve salió del banco con su jefe. De entre los clientes que tenían previsto visitar por la mañana ninguno de ellos tenía en su poder un certificado falso. Ni en la primera casa ni en la segunda Inoue pidió documentación para examinarla, cosa que tanto había preocupado a Rika. Se limitó a hacer entrega de una caja de dulces como felicitación de Año Nuevo, habló de temas genéricos y respondió algunas preguntas. Pero Rika

no tenía forma de saber si actuaría así todo el tiempo. No sabía cuándo empezaría a indagar en serio.

–Podría escucharme un momento, señor Inoue –le dijo Rika en el tren de regreso a la oficina–. Creo que es mejor que vaya yo sola esta tarde a casa del señor Hirabayashi.

–¿Cómo? ¿Y eso por qué?

–No es fácil de explicar, pero cuando iba con otros compañeros, en especial si se trataba de hombres, se ponía de muy mal humor. Pregúnteselo a Sakura y entenderá lo que le quiero decir.

Rika sonrió como si así se mostrase con dudas respecto a qué hacer. Lo cierto era que no mentía. Un buen día, hacía ya algún tiempo, Kozo se enfadó de repente.

–Pensó que un compañero venía conmigo porque era yo quien se lo había pedido.

–¿Qué quieres decir?

–A menudo me invita a comer, a tomar café en alguna parte. Yo siempre le digo que no, por supuesto, y cuando me presenté acompañada debió de pensar que era por eso.

–En ese caso, es mejor que vaya.

–Por mi parte no hay problema, yo estoy acostumbrada a sus cambios de humor, pero tal vez no sea lo más conveniente para el banco. Es un buen cliente y si vuelve a enfadarse quizás tengamos problemas.

Inoue iba agarrado del pasamanos del vagón. La miró fijamente. Ella trató de evitar esos ojos en los que se veía reflejada. Había decidido jugarse el todo por el todo.

–En ese caso lo dejo en tus manos –dijo al fin.

Rika tuvo que contenerse para evitar el suspiro de alivio que estuvo a punto de escapársele.

–Desde que es cliente tuyo ha ingresado mucho dinero, ¿verdad? Hace tiempo tuvimos una compañera que también era muy popular, como tú, y cuando dejó el trabajo después de quedarse embarazada, muchos de sus clientes retiraron sus depósitos.

El tren llegó a Minamimachida y Rika bajó detrás de él.

–¿Tienes otros clientes así? Quiero decir, gente arisca.

Rika pensó a toda prisa. Le hubiera gustado dar el nombre de todos a quienes había entregado certificados falsos, pero hacerlo habría levantado demasiadas sospechas.

–La señora Nago… Quizás –dijo después de dudar un rato–. No se encuentra bien últimamente y ha pasado en cama el fin de año. Si se encuentra bien no pasa nada, pero si aún está en cama prefiero ir sola. A menudo me recibe en pijama, ¿sabe?, con el futón extendido en mitad del salón. No creo que le apetezca recibir a un hombre en esas condiciones.

–De acuerdo, la señora Nago. En esta zona hay mucha gente mayor, ¿verdad?

Nada más salir de la estación se fijó en los árboles desnudos con la luz de la tarde reflejada en sus cortezas. El efecto de la luz producía una impresión como si estuvieran afiladas. Era un paisaje que había contemplado muchas veces desde la primera vez que estuvo allí para la entrevista de trabajo y, no obstante, le pareció la primera.

–En ese caso, también la dejo en tus manos. Veremos cómo evolucionan las cosas. Avísame cuando se encuentre mejor.

–De acuerdo. Así lo haré.

–La verdad es que te has hecho imprescindible en el banco. Tus resultados son excepcionales, no faltas nunca y jamás llegas tarde. Tampoco hay gente que se preocupe tanto por sus clientes. La verdad es que acerté al contratarte.

Inoue parecía hablar solo y Rika, a su lado, hizo una profunda reverencia de agradecimiento.

Dos días después fueron juntos a casa de Chieko Tanabe. También ella tenía en su poder certificados falsos. Tenía más de setenta años y, como de costumbre, les hizo pasar a la habitación japonesa. Vivía sola y esperaba las visitas de Rika con ilusión. La invitaba a tomar el té, le servía dulces japoneses, hablaban de cualquier cosa. Aquel día, sin embargo, sacó un par de vasos y una botella grande de cerveza.

–Es un día especial. Es Año Nuevo y has venido con el señor Inoue.

Les sirvió con sus manos huesudas. Inoue miró a Rika sin saber qué hacer.

–No se preocupe tanto –le dijo Chieko–. Es solo un día.

Rika bebió solo cuando su jefe le hizo un gesto para que lo acompañase.

–Le agradecemos de veras su confianza en nuestro banco…

Chieko no le prestó atención y enseguida se puso a hablar de cualquier cosa.

–Mi hijo no deja de repetir que no debería haber vendido la tierra porque los precios no dejan de subir. Dice que la economía se va a

recuperar, pero yo no sé si estaré viva para verlo.

Rellenó el vaso de Inoue que aún ni siquiera había bebido la mitad.

–Todo el mundo habla de pisos y más pisos, y no dejan de construir por todas partes. Si estamos en recesión, yo me pregunto quién va a comprar todo eso. Pero bueno, a mí me da igual, la verdad. Debería haberlo vendido todo hace cinco años cuando unos promotores vinieron a verme. Vamos, señor Inoue, beba un poco más. Hoy en día no sirve de mucho guardar el dinero a plazo fijo. Los intereses son muy bajos, pero Rika me lo ha aconsejado a pesar de todo. Yo no escucho a mi hijo, pero a ella sí. Se acuerda de mi aniversario y cuando cumplí los setenta me trajo un regalo. Mi hijo ni siquiera sabe cuántos años tengo.

La mujer no había bebido una gota, pero soltó una carcajada como si estuviera borracha. No era extraño que hablara sola sin parar. Rika y él escuchaban sus historias interminables allí sentados muy rectos, muy formales. Rika imploraba para que la cosa terminase cuanto antes, para que a Inoue no le diera por examinar los papeles del banco.

A pesar de sus ruegos, no sabía si por cortar la interminable cháchara de la mujer que parecía no acabar nunca o porque así se lo había propuesto desde el principio, cuando la mujer volvió con una segunda botella de cerveza Inoue dijo:

–Creo recordar que su depósito a plazo fijo no aparece reflejado en su cartilla, ¿verdad?

A Rika se le heló la sangre.

–Si no me equivoco hizo varios ingresos. ¿Lo tiene todo en orden? Si le parece, puedo echar un vistazo a sus documentos para comprobar que todo está bien.

–¿Cómo? ¿Tengo que traer ahora todos esos papeles? –protestó Chieko en tono de molestia.

–Si pierde alguno de los documentos nos veremos obligados a cobrar una pequeña cantidad para entregarle uno nuevo. Mi consejo es que confirme todo de vez en cuando para evitar problemas.

–El depósito a plazo fijo… Espere un momento.

La mujer se levantó. Rika sabía que guardaba todos los papeles en una estantería de la cocina. «¿Qué hago? –pensó–. Si le presenta uno de mis certificados falsos se va a dar cuenta de inmediato. ¿Qué puedo hacer?» Buscaba una salida desesperadamente, pero tenía la mente en blanco, como si se hubiera convertido en espeso banco de niebla.

–Disculpe, señora Tanabe –dijo Inoue–. Lo siento, pero ¿podría pasar un momento al servicio?

–Sí, cómo no. Por aquí. Tenga cuidado porque el pasillo está oscuro.

Inoue miró a Rika con una sonrisa incómoda y salió de la habitación detrás de la mujer. No resultaba muy apropiado usar el servicio de la casa de los clientes, pero seguramente no pudo evitarlo por culpa de la cerveza. Rika se levantó en un acto reflejo.

–Yo me ocupo, señora Tanabe –dijo–. Déjeme a mí los papeles.

Entró con ella en la cocina desordenada. Volvió a la habitación con una cartera delgada de piel negra. Abrió la cremallera con manos temblorosas. Junto a la libreta vio otros documentos del banco y unos cuantos certificados metidos en un sobre.

–Tal vez prefieres té en lugar de cerveza –le gritó Chieko desde la cocina.

–Sí, le agradecería un té.

Antes de que volviera confirmó a toda velocidad el contenido de cada uno de los sobres. Encontró todos los certificados falsos y sin pensarlo dos veces los sacó de allí y los guardó en su bolso con un movimiento brusco. Oyó el ruido de la puerta del baño al abrirse. «Tiene que haber uno más. ¿Dónde está? ¿Dónde lo ha metido?»

Rebuscó con dedos inseguros y oyó a Inoue darle las gracias. El suelo de madera del pasillo crujió. «¡Aquí está!» Estuvo a punto de gritar. Lo sacó, lo arrugó hasta convertirlo en una bola de papel y, casi en el mismo instante en que se lo guardó en el bolso, Inoue entró en la habitación.

–He bebido demasiado –dijo avergonzado mientras se sentaba a su lado–. ¿Lo has confirmado todo tú?

–Sí. Está todo en orden. Yo también lo reviso de vez en cuando.

–Déjame echar un vistazo.

Cogió el archivador y volvió a dejarlo enseguida encima de la mesa.

–¿Nos vamos ya? –le susurró–. Si nos quedamos más tiempo seguro que saca más bebida.

–Señora Tanabe –dijo Rika en voz alta–, no se preocupe por el té, discúlpeme.

–¿Seguro? –contestó ella un tanto decepcionada.

Chieko Tanabe los acompañó hasta la salida.

–No tendré la cara roja, ¿verdad? –le preguntó Inoue de regreso a la estación.

–El hijo de la señora Tanabe vive en el extranjero y viene poco por aquí. Me ha contado que su mejor amiga murió hace dos años y no tiene mucha gente con quien hablar. Para hacer un poco de ejercicio viene al banco de vez en cuando a cobrar la pensión, pero casi siempre me pide a mí que se la lleve.

Aún le temblaban las rodillas y si hablaba sin parar era para calmar los nervios.

–¿Tienes que escuchar todas esas historias cada vez que vienes?

–No me invita a cerveza.

–¡Menos mal! He bebido demasiado –dijo con una risotada y los ojos clavados en el cielo.

A final de la semana la llamó para decirle:

–Está bien, Rika. Dejo las visitas en tus manos. Tengo un asunto urgente y cuando lo termine ya veremos.

–Como quiera, gracias.

Agachó la cabeza sin saber en realidad por qué le daba las gracias. Esa misma tarde tenían previsto ir a casa de otro cliente al que había entregado certificados falsos. Se quitó tal peso de encima que estuvo a punto de derrumbarse allí mismo. Recogió todos los documentos que le hacían falta con las manos temblorosas. «Kota.» Su nombre resonó de pronto en las profundidades de su corazón como una burbuja que emerge a la superficie. «Kota, Kota.»

–En tal caso ya me marcho.

–Siento no poder ayudarte con todo eso –le dijo su jefe impresionado por la cantidad de bolsas con regalos que llevaba colgadas de los brazos–. Saluda a los clientes de mi parte, por favor.

Rika volvió a inclinarse con una reverencia y salió de la oficina por la puerta de empleados.

–¿Te marchas? –le preguntó una compañera que salía también en ese momento–. Vamos juntas a la estación.

Su compañera no dejó de hablar ni un instante en todo el trayecto sobre la comida que les daban en la oficina, sobre lo cara que le parecía, sobre el exceso de fritos, sobre si debía llevar ella su propia comida o no. Rika asentía todo el tiempo sin decir nada. «Kota, Kota.» En su interior seguía llamándolo. «Kota. No pasa nada. Podemos estar juntos. Quiero verte cuanto antes, Kota.»

El hecho de que Inoue no la descubriera le infundió una falsa confianza. De algún modo, creyó que tenía el terreno despejado. Las cantidades que desviaba, medio millón de yenes, setecientos mil, destinadas a cubrir los gastos de su tarjeta de crédito, aumentaron poco a poco hasta el millón de yenes, hasta los dos. No tenía claro en qué lo gastaba exactamente, qué compraba con ello, pero lo cierto era que el dinero desaparecía cada vez más rápido. Los fines de semana con Kota en lujosas *suites* de hotel se convirtieron pronto en una rutina; lo excepcional, en un hábito, y la rutina de antaño empezó a parecerle extraordinaria. Quería cocinar para Kota en lugar de abrir botellas de champán y cenar en restaurantes. Quería preparar un guiso de carne, molestarse en medir cantidades, en pesar con exactitud los ingredientes para preparar una buena tarta, pero no se decidía a invitarlo a su casa en Nagatsuta. No se podía permitir que los vecinos viesen a un hombre joven entrar y salir de allí todos los fines de semana. Necesitaba un lugar y para ella eso significaba hacerlo realidad. Si se le metía algo en la cabeza no paraba hasta lograrlo.

Empezó a buscar pisos de alquiler en el centro de Tokio a comienzos del mes de marzo. Buscó en el distrito de Shibuya, en Shinjuku. También en Shimokitazawa, Nakano y Hatsudai. Fue a ver tres o cuatro pisos y duplicó el presupuesto inicial que había calculado en unos cien mil yenes mensuales. Los pisos por cien mil yenes eran, en su opinión, habitaciones para estudiantes. A finales de abril se decidió por fin por un piso de doscientos ochenta mil yenes en Futagotamagawa. No le dijo nada a Kota. Compró muebles, electrodomésticos, encargó cortinas y preparó el menaje de cocina. Cuando lo tuvo todo listo para entrar a vivir, lo llevó allí.

Apenas hubo entrado, el gesto de Kota le recordó la primera vez que puso los pies en la *suite*. Gracias a eso sintió como si empezase para ellos una nueva vida, una realidad aún más satisfactoria de la que habían disfrutado hasta entonces.

–Puedes venir cuando quieras, es tu casa –le dijo mientras le daba una llave–. Dadas las circunstancias he tenido que alquilarlo a nombre de mi marido.

Al planteárselo así quería darle a entender que era una estratagema para evadir impuestos.

–Pero no te preocupes –continuó–. Jamás va a venir aquí. Incluso puedes mudarte, si quieres. Ahora podremos vernos todos los fines de semana y disfrutaremos de mucha más intimidad que en los hoteles.

–Bueno, de momento tengo mi cuarto y prefiero quedarme ahí –dijo él mientras observaba extrañado todo a su alrededor–. Por lo menos saldrá más barato que todos esos hoteles, imagino.

Hablaba en susurros, como si así diera a entender que se daba cuenta de que Rika lo hacía por ella misma.

Después fueron al supermercado y llenaron el carro de la compra con todo lo que les llamaba la atención: vino, cerveza, agua con gas, una baguette, dos chuletones, carne de cerdo, un paquete de *sashimi*, verduras, frutas, arroz, *snacks* y un brazo de gitano. De regreso casi no podían con tantas bolsas.

–¿No nos hemos pasado? –preguntó Kota atónito.

–No te preocupes. Celebraremos una fiesta. Pero tienes razón, pesa muchísimo.

–¿Te llevo una bolsa?

–¡Imposible! Ya tienes las manos ocupadas. Ojalá tuviéramos un coche –dijo como si fuera una simple ocurrencia que, al pronunciarla en voz alta, debía hacerse realidad–. ¿Tienes carnet de conducir?

–¿Por qué? ¿Voy a ser tu chófer? –se rio él.

Tomaron por una calle junto al río y a mitad de camino dejaron en el suelo todos los bultos para comprar un refresco en una máquina expendedora. Necesitaban un pequeño descanso. La lámina de agua estaba irisada de plata y entreverada con destellos blancos producidos por los rayos del sol. Rika rio de lo contenta que estaba por el simple hecho de volver a casa con Kota, por algo tan cotidiano como pararse a tomar un refresco. Él se contagió de su risa. Estaban muy ilusionados por esa nueva etapa que acababa de empezar. Compartir con él ese sentimiento le produjo una inmensa alegría que le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

Alquilar un piso en Futagotamagawa le brindó la oportunidad de verlo más a menudo y no solo los fines de semana como hasta entonces. Al principio no quiso mudarse y dejar su cuarto, pero la comodidad lo venció. También la ventaja de librarse de la obligación de pagar el alquiler. A principios del mes de julio, cuando estaba a punto de terminar la estación de lluvias, ya se había instalado y conducía como si nada el coche que había comprado Rika.

Aunque fuera un día laborable, si ella lo llamaba iba a buscarla enseguida con el coche. Cenaban en el centro, dormían en el piso y al día

siguiente temprano por la mañana, Rika volvía a su casa en taxi. Se quitaba la ropa de Jil Sander, los zapatos de Fendi, el anillo y los pendientes con diamantes. Se ponía una falda y una camisa sin marca para ir al trabajo. Sin embargo, empezaba a acumular un cansancio como nunca antes. Para refrescarse salía de compras, iba al salón de belleza. Mientras compraba sentía como si flotara elevada por una fuerza febril, y el cansancio desaparecía. Tumbada en la camilla del salón de belleza dormía más profundamente que en su propia cama o en el piso de Futagotamagawa.

Masafumi la llamaba de vez en cuando. Un buen día empezó a encargarle cosas, una marca específica de detergente para la ropa, algo de comida, una corbata de marca, cosas para jugar al golf. Ella obedecía sin rechistar y se lo enviaba. En parte lo hacía porque se sentía culpable por su relación cada vez más intensa con Kota, pero también porque estaba muy orgullosa de sí misma. Al parecer, a Masafumi ya no le parecía que se daba tantos aires como le dijo cuando lo invitó a cenar, a pesar de tener, según él, un trabajo insignificante. Se acostumbró a que fuera ella quien pagaba durante los días de vacaciones que pasaban juntos, empezó a verlo como algo lógico y eso la hacía sentirse muy satisfecha. Más que orgullo, en realidad, tal vez fuera la sensación de haberse vengado de él por mucho que no tuviera claro del todo de qué se vengaba exactamente.

Poco después le dio por pensar que no le iba a hacer falta recurrir al dinero de sus clientes si dejaba de pagar las mensualidades de la hipoteca de su casa. En caso de amortizar los dieciocho años que aún le quedaban de hipoteca sin decírselo a Masafumi, ¿qué ocurriría? ¿No podría usar ese dinero para pagar los gastos que hacía con la tarjeta de crédito, para devolver el dinero de sus clientes? Se decidió. Había perdido la cuenta de sus desfalcos y por mucho que dejase de pagar los cien mil yenes de hipoteca al mes, ¿cuándo iba a poder devolver toda esa ingente cantidad de dinero que no era suyo? No hacía nada por entender la verdadera dimensión del problema en el que se había metido. Ingresaba distintas cantidades en la cuenta que había abierto para compensar sus «préstamos» y lo hacía solo para conservar un último hilo de realidad. No era consciente de lo que ocurría, pero preservar la ilusión de que saldaría todas sus deudas la mantenía, a duras penas, atada a esa realidad que se le escapaba poco a poco.

Cuando organizaban fiestas en el trabajo se apuntaba de buena gana: la de Año Nuevo, las de bienvenida o despedida, la fiesta de la cerveza en

verano. Participaba con total naturalidad porque había decidido que devolvería hasta el último céntimo.

–Escucha, Umezawa –le dijo su jefe en una de aquellas celebraciones–. Eres la empleada más popular entre nuestros clientes.

Ella le sonrió.

–¿Cómo decían? –preguntó ella–. ¿Experta en abuelos?

–¡Qué cosas se te ocurren! –le dijo sorprendida una compañera.

–Has cambiado mucho, Umezawa –dijo otra–. Últimamente te veo muy alegre y no te pierdes una fiesta.

–He ganado confianza en mí misma. Los clientes me tratan bien y me doy cuenta de que he encontrado algo para lo que soy válida.

Hablaba muy en serio, con el corazón en la mano. Había empezado a ganar confianza en sí misma cuando su marido se marchó, cuando empezó a vivir sola, cuando se enamoró de Kota y cuando empezó a manejar dinero.

–Pero ¡qué dices! –saltó una–. El problema es que no te valoras. Tus resultados siempre han sido buenos y ¿ahora dices que por fin te sientes válida?

–Me he resignado a no tener hijos –confesó–. Tal vez por eso me siento más en mi sitio. Después de todo, esta es mi vida.

–¿Ah, sí…? –asintió con gesto serio otra compañera.

Volvía a decirlo con el corazón en la mano. Creía de veras que solo existía ese trabajo para ella, el tiempo que pasaba con Kota. Ambas cosas las había conseguido por el hecho de no tener hijos, aunque no tenía por qué renunciar a ello.

–Realmente eres increíble, Umezawa –dijo Inoue con la cara roja–. Escuchas sin pestañear todas esas historias de viejos que parecen un disco rayado. No es fácil de soportar, no os vayáis a creer.

–Hombre, cualquiera estaría encantado de tener enfrente a una mujer tan guapa como Umezawa, mucho mejor que tenerme a mí enfrente –dijo una riéndose a carcajadas.

Cuando la fiesta terminó, fueron todos juntos a pie hasta la estación donde se separaron en distintas direcciones. Rika se subió con unos cuantos a un tren vacío en dirección a Tokio y en la estación de Nagatsuta se despidió de ellos.

Recorrió a pie el camino solitario hasta su casa. Hacía un calor sofocante, pero de vez en cuando soplaba una ráfaga de viento. Levantó la vista al cielo. Se veían algunas estrellas a pesar de la atmósfera grisácea y

de una luna en cuarto creciente. Estaba alegre. Le hubiera gustado caminar descalza. La risa burbujeaba en su interior como en una botella de agua con gas. Se contenía, pero eso no impedía que se sintiera alegre. Incluso la pegajosa brisa nocturna le hacía sentir bien.

Poco después se enteró de que Kota había dejado la universidad. Estaban juntos en una cafetería de Futagotamagawa. Era sábado por la tarde. En la calle habían colocado una terraza con sombrilla y, a pesar del sofoco, la mayor parte de los clientes preferían la terraza en lugar del interior de la cafetería. También ellos. Habían dejado las compras en el maletero del coche en el parking de los grandes almacenes y habían caminado cogidos de la mano hasta allí. Rika bebía una copa de champán. Kota, una cerveza.

Planeaban las vacaciones de verano. Rika tenía intención de cogerlas en septiembre, cuando desaparecían los turistas. Querían ir a París, visitar los museos, pasear por las orillas del Sena y dormir en la *suite* de algún hotel de Saint-Germain. También valoraban la posibilidad de ir a Bali y alquilar una casa con playa privada. Rika sabía perfectamente que no iba a poder llevar a cabo ninguno de esos dos proyectos, pero hablar de ello le hacía sentir que todo era posible.

Antes de preguntarle cuándo podía tomar vacaciones en la universidad, Kota pidió al camarero que cambiase la posición de la sombrilla. El chico le dijo que enseguida lo haría y entró a la cafetería con las manos llenas de platos. El sol caía sobre su brazo derecho que estaba ligeramente fuera de la sombra. Rika se fijó en su piel dorada y le dijo que también le gustaría pasear por Venecia en góndola. De ir a Italia, Kota prefería Florencia y, Rika, una vez más, disfrutó de su viaje soñado.

Kota volvió a llamar al camarero que en esa ocasión llevaba una jarra de agua a unos clientes que acababan de sentarse.

–¿Puedes cambiar la sombrilla?

El chico se dio cuenta de que se había olvidado, agachó la cabeza con un gesto exagerado y dijo:

–Lo siento mucho. Ahora mismo.

Pidió ayuda a un compañero y movieron la pesada base. Uno vigiló la mesa y el otro cambió el ángulo de inclinación. Parecían de la misma edad de Kota, quizás algo más jóvenes.

«¿Desde cuándo? –se preguntó Rika de repente–. ¿Desde cuándo se ha

acostumbrado a que sean los demás quienes hacen todo por él? Bastaba mover un poco la silla para protegerse del sol.»

No era algo importante, solo una simple sombrilla. Precisamente por eso no lo entendía, no lograba quitárselo de la cabeza.

–Gracias –dijo Kota cuando terminaron.

Se inclinaron con una reverencia y volvieron a sus tareas.

–Por cierto, ¿qué ha pasado con la universidad? –le preguntó aún pasmada, como si hubiera perdido la noción del tiempo.

«¿Hace cuántos años que lo conozco? –se preguntó–. Sé en qué día estamos, por supuesto, y también cuántos años tengo. Sin embargo, es como si el tiempo se hubiera detenido en algún momento. El tiempo no pasa en la casa de Nagatsuta ni tampoco en el piso de Kota. No transcurre en los hoteles donde hemos dormido juntos ni en los restaurantes donde hemos comido.» Por eso, precisamente, se sentía protegida. Una parte de ella estaba a salvo de todo, tanto de los desastres naturales, como del gas sarín del atentado del metro de Tokio, de muchos otros incidentes y crueldades. Estaba a salvo de pagar impuestos, de la recesión económica. Cuando estaba con él todas esas situaciones se daban fuera de su mundo, les ocurrían siempre a otras personas. A lo mejor eran ellos los que estaban fuera del mundo, pero eso le daba igual.

«¿Cuántos tiene en realidad este niño con un reloj de Patek Philippe en la muñeca y un vaquero de Armani que se atreve a dar órdenes a un chico de su edad sin sentir el más mínimo reparo?»

–¿Qué? ¿Qué has dicho? –preguntó con su sonrisa inocente como si le hablara del viaje–. ¡Ah, sí! La universidad. La dejé hace mucho tiempo. Se nota que no te interesan mis cosas.

–¿Cómo?

Rika se quedó muda. Había dejado la universidad. ¿A qué se dedicaba entonces todos los días?

–No se trata de eso –alcanzó a decir al fin–. Tú nunca hablas de esas cosas y por eso no me atrevo a preguntarte.

–Te lo había contado, pero no te acuerdas. Encontrar un trabajo está complicado y por eso algunos compañeros han decidido continuar, pero yo no tengo dinero y, además, todo me resulta absurdo.

A Rika no le sonaba en absoluto haber escuchado semejante historia, pero le pareció inútil ponerse a discutir sobre ello.

–En tal caso –le preguntó–, ¿a qué te dedicas?

«¿No será que no hace nada? ¿No será que se limita a esperar mis llamadas mientras juega con el videojuego o da cabezaditas a todas horas?

–No sé si te he contado que he empezado a invertir en bolsa –dijo con una sonrisa luminosa.

A invertir en bolsa… Rika repitió sus palabras en voz baja. Recordaba perfectamente la cara de uno de sus clientes que solía hacerlo. Era un hombre retirado desde hacía muchos años que había trabajado en una empresa de construcción y que en alguna ocasión le había contado lo que ganaba con eso, si bien ella no le había prestado demasiada atención. No llegaba a entender la realidad de ese juego que consistía en comprar y vender acciones.

–Al parecer tengo talento. Aún no he perdido un céntimo. ¿No te has dado cuenta de que te devuelvo más dinero?

Cayó en la cuenta de que desde hacía tiempo ni siquiera se tomaba la molestia de comprobar las cantidades que le devolvía. La invadió un profundo malestar, como si acabase de darse cuenta de que ese dinero no le iba a servir para nada. Alargó la mano para alcanzar la copa, pero estaba vacía. A pesar de todo se la llevó a la boca. Estaba caliente.

–¿Cómo está tu familia? –le preguntó a sabiendas de que le daba igual la respuesta, como le daba igual si estudiaba o no, si su padre había encontrado trabajo o no.

Kota guardó silencio. Miraba la calle con los ojos entornados.

–Mi padre perdió el juicio y ahora trabaja –dijo al fin–. Un trabajo temporal. Al principio le resultaba muy duro, pero al menos ingresa algo. Mi madre también se ha acostumbrado al suyo. Les mando dinero cuando puedo. ¿Qué tal está el tacaño de mi abuelo?

–Está bien. Me trata bien, como siempre.

Quizás habían roto la relación de forma definitiva y era probable que nadie cercano entrase ya en casa de Kozo Hirabayashi.

–¿Nos vamos? –preguntó Kota–. Deberíamos haber hecho la compra después de tomar algo.

Se levantó mientras ella entraba a pagar. El mismo acto de siempre, aunque en esa ocasión con dudas nuevas. «¿Desde cuándo se levanta de los sitios con esa naturalidad y asume que yo me hago cargo de la cuenta?»

El camino a casa desde allí no solía llevarles más de cinco minutos, pero ese día tardaron más de media hora por culpa de la gente y del atasco. Sacaron las cosas del maletero y lo metieron todo en un carro. Para cuando

entraron en el piso, el cielo ya se había teñido de naranja.

–Hoy hay fuegos artificiales –dijo Kota.

–Claro, por eso había tantas chicas vestidas con *yukata.*

La bolsita de hielo para conservar los alimentos se había derretido, y la carne y el pescado habían cambiado de color. Las verduras estaban lacias. Habían estado demasiado tiempo en el coche con ese calor. Rika se lamentó. Se sintió como una de esas ludópatas enganchadas a las tragaperras que se olvidan de que tienen a los niños en el coche.

–Me pregunto si podremos verlos desde aquí. Hay demasiada gente en la calle.

–No puedo hacer nada para cenar –se lamentó Rika–. Se ha echado todo a perder.

–Pero si salimos no vamos a ver los fuegos artificiales.

«¡Quiere ver los fuegos artificiales!» Rika sonrió. Era la prueba de que no había cambiado nada. Bueno, en realidad todo había cambiado.

–Vamos a pedir una pizza –dijo Kota como si fuera una gran ocurrencia.

La pizza debía llegar en media hora a lo sumo, pero por culpa de los atascos tardó casi una hora.

Cuando estaba punto de cumplirse la media hora desde que hicieron el pedido se acercaron al reloj para empezar la cuenta atrás y cuando pasó el tiempo establecido se rieron a carcajadas. Rika se acordó de la misma situación con Masafumi. Cuando le dijo que si se retrasaban más de media hora les devolvían el cincuenta por ciento del importe, él la acusó de tacaña. Se preguntaba por qué se acordaba de un episodio tan lamentable.

La pizza llegó tarde, en efecto, y les descontaron la mitad. Abrieron la caja en la mesita delante del sofá, se sirvieron vino y cerveza y comieron mientras esperaban los fuegos artificiales.

El cielo se iluminó de colores y antes de darse cuenta oyeron un estruendoso *pum*. Se miraron, se cogieron de la mano y sonrieron. Los fuegos. Kota se levantó para apagar las luces. El cielo nocturno se iluminó con toda la gama cromática. Una pequeña luz titilante ascendió hasta las alturas, explotó de repente y poco después se escuchó un tremendo ruido que parecía brotar del interior del estómago. Algunos explotaban pronto para desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, otros lo hacían más lentamente, imprimían en el cielo imágenes consecutivas. La habitación se teñía de color blanco, de rosa, de azul. Explotaban fuegos en forma de corazón, de óvalo. Rika contemplaba el espectáculo y se olvidó por

completo de la pizza.

–Escucha –le dijo a Kota sin apartar la vista de los fuegos–, si me quedase sin dinero, si no pudiese pagar nuestro viaje de verano, ¿qué harías?

Su propia voz sonaba muy lejana cuando alcanzaba sus oídos, como si no fuera ella quien hablaba.

–¿Quieres decir que estás pensando en el divorcio? –preguntó él cuando se desvaneció el estertor de la explosión.

Rika no contestó. No sabía cómo responder a esa pregunta tan inesperada.

–¿Te estás burlando de mí? –insistió él.

Sus palabras se solaparon con el ruido de las explosiones, pero aun así llegaron a oídos de Rika.

Cuando estaba a punto de decirle que no, Kota se adelantó.

–Estar contigo, hacer tantas cosas juntos nunca deja de sorprenderme. A veces creo que eres Doraemon o algo así.

Soltó una carcajada justo antes de una explosión amarilla que se extendió por el cielo como un árbol en pleno verano. Las incontables lucecitas que descendieron lentamente parecían arañar la oscuridad al cielo nocturno.

–Nunca te he pedido que me comprases nada, que hicieras algo por mí.

–Tienes razón –admitió aturdida.

Era cierto. Todo cuanto había hecho era porque quería. La *suite* del hotel, los restaurantes, los taxis, todas esas tiendas de marca. Pensó que solo pretendía escapar de su responsabilidad. Se disculpó y el cielo volvió a estallar.

–Si te quedas sin dinero nos pondremos a trabajar. No llevaremos el mismo ritmo de vida, sin duda, por muy bien que me vaya en la bolsa. Pagaremos el alquiler de esta casa, nos alimentaremos, nos hospedaremos en hoteles normales y no en esas lujosas *suites*, eso sí lo podremos hacer, creo.

Kota hablaba más de lo que tenía por costumbre en aquella habitación a oscuras iluminada a intervalos por los fogonazos. Rika repitió en su interior cada una de sus palabras.

«Entiendo –pensó–. Podremos vivir juntos si dejo de comprar toda esa ropa de marca, si dejo de ir a salones de belleza. Prescindiremos del coche y quizás nos mudemos a una casa más pequeña. Nos alcanzará para ir de viaje

una vez al año a Hakone o a Nikko a bañarnos en algún balneario de aguas termales y nos desplazaremos en transporte público. Compraré productos de oferta en el supermercado y, para las ocasiones especiales, saldremos a cenar a algún restaurante barato. Todo eso es posible porque es lo que hace todo el mundo.»

Rika se entusiasmó con la idea sin darse cuenta. Actuaba como si se hubiera olvidado del motivo por el cual no podía llevar una vida normal, algo que no tenía nada que ver con la existencia de Masafumi.

–Lo siento –dijo en un susurro cuando se desvanecieron las explosiones que parecían brotar ahora desde las plantas de sus pies.

Salieron al balcón sin preocuparse de recoger la mesa. Las palabras de Kota resonaron de nuevo en su cabeza mucho más altas que las explosiones. «Nunca te he pedido que me comprases nada, que hicieras algo por mí.» Sus palabras la arrastraron inesperadamente de vuelta a su infancia. De niña nunca se preguntó cuánto ganaban sus padres, cuánto del total de sus ingresos lo dedicaban a ella. Era lógico que le comprasen ropa, que se hicieran cargo de sus estudios, de ir de viaje de vez en cuando. Era algo tan natural que ni siquiera entraba en la categoría de lo lógico porque ella nunca les había pedido nada. Por eso sus atenciones llegaron a molestarla de adolescente.

Le dio risa aquella época del instituto cuando donaba dinero para niños de países pobres que ni siquiera tenían la oportunidad de ir al colegio. Creía sinceramente que si de verdad podía hacer algo, debía hacerlo. Cuando les habló a sus padres de su interés por el voluntariado alabaron su bondad y empezó a enviar el dinero que ellos le daban para todos esos niños desconocidos. A medida que el número de niños aumentó, tuvo la ilusión de que podía ayudar a todos los niños que no podían ir al colegio. Le parecía lógico compartir algo que estaba ahí para ella, algo que a su modo de ver le pertenecía.

No sabía por qué, pero cuanto más dinero se tenía más invisible se volvía. Al contrario, cuando no había, por alguna razón no se podía pensar en otra cosa y se hacía muy presente. Cuando tenía entre las manos un millón de yenes, no le daba por pensar que estaba formado por cien billetes de diez mil yenes. Tan solo veía una cosa que siempre había estado ahí, algo de lo que cualquiera podía disfrutar como si nada.

Sumergida en la atmósfera cálida y húmeda, con Kota a su lado, pensó en todo el tiempo que habían pasado juntos, en el futuro que tenían por

delante. Comprendió que a partir de ese momento, ocurriese lo que ocurriese, nada podría separarlos, y no gracias al amor o a la pasión, tampoco por un proyecto de vida difuso como el que acababa de exponer. Estaban unidos por un vínculo más sólido y pesado que el certificado matrimonial que Rika sostuvo en sus manos cuando se casó con Masafumi.

El cielo teñido con el tenue resplandor de los neones y los fogonazos de la pólvora pareció caérsele encima, aplastarla poco a poco. Agarró la mano de Kota, pero él no reaccionó.

–Más allá de los fuegos está la luna –dijo de repente.

Cierto. Había una luna en cuarto creciente fina como una uña cortada que desaparecía con cada nueva explosión como si la inhalaran para reaparecer poco después.

Rika hizo certificados de depósito a plazo fijo ficticios hasta el año 1999. La primavera de ese año, el matrimonio Yamanouchi le comunicó que querían cancelar el suyo y recuperar el dinero para su nieta. Hasta ese mismo día, a Rika ni se le había pasado por la cabeza que alguno de los clientes estafados pudiera reclamar su dinero antes del vencimiento de los depósitos. Los Yamanouchi habían ingresado en dos depósitos distintos una cantidad inicial de medio millón y setecientos mil yenes respectivamente. Cuando decidieron recuperar el dinero, la suma total alcanzaba, teóricamente, los tres millones y medio. Su intención era ahorrar para su nieta, pero su hijo había decidido comprarse una casa y querían darle el dinero para la entrada.

Rika se lo había gastado todo hacía ya mucho tiempo y ahora debía entregarles esa cantidad más sus correspondientes intereses. Los convenció para esperar un poco, al menos hasta mediados del mes de mayo, que era cuando vencía el contrato. Estuvieron de acuerdo y, para salir del paso, a Rika no le quedó más remedio que inventarse productos financieros inexistentes. Se compró un ordenador nuevo, una impresora láser y un escáner. Se peleó con los manuales de instrucciones hasta que logró crear certificados a plazo fijo que ni siquiera existían. Escaneó los documentos de ingreso habituales del banco y con un software DTP los certificó con un logo de invención suya bajo el nombre de Supergold. Cuando lo tuvo todo listo los imprimió y estampó el sello del jefe de la sucursal. Por el tipo de letra se veía que eran falsos, pero no desmerecían a los originales. Estaban mucho más logrados que las viejas fotocopias a color. Depósito a plazo fijo

Supergold. Así se llamaba. Aumentó los intereses tres puntos por encima de la media y, para venderlo, se inventó el argumento de que era un producto exclusivo para los mejores clientes del banco. Se lo ofrecería a quienes no había estafado todavía.

Algunos con los que trataba desde hacía tiempo le hicieron caso y lo contrataron enseguida. No los convenció tanto el interés superior al normal, como el dinero que les sobraba. Además, era Rika quien se lo ofrecía. Para entonces ya había comprendido que existía esa clase de personas. Gente a quien le daban igual los intereses, los detalles de un producto financiero de ahorro. ¿Qué problema había entonces por pedirles prestado su dinero? No verbalizaba sus pensamientos, pero los aceptaba como lo más natural del mundo, como su relación con Kota, como su relación con Masafumi, como la relación que ella misma había tenido de pequeña con sus padres. Los quinientos mil o trescientos mil yenes que conseguía para su mundo de ilusión solo eran una masa de billetes sin relación alguna con el salario que ganaba mensualmente.

Aún necesitaba reunir ochocientos mil yenes para antes de la fecha de vencimiento del contrato de los Yamanouchi. Sin dudarlo siquiera un instante, recurrió a un crédito rápido y recordó, no sin amargura, que si había empezado todo aquel gran desfalco fue para, precisamente, devolver la deuda de Kota con ese tipo de entidades. No tenía otra opción.

Cuando autorizaron el crédito, Rika comprendió de forma vaga la realidad de lo que acababa de hacer, algo sumamente peligroso. Lo sabía desde hacía tiempo, pero entonces lo comprendió de verdad. Llegado ese punto, con los pies embarrados en una situación que había creado ella misma sin la ayuda de nadie, ya no había vuelta atrás. Hasta ese momento siempre había pensado que había marcha atrás. Antes o después podría devolver todo el dinero «prestado» gracias a una parte sustancial de su salario y al importe de las mensualidades de la hipoteca que había dejado de pagar. Pero ya era imposible. Ni siquiera sabía con exactitud cuánto dinero había cogido, cuánto tenía que devolver.

«Si ya no hay marcha atrás solo hay una solución: seguir adelante», pensó como si el asunto no fuera con ella. «No tengo elección», concluyó. Se acordó una vez más de aquel lejano y bochornoso día de verano, del momento exacto en el que sacó cincuenta mil yenes que no eran suyos de un sobre para pagar unos cosméticos. Sintió, incluso, el tacto de los billetes.

A partir de aquel momento, las cifras que indicaban el precio de las

cosas dejaron de tener un sentido concreto para transformarse solo en una especie de «masa». No se preguntó qué interés le cobrarían por el préstamo, cuánto tardaría en devolverlo. Le llegaban invitaciones para asistir a exclusivos *show rooms* y encargaba modelos sin pensar en el dinero, sin preguntarse cuánto saldo tenía en la cuenta, sin calcular en cuánto se quedaría una vez le cobrasen sus encargos. Si Kota le pedía prestados cien mil yenes, si Masafumi le pedía una consola para el hijo de algún cliente, ella jamás se paraba a pensar de dónde iba a sacar el dinero ni, obviamente, de quién era en realidad. De una manera inconsciente asumió que todas las cuentas y todos los bancos estaban interconectados y daba igual si eran los ahorros de Tamae Nago o un crédito rápido al consumo con intereses exorbitantes. El dinero era para ella el agua de un manantial que jamás se secaba, algo que brotaba de la nada sin fin, saciaba la sed de la gente a su alrededor y las ayudaba a seguir adelante con sus vidas. Algo de lo que se podía disponer sin límite cuando se necesitaba.

Poco a poco le fueron llegando órdenes de cancelación de los depósitos de algunos clientes y empezó a hacer malabares para reunir las cantidades que devolver. No le bastaba con su cartera de clientes y se dedicó a buscar otros nuevos, para lo cual tuvo que recortar su descanso del mediodía. Recorría la ciudad de arriba abajo, llamaba al azar a los telefonillos de las casas. Si conseguía que la atendieran unos minutos en la puerta de la casa, enseguida captaba qué clase de personas vivían allí, su situación económica. Si era el caso de tres generaciones que vivían juntas bajo el mismo techo o de un matrimonio joven, no dudaba en poner punto final a la conversación en cuanto tenía oportunidad, pero si se trataba de personas mayores con aspecto de tener dinero, volvía al cabo de unos días. Con sus visitas se abría camino en su corazón para que en el futuro cercano dejaran su economía en sus manos.

Unas pocas visitas le bastaban para sacar conclusiones y cuando intuía una buena oportunidad se presentaba a menudo. Era consciente de que por mucha urgencia que tuviera en conseguir el dinero no debía precipitarse.

Se inventó todo tipo de productos financieros ficticios para presentar a sus potenciales clientes: el depósito a plazo fijo Supergold, el Superplatinum y el Superdiamond. Si necesitaba liquidez para cubrir vencimientos, extraía dinero de sus cuentas, de la suya personal, de la que compartía con Masafumi, de la que había abierto para ingresar las devoluciones de Kota o de la que había abierto para devolver el dinero

«prestado» de sus clientes. El día de vencimiento de la tarjeta de crédito, recurría a esas mismas cuentas si no disponía de saldo. Fue así como perdió el hilo de lo que pagaba y por qué lo hacía. Un día tras otro se dedicaba a reunir la cantidad que le haría falta al día siguiente y, a pesar de todo, el dinero nunca faltó, el manantial nunca se secó.

En el interior de su cabeza oía un constante zumbido como el de una mosca. Era un ligero rumor, pero no cesaba nunca, no se desvanecía y, apremiada como estaba por su existencia frenética, falsificaba nuevos documentos, reunía más dinero, consultaba sus libros de cuentas, calculaba intereses, visitaba clientes sin descanso, iba y venía al banco, al cajero automático, sacaba dinero.

Un buen día se dio cuenta de que Kota tenía un móvil. Un aparatito pequeño y plateado que cabía en la palma de su mano. Algunos de sus amigos empezaban a usar móviles, que ya no eran algo tan excepcional. Pero lo que más le sorprendió fue que recibiera una llamada. Estaban en un taxi la noche de un sábado. Habían cenado en Gaienmae y volvían al piso de Futagotamagawa. El tono de la llamada la sobresaltó en la oscuridad del interior del coche. Kota respondió como si nada. Mezclado con el sonido de la radio oyó un hilo de voz que salía del aparatito.

–¡Ah, sí, sí! Ya lo sabía. Bueno, en este momento estoy un poco liado. Luego te llamo.

Cortó enseguida. Era una voz femenina, pero no le preguntó quién era.

–¡Anda! Te has comprado un móvil –se limitó a decir.

–Sí. Es una cosa muy útil. Deberías tener uno tú también. Podemos ir mañana si quieres.

–¿Tú crees que lo voy a usar?

–Desde luego. Así podemos llamarnos en cualquier momento. Hoy, por ejemplo, he llegado media hora antes y no me ha quedado más remedio que dar una vuelta por Omotesando mientras te esperaba. Si tuvieras uno podríamos habernos arreglado.

Algo desentonaba en la situación, pero Rika no llegaba a entender el qué.

Se bajaron frente al portal del edificio y subieron al piso. Nada más abrir la puerta y entrar, Kota la abrazó, la besó apasionadamente y ella disfrutó de la sensación de su lengua cálida moviéndose en el interior de su

boca. Cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no se acostaban. Mejor dicho, hacía tiempo que no se veían, diez días, tal vez dos semanas. Los días laborables no tenía un minuto libre con sus visitas, sus carreras de cajero en cajero. Entraron al dormitorio arrastrados por una fuerza superior a ellos, se abrazaron, se quitaron la ropa sin encender la luz y, apenas unos segundos después, sudaban en la habitación cerrada a cal y canto. Kota hundía su cara en los pechos de Rika, no los soltaba, ajeno por completo al calor, sin molestarse en encender el aire acondicionado. El placer electrizaba el cuerpo de Rika, arqueaba la espalda, aspiraba su aroma, que impregnaba el cuarto, ese olor espeso y vigoroso típico de un hombre joven que no existía en su propia casa, esa mezcla de sudor, testosterona y sueño.

El deseo voraz de Kota no fue suficiente para que llegase hasta el final. Nada más penetrarla se quedó sin fuerzas, y solo cuando ella recurrió a la mano recuperó la erección que desapareció de nuevo en cuanto volvió a entrar en ella. Después de tres intentos le dijo que lo sentía y la mano de Rika se detuvo.

–¿Por qué te disculpas? –le preguntó él mientras encendía el aire acondicionado.

–Es que…

No encontró las palabras para decir lo que quería decir y sus ojos se fijaron en la lucecilla verde del aire acondicionado en la oscuridad. La máquina expulsaba un chorro de aire frío. El sudor desapareció. Kota se tumbó a su lado en silencio.

–De niña –dijo de repente–, ¿no oíste hablar de esa profecía que anunciaba el fin del mundo para el mes de julio de 1999?

–¿La de Nostradamus? ¿Era el mes de julio? No conocía ese detalle. El mes que viene, ¿no?

Rika hablaba en susurros mientras se ponía la ropa esparcida por el suelo de la habitación. Julio empezaba la semana siguiente y no podía evitar preguntarse cómo acabaría.

–De niño oí que quizás habría una guerra nuclear, pero de momento no lo parece.

–No –contestó ella sin saber qué quería decir.

Cuando terminó de vestirse volvió a tumbarse a su lado.

–¿No tienes que llamar a alguien? –le preguntó.

–¿Qué? ¡Ah, sí! La llamada de antes. Era mi hermana –dijo en un tono neutro.

¿No tenía prisa por llamar porque era su hermana o no tenía motivos para sospechar de nada precisamente por eso? Rika esperó, pero él no dijo nada. Solo se oía el rumor del aire acondicionado y el de la respiración de ambos fundiéndose con el olor a sudor, testosterona y sueño. «Ojalá que se acabe –pensó Rika–. Ojalá se acabe el mundo de una vez por todas.» Su pensamiento sonaba como una letanía.

El día siguiente era domingo y no se compró ningún móvil. Se despertaron pasado el mediodía y salieron a almorzar. Después, Rika volvió a su casa sin pasar por el piso. Nada más llegar llamó por teléfono para pedir hora en un salón de belleza para el fin de semana siguiente y después de dudar un poco se conectó a internet. Buscó una agencia de detectives. No tenía un objetivo definido ni tampoco quería averiguar nada concreto. Actuó llevada por una mano ajena. La primera agencia que apareció debía de ser una de las más importantes del país. Tenían las oficinas centrales en Shibuya y numerosas sucursales en las afueras. Se apuntó el número de la oficina de Machida y apagó el ordenador.

Estaban a mediados del mes de julio, pero el mundo no daba señales de irse a terminar. Era miércoles cuando Rika caminaba a grandes zancadas por un distrito comercial con un sobre en la mano. Aún estaban a mitad de semana y, a pesar de todo, la calle estaba atestada de gente. Los ubicuos neones de las tiendas se entremezclaban con el ruido de la gente, con los gritos de los camareros de los bares a la caza y captura de clientes, con la melodía de una canción popular que sonaba por los altavoces de la calle. Había numerosos grupos de jóvenes y no tan jóvenes buscando un buen sitio donde beber, parejas embelesadas que paseaban al margen de cuanto les rodeaba. Rika se apresuró hasta la estación y, de pronto, le venció un cansancio insoportable; se sentía incapaz de mantenerse en pie. Sin dudarlo, entró en la primera cafetería que vio. Estaba demasiado iluminada, decorada con un sinfín de muñecas francesas y todo tipo de juguetes antiguos.

Se sentó a una mesa al fondo de la sala, pidió un café con hielo y sacó los papeles del sobre. Se derramó agua en la falda porque le temblaban las manos.

«Kota Hirabayashi mantiene una relación con una joven universitaria de

veintidós años, estudiante de Filología Inglesa en su misma universidad. La joven tiene un apartamento alquilado a diez minutos a pie de la estación de Sengawa, en la línea Keio.»

Una parte de sí misma no daba crédito a lo que leían sus ojos, pero otra parte pensaba que era lógico después de todo. Estaba aturdida. «¡No puede ser!», repitió varias veces.

El informe incluía una foto. Era una chica con el pelo recogido en una coleta. Parecía una niña. Rika se rio. Desde su perspectiva, Kota y ella eran, en efecto, unos niños. En la foto se les veía a ambos y de fondo el barrio universitario donde vivía ella. Estaba tomada con un teleobjetivo desde una considerable distancia, un poco borrosa. Salía de una casa. Se quedó boquiabierta. La imagen parecía un *déjà vu*, no tanto por ellos dos, sino porque era la típica foto de una infidelidad mil veces repetida. Una imagen casi banal. Tuvo ganas de reír. La camarera le sirvió el café con hielo y empezó a sorber con una pajita. No le supo a nada.

Llegó a casa y buscó otra agencia de detectives. No una franquicia de una gran agencia, sino una más pequeña con una sola oficina. A mediodía del día siguiente, en el intervalo entre una visita y otra, llamó desde una cabina. En ese momento entendió la utilidad de un móvil.

Encargó la investigación a tres agencias distintas, como un paciente que pide varios diagnósticos porque se niega a aceptar la realidad. En el mes de agosto recibió los informes. El mundo seguía como siempre. Su vida seguía igual: las mismas visitas, el trabajo de oficina en el banco, su casa, los créditos. Los números seguían siendo una masa informe. Le mandaba a Masafumi comida y ropa, todo cuanto le pedía. Por la noche falsificaba documentos con el escáner y la fotocopiadora.

La conclusión de las tres agencias fue casi idéntica: Kota Hirabayashi mantenía una relación sentimental con Madoka Nishi, estudiante de Filología Inglesa de veintidós años. Por los detalles descritos en los informes, resultaba evidente que se trataba de una relación completamente distinta a la que Kota mantenía con ella. Se veían los días de diario cuando ella terminaba las clases, iban a tomar algo por el barrio de ella y luego lo acompañaba hasta la estación más cercana. Los fines de semana iban al cine, de tiendas y, de vez en cuando, Kota la recogía en coche para ir a alguna parte. A veces se quedaba a dormir en su apartamento. Los informes no señalaban que ella hubiera ido al piso de Kota. Rika pensó que aún se sentía obligado con ella porque, después de todo, era quien pagaba el

alquiler. No sabía si por consideración también o porque aún le tenía cariño, no gastaba con Madoka el dinero que le daba. Era una relación normal para chicos de su edad y los ingresos de él parecían suficientes para cubrir los gastos. Le alivió no encontrar nada en los informes que tuviera que ver con *suites*, viajes, balnearios, taxis, botellas de champán, restaurantes caros. Sus lazos con ella no eran tan fuertes, pensó para consolarse, pero le desesperó comprender que ella nunca podría mantener con él una relación tan pura y saludable como esa.

La factura total de las tres agencias de detectives ascendió a los dos millones ciento cincuenta mil yenes.

Su relación no cambió, sin embargo. No se veían tanto como antes, pero uno o dos fines de semana al mes Rika se quedaba a dormir en el piso. Cuando estaban juntos no le daba vueltas al tema, pero cuando estaba sola no podía dejar de pensar en esa pareja joven de la foto. «Estarán juntos en alguna parte –pensaba–, habrán ido a comer, a ver una película…» Sus sospechas se transformaban en imágenes reales, como si de verdad los viera escondida en una esquina. Los perseguía con la imaginación sin salir de casa y mientras tanto hacía nuevas falsificaciones sin parar, agitada por un sentimiento que no sabía identificar como angustia o enfado. Pidió cita en el salón de belleza, en la peluquería, para la manicura. Nada de eso le sirvió para recuperar la calma y decidió salir para echar un vistazo en unos grandes almacenes de Shibuya. Se puso ropa nueva y eso, al menos, la consoló un poco. No tenía la más mínima intención de rivalizar con Madoka Nishi, pero no podía quedarse allí por más tiempo sin hacer nada. Algo. Debía hacer algo para recuperar la sensación de vivir el presente.

Pasó un año. En septiembre Masafumi la llamó para anunciarle que la empresa lo destinaba de nuevo a Japón. Volvería por Año Nuevo. Escuchaba su voz al otro lado del teléfono y apenas recordaba su cara. No había vuelto para las vacaciones de *obon*. Había dejado de ser una persona cercana. Últimamente solo le pedía cosas, esto, lo otro, lo de más allá y Rika se sentía como un distribuidor, un logista. Se preguntó qué persona era esa que iba a volver a su casa.

«Me alegro –le dijo con un hilo de voz, sorprendida porque le pareció la de otra persona–. Viviremos juntos de nuevo. Estoy impaciente. Espero que el tiempo pase rápido.»

Colgó. Miró el reloj de pared. Eran las dos de la tarde pasadas. Sábado. Kota no la había llamado y no tenían planes de verse ese fin de semana. Estaría paseando por ahí con su novia, supuso, ajenos por completo al bochorno de finales de verano. Los imaginó tomados de la mano y entonces agarró el teléfono para pulsar once números. Una voz femenina desconocida dijo que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. «Llámame enseguida. Estoy en casa.» Dejó el mensaje en el buzón de voz y colgó.

Pasadas las cuatro, Kota llamó. Quizás estaban en el cine, en un parque de atracciones o vaya uno a saber. A lo mejor habían ido a un museo y contemplaban un cuadro. Buscó algún indicio de Madoka Nishi en las inflexiones de la voz de Kota cuando él preguntó si pasaba algo.

–Me gustaría verte hoy. Mañana no, hoy.

–¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Detrás de su voz solo se oía el rumor de la ciudad, una música lejana, la voz de alguien que pasaba cerca, unas risas.

–No puedo decírtelo por teléfono. ¿Puedes o no?

–Es que… He quedado… –balbuceó.

«¿Esconde el fastidio gracias a la buena educación recibida? –se preguntó Rika como si pensara en un extraño–. ¿O es porque Madoka Nishi está a su lado? ¿Pretende ocultarle su inconveniencia?»

–De acuerdo –sentenció Rika–. Está bien. No te preocupes porque es la primera y la última vez que voy a hacer una llamada como esta.

Colgó sin esperar su respuesta.

«¿Cuánto dinero me he gastado contigo hasta ahora? ¿Cuánto dinero te he dado para que pagases tus deudas, para que te compres cosas, para comer, para que vayas de aquí para allá, para el alquiler del piso, para el coche, tus gastos, tus jueguecitos en bolsa? Y a pesar de todo eso, ¿te niegas a verme hoy?»

Era la primera vez que se enfadaba con él. Se sentía molesta y al mismo tiempo tenía ganas de reírse. De hecho, se rio. Ni siquiera ella sabía cuánto dinero se había gastado en total. «¿Treinta millones de yenes? ¿Más? ¿Nada de eso sirve para comprar un poco de tu tiempo?» Las manos le sudaban.

Pasadas las seis de la tarde Kota la llamó.

–¿Dónde nos vemos? –preguntó con una voz sin entonación.

–¿Qué? ¿Al final puedes? –preguntó muy sorprendida.

–¿No has dicho que no podías esperar a mañana?

–Está bien. Nos vemos en el piso. ¿Has cenado? Aún no, ¿verdad? ¿Cenamos juntos? ¿Qué te parece ese restaurante de sushi que vimos el otro día?

«¡Me ha elegido a mí y no a esa chica! La ha dejado sola sin cenar.» Rika estaba exultante, pero Kota siguió hablando con el mismo tono inexpresivo.

–No quiero cenar. No tengo hambre. Nos vemos en el piso.

Colgó el teléfono.

Poco antes de las ocho Rika llegó al piso de Futagotamagawa. Se había arreglado. Compró algo de comida en el súper de unos grandes almacenes, una botella de vino, un postre y se apresuró hasta allí. El enfado de hacía un rato se había desvanecido por completo y en ese momento solo sentía alegría.

Abrió el portal, entró en el edificio y subió. Se encontró a Kota sentado en el sofá. No había encendido la televisión, ni siquiera escuchaba música.

–Siento haberte estropeado los planes. Aún no has cenado, ¿verdad? No es bueno tener el estómago vacío. He comprado ensalada, rosbif y un poco de quiche *lorraine*.

Dejó las bolsas en la cocina sin parar de hablar y lo sirvió todo en platos de Wedgwood a quince mil yenes la unidad. Las copas de vino de Baccarat finamente talladas las había conseguido por menos de veinte mil la pieza. La cubertería de Christofle, por un total de trescientos mil yenes. En un principio le había parecido excesivo comprar un juego de mesa para seis, pero se decidió pensando en la posibilidad de que podrían recibir invitados en algún momento. Siempre pensó en comprarse todas esas cosas cuando se casara. No pudo hacerlo once años antes cuando se mudó a la casa de Nagatsuta y aún usaba allí una vajilla de Ginoli de porcelana blanca y otra de Arita Yaki que le habían regalado sus padres en la boda. Su intención era comprar poco a poco tazas de Wedgwood en los aniversarios, pero en algún momento se olvidó de hacerlo. Cuando volviera Masafumi retomaría esa vida, una vida de comidas servidas en platos corrientes, una vida ambientada con el ruido de fondo de la televisión, una vida en la que debía quitar los granos de arroz pegados a los cuencos, secar la vajilla con un paño de cocina y confirmar que todo estaba limpio.

Despejó la mesa, la limpió y empezó a colocar los platos. Kota no se movió del sofá.

–¿Tan importante era esa cita? –le preguntó para testar su nivel de

enfado y adaptarse a su humor.

–No. Puedo aplazarla, no pasa nada –dijo en un tono suave para ocultar su enfado.

–En ese caso, comeré yo sola. Bebe un poco de vino al menos.

–No, gracias.

Rika se sentó y empezó a comer mientras examinaba el salón. Estaba todo limpio y ordenado porque iba un servicio de limpieza dos veces por semana. La presencia de Kota no se reflejaba en ningún detalle a excepción de una consola tirada de cualquier manera en el mueble del televisor o de la ropa que había en el respaldo del sofá. Rika buscaba sin éxito un indicio de Madoka Nishi en alguna parte.

–Qué raro que no tengas hambre. ¿Qué has comido a mediodía?

«… con Madoka», le hubiera gustado añadir.

Kota no contestó, sino que se limitó a preguntar en el mismo tono de voz:

–¿Qué es eso tan importante que querías hablar conmigo?

El intento de cambiar de tema le dio a Rika ganas de insistir. «¿Habéis comido pasta, *ramen*? Algo que jamás comerías conmigo, seguro.»

–Escúchame. Dime de una vez qué es eso tan importante de lo que quieres hablar.

Por fin se dio la vuelta para mirarla de frente. Tenía la boca ligeramente torcida, algo parecido a una sonrisa. Rika se sintió aliviada.

–¿Qué te parece si compramos un piso y dejamos este?

La idea se le había ocurrido cuando Masafumi le dijo que volvía. No le iba a quedar más remedio que trasladar el ordenador y el escáner a otra parte. Dormir con Kota los fines de semana iba a resultar imposible. La solución a sus problemas era, por tanto, tener un sitio suyo un poco más cerca de su casa. Allí podrían verse cuando tuviera tiempo y allí podría dejar sus cosas. No pensó que Kota podría descubrir su estafa, tan solo que necesitaba un lugar cómodo y seguro.

Ni ella misma sabía por qué pensaba así, pero suponía que el proyecto lo alejaría de Madoka Nishi. Asumía también que en un futuro no muy lejano se separaría de Masafumi.

–Es absurdo pagar doscientos ochenta mil yenes al mes de alquiler. Es mucho más rentable dar una entrada y pagar la hipoteca. Si no estuviera tan lejos de mi casa me resultaría más fácil acercarme en cualquier momento, sería más cómodo para ambos.

Rika hizo girar la copa de vino en círculos para airearlo.

–Quiero replantearme el futuro –continuó–. Con mi marido no tengo problemas de dinero, eso es cierto, pero tampoco futuro. Me gustaría hablar contigo de eso, tomar juntos una decisión. No sé qué será de mí si me separo, pero ahora mismo puedo comprar un piso y quizás debería preparar el terreno, ¿no crees?

–Rika –dijo Kota.

Ella guardó silencio. Apartó los ojos de la copa de vino y los dirigió a él. De nuevo volvía a darle la espalda. Temblaba. «¿Se está riendo? –se preguntó–. ¿Qué es lo que le ha hecho tanta gracia? ¿A lo mejor es que está contento? ¿Se alegra porque le he dicho que quiero separarme?»

–Rika. Lo siento. Quiero irme de aquí.

Las palabras de Kota la golpearon repetidamente. Su voz sonaba como si la hubiera arrastrado con mucho esfuerzo desde un abismo.

«¿Quiere irse de este piso? ¿Significa eso que está de acuerdo en comprar uno?»

Se sintió extraña, como si otra Rika la observase de lejos y no diese crédito a sus preguntas.

–¡Sácame de aquí!

Kota se acurrucó en posición fetal y hundió la cara en las rodillas. Sus hombros temblaban ligeramente.

«¿Cómo se me ha ocurrido pensar que se estaba riendo?»

–¡Por favor! –rogó él con una voz de niño perdido, aplastado por un insoportable peso–. ¡Por favor!

«¿De dónde quiere que lo saque, de aquí?»

Rika se hizo la pregunta a sí misma, pero fue incapaz de formulársela a él.

VI

VI

YUKO OKAZAKI

Yuko se detuvo para que su hija pudiera alcanzarla. Cuando Chikage se dio cuenta de que su madre se había parado, caminó aún más despacio sin despegar la vista del suelo.

–¿Qué haces? ¡Date prisa!

Le habló tan alto que la gente de alrededor se dio media vuelta para mirarlas. A Yuko no le importaban los demás. Se acercó enfadada y la agarró con fuerza del bracito.

–¡Me haces daño!

–¡Pues te aguantas!

No solo no aflojó la presión, sino que echó a andar a toda prisa arrastrándola tras de sí. La vista se le nubló de repente y notó cómo le caían lágrimas por las mejillas. No tenía intención de llorar, pero era incapaz de dejar de hacerlo.

Hacía dos horas la habían llamado de un supermercado cercano para decir que fuera a recoger a su hija porque había robado algo. Salió de casa atropelladamente, lívida. Cuando entró en el despacho del encargado, Chikage estaba sentada delante de un escritorio de oficina donde había una serie de productos cosméticos para niñas. El encargado del supermercado la había sermoneado durante más de una hora y después la había dejado allí sola.

–Lo siento, mamá.

Las lágrimas de su madre le provocaron una mezcla de sorpresa y temor.

–Es que quería todo eso y estaba segura de que no me lo comprarías. Todas las chicas de mi clase lo tienen y yo no. Por eso no puedo hablar con

ellas.

Las disculpas de la niña le parecieron sinceras. La voz casi no le salía del cuerpo. Siempre se había preocupado de educarla para que se mantuviera al margen de esa clase de tonterías, le repetía hasta el aburrimiento que el empeño en querer ser como los demás era algo absurdo, que ella era única.

–¿No te importa que mis amigas me hagan el vacío? ¿No te importa que seamos tan pobres?

Yuko no respondía y, quizás por eso, Chikage se enfrentó a ella mostrándose cada vez más desafiante. Se le quedó la mente en blanco y cuando quiso darse cuenta le había dado una bofetada en plena calle. Se arrepintió de inmediato, pero le dio la espalda y se echó a andar sin decir nada.

Para ahorrar luz, Chikage debía acostarse sobre las ocho y no le dejaban ver la tele mientras cenaba. Para ahorrar agua, su madre había metido una botella de plástico en la cisterna del inodoro y consultaba trucos en revistas para amas de casa que, si le parecían oportunos, ponía en práctica. No le daba una paga mensual a la niña y cuando tenía agujeros en los calcetines se los zurcía para que aguantaran un tiempo. Todos esos esfuerzos no los hacía porque fuera tacaña. Actuaba así de acuerdo con su marido para enseñar a la niña que no todo se podía solucionar con dinero. No querían acabar como una de esas horribles familias que siempre gravitan alrededor del dinero.

Dobló la esquina de la avenida principal que daba acceso a su urbanización y miró atrás. Chikage, cabizbaja, arrastraba los pies a unos diez metros de distancia. Debía de estar llorando porque se frotaba la cara con el brazo sin parar. Yuko no sabía en qué se había equivocado y no entendía cómo podía haber pasado eso. Observaba a su hija en la distancia y se repetía la misma pregunta una y otra vez.

Su intención era que Shinichi, su marido, la pusiese en su sitio, pero después de cenar le habló a la niña en un tono cariñoso:

–Vete ya a dormir, cariño.

–¿Por qué no le dices nada? –le reprochó Yuko muy enfadada mientras fregaba los platos.

–Oye, ¿no te parece que ya basta de ahorrar y de todas esas cosas? –le

preguntó mientras extendía el periódico de la tarde encima de la mesa.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que quiero decir es que no deberías forzarla tanto.

–¿A qué te refieres con forzar? ¿Prefieres que le compre lo que sea cada vez que se le antoje solo por el hecho de que lo tiene todo el mundo?

–No estoy diciendo eso… –refunfuñó molesto para añadir enseguida con un suspiro–: No creo que debamos empeñarnos tanto con lo del ahorro.

–Pero ¿qué dices? La hora de irse a dormir, no darle la paga, el horario de la tele, todo lo hemos decidido juntos. Una parte es por ahorrar, sí, pero otra es por educación.

Le hablaba en un tono firme con las manos apoyadas en la barra de la cocina.

–Claro que lo acordamos. También a mí ahorrar me parecía una buena idea, no solo para comprarnos esta casa, sino por el futuro de Chikage. Claro que sí. Pero por culpa de todo eso ha sucedido algo como lo de hoy. ¿No crees que nos hemos pasado, que hemos confundido las prioridades?

–¿Acaso estás diciendo que ya no hace falta pensar en el futuro, que podemos vivir sin preocuparnos de los gastos? ¿Acaso estás diciendo que deberíamos dejar que una niña de su edad se compre cosméticos cuando le venga en gana?

–No estoy diciendo nada de eso –dijo Shinichi irritado sin levantar la vista del periódico–. ¿No te resulta absurdo tanto padecimiento a causa del dinero, de tanto darle vueltas a lo que está por venir?

–¿Cuándo me he dejado yo tiranizar por el dinero?

Su grito histérico lo obligó a cerrar el periódico y a hacer todo lo posible para mantener la calma.

–Si hago todo esto es, precisamente, para no acabar arrastrados por el dinero.

Yuko salió de la cocina para limpiar la mesa con una bayeta y él se quitó del medio con un gesto brusco.

–Me temo que si se esfuerza tanto con eso de ahorrar, se convertirá en una mujer como esa que se apropia del dinero de sus clientes.

Yuko se quedó boquiabierta. No entendía por qué sacaba de repente ese tema. No recordaba haberle dicho que era su excompañera de quien hablaba. Él se alejó y cuando estaba en el pasillo oyó a sus espaldas:

–¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo le va a pasar eso a Chikage? Yo hago todo cuanto está en mi mano para que jamás se convierta en esa clase de

persona, para que el dinero no se convierta en una obsesión para ella y aprenda a vivir con lo que hay.

Shinichi no se dignó en mirarla. Abrió la puerta del baño y cerró con un portazo.

Yuko se quedó plantada entre el salón y el pasillo. Se fijó en la lucecilla que salía por debajo de la puerta del baño. Recordó la sonrisa de Rika cuando estaban en el instituto, de esa frescura suya que olía como una pastilla de jabón recién sacada del envoltorio. «Rika… –dijo como si hablase con aquella sonrisa–. ¿Qué te has comprado con todo ese dinero? ¿Qué pretendías conseguir?» Las preguntas cambiaron enseguida de destinataria para dirigírselas a sí misma. «¿Para qué me esfuerzo tanto? ¿Para qué sirven todas estas privaciones? ¿Para qué ahorro yo en realidad? ¿Qué pretendo conseguir con todo esto?»

Del baño le llegó el rumor del agua de la ducha.

KAZUKI YAMADA

Kazuki salió con Makiko del piso de su suegra sin ningún destino concreto. A pesar de todo, se echó a andar como si lo tuviera muy claro y ella lo siguió cabizbaja. Llevaba dos mil yenes en la cartera y unas cuantas monedas. También el billete de diez mil yenes que acababa de darle su suegra para que fueran a comer algo por ahí.

–¿Quieres comer? –le preguntó a pesar de que no tenía intención de gastarse ese dinero.

El acto de dárselo había sido para él una especie de humillación.

–¿*Ramen* o algo sencillo? –insistió.

–De acuerdo –respondió ella sin levantar la cabeza.

El sol estaba a punto de ponerse. Cuando salieron de la zona residencial moteada de casas y bloques de pisos, llegaron a la zona comercial que daba acceso a la estación. Bajo el cielo anaranjado resplandecían las luces de los fluorescentes que iluminaban las tiendas. Se oían las voces enérgicas de los pescaderos, de los verduleros. Llamaban a sus clientes perdidos entre los grupos de jóvenes, entre las familias o las amas de casa. Cruzaron el paso de cebra y caminaron en silencio entre el gentío. A pesar de la multitud, Kazuki se sentía como si les hubieran abandonado en el mundo a ellos dos solos.

Llevaba en el bolsillo los papeles del divorcio firmados, listos para presentarlos en ese mismo instante. De común acuerdo habían decidido que Makiko se quedaría con la custodia de los niños, renunciaría a cualquier tipo de indemnización y él, por su parte, se haría cargo de la manutención. Ella no puso ninguna objeción. Acababan de acordar con su suegra que tras el divorcio se mudaría allí con los niños. Era Kazuki quien se lo había pedido con la esperanza, en parte, de que de ese modo las cosas terminarían por colocarse donde debían estar. Sin embargo, en ese momento y en esa circunstancia albergaba la duda de si se había equivocado en algo. No estaba convencido del todo.

El invierno anterior Makiko recuperó la alegría y la vitalidad de antaño y dejó atrás a esa mujer triste que solo abría la boca para quejarse y soltar algún sarcasmo. Duró un tiempo, lo suficiente para proporcionar a Kazuki un respiro, pero pronto se dio cuenta de que había empezado a gastar mucho dinero. Iba todos los fines de semana de compras, a cenar con los niños. Los armarios empezaron a desbordarse con la ropa nueva y en el salón se amontonaban juguetes de todo tipo. Kazuki sabía perfectamente que su salario no alcanzaba para pagar todo eso, pero la creía cuando le aseguraba que eran regalos de su madre. Miraba a otra parte y se esforzaba por creerla.

En primavera descubrió que todo el dinero no era de su madre, sino de un crédito al consumo a un interés en principio razonable y pensado específicamente para amas de casa. Kazuki encontró en el buzón una carta de apremio de pago un día que ella no estaba en casa. En apenas tres o cuatro meses se había gastado cerca de un millón de yenes y, no contenta con eso, había pedido otro crédito para devolver el primero, con lo que la suma total de la deuda ascendía a dos millones.

Cuando le pidió explicaciones, ella solo acertó a decir que no quería que sus hijos pasaran estrecheces. Lo de siempre. Tenían una casa, iban al colegio, tenían ropa para vestirse y comida para alimentarse. Kazuki le preguntó hasta el agotamiento a qué se refería exactamente con estrecheces. Solo quería darles lo mismo que sus padres le habían dado a ella, repetía. Al final se resignó y decidió no hablar más. Le pidió a su abogado que se hiciera cargo del asunto de la deuda y la saldó con su paga extra de verano y con un dinero que había ahorrado para sus hijos. En total, un millón y medio de yenes, descontadas las correspondientes reclamaciones.

Seguía viendo a Mutsumi, pero todo aquello afectó inevitablemente a

sus sentimientos. La deuda y la minuta de los abogados le habían dejado al límite de sus posibilidades, pero a ella todo eso le daba igual y se hizo cargo, al igual que el día de su cumpleaños. Lo hacía porque quería. Él sabía agradecérselo, pero dadas las circunstancias no pudo evitar una punzada de temor.

Le regaló un reloj por su cumpleaños y cuando Kazuki vio en una revista por pura casualidad que costaba casi un millón de yenes, pensó muy en serio que debía poner distancia de por medio. Siempre había pensado que era lo opuesto a su mujer, pero podía estar equivocado y, en cierto sentido, ser exactamente iguales. Quizás asumía sin saberlo que con su economía podía manejar las cosas a su antojo.

El mismo día que liquidó la deuda, cuando volvió a casa por la tarde y los niños se durmieron, Kazuki abordó el asunto del divorcio. Le dijo a Makiko que sus valores y su forma de entender la vida eran muy distintos, casi antagónicos; su idea de la educación y de la economía familiar, incompatibles, y que en esos términos le resultaba imposible seguir con ella durante más tiempo. Makiko lo miró fijamente sin ninguna expresión en la cara.

Hacía solo dos semanas había firmado los papeles de divorcio que le había entregado Kazuki. Fue ella quien propuso irse con los niños a casa de su madre. De hecho, habían ido a verla para tratar el asunto. Makiko la había llamado por teléfono para avanzarle algo. Ella, sin embargo, no dijo nada y se limitó a decir que ya hablarían de los detalles concretos a su debido momento. Después se ofreció a llevar a los niños a comer fuera. Fue entonces cuando le dio el billete de diez mil yenes a Kazuki.

Se detuvo delante de un viejo restaurante chino y le preguntó a Makiko si le parecía bien. Asintió inclinando la cabeza y él apartó las cortinillas de la entrada. No había un solo cliente. Un hombre mayor con un gorro de cocinero y la que debía de ser su mujer con el delantal puesto estaban sentados a la barra mirando la tele. Se sentaron. Kazuki pidió *ramen* y *gyoza*. Makiko, *chukadon*, un salteado de verduras, carne, langostinos con arroz y una cerveza para compartir. Cuando la mujer les llevó los vasos, Makiko sirvió a Kazuki cuidando que la espuma no rebasara. La mujer sirvió las empanadillas al vapor en primer lugar. Dejó el plato en medio de la mesa. Las probaron. Estaban aguadas y solo sabían a col. Kazuki no pudo reprimir un gruñido. Makiko se rio. Se dio cuenta de que hacía mucho que no la veía sonreír.

–Escúchame, ¿de verdad es imposible? –le preguntó sin saber muy bien qué quería decir en realidad–. Es imposible, ¿verdad?

–¿A qué te refieres? –preguntó ella en voz baja con la cabeza agachada y la mitad de una empanadilla abandonada en su plato.

–Esa estrechez y esa abundancia de la que hablas siempre. ¿De verdad es algo que solo se puede medir con dinero? ¿No podemos ofrecer a nuestros hijos algo que les permita ser felices sin convertirlos en unos materialistas?

Se inclinó sobre la mesa para escuchar su respuesta. Ella seguía con la cabeza gacha y desde el televisor llegaron unas sonoras risotadas. Kazuki se contuvo las ganas de mirar al aparato y no apartó los ojos de ella. Imploraba para que levantase la cara y dijese que tal vez no era imposible.

RIKA UMEZAWA

En la primavera del año 2001 Masafumi volvió a Tokio una vez finiquitado su destino en Shanghái. Rika ya no podía falsificar documentos en casa como había hecho hasta entonces. Alquiló un apartamento de una sola habitación cerca, se llevó el ordenador y la fotocopiadora y cuando debía hacer algo se iba allí en cuanto Masafumi se quedaba dormido, trabajaba toda la noche y volvía antes del amanecer.

Tras una separación prolongada empezaron a vivir juntos de nuevo con muchas dudas y vacilaciones. No sabían cómo tratarse el uno al otro. Hacían planes para ocultar la angustia de reconocer que, en realidad, no tenían nada que decirse. ¿Por qué no vamos a algún sitio este fin de semana?, proponía Masafumi. Sí, me gustaría ir a Yokohama. Hace mucho tiempo que no voy y podríamos comer algo en el barrio chino. ¿Por qué no vamos a algún *resort* en la *Golden Week* y así nos relajamos un poco? Un compañero me ha dicho que le encantó Bali. Ese era el tono de su comunicación.

Desde que Masafumi había vuelto, Rika llegaba a casa por la tarde con la compra y cocinaba para él mientras lo esperaba, como si así pudiera recuperar su vida anterior. Podía molestarla, en realidad, aburrirla sobremanera, pero actuaba así de todos modos. También, en parte, porque le daba miedo contactar con Kota. Solo lo había visto en una o dos ocasiones después de aquella noche en que lloró y le dijo que quería

marcharse. En las dos ocasiones se sintió muy incómoda y la conversación no fluyó. Sin embargo, aún le cargaban en la cuenta las mensualidades del alquiler del piso y los plazos del coche y cuando veía esos números sentía que, de algún modo, aún estaba conectada con él. Lo imaginaba sano y salvo en aquel piso limpio y silencioso.

Mientras servía la carne con patatas, el pescado cocido con salsa de soja y la ensaladilla rusa en esa vajilla dispar tan distinta de una Wedgwood, murmuró sin darse cuenta: «Descúbranme.» Al escucharse levantó la cara y se preguntó qué acababa de decir. «Descúbranme. Sí. Por favor, que alguien descubra lo que estoy haciendo.» Se quedó paralizada. «¡Por favor, que me descubran!», volvió a repetir.

No obstante, Rika sabía perfectamente que al día siguiente volvería a entregar certificados falsos sin perder la sonrisa, a sacar dinero de la cuenta de Tamae Nago para devolver vencimientos o la totalidad del depósito a los clientes que así se lo pedían; pagaría el alquiler del piso donde vivía Kota, los plazos del coche, iría al supermercado a comprar carne de vacuno a mil doscientos yenes los cien gramos, una crema para la cara de cincuenta mil, saldría a cenar con Masafumi a un restaurante con menú degustación a veinte mil el cubierto y, si se daba el caso de que sus padres la llamasen para lamentarse por la marcha del negocio, les llevaría algo de dinero. La rutina de sus días no tendría fin a no ser que alguien la descubriera.

El banco realizaba una inspección contable periódicamente o cuando se detectaba alguna irregularidad, pero Rika producía certificados falsos al margen de la operativa del banco, y los ingresos y retiradas de efectivo que realizaba no significaban ninguna anomalía. En una ocasión hubo una inspección por un desajuste en el pago de intereses y durante todo el tiempo que duró pensó que todo saldría a la luz. Mientras estaba fuera de la oficina el paisaje a su alrededor le parecía haber perdido verticalidad, como si el suelo bajo sus pies se derritiera. Sin embargo, de regreso a la oficina, comprobó que no habían descubierto nada de nada y se encontró, ni más ni menos, con el panorama de siempre.

«¡Que alguien lo descubra!»

Tapó el plato del pescado cocido con miso con un film transparente que se empañó por culpa del calor. Rika miró fijamente las gotas de vaho que caían. «¡Que lo descubra alguien, por favor!» Oía un zumbido como si muy cerca volase una nube de diminutos insectos.

Fue durante la estación de lluvias, tres meses después del regreso de Masafumi. Rika recibió una carta del banco que la instaba a tomarse diez días de vacaciones.

–Piensa que es una paga extraordinaria –le dijo Inoue–. Los de contrato fijo pueden disfrutar de unas breves vacaciones de vez en cuando, pero los demás no. Nunca faltas al trabajo y tus números siguen siendo excelentes. Es una muestra de gratitud de la empresa. Durante los días libres no te van a pagar extras, pero el salario base sí. Imagina que son tus vacaciones de verano.

Inoue le hablaba con su gesto afable de costumbre.

No podía ausentarse durante diez días. Alguien iría a visitar a alguno de sus clientes y todo se descubriría. Por mucho que lo deseara en el fondo de su corazón, cuando le llegó la noticia de las vacaciones tuvo miedo. Si esos días libres eran como una paga extraordinaria, entonces los rechazaría con el argumento de que su marido no podía disfrutar de las suyas en el mismo momento y no quería ir sola de viaje. Una compañera le contó que no se trataba en realidad de una especie de paga extra, sino más bien de una inspección en toda regla. Trabajaba allí desde hacía mucho tiempo y se lo contó a media voz de camino a la estación.

–Parece ser que a finales de año un compañero de otra sucursal hizo algo irregular. Amañó un cajero como si se hubiera estropeado y se llevó diez millones de yenes. Por eso han decidido hacer una inspección general simultánea y nos dan a todos entre una semana y diez días de vacaciones. ¿No te parece una suerte? Después de todo son unas vacaciones pagadas.

–¿Y qué pasó con él? –preguntó Rika fingiendo indiferencia.

–¿A quién te refieres?

–A ese hombre que vació un cajero.

–No lo sé. Imagino que lo despidieron. Se cuidan mucho de no dar publicidad a esas cosas. Si hubiera sido una de nosotras, un millón habría bastado para montar un buen escándalo –dijo entre risas.

No había forma de rechazar las vacaciones. Tomarlas era una obligación. «Aprovecharán mi ausencia para investigar a fondo –pensó–. Hasta aquí he llegado.»

Se despidieron en la estación y Rika contempló el paisaje desde el tren. «Hasta aquí he llegado– volvió a repetir–. No puedo ir más allá.» Por la noche invitó a cenar a Masafumi a un restaurante cercano y le habló de las vacaciones como si solo fuera un asunto trivial. Disimulaba así que, en

realidad, no tenía nada de qué hablar.

–Podríamos irnos juntos a alguna parte. Hace mucho que no lo hacemos. Podríamos viajar como antes.

Le hablaba mientras comían *sashimi* sentados a la barra del restaurante.

–Es buena idea. Acabo de volver de Shanghái y me gustaría descansar un poco en alguna playa.

–¡Estupendo! Buscaré algún destino y nos daremos un gusto. ¿Estás de acuerdo?

Rika volvió a llenar su vaso de sake.

De vuelta en casa, Masafumi le dijo:

–Tenemos la vida con la que habíamos soñado, ¿verdad?

Era cierto. Tiempo atrás habían hablado a veces de algo así. Era un recuerdo vago, lejano, como un sueño de infancia. «Sí –murmuró–. ¿Qué clase de idea tenía yo de la vida por aquel entonces?»

–He trabajado y trabajado sin parar. Muchos días he ido yo solo a la oficina. Llevo casi quince años sin hacer otra cosa, pero, al menos, hemos alcanzado nuestro sueño.

Estaba borracho y arrastraba las palabras. «Sí», murmuró Rika otra vez con los ojos puestos en el cielo. Una luna delgada brillaba en lo alto. Alguien debía haberla cortado con un cuchillo. En algún momento, en algún lugar, había visto una igual, pero era incapaz de recordar dónde.

–¡Qué ilusión! ¡Vacaciones al fin! –dijo sin apartar los ojos de la luna.

–¿Dónde quieres ir el año que viene?

–¿Ya estás pensando en el año que viene? Si vamos ahora a un lugar cálido podemos ir después a uno muy frío, ¿qué te parece?

Lo planteó sin creer de veras que al año siguiente fueran a ir de vacaciones a ninguna parte. De hecho, no creía que fueran a disfrutar de unas vacaciones juntos nunca más.

Rika decidió tomarse las vacaciones a partir del 8 de septiembre y hasta ese mismo día corrió sin parar de un sitio a otro. Ya no dudaba. Iba a distritos que no le correspondían a la búsqueda de nuevos clientes, recomendaba sus productos financieros falsos a personas de las que sabía poco o nada y sin tomarse siquiera la molestia de anotar las cantidades que le entregaban, usaba el dinero para saldar sus incontables deudas. Comprobó el saldo de la cuenta de ahorro que había abierto para devolver desde ahí el dinero que

desviaba de sus clientes. Apenas alcanzaba los doscientos mil yenes.

Se acordó de Kozo Hirabayashi, del matrimonio Yamanouchi, de todos sus clientes que esperaban sus visitas con ilusión y la invitaban a tomar un té con dulces. Era imposible devolverles todo el dinero que les había estafado. Ni siquiera era capaz de calcular la totalidad de la estafa porque solo de pensarlo le daba pánico.

Decidieron irse de vacaciones a Phuket, en Tailandia, y antes de volver a Japón, ella sola seguiría de viaje durante otros cuatro días. Quería visitar a una amiga que vivía en Singapur. La idea no pareció gustarle a su marido en un principio y quiso saber quién era esa amiga suya, pero cuando le explicó que era una compañera de la universidad que estaba casada con un hombre al que habían destinado allí por trabajo y le mostró algunas fotos y algunas cartas de felicitación de Año Nuevo, se quedó más tranquilo y estuvo de acuerdo. Era cierto que una compañera suya de la universidad vivía en Singapur, pero toda su relación se limitaba al intercambio de felicitaciones.

Compró billetes en clase *business* hasta Phuket y reservó un hotel sin dejar de pensar que sería la última vez. Liquidó el alquiler del piso y se deshizo de la mitad de la ropa y cosméticos que había acumulado en casa. Terminó de pagar el coche y canceló todas las cuentas excepto una. Quemó en el jardín los extractos, las libretas, los cuadernos y los documentos que escondía en el armario.

Cuanto más se acercaba la fecha de la partida más abatida estaba. Se llevó sin permiso la agenda de teléfonos de casa de Tamae Nago y llamó a los números de quienes supuso correspondían a los de sus hijas. La demencia senil de la mujer avanzaba a paso lento pero seguro y no era recomendable que siguiera viviendo sola. Sabía que tenía dos hijas, pero solo pudo contactar con una de ellas. Aquella mujer al otro lado de la línea le habló en todo momento con tono molesto.

–No tengo relación con mi madre y no quiero que me llame por nada relacionado con ella –le espetó–. Se quedó con la parte de la herencia de mi padre que me correspondía. A partir de ese momento dejó de ser mi madre. Si tanto dinero tiene que haga lo que le parezca oportuno.

Su voz era estridente. Ni siquiera se molestó en preguntar quién llamaba. Dijo lo que consideraba que tenía que decir y colgó sin más.

Rika buscó por su cuenta y riesgo una residencia de la tercera edad para Tamae. Hizo todos los trámites para ingresarla. Estaba en la prefectura de

Chiba y era un lugar donde la atenderían las veinticuatro horas. Solo ingresarla costaba cinco millones de yenes, y la habitación individual y la manutención sumaban algo más de dos millones al año. En su cuenta Tamae tenía una cantidad muy superior. Durante el mes de agosto fue a verla en numerosas ocasiones para convencerla de que se fuera a vivir a la residencia. Ella, sin embargo, se negaba. No quería dejar la casa donde había vivido siempre, no quería estar cerca de otras personas mayores. A veces ni siquiera reconocía a Rika y le gritaba diciendo que se fuera de su casa.

Rika pensó que no lograría su objetivo y al final decidió escribir una carta a su jefe para pedirle que fuera a verla de vez en cuando para interesarse por ella. Le pedía que no la abandonase y que cuando ya no se valiese por sí misma usase sus ahorros para ingresarla en la residencia. Metió la carta en un sobre con el folleto de la residencia y la cartilla del banco. La enviaría el mismo día que saliera de Japón.

El 7 de septiembre acudió al trabajo como de costumbre y salió a visitar a sus clientes. Volvió a la sucursal sobre las cuatro y media de la tarde, ordenó su mesa y lo limpió todo a conciencia. Se despidió de Inoue, le agradeció las vacaciones, habló con sus compañeras en el vestuario de lo que tenían pensado hacer de cena, caminaron hasta la estación y se despidieron hasta la vuelta.

El 8 de septiembre salió con Masafumi muy temprano de casa para ir al aeropuerto de Narita.

Mientras él descansaba en el *lounge* antes de embarcar, Rika fue a echar la carta al buzón y llamó a Kota desde una cabina. Pensó que no respondería, pero después de cuatro tonos escuchó su voz.

–Sí…

–Soy yo –dijo Rika en voz baja.

–Ah… ¿Qué pasa?

La voz de Kota no sonaba alegre como antes, pero no era momento de lamentarse.

–No voy a poder verte durante un tiempo. Escúchame bien. Olvídate de mí. Olvídate de que me has conocido y de que has estado conmigo.

–¿Qué? ¿Qué dices?

Su voz sonaba ahora molesta.

–Deberías marcharte del piso lo antes posible a pesar de que he dejado pagado el alquiler durante todo el año.

No hubo respuesta.

–Si recibes la visita de alguien, si alguien te pregunta si conoces a Rika Umezawa, di que no, que no me conoces de nada, que nunca me has visto. ¿De acuerdo?

«¿Me conoces en realidad? ¿Quién me conoce a mí? Ni siquiera yo misma sé quién soy.»

No esperó su respuesta.

–¿De acuerdo? –se limitó a decir.

Después colgó el teléfono.

Cuando abandonó Bangkok, Rika se dirigió a Chiang Mai en un autobús nocturno, tal como le había recomendado Hayama. Era un lugar mucho más pequeño, casi de campo. No obstante, abundaban los turistas occidentales y japoneses que parecían haberse quedado allí varados. Tal vez fuera posible desaparecer entre toda esa gente.

No era un lugar desarrollado, más bien una ciudad pequeña, pero el centro estaba atestado de gente a todas horas. Entre los hoteles y los *guesthouses* se levantaban templos acosados por restaurantes y tiendas de suvenires. Por la noche abría un bazar que parecía una fiesta eterna. Vendedores y turistas se deslizaban entre luces resplandecientes con una expresión absorta en los rostros. Rika caminaba por allí sin hacer nada, sin comprar nada.

Una joven pareja de occidentales eligió una camiseta en un puesto. Unas chicas japonesas se decantaron por algo en una tienda de accesorios. Un grupo de turistas chinos rodeaban la talla de un elefante decorado y escupían saliva mientras regateaban el precio. Un vendedor cargado con hamacas a la espalda trataba de vendérselas al primero que se le ponía por delante. Una mujer de mediana edad con un pareo señalaba unos platos preparados para pedir lo mismo. La ciudad entera estaba sumergida en el olor de las especias, del aceite y del arroz tailandés.

Debía evitar los lugares concurridos, pero todas las noches paseaba por los alrededores del bazar para disfrutar ella también del ajetreo. Nada conmovía su corazón, sin embargo. No le gustaban los vestidos de seda a medida, los anillos engastados con piedras preciosas de poca monta ni tampoco las humildes postales. No deseaba nada. Si tenía hambre devoraba tallarines en sopa o arroz frito en cualquier puesto callejero. Lavaba todos

los días su camiseta y la falda barata que se había comprado en Bangkok, pero, por alguna razón que no llegaba a entender, cada vez parecían más sucias.

Al abrirse paso entre el bullicio y las luces cegadoras sin ver nada concreto en realidad, sin conmoverse por nada, se ponía nerviosa y, a veces, le daban ganas de gritar. Trataba de calmarse, pero no podía evitar ese grito reprimido, el sudor que no dejaba de brotar por todos los poros de su piel.

«Puedo hacer cualquier cosa que me proponga, ir a donde me venga en gana, conseguir lo que necesite. Mejor dicho, tengo todo lo que quiero entre mis manos.» Al pensar de ese modo sentía como si hubiese conquistado una gran libertad. Se trataba de una sensación tan poderosa que eclipsaba por completo a aquella otra que tuvo una mañana ya lejana en el andén de una estación. «¿Qué es lo que me ha hecho sentirme libre hasta ahora? ¿Qué imaginaba yo que había conseguido? Esta libertad sin límites de la que disfruto, ¿solo se puede adquirir después de dilapidar una fortuna que jamás habría sido capaz de ganar por mí misma o acaso es porque he renunciado a todo, porque no tengo un lugar donde volver, una cuenta bancaria siquiera?»

En un puesto callejero donde solía comer había oído hablar de una japonesa que vivía en una ciudad cerca de la frontera con Myanmar. La conversación la mantenían un grupo de compatriotas sentados a la mesa de atrás. Dejó de comer para prestar atención a lo que decían. Se dio media vuelta con disimulo y vio a dos hombres de mediana edad. Por sus palabras dedujo que vivían en esa ciudad desde hacía tiempo. Uno de ellos había regresado de un viaje por el país y estaba entusiasmado por la experiencia. Siempre había querido visitar el Triángulo de Oro. Fue en moto, se perdió en no sabía qué montaña y mientras se abría paso por un camino devorado por las malas hierbas, se topó con una casa con jardín donde había una mujer que le habló en japonés.

–Sonrió y me preguntó en japonés si me había perdido. No me lo podía creer. Me invitó a un té helado, me mostró el camino y me despedí de ella. No sé, pero por alguna razón me sentí como si me hubiera engañado un zorro parecido a los de los viejos cuentos japoneses.

–Tampoco es tan raro. Al parecer hay muchas japonesas que viven con hombres de aquí en lugares perdidos en las montañas.

–Seguro que no pueden volver a Japón.

–Tengo entendido que hay gente que se dedica a esos asuntos turbios y

por un poco de dinero te ayudan a borrarte del mapa.

–No me extraña. En este país venden pasaportes falsos a la vuelta de la esquina.

–Pero eso no vale para nada. Es una especie de juguete.

–Tampoco nosotros somos nadie para hablar de los demás porque vivimos medio ocultos en un callejón.

–Jamás les mostraría a mis hijos mi vida en este lugar.

Enseguida se pusieron a hablar de si iban de putas o no. Rika rebañó con la cuchara el resto de arroz del plato, se levantó y pagó la cuenta.

Tres días más tarde se marchó de Chiang Mai para ir a una ciudad en la frontera con Laos llamada Chiang Khong. A pesar de todo, la ansiedad no la abandonaba. Chiang Khong era una ciudad pequeña con una única calle comercial medianamente animada. Nada comparable a Chiang Mai. Había un río y en la otra orilla estaba Laos. Quizás por eso se veían numerosos turistas que iban y venían al país vecino.

Alquiló un cuarto en un *guesthouse* de una calle en cuesta alejada del centro y salía a pasear todos los días por la ribera del río. Había restaurantes, cafeterías y algunos miradores donde se sentaba a contemplar Laos sin hacer nada especial. A unos diez metros de uno de los miradores en dirección norte estaba el puesto fronterizo. El río tendría cincuenta metros de ancho y sus aguas turbias le impedían calcular la profundidad. No parecía muy difícil alcanzar la otra orilla, de todos modos. ¿Cruzar a nado a medianoche cuando cerraban la frontera? ¿Pedirle a alguien que le pasara en uno de los botes amarrados en el embarcadero? Al otro lado había una ciudad llamada Houei Shai. En su guía no aparecían mapas más allá de aquel punto, pero el camino continuaba, existían otras ciudades. ¿No podía aventurarse por allí sin necesidad de dar su nombre ni mostrar su pasaporte, instalarse en una montaña perdida como la mujer de quien había oído hablar? Trataba de imaginarse en esa situación. Por una parte, le parecía sencillo alcanzar el otro lado, pero por otra era incapaz de hacerse a la idea de vivir de ese modo. Tenía miedo.

«Pero… –pensó– ¿acaso no he cruzado ya un río? ¿Yo misma aquí sentada no soy alguien que jamás habría imaginado?»

De no haber conocido a Kota no habría sucedido nada de todo eso, pensó con la mirada perdida en el río. «No. No me encuentro en esta situación por él. ¿Y si hubiera trabajado en aquella revista o si hubiera tenido hijos? ¿Y si no me hubiera casado con Masafumi? Si no hubiera

estudiado en ese colegio privado no me habría decidido por esa universidad, sin duda. Si no me hubiera graduado allí no habría trabajado después en una empresa de tarjetas de crédito y nunca se me habría ocurrido la idea de trabajar en un banco.»

Las hipótesis la llevaban de vuelta al pasado y no podía evitar pensar que cualquier camino le habría conducido irremediablemente al mismo punto. No solo los grandes acontecimientos de su vida como los estudios o el matrimonio habían terminado por hacer de ella la persona que elegía determinado color de ropa o determinado horario de tren por la mañana, también los pequeños. Ahora lo entendía bien. Además se daba cuenta de que no le faltaba una parte de sí misma, sino que la bondad, la maldad, las contradicciones y los comportamientos irracionales formaban parte integral de su ser, y lo hacían ya desde su infancia cuando aún no entendía nada, como también formaban parte indisoluble de ella todos los errores de su vida adulta. Comprendió que esa persona que había abandonado todo para huir y aún quería huir más lejos, esa mujer que se sentía capaz de hacerlo era, también, ella misma.

«Iré más allá –se dijo a sí misma–. Más allá está ese yo desconocido. Si huyo me encontraré con mi otro yo. Me voy. Ya he huido. Puedo ir más lejos.»

Se levantó de la silla y pagó el zumo a una chica que llevaba puesto un delantal. Cuando estaba a punto de salir del café empezaron a caer unas gotas que mancharon el asfalto. La chica la miró como si quisiera advertirle de que iba a empezar a llover, pero salió sin más y en apenas un segundo le cayó un diluvio encima. Los transeúntes se refugiaron en las tiendas cercanas. Las motos expulsaban humo blanco por los tubos de escape. Rika caminaba por la avenida con la camiseta y la falda pegadas al cuerpo. Tenía las zapatillas empapadas y cada paso que daba hacía un ruido ridículo. El mundo se había vuelto borroso.

En el bolso llevaba el pasaporte y dinero en efectivo. Lo llevaba siempre encima porque el *guesthouse* no le infundía la suficiente confianza con esas endebles cerraduras en las puertas. Le daban ganas de reírse de sí misma. Lo había perdido todo y se preocupaba por los robos. Se acercó al puesto fronterizo difuminado bajo la intensa lluvia. Se limpió la cara con la mano. Sus pies, sin embargo, se detuvieron justo delante del puesto. «¡Vamos, un poco más allá!» A pesar de ordenárselo a sí misma, los pies se negaban a obedecer.

«¿De qué tienes miedo? ¿Por qué tienes miedo después de todo lo que has hecho? ¡Vamos, muévete! ¡Muévete!»

Se quedó inmóvil bajo la lluvia. Gritaba en su interior, gritos que solo ella oía. Fue incapaz de dar un solo paso más.

Al día siguiente se repitió la misma escena. Lo mismo el día después. Convencida cada vez de que lo conseguiría, se quedaba petrificada delante de la frontera. No se atrevía a sumergirse de noche en las aguas turbias del río ni a buscar a alguien que le pasara al otro lado en una barca desvencijada. Se quedó varada en la ciudad de Chiang Khong como una turista que había perdido el objetivo de su viaje. Observaba el tránsito constante de viajeros en dirección a Laos o a la inversa. Esa excitación de sentirse capaz de todo empezaba a entumecerse, a marchitarse cada día un poco más. Pronto empezó a sentirse vigilada, encerrada en ese humilde cuarto del *guesthouse*. Ese era el significado último de cometer un crimen, pensó. El delito no liberaba a las personas, las encerraba en un lugar mucho más pequeño que el propio cuerpo.

El transcurrir de los días mirando al río sin atreverse a cruzarlo casi consumió el mes que podía estar en Tailandia sin renovar el visado. El día que vencía el plazo metió todas sus pertenencias en la mochila, pagó la habitación y volvió a caminar hasta la frontera. «Hoy es mi última oportunidad. Enseñaré mi pasaporte y rezaré para que no pase nada. De lo contrario, me quedaré aquí y el visado habrá caducado. En ese caso ya nunca podré cruzar la frontera. Tengo que decidir si continuar huyendo, si quiero encontrar esa montaña desconocida.

Llegó al mismo punto de siempre y fue incapaz de dar un paso más allá. Se agachó. «¡Que me descubran! ¡Que alguien se dé cuenta de lo que estoy haciendo!» Los días en los que había oído esos gritos desesperados en su interior, esos días lejanos casi desaparecidos, volvieron de pronto como una hiedra que le atrapara por los pies hasta cubrirle el cuerpo. No podía avanzar. No podía retroceder. Respiró profundamente como si su cuerpo fuera mucho más grande de lo que en realidad era.

Sucedió de repente. Cruzó el umbral en penumbra del *guesthouse* en dirección hacia la intensa luz del exterior y vio a un hombre que caminaba hacia ella. Iba bien vestido. Llevaba una camisa de manga larga y un pantalón gris. Caminaba envuelto entre la calima como si se meciera. La miraba. Sonrió. Todos los tailandeses sonreían. Cruzar una mirada con un extranjero era motivo de una sonrisa. Debía tratarse de eso. No tenía nada

que ver con ella. «Pasará junto a mí y se marchará», pensó inmóvil.

–¿Viaja usted sola? –le preguntó cuando lo tenía delante.

Hablaba un japonés fluido con acento tailandés.

–Sí –respondió ella.

Le devolvió la sonrisa.

–¿Podría usted mostrarme su pasaporte, por favor? –le pidió sin perder la sonrisa.

«¡Ya está! ¡Han venido!» Una voz susurrante le habló desde las profundidades de su corazón. «Hasta aquí. Aquí es donde todo termina.» Asintió con la cabeza y metió la mano en el bolso. En una milésima de segundo se le cruzó la idea de escapar. «Lo empujo y salgo corriendo a toda velocidad. O le digo que me lo he olvidado en la habitación y me escapo por la ventana. No creo que sea imposible. Seguro que lo consigo. Puedo ir donde quiera, puedo hacer lo que quiera.» Le daba vueltas a una idea perfectamente factible, pero no sentía la excitación de otro tiempo, no disfrutaba de la exaltación de sentirse liberada.

Tocó el pasaporte en el interior del bolso casi vacío. Disfrutó un segundo de su tacto seco y suave en la yema de los dedos, lo sacó y se lo entregó al hombre. Después escuchó su propia voz tan inaudible como suplicante. Eran las mismas palabras que le había dicho el hombre al que había amado hacía un tiempo.

–¡Sácame de aquí, por favor!

AKI NAKAYO

Mientras Saori estaba en el probador, Aki miraba el precio de la ropa en la estantería y la asustaron la cantidad de ceros de la cifra. A su modo de ver solo era una sudadera sin nada en particular, pero costaba treinta y cinco mil yenes. Era incapaz de imaginar ese precio en una tienda para jóvenes, pero ahora pensaba que quizás se trataba de una marca que no conocía. Iba a mirar el precio de un abrigo colgado de una percha cuando se abrió la puerta del probador y apareció Saori con su aspecto tímido.

–¿Qué te parece, Aki-chan?

Tanto la minifalda de camuflaje como el jersey con la Union Jack impresa en el brazo le sentaban muy bien. Las piernas largas y finas que emergían por debajo de la falda eran delicadas como las de una muñeca.

–Tiene las piernas preciosas, le queda muy bien, ¿no le parece? Si la combina con unas botas mejor aún.

La dependienta con el pelo teñido de rubio le dio unas botas con lentejuelas y Saori se las puso de inmediato. Vestida así delante del espejo era una chica preciosa incluso para unos ojos que no fueran los de su madre. Solo tenía doce años. Aki la miró y pensó en lo divertida que iba a ser la juventud para ella a partir de ese momento.

–Aki-chan, ¿qué te parece? ¿No queda raro?

–Te queda bien, pero…

Le quedaba bien, pero cuánto le iba a costar en total. Acababa de comprarle un reloj de pulsera que le pedía desde hacía dos semanas.

–Las botas son preciosas. ¿Me las puedo llevar también?

Saori miró a Aki con los ojos entornados y en su coquetería descubrió que ya no estaba allí la niña de hacía solo un año. «¿Cuándo ha aprendido a mirar así?» Como si fuera un recuerdo muy lejano pensó que solo un año antes le había pedido un inocente videojuego.

–Cámbiate de momento –le dijo–. ¿Por cuánto sale el conjunto? –le preguntó a la dependienta

Se dirigió a la caja y le mostró el precio en una calculadora.

–Más o menos –dijo.

Ochenta y nueve mil yenes.

Saori salió del probador con la ropa colgada del brazo derecho y las botas en la mano izquierda.

–¿Me lo compras? –preguntó con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

Ese gesto la estremeció. Por muy guapa que fuera, pensó, aún quedaba en ella un resto de inocencia.

–Lo siento. Ahora mismo no puedo. La próxima vez –le dijo sin darle opción a protestar.

Salió a toda prisa de la tienda.

–Has sido tú la que ha dicho que me ibas a comprar algo y por eso he mentido a mi padre para escaparme. Si le digo a mi abuela que voy a verte nunca pone buena cara.

Saori no dejaba de quejarse a sus espaldas y Aki caminaba a grandes pasos como si quisiera escapar.

«Aki-chan, si tienes tiempo podríamos ir juntas a comer algo y a comprar.» Era una frase habitual de Saori desde que su madre le había

regalado el bolso el año pasado. Al principio estaba muy orgullosa de que su hija la prefiriese a ella en lugar de a su padre, sus abuelos o incluso sus amigos. Así descargaba su mala conciencia por no haberse ocupado de ella cuando debía. Cuando Saori le dijo que quería ir de compras no sabía qué clase de ropa quería, tampoco que habían abierto una tienda de cosméticos para niñas. Era ella quien se dedicaba a investigar por su cuenta y riesgo para ir juntas después en cuanto pudieran. Saori nunca le pedía abiertamente que le comprase algo, por supuesto. Tampoco Aki le regalaba cualquier cosa sin motivo.

«Me gustaría tener eso, pero mi padre dice que no –decía–. Estoy ahorrando de mi paga para comprarme esto, pero me faltan cinco mil yenes.» No hacía mucho que le planteaba las cosas así. Le compró cosas que no eran demasiado caras; ella sonreía como una flor bajo el sol, era muy agradecida y eso bastaba para alegrarla. No solo eso. Disfrutaba de una sensación de superioridad con respecto a su exmarido.

Sin embargo, aquel día se dio cuenta de algo que preferiría no haber comprendido. Fue al ver ese gesto de su hija. En realidad, solo la llamaba cuando quería comprarse algo. Si lo hacía no era porque la prefiriera a ella antes que a sus amigos, a sus abuelos o a su padre.

–¿Vamos a tomar un té? –le preguntó.

El humor de Saori se había echado a perder y ni siquiera se tomó la molestia de contestarle. Cuando entraron en la tienda aún era de día, pero al salir el cielo de Omotesando se había teñido ya de naranja.

–A lo mejor prefieres cenar algo. Hay un restaurante cerca que me gusta mucho.

Saori no se inmutó. En lugar de eso miró ostensiblemente el reloj.

–¿Quieres irte ya? Si te preocupa la hora, te acompaño a la estación.

Se lo dijo con toda la intención para quitarse el problema de en medio.

–¿Qué pasa, no me quedaba bien? –le preguntó sin dejar de juguetear con su pelo.

No se había resignado. Aki se detuvo y miró a esa niña que había traído al mundo hacía doce años, esa niña preciosa que había crecido sana y fuerte. En su cara se dibujó un gesto de esperanza, como si interpretase que Aki estaba dispuesta a volver a la tienda. Un grupo de jóvenes las evitó, molestos, porque se habían parado en medio de un callejón. De alguna parte llegaba un olor a aceite de oliva.

«No tiene la culpa –pensó Aki–. He intentado ser su amiga, vestirme

bien, pensar que podía ejercer de madre comprándole cosas porque en una relación son importantes las cosas materiales. Creía que para convertirme en alguien, para superarme, necesitaba hacer algo que llamara la atención. Se lo he enseñado yo y por eso hace lo mismo.»

A pesar de no tener intención de hacerlo, cuando quiso darse cuenta la estaba abrazando en aquel callejón abarrotado de gente. Saori se quedó sorprendida y trató de zafarse, pero Aki se resistió a soltarla y la abrazó aún más fuerte.

–¿Qué haces? Déjame, nos está mirando todo el mundo.

Saori forcejeó. Aki se resistió a separarse de ella. Recordó su olor dulzón de cuando era un bebé.

–Lo siento, Saori –dijo como si se le escaparan las palabras.

Ni ella misma entendía por qué le pedía perdón. Sin embargo, volvió a repetir:

–Lo siento, Saori.

–¡Déjame! Me da vergüenza.

Finalmente se liberó. La miró como si lo hiciera desde una gran distancia, como si fuera un bicho raro.

–Me voy.

Se dio media vuelta bruscamente y se echó a andar. Desapareció entre el gentío poco a poco. Aki se quedó plantada sin moverse, sin apartar la vista de su hija que se alejaba.

Al otro de la ventana de la cafetería había oscurecido sin que se diera cuenta. Aki miró su reflejo en el cristal. Allí estaba ella vestida con una ropa que acababa de comprarse una semana antes para ver a su hija. Cuando salió de casa, tanto el conjunto como el maquillaje le parecían perfectos, pero la imagen que devolvía el cristal en ese momento era la de una mujer miserable, insegura, incapaz de ser madre, incapaz de ser mujer, ni tan siquiera ella misma. De pronto, pensó en Rika, en lo que había hecho. Desde que se enteró de la noticia pensaba a menudo en ella, como si de algún modo habitase en su interior. No sabía dónde estaba en ese momento, pero tenía la sensación de que hacía exactamente lo mismo que ella, contemplar su imagen reflejada en una ventana.

«¿Volveré a verla en alguna ocasión?», se preguntó mientras se levantaba. Se acercó a la caja a pagar. Dejó encima de la mesa el periódico

y el café a la mitad. «Si nos vemos otra vez me gustaría preguntarle qué ha conseguido con todo eso, si gastar semejante cantidad de dinero le ha compensado en algo.»

Salió de la cafetería. Los neones de las tiendas disipaban la oscuridad del cielo nocturno. No había luna ni estrellas. Caminó por la calle bajo el resplandor. Tardaría como mucho cinco minutos en llegar a su casa, pero se sentía como una niña perdida en una ciudad desconocida, separada de sus padres. Quería llegar cuanto antes. Se le saltaron las lágrimas. ¿Por qué tenía que llorar precisamente en ese momento? No se molestó en enjuagarse las lágrimas. Resbalaban por el mentón y ella repetía en un tono desesperado: «¡Ya llego, ya llego!».